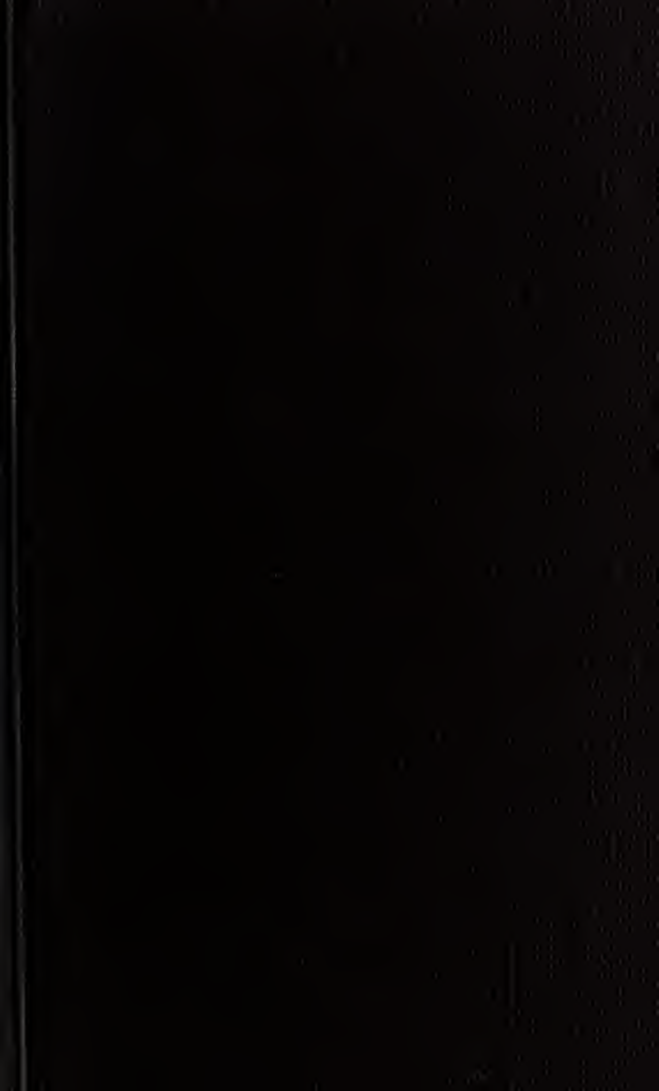


[Comedias]
Vol. 20

LA HIJA DEL AIRE

(SEGUNDA PARTE)

DRAMA EN VERSO EN TRES JORNADAS

ORIGINAL DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

escrito por

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA



MADRID

TIP. CORRESPONDENCIA ILUSTRADA

A CARGO DE E. LL CH

Infantas 42, bajo izqui rd

1881



AL LECTOR

Entre las muchas producciones debidas al genio poderoso de D. Pedro Calderon de la Barca, que yacen olvidadas y casi desconocidas hasta para los mismos admiradores del eminente dramaturgo del siglo XVII, se encuentra *La Hija del Aire,* fiel retrato de la vida de azáres, de luchas y pasiones de Semíramis, mujer soberbia que encubría la altivez de su espíritu y las ambiciones de su alma con la hermosura de su cuerpo y la delicadeza de sus formas; mujer extraordinaria, débil en la apariencia, sensible en la forma, pero allá en el fondo de su corazon revelándose su espíritu y desatándose sus pasiones á impulsos de un carácter violento, audaz y temerario.

La *Hija del Aire* es la produccion, tal vez, más notable de las que creó el genio dramático de Calderon.

En ella se revelan sus raras dotes de poeta y los recursos de su talento, y si fuera nuestro propósito hacer un estudio detenido y un juicio crítico de tan magnífica obra, para lo cual nos faltan espacio, alientos y fuerzas, pues á los génios se los admira y no se los juzga, tanto tendriamos que detenernos en hacer resaltar las bellezas que en sus acabadas escenas abundan, tanto en fijar la perfeccion del carácter de sus personajes y tanto en el desarrollo de tan admirable drama, que sería necesario traspasar los estrechos límites de un prólogo que ha de ser por precision cortísimo.

Hemos preferido publicar la segunda parte de la *Hija del Aire,* independiente y por completo separada de la trama dramática de la primera, por ser á nuestro juicio superior á ésta.

Un eminente poeta y notabilísimo autor dramático, á quien llorará por mucho tiempo la escena española, D. Adelardo Lopez de Ayala, tuvo el pensamiento de refundir y arreglar á nuestro

teatro moderno esta *segunda parte*. Nosotros ignoramos las razones que aquel poeta tuviera para no llevar á cabo su empeño, pero lamentamos que este drama, como otros muchos de Calderon, no se hallen arreglados á nuestra moderna escena.

A pesar de que en todas las obras de Calderon se observa, que como sus contemporáneos, se hallaba afecto del conceptismo propio de su época, quitando esto la naturalidad y sencillez que en general domina en su lenguaje; á pesar de esto, repetimos, Calderon más correcto en el decir, más natural en los símiles y más profundo en los pensamientos, en esta obra, que en otras suyas, deleita con sus versos, encanta con la valentía de sus recursos é interesa con una accion sostenida vigorosamente.

Si bien nos hemos permitido hacer algunos pequeñísimos córtes en el texto, éstos han obedecido al deseo de aligerar algunos parlamentos excesivamente largos é innecesarios á la accion, cuyos parlamentos eran muy del gusto de aquella época.

Abrigamos el convencimiento de que el públi-

co acogerá con júbilo la publicacion de esta preciosa joya, extraida del riquísimo tesoro que Calderon legó á la escena patria en aquel siglo, que mereció el dictado de *siglo de oro*, porque en él ilustraron nuestra literatura Cervántes y Lope, Tirso y Moreto, Alarcon y Rojas y otros de tanta ó casi igual fama que el autor de la *Vida es sueño*.

Santiago Olmedo y Estrada.

Mayo 20 de 1881.

LA HIJA DEL AIRE

PARTE SEGUNDA

PERSONAS

SEMÍRAMIS, reina.
NINIAS, príncipe.
LISIAS, viejo.
ASTREA, dama.
LIBIA, dama.
FLORA, dama.
CHATO, soldado vejete.
FLAVIO, criado.
LICAS, general de tierra.
FRISO, general de mar.
LIDORO, rey de Lidia.
IRAN, niño, su hijo.
ANTEO, viejo.
SOLDADOS.
MUSICOS.
Acompañamiento.

La escena es en Babilonia y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA

Sala en el palacio de Semíramis en Babilonia.

ESCENA PRIMERA.

Tocan caja y clarin, y salen los Músicos descubiertos, y Damas; Astrea con un espejo; Libia y Flora con fuentes, y en ellas traen la espada y el sombrero; detrás Semíramis, vestida de luto, suelto el cabello y como acabándose de vestir.

SEM. En tanto que Lidoro, rey de Lidia,
áspid humano de mortal envidia,
viendo que por muerte
de Nino el reino rijo, osado y fuerte,

opuesto á mis hazañas,
de Babilonia infesta las campañas:
Babilonia, eminente
ciudad que en las cervices del Oriente
yo fundé, á competencia
de Nínive imperial, cuya eminencia
tanto á los cielos sube,
que fábrica empezando, acaba nube:
en tanto pues, que ufano, altivo y loco,
mi valor y sus muros tiene en poco;
porque vea su ejército supremo
que su venida bárbara no temo,
cantad vosotros, y á las roncas voces
de cajas y trompetas que veloces
embarazan los vientos,
repetidos respondan los acentos;
que aquéllos querellosamente graves,
y lisonjeramente éstos süaves,
que me hablen es justo,
aquéllos al valor, y éstos al gusto.
Las almohadas llegad, idme quitando
estas trenzas, irélas yo peinando.
(Siéntase á tocar, sirviéndola todas.)
MÚS. *(Cantan.)* La gran Semíramis bella,
que es por valiente y hermosa
el prodigio de los tiempos
y el mónstruo de las historias,
en tanto que el rey de Lidia
sitio pone á Babilonia,
á sus trompetas y cajas
quiere que voces respondan:
y confusas las unas y las otras,
éstas süaves, cuando aquéllas roncas,

varias cláusulas hacen
la cítara de Amor, clarin de Marte.
(Tocan dentro un clarin.)

ESCENA II.

Friso por una puerta, y por otra Licas.—Semíramis, Astrea, Libia, Flora, Damas, Músicos.

LICAS. Esa trompeta que animada suena,
en golfos de aire militar sirena.....
FRISO. Ese clarin que canta lisonjero,
en jardines de espuma ave de acero.....
LICAS. De paz haciendo salva, solicita
que hoy á un embajador se le permita
de Lidoro llegar á tu presencia.
FRISO. Y para prevenir esta licencia,
cubierto el rostro viene;
no sé el embozo qué misterio tiene.
SEM. Decid que éntre al instante,
que aunque me esté tocando, mi arrogante
condicion no da espera
á que me aguarde quien hablarme quiera,
y más siendo enemigo.
(Vánse Friso y Licas.)
Paréntesis haced vosotras, digo,
la accion un breve rato,
que no es ceremonioso mi recato.

ESCENA III.

Lidoro, con banda en el rostro, la cual se quita al hacer la reverencia; Friso, Licas y acompañamiento.—Semíramis, sus Damas y Músicos.

LIDORO. Hasta llegar á verte,
cubierto tuve el rostro desta suerte,

por no desmerecer en tanto abismo,
¡oh gran reina de Siria! por mí mismo
lo que á merecer llego
como mi embajador.

SEM. Y no lo niego,
pues si supiera que eras
tú de ti embajador, de mí no fueras
dentro de mis palacios admitido;
pero ya que has venido,
tratarte en todo intento
como á tu embajador.—Dadle un asien
en taburete raso y apartado,
sin que toque en la alfombra de mi estrac
—Dí ahora lo que intenta,
embajador, el Rey.

LIDORO. Escucha atenta,
ya te acuerdas, Reina invicta
del Oriente (á cuyos hechos,
para haberlos de escribir,
coronista tuyo el tiempo,
dá pocas plumas la fama,
poca tinta los sangrientos
raudales de tus victorias,
y poco papel el viento),
ya te acuerdas de que yo,
dizfrazado y encubierto
por la hermosura de Irene
(beldad que hoy muerta venero,
deidad que ausente idolatro,
y uno y otro reverencio);
serví á Nino, esposo tuyo,
que hoy, de la prision del cuerpo
su espíritu desatado,

reina en más ilustre imperio.
Y ya te acuerdas, en fin,
de que á esta ocasion vinieron
nuevas del reino de Lidia,
mi feliz patria, diciendo
que Estorbato, rey de Batria,
tomando por mí el pretexto
de la guerra, pretendía
restituirme á mi reino,
y que yo le acompañaba;
porque para dar por cierto
el vulgo lo que imagina,
basta pensarlo sin verlo.
Nino, embarazado entónces
en otros divertimientos,
hallándose bien servido
de mí en la paz, y queriendo
servirse de mí en la guerra,
de general me dió el puesto
para el socorro de Lidia:
¿Quién creerá que á un mismo tiempo
Ársidas contra Lidoro
se viese nombrado, y siendo
Lidoro y Ársidas yo,
en dos contrarios opuestos,
allí rey y aquí vasallo,
marchase contra mí mesmo?
A otro dia, pues, que Nino
reina te juró... no quiero
acordarte de aquel dia
los admirables portentos,
pues el cielo que los hizo
sólo sabrá inferir dellos

si fueron de tu reinado
ó vaticinios ó agüeros;
Y áun Menon tambien pudiera
decirlo, siendo el primero
que examinó tus rigores,
pues vivió abatido y ciego,
hasta que desesperado,
ó con rabia ó con despecho,
al Eufrates le pidió
su rápido monumento.
A otro dia, pues, que Nino
reina te juró (aquí vuelvo),
salí de Nínive yo,
marchando á los palmirenos
campos, que cuna del sol
me alojaron en su centro.
Aquí cuando los de Lidia
tremolar al aire vieron
de Nino los estandartes
cobraron ánimo nuevo,
como temor los de Batria;
pero despues que supieron
que era yo quien los regía,
se trocaron los afectos,
creyendo todos que fuera,
la parcialidad siguiendo,
traidor á la confianza
que Nino de mí habia hecho.
Yo, pues, más que á mi interés,
á mi obligacion atento,
de lo neutral de la deuda
me desempeñé bien presto,
porque llegando Etcorbato

á verse conmigo en medio
de los dos campos, así
le dije: «De parte vengo
de Nino, esta gente es suya,
la confianza que ha hecho
de mí, engañado de mí,
satisfacérsela tengo;
que yo soy ántes que yo,
y no monta estado y reino
más que mi honor.» Quiso entónces
convencerme con pretexto
de que cobrar yo mi patria
no era traicion; y en efecto,
desavenidos los dos,
él osado y yo resuelto,
la batalla prevenimos,
en cuyos duros encuentros
llevé lo mejor; que como
jugaba entónces mi aliento
por otro, gané; que en fin
tahur desdichado, es cierto
que los restos gana, cuando
no gana nada en los restos.
Llegaron entrambas nuevas
á oidos de Nino, y viendo
de confianza y valor
en mí dos vivos ejemplos,
admirado y obligado
de mi lealtad y mi afecto,
uno y otro me pagó
con Irene, conociendo
que tantas nobles finezas
no se premiaran con ménos.

Dióme con Iréne á Lidia,
mi misma patria, advirtiendo
que había de reconocerle
feudatario en el imperio.
En esta tranquilidad
gozoso viví y contento,
hasta que se subió á ser
astro añadido del cielo,
dejando en prenda de humano
á Iran, hijo suyo, bello
retrato de amor, con quien
sus soledades divierto.
En este intermedio quiso
el gran Júpiter supremo
que súbitamente Nino
tambien muriese. No puedo
excusar aquí el seguir
(perdóname si te ofendo)
la voz comun, que en su muerte
cómplice te hace, diciendo
que al verte con sucesion
que asegurase el derecho
de sus estados (pues Nínias,
jóven hijo del rey muerto,
afianzaba la corona
en tus sienes), tu soberbio
espíritu levantó
máquinas sobre los vientos
hasta verte reina sola;
fácil es de ti creerlo.
Esta opinion asegura
el ver que hiciste, primero
que él muriese, que te diese

por seis dias el gobierno
de sus reinos, en los cuales,
á los alcaldes que fueron
de Nino hechuras, quitaste
las plazas fuertes, poniendo
hechuras tuyas, y así
en todos los demás puestos.
Siguióse á esto hallar á Nino
una mañana en su lecho,
sin que ántes le precediese
crítico accidente, muerto.
Y áun no falta alguien que diga
que lo cárdeno del pecho,
lo hinchado del corazon,
son indicios verdaderos
de que del difunto rey
fuese homicida un veneno.
Tambien de tu tiranía
es no menor argumento
el ver que teniendo un hijo,
de esta corona heredero,
hijo tuyo, y tu retrato,
con todo lo que es el cuerpo,
sin nada de lo que es alma,
le crias con tal despego,
que de Nínive en la fuerza,
sin el decoro y respeto
debido á quien es, le tienes,
donde de corona y cetro
tiranamente le usurpas
la majestad y el gobierno.
De todos aquestos cargos,
como hermano del Rey muerto

(pues fuí de su hermana esposo,
de quien hoy sucesion tengo,
que á aquesta corona aspire),
á residenciarte vengo:
porque si es así que tú
diste muerte, y yo lo pruebo,
á Nino, tú, ni tu sangre
habéis de heredarle, y éntro
como pariente mayor
yo en el perdido derecho
de los dos; y como en fin,
de los reyes en los pleitos
es tribunal la campaña,
jurisconsulto el acero,
y la fortuna el jüez,
con armadas huestes vengo
de ejércitos numerosos
que inundando los amenos
campos hoy de Babilonia,
pongan á sus muros cerco.
Porque no ignores la causa
que para esta guerra tengo,
como mi embajador quise
hacerte este manifiesto.
Y así, en tanto que estos cargo
se articulan y de ellos
no te absuelves, te has de dar
á prision, ó yo, cumpliendo
con haberlos intimado,
podré sin calumnia ó riesgo
de tirano, publicar
el asalto á sangre y fuego,
para que el cielo y la tierra

vean cuánto soy tu opuesto;
pues tú, como fiera ingrata,
quitas la vida á tu dueño;
y yo, como un leal,
le sirvo después de muerto.

SEM. No sé cómo mi valor
ha tenido sufrimiento
hoy para haberte escuchado
tan locos delirios necios,
sin que su cólera ardiente
haya abortado el incendio,
que en derramadas cenizas
te esparciese por el viento.
Pero ya que esta vez sola
templada me he visto, quiero
ir, no por ti, mas por mí,
á esos cargos respondiendo.
Dices que ignoras si fué
aquel eclipse sangriento
del dia que me juraron
ó favorable ó adverso:
y bien la causa pudieras
inferir por los efectos,
pues no agüero, vaticinio
sería el que dió sucesos
tan favorables á Siria
desde que yo en ella reino.
Díganlo tantas victorias
como he ganado en el tiempo
que esposa de Nino he sido,
sus ejércitos rigiendo,
Belona suya; pues cuando
la Siria se alteró, vieron

los castigados rebeldes
en mi espada su escarmiento.
Sobre los muros de Cária,
cuando estaba puesto el cerco,
¿quién fué la primera que
la plaza escaló, poniendo
el estandarte de Siria
en su homenaje soberbio,
sino yo? ¿Quién esguazó
el Nilo (ese mónstruo horrendo
que es con siete bocas hidra
de cristal) en seguimiento
de la rota que le dí
al gitano Tolomeo?
En la paz, ¿quién las dió más
esplendor, lustre y aumento
á las políticas doctas
con leyes y con preceptos?
Babilonia, esta ciudad
que desde el primer cimiento
fabriqué, lo diga; hablen
sus muros, de quien pendiendo
jardines están, á quien
llaman pensiles por eso.
Sus altas torres, que son
columnas del firmamento,
tambien lo digan, en tanto
número, que el sol saliendo,
por no rasgarse la luz,
va de sus puntas huyendo.
Pero ¿para qué me canso,
cuando mis obras refiero,
si ellas mismas de sí mismas

son las corónicas? Luego
recibirme á mí con salva,
al jurarme, todo el cielo,
padecer de asombro el sol
y de horror los elementos,
pues siguieron favorables
á esta causa los efectos,
bien claro está que serían
vaticinios, y no agüeros.
En cuanto á que dí á mi esposo
muerte, ¿no es vano argumento
decir que, porque me dió
ántes de morir el reino
por seis dias, le maté?
¿No alega en mi favor eso
más que en mi daño? Sí: pues
si vivía tan sujeto,
tan amante y tan rendido
Nino á mi amor, ¿á qué efecto
había de reinar matando,
si ya reinaba viviendo?
Decir que á Ninias mi hijo
de mí retirado tengo,
y que siendo mi retrato
parece que le aborrezco,
es verdad lo uno y lo otro:
que como has dicho tú mesmo,
no me parece en el alma,
y me parece en el cuerpo.
Es Ninias, segun me dicen,
temeroso por extremo,
cobarde y afeminado;
porque no hizo solo un yerro

naturaleza en los dos
(si es que lo es el parecernos),
sino dos yerros: el uno
trocarse con su concepto,
y el otro, habernos trocado
tan totalmente el afecto,
que yo mujer, y él varon,
yo con valor y él con miedo,
yo animosa y él cobarde,
yo con brío, él sin esfuerzo,
vienen á estar en los dos
violentados ambos sexos.
Esta es la causa por qué
de mí apartado le tengo,
y por qué del reino suyo
no le doy corona y cetro,
hasta que disciplinado
én el militar manejo
de las armas y en las leyes
políticas del gobierno,
capaz esté de reinar.
Mas ya que murmuran de eso,
(A uno del acompañamiento.)
parte, Licio, y dí á Lisias,
ayo suyo, que al momento
Ninias venga á Babilonia:
verán su ignorancia, viendo
que es próvido en esta parte,
y no tirano, mi intento.
Y ahora á la conclusion
de tus discursos volviendo,
de que vienes destos cargos,
Lidoro, á ponerme pleito,

ya que no me dé á prision;
sólo responderte quiero
que aunque pudiera esperar,
fiada en aquesos inmensos
muros, el asalto, no
me consiente el ardimiento
de mi cólera que apele
á lo prolijo del cerco.
A la campaña saldré,
y así, vete, vete presto
á formar tus escuadrones;
que si te detienes, temo
que la ley de embajador
su inmunidad pierda, haciendo
que vuelvas por ese muro
tan breves pedazos hecho,
que seas materia ociosa
de lós átomos del viento.

LIDORO. Pues si á la batalla intentas
salir, en ella te espero.

LICAS. Y en ella verás que tiene
vasallos cuyos esfuerzos
sus laureles aseguran.

LIDORO. En el campo lo veremos.

FRISO. Sí verás, tan á tu costa,
que llores, Lidoro, el verlo.

LIDORO. Quien ménos habla, obra más.

LICAS. Pues á obrar más.

FRISO. A hablar ménos.

LIDORO. Toca al arma. *(Váse.)*

LICAS. Al arma toca.

SEM. Dadme ese bruñido acero,
seguidme todos, y tú,

Licas, ostenta hoy tu esfuerzo.
LICAS. No entiendo á qué fin persuades
á mi valor, conociendo
ya mi valor.
SEM. No te admires;
que yo tampoco lo entiendo.
Tocad al arma, y en tanto,
vosotras tenedme puesto,
miéntras salgo á la campaña,
el tocador y el espejo,
porque en dando la batalla,
al punto á tocarme vuelvo. *(Váse.)*

ESCENA IV.

Campos de Babilonia.

Soldados, despues Lidoro.

(Oyense cajas, trompetas y ruido de armas.)
UNOS. *(Dentro.)* ¡Arma, arma!
OTROS. *(Id.)* ¡Guerra, guerra!
UNOS. *(Id.)* ¡Viva Semíramis!
OTROS. *(Id.)* ¡Viva!
OTROS. *(Id.)* ¡Viva Lidoro, y reciba
la posesion de esta tierra!
(Salen LIDORO *y* SOLDADOS.)
SOL. 1.º Ya de los muros salieron
diversas tropas, y ya
tu gente dispuesta está.
LIDORO. ¿Adónde, cielos, cupieron
tanta gente? ¿Qué ciudad
tener pudo sin espanto,
en sus entrañas á tanto

número capacidad?
Cuerpos tomaron sutiles,
sin duda, á tantos combates
las arenas del Eufrates,
las hojas de los pensiles.
Del sol el nuevo arrebol
las luces mira deshechas;
que las nubes de sus flechas
son noche alada del sol.

SOLDS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!

LIDORO. Ya hacia allí
trabada la lid se vé.
(Entrase y dáse la batalla.)

ESCENA V.

Licas, Lidoro y Soldados, Friso y Semíramis.

LICAS. *(Dentro.)* ¿Dónde estás, Lidoro?

LIDORO. *(Id.)* Aquí
me hallarás; que nunca yo,
áun me persiga la suerte,
la espalda volví á la muerte.

SOL. 1.º *(Dentro.)* El rey en la lid entró;
seguidle no le dejéis.

Sale Lidoro herido cayendo, y tras él Licas y Friso, y por otra parte sale Semíramis.

FRISO. Mía será esta victoria.

LICAS. Mía ha de ser esta gloria.

SEM. Esperad, no le matéis.

FRISO. ¿Tú le defiendes?

SEM. Sí, que hoy,
más que verle muerto, quiero

de mis armas prisionero.
LIDORO. Rendido á tus piés estoy,
ya que mis desdichas son
tales, y ya que ninguna
vez se puso la fortuna
de parte de la razón.
SEM. Haced que de la batalla
el alcance no se siga.
FRISO. Apénas de la enemiga
huestes en el campo se halla:
y huyendo por los desiertos
de tus rigores esquivos,
los que han escapado vivos
van tropezando en los muertos.
SEM. Que yo me diese á prision
fué tu intento; y siendo así,
será prenderte yo á ti
debida satisfaccion.
Fiera ingrata me llamaste
hoy, cuando á ti can leal;
luego si con nombre tal
me ofendiste y te ilustraste,
tiranías no serán
que yo en esta parte quiera,
procediendo como fiera,
tratarte á ti como can.
De mi palacio al umbral
atado te he de tener:
allí has de estar, que he de ver
si me le guardas leal
y vigilante desde hoy,
que si del can es empeño
el ser leal con su dueño,

desde aquí tu dueño soy.

LIDORO. Es verdad; pero aunque eres
tú mi dueño y yo can sea,
no es justo que en mí se vea
esa lealtad que hallar quieres,
maltratado; pues si agravia
el dueño á su can, le pierde
el cariño, y al fin muerde
á su dueño con la rabia.

LICAS. Vence dos veces piadosa.

FRISO. El castigo es el vencer.

SEM. Dices bien, y eso ha de ser.

LIDORO. Reina invencible y hermosa,
dame muerte, y no con tanto
oprobio quieras que viva.

SEM. Poco mi soberbia altiva
se enternece de tu llanto.
A un villano haced llamar
que desde Ascalon tras mí
vino á Nínive, á quien dí
el oficio de cuidar
de los perros de mi caza.

ESCENA VI.

Chato.—Dichos.

CHATO. Aquí está Chato, señora,
que para seguirte ahora
el temor no le embaraza.
¿Qué me mandas?

SEM. Pues del modo
que alimentar, Chato, sueles

mis sabuesos y lebreles,
trates á ese hombre. De todo
su manjar ha de comer;
en mi zaguan han de vello
cuantos pasaren, y al cuello
trailla le has de poner.
Y tú como él, si no
le guardas, has de vivir.

CHATO. Pues si él se me quiere ir,
¿qué le tengo de hacer yo?

SEM. Con aquesto, á la ciudad
volvamos. Ven tú conmigo *(A Lidoro.)*
que tienes que ser testigo
mayor de mi vanidad.
Al estribo te han de ver
de mi caballo.

LIDORO. Ya estás
vengada.

LICAS. Reina...

SEM. No más.

FRISO. Bien haces.

SEM. Esto ha de ser;
que si de can blasonabas,
quejoso no es bien te ofrezcas,
pues te hago que parezcas
lo mismo de que te alabas.

FRISO. Con nueva salva reciba
Babilonia, victoriosa,
á su heróica reina hermosa.

SOL. ¡Viva Semíramis! ¡viva!

(Vánse todos ménos Chato.)

ESCENA VII.

CHATO. ¡En buen cuidado esta vez
la fortunilla me ha puesto!
Sólo me faltaba esto
al cabo de mi vejez.
Si mi riesgo no remedia
el desvelo y el cuidado,
peor es esto que el soldado
de la primera comedia.
¡Guardarle yo, siendo así
que en mi vida guardé un cuarto!
Guarde otro: ¿no hace harto
un hombre en guardarse á sí?
—¡Con qué grande majestad
vuelve á la ciudad triunfante
esta altiva, esta arrogante
hija de su vanidad!
(Suena música dentro.)
Ya en su palacio la espera
toda la gente: yo quiero
ir allá, pues de perrero
me he convertido en perrera.

ESCENA VIII.

Sala del Palacio Real.

Semíramis, Astrea, Libia, Damas y Músicos.

SEM. *(Dentro.)* A este umbral has de quedarte,
racional bruto. Y de aquí
ninguno pase.
(Salen Semíramis, Astrea, Libia, Damas y Música.)

ASTREA. Hoy en ti
á Vénus se rinde Marte.
LIBIA. Dicha ha sido singular.
SEM. Astrea, toma este acero.
Libia, el espejo, que quiero
acabarme de tocar.
El tono que se cantaba
cuando aquel clarin sonó,
prosiga ahora: que yo
me acuerdo bien de que estaba
en oirle divertida;
y una batalla, no es justo
decir que me quitó el gusto
que me tuvo entretenida:
vuelva pues donde cesó;
y este bajel vuelva el bello
golfo á surcar del cabello,
donde varado quedó.
MÚSICA. La gran Semíramis bella
reina del Tigris al Nilo.....
(*Tocan cajas dentro.*)

ESCENA IX.

Gente; despues Licas.—Dichos.

GENTE (*Dentro.*) ¡Viva Ninias, nuèstro rey!
¡Viva el sucesor de Nino!
SEM. Oid. ¿Qué confusas voces
son éstas? ¿Qué ha sucedido?
(*Sale Licas.*)
LICAS. No sé,
porque solamente miro

desde aquestos corredores
todo el vulgo dividido
ocupar calles y plazas,
ya en tropas y ya en corrillos;
y sin saber más, mi afecto
me trajo á hallarme contigo.

SEM. Bien ese afecto me debes.
(Ap.) Pero yo miento. ¿Qué digo?

GENTE. *(Dentro)*. ¡Viva nuestro invicto rey!

UNO. *(Id.)* No dejemos ya regirnos
de una mujer, pues tenemos
príncipe tan grande.

ESCENA X.

Friso, después Lisias.—Dichos.

SEM. Friso,
¿qué es eso?

FRISO. No sé, señora,
porque solamente el ruido
á tu presencia me trae.

SEM. Ya saberlo solicito.
(Sale Lisias.)

LISIAS. Aguarda, detente, espera;
que pues que yo me anticipo,
señora, á besar tu mano
ántes que Ninias tu hijo,
sólo ha sido á darte cuenta
de la novedad que ha habido.

SEM. Dilo, aunque para saberlo
no me importa ya el oirlo.

LISIAS. Que viniese á Babilonia

Ninias, de tu parte Licio
me mandó, y á tu obediencia
pronto, se puso en camino.
Al palacio caminaba
el príncipe agradecido,
á la dicha de llegar
á tus piés en tan propicio
dia, que tú victoriosa
triunfabas de tu enemigo.
Su hermosura ganó en todos
un afecto tan benigno,
que no diciéndolo á nadie
todos dijeron á gritos...

UNO. (*Dentro*). No una mujer nos gobierne,
porque aunque el cielo la hizo
varonil, no es de la sangre
de nuestros reyes antiguos.

SEM. Calla, calla, no lo digas,
pues ya esa voz me lo ha dicho.
(*Asomándose á un balcon.*)
Desagradecido mónstruo,
que eres compuesto vestiglo
de cabezas diferentes,
cada una con su juicio,
pues ¿cuando acabo de darte
las victoria que has tenido,
de que soy mujer te acuerdas,
y te olvidas de mi brío?

GENTE. (*Dentro.*) Sí, que rey varon queremos.

UNO. (*Id.*) Habiéndole en edad visto
capaz de reinar, no es justo
que reines tú, que no has sido
sangre ilustre y generosa

de nuestros reyes invictos.
SEM. Licas, de este atrevimiento
venganza á tu valor pido.
LICAS. Mas si el príncipe es, señora,
de mi rey natural hijo,
y tiene razon el pueblo,
¿quién bastará á reducirlo?
FRIS. Yo bastaré, y de tu nombre
la voz tomaré; que estimo
más el ser vasallo tuyo.
SEM. Yo te lo agradezco, Friso:
y Licas verá algun dia
cuánto en mi gracia ha perdido.
(Ap.) (Estoy por decirlo; pero
váme mucho en no decirlo.)
Mas detente, que ya es justo,
en empeño tan preciso,
mudar de consejo y dar
á este vulgo más castigo
del que de mí habrá esperado,
sino del que ha merecido.
Bien sabéis de mi valor
que pudiera reduciros
al yugo de mi obediencia
y de esta espada á los filos;
pero quiero de vosotros
tomar, con mejor estilo,
mejor venganza. Esta sea,
pues no me habéis merecido,
que me perdáis. Desde aquí
ya del gobierno desisto,
de vuestro cargo me aparto,
de vuestro amparo me privo.

La viudez que no he guardado
hasta aquí por asistiros,
guardaré desde hoy; y así
el más oculto retiro
deste palacio será
desde hoy sepulcro mio.
Ningun hombre me verá
el rostro, siendo mi hijo,
por serlo, de aquesta ley
el primer comprehendido;
y así entrar no le dejéis
á él, ni á nadie hablar conmigo.
En sus manos, le decid,
que el cetro y laurel altivo
dejo; que dé á sus vasallos
ese gusto de regirlos,
hasta que á mí me echen ménos,
pues ya sólo el valor mio
siente que se me parezca,
porque no podrá el olvido
borrarme de sus memorias.

Friso. Señora...

Sem. Déjame, Friso.

Licas. Advierte...

Sem. Vos no me habléis.

Lisias. Mira que...

Sem. Ya nada miro,
quédate, pueblo, sin mí.
Todos me dejad: conmigo
nadie venga: rey tenéis,
seguidle á él. (*Apart.*) Un basilisco
tengo en los ojos, un áspid
en el corazon asido.

¡Yo sin mandar! ¡De ira rabio!
¡Yo sin reinar! ¡Pierdo el juicio!
¡Etna soy, llamas aborto;
volcan soy, rayos respiro! (*Vase.*)

ESCENA XI.

Lisias, Licas, Friso, Astrea, Libia, damas, músicos.

LISIAS. ¡Qué ambicioso sentimiento!
FRISO. ¡Qué sentimiento tan digno!
LICAS. ¡Qué resolucion tan ciega
y sin tiempo! Lisias, dínos:
¿Dónde el príncipe quedó,
viniéndote tú?
LISIAS. No quiso
acabarme de escuchar
Semíramis.
FRISO. Ahora dílo.
LISIAS. Viniendo á palacio vió
ese eminente obelisco,
mauseolo consagrado
á las cenizas de Niño:
preguntó qué templo era,
y habiendo entónces oido
que era el sepulcro eminente
de su padre, así le dijo:
«Salve, depósito fiel
del mejor rey que ha tenido
el mundo, si Amor no hubiera
borrado su nombre altivo.
Salve, y de mí no se diga
que la primer vez que miro

de tu urna las cenizas,
no doy de mi amor indicios.
Y echándose del caballo
dentro entró, y al mármol liso
que muerto le deposita
y le representa vivo
besó la mano, pidiendo
de su culto á los ministros
le sacrifiquen, y él queda
asistiendo al sacrificio,
cuya accion piadosa más
pudo alterar los motivos
del pueblo. A buscarle vuelvo
y á decir cuánto ha sentido
Semíramis sus aplausos,
porque venga prevenido
para desenojarla. ¡Dioses,
doléos de su peligro!

ASTREA. Padre y señor, ¿desa suerte
te vás, y habiéndome visto,
para besarte la mano
lugar no me has permitido?

LISIAS. ¡Ay, hija! No á mi amor culpes,
que esta novedad que admiro,
ha embargado los afectos
hoy de todos mis sentidos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

Dichos, ménos Lisias.

LICAS. Aunque Babilonia hoy
en confusiones y gritos

alterada, hermosa Libia,
cumpla con su nombre mismo,
porque no exceptúa lugares,
tiempos, ni personas; dijo
un sábio que amor y muerte
eran los más parecidos.
Y así pues las novedades
que á todos han suspendido,
á mí me han dado ocasion
de hablaros, ose deciros
¿cuándo seré tan dichoso
que merezca el amor mio
la suma gloria que espero,
y el grande bien á que aspiro?

LIBIA. Ya vos sabéis cuánto, Licas,
á vuestra fe agradecido
mi pecho os estima; pero
esa ocasion que habéis dicho,
no he de darla yo. La reina
es dueña de mi albedrío;
pedidme á la reina vos.

LICAS. Con esa esperanza vivo.

FRISO. Yo, hermosa, divina Astrea,
ya que ninguna he tenido,
no os digo, ¿cuándo seré
felice? que sólo os digo,
¿cuándo no seré infelice?
Pues favor no solicita
para ser amado: basta
el no ser aborrecido.

ASTREA. Tarde, Friso, porque en mí
esos desdenes esquivos
son naturaleza, y mal

	podréis nunca reducirlos.
Friso.	Tan hallado estoy por ellos
	y por vuestros los estimo,
	que con ellos no echo ménos
	el bien á que no me animo.
	(*Tocan chirimías.*)

ESCENA XIII.

Dichos y dentro la voz de gente.

Gente.	(*Dentro*). ¡Viva Ninias nuestro rey!
	¡viva el sucesor de Nino!
Libia.	Ya de más cerca se escuchan
	las voces, que dan indicio
	de que ya el príncipe llega;
	y así de esta cuadra idos
	los dos.
Licas.	Aquí, á mi pesar,
	de vuestra luz me despido.
Friso.	Yo no, Astrea, de la vuestra,
	porque sé que en esto os sirvo.
Astrea.	No se va quien deja tantos
	pesares de haberle visto.
Friso.	Tambien vivo feliz yo,
	pues padezco.
Astrea.	Si imagino
	que mi desprêcio estimáis,
	ni áun desprecios tendréis mios.
Libia.	Adios, Licas.
Licas.	Él os guarde.
	Vamos, porque es justo, Friso,
	que al príncipe le besemos

los dos la mano.
FRISO. Yo sigo
á Semíramis en todo;
no le veré.
LICAS. Esto es preciso;
que es nuestro príncipe.
FRISO. Ella
nuestra reina, á quien yo sirvo.
LICAS. Pues yo voy á verle.
FRISO. Y yo
de su vista me retiro. (*Vánse*).

ESCENA XIV.

Astrea, y Libia, damas y músicos.

LIBIA. ¿Hasta cuándo, hermosa Astrea,
ingrato tu pecho altivo
ha de negarle al amor
tributo?
ASTREA Aunque ves que á Friso
aborrezco, no á mi pecho
acuses con desvaríos
de incapaz amor. Bien sé
que es querer: y si te digo
la verdad, mis pensamientos
son más osados y altivos.
LIBIA. ¿Cómo?
ASTREA. Hija soy de Lisias...
Con Ninias, príncipe invicto,
me he criado... (*Suenan chirimías.*)
LIBIA. Ya te entiendo...
Fuera de que te ha interrumpido

tu voz la música.

ASTREA. Aquí
esperarán mis sentidos,
locos de amor, á su dueño. (*Vánse.*)

ESCENA XV.

Galería con entrada á los aposentos reales.

Lisias, acompañamiento y detrás Ninias, en traje de camino: á la puerta por donde sale está Lidoro, atado con cadena, y Chato junto á él.

ACOMP. ¡Viva el sucesor de Nino!

NINIAS. De todos vuestros aplausos
hago á los cielos testigos
que á disgusto de mi madre,
ni los escucho, ni admito.

NINIAS. (*Reparando en Lidoro*).
Tened, no paséis de aquí.
¿Qué lástima es la que miro,
cuando del real palacio
la primera losa piso?
Hombre, ¿quién eres?

LIDORO. Señor,
de la fortuna un delirio,
un frenesí de la suerte,
de los hados un prodigio,
y del humano poder
el escarmiento más vivo.

NINIAS. ¿Qué delito así te ha puesto?

LIDORO. Haber infeliz nacido.

NINIAS. ¿Delito es ser infeliz?

LIDORO. Y no pequeño delito.

NINIAS. Díme, ¿quién eres?

LIDORO. Lidoro,

rey de Lidia; y este aviso,
pues te coge á los umbrales
de reinar, príncipe invicto,
sírvate de algo, observando
cuerdo atento y advertido,
que pasar de extremo á extremo
es de la fortuna oficio.

NINIAS. Tú eres el que á Babilonia
¿intentaste poner sitio?

LIDORO. Sí, señor, y tú y tu padre
alentásteis mis motivos.

NINIAS. Eso no entiendo, ni quiero
entenderlo. Enternecido
me han dejado tus fortunas,
y áun me ha parecido indigno
que así al vencido se trate.
Y si ahora no te libro,
es porque no sé si tienes
más culpa que ser vencido.
Y aunque la tengas, Lidoro,
palabra doy al empíreo
coro de los dioses que hoy
no pida, á los piés rendido
de Semíramis mi madre,
en premio de que no admito
un reino, sino que tengas
la libertad que has tenido.

LIDORO. Como can estoy atado,
y así, como can me humillo,
halagándote los piés
humilde y agradecido. (*Váse.*)

ESCENA XVI.

Dichos, ménos Lidoro.

CHATO. No hará un bien solo librarle,
sino dos, porque no vivo,
ni cómo, ni bebo, ni
duermo, ni hago otro ejercicio,
guardándole.

NINIAS. Pues ¿quién eres?

CHATO. Chato, aquel que cuando niño
solía jugar con él.

NINIAS. No te habia conocido.
Díme, ¿cómo estás tan viejo
y tan pobre?

CHATO. Como sirvo.

NINIAS. Yo me acordaré de ti.

ESCENA XVII.

Dichos, Friso y Licas.

LICAS. En tanto, príncipe invicto,
que al cuarto vas de la reina,
mi señora, te suplico
permitas besar tu mano.

LISIAS. Licas, gran señor, ha sido
el vasallo que dió á Siria
más victorias.

NINIAS. Ya he oido
vuestro nombre. ¿Y un hermano
no tenéis?

LICAS. Sí, señor; Friso.

NINIAS. Pues ¿cómo tan retirado
no llega á hablarme?
FRISO. Rendido
á vuestras plantas estoy.
NINIAS. Muy tarde y despacio ha sido.
LICAS. ¿Por qué?....
NINIAS. No hablo con vos, Licas.
FRISO. Yo quise.....
NINIAS. Bien está, Friso.
¿Cuál es de mi madre el cuarto?

ESCENA XVIII.

Dichos, Astrea y Libia.

ASTREA. Este es, señor, su retiro,
á cuyos umbrales yo
á besaros me anticipo
la mano.
NINIAS. Del suelo alzad,
que en mis brazos os recibo,
por deciros que la ausencia
en mí nunca engendra olvido,
porque vengo muy gustoso
á veros amante y fino.
Entraré á ver á mi madre.
LIBIA. Ella, gran señor, nos dijo
que á nadie entrar se permita
dentro, aunque fuéseis vos mismo.
NINIAS. Si quien no fuese una dama
aqueso me hubiese dicho,
respondiera de otra suerte;
pero á vos basta deciros

que esos preceptos se entienden
con todos y no conmigo.
(*Aparta á Libia y entra.*)

LISIAS. ¡Qué prudencia!
LICAS. ¡Qué cordura!
LIBIA. ¡Qué severidad!
ASTREA. ¡Qué brío!

JORNADA SEGUNDA

Vista exterior del mauseolo de Nino.

ESCENA PRIMERA.

Licas, Friso, Flavio, gente y músicos.—El primero sale á un balcon con un estandarte, suenan chirimías y atabalillos.

LICAS. Oid, oid, oid, vasallos,
Ninias vive, Ninias reina;
decid todos ¡viva!
TODOS. ¡Viva
siglos y edades eternas!
(*Vanse todos, ménos Friso y Flavio.*)
FLAVIO. ¿Por qué tú al concurso faltas
y de la jura te ausentas?
FRISO. ¡Ah, Flavio! que aquestas voces,
que ufanas y lisonjeras
publican que Ninias viva,
publican que Friso muera;

porque siendo para todos
de alegría, gusto y fiesta,
son para mí solamente
de pena, llanto y tristeza.

FLAVIO. Pues ¿qué novedad, señor,
hay para que tú lo sientas?

FRISO. Si no lo sabes, escucha
lo que ha pasado en tu ausencia.
Vino á Babilonia Ninias,
y ganando su belleza
un comun afecto en todos,
ó fuese natural deuda,
ó heredero vasallaje,
ó confusa ó novelera
ceremonia de la plebe
(que esta es la opinion más cierta),
su nombre vió repetido
y aclamado de las lenguas
del vulgo, cuyos acentos
llegaron á las orejas
de Semíramis, que entónces
irritada de la queja
y ofendida del agravio,
y de la cólera ciega,
del gobierno desistió,
diciendo á voces que ella
el cetro y laurel dejaba
en su hijo. ¡Oh, cuánto yerra
quien grandes resoluciones
toma aprisa! pues es fuerza
que quien presto se resuelve,
presto tambien se arrepienta.
Yo pues, juzgando que aquello

más efecto no tuviera,
quise llevar adelante
las empeñadas finezas
de su servicio, creyendo
que su ambicion y soberbia
no habia de querer jamás
darse á partido, y que puesta
en castigar el motin,
se habia de salir resuelta
con todo, quedando yo
en su gracia, viendo que era
el que solo no habia dado
á su hijo la obediencia.
Entrambos discursos, Flavio,
me salieron mal, porque ella
observa desde aquel dia
una viudez tan severa,
que el sol apénas la vé,
y si el sol la vé, es apénas.
De todas las damas suyas
una sola sale y entra
á servirla, sin que otra
alguna el rostro la vea;
tanto, que entrando su hijo
á rendirla la obediencia,
le habló cubierta la cara
de un negro cendal, y en muestra
de que gustaba que él
gobernase, la diadema
y el cetro de oro, que fué
de Nino su esposo herencia,
le dió, y para coronarse
con tantas públicas muestras

como hoy hace Babilonia,
su permision y licencia.
Yo, pues, que por ella estaba
declarado, y que con guerras
civiles pensaba ver
á Babilonia revuelta,
no besé á Ninias la mano
ó se la besé por fuerza.
Hoy tan neutral mi fortuna
que por servir á la reina,
no serví al rey, siendo así
que á la que obligué se ausenta;
y al que ofendí se corona,
y siendo desta manera,
hoy que la nobleza y plebe
le jura y su mano besa,
y que mi hermano levanta
del mauseolo á las puertas
el estandarte por él,
yo huyo de su presencia,
porque esas festivas voces
son de mi fortuna exequias.

FLAVIO. Señor, si de aconsejarte
merezco alguna licencia,
no te extrañes con el rey,
llega con todos, y deja
que obre su enojo; no tú
te anticipes. Considera
que quizá el verte tan fino
ántes de ahora con la reina,
le obligará á que presuma
que con él lo serás.

FRISO. Esa

razon en un pecho, Flavio,
de sustancia y de prudencia
militada es; pero no
en el suyo, porque piensa
que, afeminado, de todo
se recata y se recela.
Pero tu consejo es bien
seguir, puesto que llega
con tanto acompañamiento;
en él quiero que me vea
entre todos.

ESCENA II.

Patio de Palacio.

Ninias, Lisias, Licas, Chato, acompañamiento y música. Luego Friso y Flavio.

TODOS. ¡Ninias viva
siglos y edades eternas!

NINIAS. Vasallos, deudos y amigos,
leal plebe, ilustre nobleza,
ya que Semíramis quiso,
mi señora y vuestra reina,
que yo os gobierne, y que ciña
el laurel, por su obediencia
áun más que por mi deseo,
á todos hacer quisiera
merced: y así en tanto
que la ocasion se me ofrezca
de honraros á todos, quiero
empezar á que se vea
en mis mercedes el gusto
que he de tener en hacerlas.

Una palabra que dí,
hoy ha de ser la primera
que cumpla; que á mi palabra
acudir ántes es fuerza. (*A Chato.*)
A Lidoro desatad
de aquella injusta cadena
en que está, y decid al punto
venga libre á mi presencia.
(*Váse Chato.*)

LISIAS. Señor, que con él piadoso
ándes, es noble clemencia;
mas no le dés libertad
absolutamente: piensa
que es poderoso contrario,
y que ántes que la tenga,
es justo asentar con él
que te ha de dar obediencia
y el feudo que dió á tu padre.

NINIAS. Tú, Lisias, me aconsejas
siempre lo mejor, y yo
seguir lo mejor quisiera;
y así, por este consejo,
por tus canas y experiencia,
Juez mayor te hago de Siria
y gobernador de ella.

LISIAS. Los piés te beso por tantas
honras y mercedes.

NINIAS. Deja
vanos agradecimientos;
más le debo á tu prudencia.
Licas.

LICAS. Señor.

NINIAS. General

eres ya de mar y tierra.
LICAS. Tus invictas plantas beso
por tantas, por tan inmensas
mercedes; pero, señor,
de no aceptarlas licencia
me has de dar.
NINIAS. ¿No es ser ingrato?
LICAS. No, gran señor, como adviertas
que del mar es general
Friso mi hermano, y no fuera
justo que aceptara cargo
que has de quitarle á él por fuerza.
NINIAS. Á Friso le hará merced
Semíramis, y con ella
no habrá menester más cargos
quien tiene los de la reina.
FRISO. Señor, verme á mí tan fino
con su majestad, debiera
advertirte que lo soy
con quien sirvo, y la fineza
más es mérito que culpa.
NINIAS. (*A Friso.*) Está bien. El cargo acepta;
(*A Licas.*)
que no es bien, por complacer
á Friso, que á mí me ofendas.
SOLD. 1.° Señor, yo soy el soldado
que, al advertir tu presencia,
el primero te aclamó
rey, y á quien le debes esta
majestad, que eterna goces.
NINIAS. Medio talento en las rentas
y tributos de Ascalon,
que por la muerte violenta

de Menon se confiscaron,
quiero que de sueldo tengas.
SOLD. 1.º Beso tus plantas.
FRISO. A mí
dellos Semíramis bella
merced me hizo
NINIAS. A este soldado
le hago yo, y es accion cuerda
el premiar á quien me sirve,
si á quien tú sirves te premia.
LISIAS. Señor, á hombre sedicioso,
aunque en tu favor lo sea,
no le honres, que es hacer
al delito consecuencia.
NINIAS. Advirtiéraismelo ántes;
que esta merced ya está hecha.
LISIAS. Con todo, de reformarla
me has de dar, señor, licencia.

ESCENA III.

Dichos, Lidoro y Chato.

LIDORO. Vivas, oh príncipe augusto,
en la verde primavera
de tu juventud lozana
la edad del sol, esa hoguera,
fénix del cielo, que nace
entre sus cenizas mesmas.
NINIAS. La libertad te ofrecí;
pero ántes que la tengas,
tengo que tratar contigo
Y así, de no hacer ausencia

sin mi gusto, la palabra
me has de dar, aunque te veas
libre de aquella prision.

LIDORO. ¿Qué importa estarlo de aquélla,
si con más seguridades
me prendes, señor, en ésta?
No la cadena le quita
al noble quien la cadena
le quita; ántes se la pone
más fuerte, pues cosa es cierta
que la de la obligacion
ni se lima, ni se mella.

NINIAS. De paso ayer me dijiste
que el pretexto de la guerra
que á Semíramis hacías,
por mí y por mi padre era,
y quiero tener mejor
entendida esta materia.

LIDORO. Yo, señor, te la diré.

NINIAS. No ha de ser, Lidoro, en esta
ocasion; con más espacio
y ménos gente saberla
quiero: mañana os dará
Lisias, Lidoro, audiencia,
y ahora, porque acusarme
la murmuracion no pueda
de que un breve instante tuve
la corona en mi cabeza
sin que como cosa mía
á mi madre se la ofrezca,
á su cuarto pasar quiero;
que cuando ella no consienta
que la vea, habré cumplido

con llegar hasta sus puertas,
CHATO. Licencia estas luengas canas,
por ser canas y ser luengas,
para hablarte una palabra
ántes que te ausentes, tengan.
NINIAS. Dí qué quieres, ya te escucho.
CHATO. Señor, tu madre y mi reina
me mandó que con Lidoro
tuviese muy grande cuenta,
porque el dia que faltase
de la trailla ó cadena,
me habia de poner á mí
por viejo perrazo de ella.
Tú me mandas que le suelte,
y así un recibo quisiera
tener tuyo.
NINIAS. Pues si yo
te lo mando, ¿qué recelas?
CHATO. Que se la antoje reinar
otra vez (que todo es que á ella,
sin razon ó con razon,
se la ponga en la cabeza)
y me diga: «Daca el preso.»
Si ahora tú me lo llevas
no se lo podré dacar.
NINIAS. ¡Que simplicidad tan necia!
CHATO. Señor, el viejo más simple
es compuesto de experiencias.
Mejor que tú la conozco;
pues tú puedes conocerla
como á quien parió, mas yo
como si yo la pariera.
Mandamiento de soltura

quiero.

NINIAS. El mandamiento sea.
que te hagan una libranza
de cien escudos de renta.

CHATO. Mil siglos estés de un lado
en la gloria sempiterna;
y hasta entónces, oh famoso
monarca, vivas dos suegras,
una sobre otra, que es
inmortal supervivencia.
Señor Lisias, ¿quién hace
estas libranzas de rentas?

LISIAS. Acudid á los Oficios. (*Vase.*)

CHATO. ¿Sabéis vos adónde sean,
señor Lidoro?

LIDORO. ¿De qué
queréis vos que yo lo sepa?

CHATO. ¿Sabéis vos hacer libranzas,
señor Friso?

FRISO. Quita, bestia.

CHATO. ¿Y vos, señor Licas?

LICAS. Loco,
aparta.

CHATO. ¿Hay cosa como ésta?
Mas ¿qué me admiro, si son
las mercedes palaciegas
jubileo, y no se ganan
sin hacer las diligencias? (*Váse.*)

ESCENA IV.

Friso y Licas.

LICAS. Ya, Friso, que los dos solos

hemos quedado, tus penas
hoy con mis felicidades
alivio y reparo tengan,
bien así como dos plantas,
que los naturales cuentan
que son cada una un veneno,
y estando juntas se templan
de suerte, que son entónces
la medicina más cierta.
Si tú estás triste, yo alegre;
si de pérdida estás, piensa
que estoy de ganancia yo;
partamos la diferencia
entre los dos, porque así
tristeza ni alegría puedan
descomponernos, mezclando
mi alegría y tu tristeza.
Tu cargo me han dado; nunca
más tuyo ha sido, pues.....

FRISO. Deja
de consolarme, porque es
decir, quien á otro consuela,
que siente; y yo en esta parte
no hay sentimiento que tenga.
Ni que tú seas dichoso,
ni que desdichado sea
yo, podrán hacer jamás
que postrada mi soberbia,
ni áun con el semblante diga
que eso estime ni esto sienta.
Hijo de la guerra soy,
y sabrá darme la guerra
ocasiones en que Ninias

conozca que esta sangrienta
cuchilla es rayo tan fuerte,
que ningun laurel respeta,
y podrá ser que amenace
tal vez el de su cabeza.

LICAS. Calla, calla: no pronuncies,
Friso, razon tan ajena
de tu obligacion, tu sangre,
tu valor y tu nobleza.
Ninias es rey natural
de Siria, y á su obediencia
has de estar más fino cuanto
más quejoso.

FRISO. Eso se cuenta
de muchas maneras, Licas.

LICAS. La pasion, Friso, te ciega,
tu hermano soy y tu amigo;
alma, honor, vida y hacienda,
todo es tuyo: mientras yo
felice soy, no te tengas
por infelice, pues tú
aún más que yo en mí gobiernas.
Esto ha de entenderse cuando
como quien nace procedas;
que si tropiezan tus piés
donde desbarre tu lengua,
ni tu hermano ni tu amigo
seré; porque considera
que tambien es esta espada
rayo que nada reserva,
y podrá ser que se manche
tal vez en tu sangre mesma. (*Vase*).

ESCENA V.

Friso, y Flora luego desde una ventana.

FRISO. Quien no teme á la fortuna
sus iras, ¿quieres que tema
tus amenazas? Pues yo,
aunque ruinas me prevengas,
he de buscar ocasiones
en que toda Siria vea
que sé vengar mis agravios
y sé sentir mis ofensas.
Batria ¿rebelada siempre
no está? pasaréme á ella,
y como ladron de casa,
haré á Babilonia guerra;
que hoy no hay defensa, pues hoy
Semíramis no gobierna.
Por ella y por mí las armas
he de tomar; porque vea
un jóven rey que vasallos
como yo no se desprecian.
La fama á voces dirá,
llena de plumas y lenguas,
cuando la pregunte el viento:
«¿Quién quitó de la cabeza
el laurel á Ninias?...»

FLORA. Friso.

FRISO. ¿Qué escucho? ¿Tan presto empieza
ya la fama á publicarlo,
que áun no aguarda á que suceda?

FLORA. Friso.

FRISO. Mi nombre otra vez

escuché. ¿Si de mi idea
fué ilusion? Nadie me mira.

FLORA. Hacia aquesta parte llega.

FRISO. De aquel cuarto de las damas
una ventana entreabierta
está, y de allí me han llamado;
oh tú, quien quiera que seas,
¿qué me mandas?

FLORA ¿Estáis solo?

FRISO. Sí, que nadie hay que hacer quiera
compañía á un desvalido.

FLORA. (*Echando un papel.*)
Pues tomad, y la respuesta
sea hacer lo que se os manda,
sin que ninguno lo entienda;
que os va el honor y la vida.
(*Quítase de la ventana.*)

FRISO. ¿Quién vió enigma como ésta?
Una mano solamente
ví, que rompió de la reja
la clausura, para darme
con misteriosa prudencia
este papel. No trae firma (*lo abre*)
y dice desta manera:
(*Lee.*) «Una mujer afligida
»que poco á su estrella debe,
»de vos á fiar se atreve
»fama, sér, honor y vida.
»Y pues se fía de vos,
»venid á verla; que abierta
»del jardin tendréis la puerta
»esta noche. Guárdeos Dios.»
¿Qué he de hacer en el empeño

de una confesion tan nueva?
Más, ¿qué pregunto? La duda
¿no es de mi valor ofensa?
¿Cómo me puedo excusar
de la obligacion y deuda
en que una mujer me pone,
diciendo que á mi nobleza
sér, honor y vida fía?
Y así esta noche iré á verla;
que aunque no sepa quién es,
que es mujer basta que sepa,
y que se ampara de mí,
para que arriesgue por ella
tambien sér, honor y vida,
ya que la naturaleza
les dió tales privilegios
sobre las acciones nuestras,
que áun primero que el amarlas,
nos obliga obedecerlas. (*Váse.*)

ESCENA VI. (1)

Sala de palacio.

Libia y Astrea, luego Ninias.

ASTREA. Ya que la reina ¡ay de mí!
dejarse ver no ha querido
del rey, y que él despedido
vuelve á pasar por aquí,
aquí, Libia, has de quedarte,
mientras yo á su majestad

(1) Esta escena se halla dividida en tres en el original.

llego á hablar.

LIBIA. De mi amistad
sabes que puedes fiarte.

ASTREA. Avisa si alguien viniere,
que no quiero que me vea
nadie con él.

NINIAS. (*Saliendo.*) Bella Astrea...

ASTREA. Más felicidad no espere
quien ha merecido aquí
llegar tu mano á besar.

NINIAS. Astrea, escucha; ¿podré hablar
delante de Libia?

ASTREA. Sí.

NINIAS. Pues ántes, divina Astrea,
que yo entrase aquí, sabía
que Semíramis no había
de permitir que la vea;
pero quise con aquella
ocasion entrar aquí,
por verte, mi bien, á ti,
más que por hablar con ella.
Pero, ¿qué es esto? En un dia
que á ser tan dichoso empieza,
¿son muestras de tu tristeza
parabien de mi alegría?
¿Tú lágrimas al mirar
mis felicidades?

ASTREA. Sí,
que haber lágrimas oí,
de placer y de pesar;
y en mí lo he llegado á ver
todo, pues cuando te adoro
como rey y amante, lloro

de pesar y de placer.
De placer, señor, por verte
dueño del mayor trofeo;
de pesar, porque me veo
indigna de merecerte;
y así, entre gustos y enojos,
doy á lisonjas y á agravios
el parabien con los labios
y el pésame con los ojos.

NINIAS. ¿Pudiste nunca ignorar
que era príncipe heredero
de Siria?

ASTREA. No, y á eso quiero
que responda un ejemplar.
Ninguno ignora, señor,
que su amigo ó que su hermano
es mortal; aquesto es llano;
pero ninguno el rigor
de serlo llega á sentir
tan anticipadamente,
que dé á entender que lo siente,
hasta que le ve morir.

NINIAS. Aunque es verdad que en la calma
del morir se vé perdida
la accion de aquello que es vida,
no el sér de aquello que es alma.
Alma en mí ha sido mi amor:
luego no la habrá mudado
el haberse hoy elevado
á esfera más superior.

ASTREA. ¿Pueden dos desigualdades
tales, tener proporcion?

NINIAS. Amor es dios, y no son

dos tantas dificultades.
Déjame entablar primero
en el reino; que no ignoro
de la fé con que te adoro,
la verdad con que te quiero,
Astrea; y cuán tuyo soy,
sepa despues tu amoroso
pecho, pues de ser tu esposo
mano y palabra te doy.
(*Arrodíllase Astrea.*)
¿Qué haces? (*Levantándola.*)

ASTREA. Este lugar tienen
por centro las glorias mias.

LIBIA. Licas, señor, y Lisias
entrando á esta sala vienen.

ASTREA. Pues yo que me ausente es bien,
por desvelar su sospecha.

NINIAS. Vete, que yo la deshecha
haré con Libia tambien,
dando á entender que ella fué
con quien hablaba yo aquí.
(*Váse Astrea.*)

LIBIA. Pues ¿no basta que de mí
te sirvas, señor, en que
te avise, sino querer
que padezca ahora yo
malicias de lo que no
he llegado á merecer.

NINIAS. Esto importa, y no te has de ir.
(*Toma la mano á Libia.*)

LIBIA. Suéltame, señor, la mano:
advierte.....

NINIAS. Porfías en vano.

ESCENA VII.

Dichos, Licas y Lísias.

LICAS. (*Ap.*) ¿Esto es mirar, ó morir?
LISIAS. Señor.....
LICAS. (*Ap.*) ¡Qué extraños recelos!
NINIAS ¿Qué queréis?
LISIAS. Licas y yo
venimos.....
LICAS. ¿Quién jamás vió
tan cara á cara sus célos?
LISIAS. Buscándote, porque ha habido
una grande novedad.
NINIAS. El ingenio y la beldad.
de Libia aquí divertido
me tenía ahora en contarme
la tristeza con que está
Semíramis: tal que ya
áun á mí no quiere hablarme,
Decídme vos, ¿cuál ha sido
esa novedad?
LISIAS. Señor,
Licas la dirá mejor,
que es quien la carta ha tenido.
LICAS. De Lidia un propio ha llegado,
é Iran, señor, me previene,
de Lidoro hijo, que viene
con grande ejército armado
á ponerle en libertad,
cuya multitud extraña
la más desierta campaña

vuelve poblada ciudad.

NINIAS. ¿Qué haremos para que haya
medio en tan grandes extremos?
¿No será bien que le démos
libertad, y que se vaya?

LISIAS. En ningun tiempo, señor,
te importa tenerle preso
más que ahora: á tanto exceso
la seguridad mayor
la vida suya ha de ser.

NINIAS. Dices bien; mas yo quisiera.
que guerra en Siria no hubiera.

LIBIAS. Pues no lo dés á entender;
que aunque el natural temor
en todos obra igualmente,
no mostrarle es ser valiente,
y esto es lo que hace el valor.

NINIAS. Venid conmigo los dos;
que los dos habéis de ser
los que habéis de disponer
el suceso. Libia, adios.

(*Vánse Ninias y Lisias.*)

ESCENA VIII.

Licas y Libia.

LICAS. Aunque el rey me espera, hablar
tengo; que célos que nacen
bastardos hijos del mar,
son tan vanos que se hacen
en cualquier parte lugar.

LIBIA. Pero ántes que me hables, deja

que responda á la intencion
con que tu labio se queja,
porque la satisfaccion
salga al camino á la queja.

LICAS. El rey estaba, y yo ví
que tu hermosa mano aquí
fué tiranamente aleve,
para él áspid de nieve,
y de fuego para mí.

LIBIA. La razon de tus enojos
no te la puedo negar;
mas los celos traen antojos
de aumento, con que engañar
á la ambicion de los ojos.

LICAS. ¿Puede ser que engaño sea
lo que ví?

LIBIA. ¿No puede ser?

LICAS. No, ni que yo te lo crea.

LIBIA. Pues si no lo has de creer,
no te diré...

LICAS. ¿Qué?...

LIBIA. Que Astrea
es á la que el rey amó,
que hablaba con él aquí;
que como á su padre vió
venir, se retiró, y yo
desecho de su amor fuí.

LICAS. Porque cese mi dolencia
á ella es razon que acuda;
que una celosa violencia
tarde de costumbres muda,
y suspira la evidencia.

LIBIA. Yo me holgaré de que sea

crisol el amor de Astrea,
que examine esta verdad.

LICAS. ¡Con cuánta facilidad
hará que yo se lo crea!

LIBIA. ¿Por qué?

LICAS. Porque estriba en ella
mi vida, porque se halla,
mi felicidad en vella,
y porque voy á buscalla
con ánimo de creella. (*Vánse.*)

ESCENA IX.

Jardin.—Es de noche.

Flora, Friso.

FLORA. Pisa con silencio.

FRISO. Apénas
darán, entre sombras tantas,
mudas señas de mis plantas
las flores y las arenas.

FLORA. No me pierdas, ven tras mí.

FRISO. Grande espacio hemos andado,
y no sufre el corazon
padecer la dilacion
de tan penoso cuidado
un instante más, porque
ya es un siglo cada instante.
No, pues dos veces amante
quieras, señora, que esté.
Dime si eres quien mandó
que á verte viniese aquí,

y aquel papel me arrojó.
FLORA. Sí.
FRISO. ¿Y eres quien me llama?
FLORA. No.
FRISO. Pues no me dilates más
el declararme quién fué.
FLORA. Quédate aquí solo; que
presto, Friso, lo verás. (*Váse.*)

ESCENA X.

Friso.

Confusa, pálida sombra,
del pasmo, el susto, el pavor,
madre infeliz, cuyo horror
atemoriza y asombra,
dime dónde me ha traido
mi loca temeridad;
y á tu atezada deidad,
diosa del sueño y olvido,
un templo fabricaré
de negro jaspe funesto,
de triste ciprés compuesto
el altar, y en él pondré
de negro azabache una
imágen tuya, tan bella,
que trémulamente della
sea lámpara la luna.
Díme, pues, dándome indicio
de que piadosa te ofreces,
y de que el voto agradeces,
miéntras llega el sacrificio,

dónde estoy, quién me llamó,
y quién esta mujer fué.

ESCENA XI.

Dicho y Semíramis; ésta sale de luto y con el rostro cubierto.

SEM. Yo, Friso, te lo diré.
FRISO. Pues decidme, ¿quién fué?
SEM. (*Descubriéndose.*) Yo.
FRISO. Ya es otra la duda mia,
viendo que en aqueste punto
á la noche lo pregunto,
y me lo responde el dia.
¿Vos sóis la que me llamáis?
SEM. Yo os escribí aquel papel.
FRISO. ¿Pues cómo decís en él
que honor, vida y sér fiáis,
señora, de mi valor,
como mujer afligida?
SEM. Porque mi honor, sér y vida,
ni es sér, ni vida, ni honor;
y de vos fiarlo intento,
porque sé que me servís
sólo vos.
FRISO. Bien lo advertís.
¿Qué mandáis?
SEM. Estadme atento.
Yo... mas primero que aquí
mi pecho os descubra osado,
decidme vos si restado
tendréis valor para...
FRISO. Sí.

SEM. Pues ¿cómo de aqueste modo,
ántes de oir para qué,
me respondéis?

FRISO. Porque sé
que le tengo para todo.

SEM. ¿Y dáisme palabra hoy?...

FRISO. Sí, señora.

SEM. ¿Antes de oir
de qué?

FRISO. Sí, que esto es decir
que para todo os la doy,
y porque confuso lucho,
cuanto imaginéis ofrezco
hacer, y si oirlo merezco,
decid.

SEM. Escuchad.

FRISO. Ya escucho.

SEM. Yo de Nino mujer y dél viuda,
reiné en Siria.

FRISO. Mi pecho no lo duda.

SEM. Corrió voz que alevosa
muerte le dí.

FRISO. La envidia es maliciosa.

SEM. Con esta accion, Lidoro
á Babilonia vino.

FRISO. No lo ignoro.

SEM. Díjome que cruel tiranizaba
á mi hijo el laurel.

FRISO. Presente estaba.

SEM. Por él envié al instante.

FRISO. Sé que vino tambien, pasa adelante.

SEM. Vencí á Lidoro en singular batalla.

FRISO. Tu peine lo dirá, no hay que acordalla.

SEM. Volviendo victoriosa,
hallé...
FRISO. Nobleza y plebe sospechosa.
SEM. De Ninias esparcido el nombre al viento
FRISO. Aun ahora parece que lo siento.
SEM. Del aplauso ofendida...
FRISO. Ya lo sé; que el dolor nunca se olvida;
hasta aquí sé de tus desdichas graves.
SEM. Pues oye desde aquí lo que no sabes.
Si al corazon que late en este pecho
todo el orbe cabal le vino estrecho,
¿qué le vendrá un retrato tan esquivo
que tumba es breve á mi cadáver vivo?
Yo, Friso, arrepentida
de verme, tan á costa de mi vida,
en mí misma vengada,
vivo, si esto es vivir, desesperada.
Esta quietud me ofende,
matarme aquesta soledad pretende,
angústiame esta sombra,
esta calma me asusta,
esta paz me disgusta,
este pavor me asombra,
y este silencio, en fin, tanto me oprime,
que un fatal principio me comprime.
Ninias es mi retrato,
pues con sus mismas señas robar trato
la majestad; que sin piedad alguna
ladrona me he de hacer de mi fortuna
Para robo tan grave,
el paso me asegura aquesta llave.
Que ya, vencido el miedo,
con haberlo pensado, llegar puedo

del rey al cuarto. Cuando
las sombras de la noche sepultando
su vida, esté en el silencio mudo
de su sueño, no dudo
que tapando su boca
con los fáciles nudos de esta toca,
podré ciego traerle
donde el sol otra vez no llegue á verle,
en su lugar quedando
yo, con mentido sexo, gobernando.
Para tan grande empeño
me he de valer de ti, después del sueño.
De ti quise fiarme,
de tí, Friso, valerme y ampararme.
Mujer soy afligida,
pues vivo sin reinar, no tengo vida.
Mi sér era mi reino;
sin sér estoy, supuesto que no reino.
Mi honor mi imperio era;
sin él, honor no tengo; de manera
que á tus plantas rendida,
fio de ti mi honor, mi sér, mi vida.

FRISO. Si desde el mismo instante
que como á tu espíritu arrogante,
no me ofrecí á servirte,
fué, señora, por no dejar de oirte.
Tuyo soy, tuyo he sido;
de mi eleccion estoy desvanecido;
y pues la noche ya caduca baja
embozada en su lóbrega mortaja,
hasta el cuarto pasemos
del rey, no porque nada efectuemos,
sino porque veamos

en qué disposicion su gente hallamos,
para ir previniendo
el dónde, el cómo y cuándo.

SEM. Ya te entiendo,
y la respuesta sea
apagar esta llama: así se vea
cuánto desalumbradas mis locuras
aborrecen la luz y obran á oscuras.
Ven ahora conmigo;
que yo te he de ayudar.

FRISO. Tus pasos sigo.
(*Ap.*) Cumplióse mi esperanza:
trajo el cielo á mis manos la venganza.
(*Vánse.*)

ESCENA XII.

Cámara del Rey.

Lisias, Chato, con luz.

LISIAS. ¿Cómo vos estáis aquí
á esta hora?

CHATO. Mi oficio es éste.

LISIAS. Vuestro oficio ¿allá en la caza
el ejercicio no tiene?

CHATO. Concedo.

LISIAS. Pues ¿cómo lo es
el entrar en el retrete
del rey á esta hora?

CHATO. Escuchadme,
responderé en forma y breve.

Alimentar es mi oficio
los perros.

LISIAS. Pues bien, ¿qué tiene
que ver eso con entrar
aquí?

CHATO. Ahora lo veredes.
Mandóme el rey cien escudos;
ninguno escribirme quiere
la libranza: siendo así
que ha sido, señor, aqueste
un puesto que el rey me ha dado,
¿buscarle aquí no conviene,
para darle cuenta dél
siempre que me la pidiere?

LISIAS. ¡Qué necedades! Por vida
del Rey...

ESCENA XIII.

Dichos y Licas.

LICAS. ¿Qué rumor es éste?

LISIAS. Este loco, ese villano,
que aquí se ha entrado.

LICAS. ¿Qué quieres,
Chato, aquí?

CHATO. Lo dicho, dicho:
no he de decirlo dos veces;
que es contra el arte, y habrá
un crítico que lo enmiende.

LICAS. Vete de aquí.

CHATO. Yo me iré.
En palacio, finalmente,

toda es gente honrada; pero
mi libranza no parece. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

Dichos, ménos Chato.

LISIAS. ¿Qué hace el rey?
LICAS. Medio desnudo,
quiso ver unos papeles,
y dormido se ha quedado
sobre ellos y en el bufete;
que esta es la señal que sólo
dan de mortales los reyes.
Yo, aunque conozco que ya
es hora de recogerse,
no me atrevo á despertarle,
por el gusto con que duerme.
LISAIS. Bien has hecho: la cortina
le corre, hasta que despierte
y llame, que él llamará
si despertare.
LICAS. (*Ap.*) ¡Qué fuerte!
pasion es la de los célos!
¿Si el rey ama á Libia?
LISIAS Vente.
Dejémosle reposar. (*Vánse.*)

ESCENA XV.

Semíramis, Friso.

FRISO. Nada se oye.
SEM. Ya debe

de estar recogido.
FRISO. No hace;
que allí vestido se ofrece,
en una silla dormido.
SEM. Mucho extraño que le dejen
tan solo.
FRISO. Pues por si acaso
ha sido descuido este,
y no sucede otra vez,
logrémosle hoy que sucede.
SEM. En un pensamiento estamos.
FRISO. Las grandes acciones suelen
hacerse acaso mejor
que cuando se piensan. ¿Quieres
que boca y rostro le tape,
porque así no conocerme
pueda, ni pueda dar voces,
y á tu cuarto me lo lleve?
SEM. Sí, toma aqueste cendal,
y miéntras que tú le prendes,
cerraré esta puerta yo,
porque nadie á tiempo llegue
que nos estorbe; que luégo
disculparé fácilmente
haberla cerrado, como
una vez la accion se acierte.
FRISO. Pues á cerrar tú la puerta,
y yo, señora, á prenderle.
SEM. Fortuna, si á los osados
se dice que favoreces,
yo lo soy.
FRISO. Infeliz jóven,
tu desdicha te condena

á esta prision de mortal,
puesto que eres rey y duermes.
(*Semíramis cierra la puerta; Friso entra en el dormitorio de Ninias, suena ruido y cae el bufete.*)

ESCENA XVI.

Dichos y Ninias.

NINIAS. (*Dentro.*) ¡Ay de mí! ¿Qué es esto?
FRISO. Es
un traidor leal, que ofende
á su rey con la disculpa
de que á su reina obedece.
NINIAS. ¡Licas! ¡Lisias!
(*Sale Friso con Ninias en brazos, tapado el rostro.*)
SEM. En vano
con él aquí te detienes:
llévale presto á mi cuarto.
(*Váse Friso con Ninias.*)

ESCENA XVII.

Semíramis, Licas y Lisias.

LICAS. (*Dentro.*) Pasos y rüido escucho
LISIAS. (*Id.*) Dentro entremos.
SEM. Gente viene
LICAS. (*Dentro.*) Gerrada la puerta está.
LISIAS. (*Id.*) ¿Quién hay dentro que la cierre?
SEM. (*Aparte.*) Perdí la ocasion mejor,
puesto que no puede hacerse

tan sin ruido, que allá fuera
no lo sientan.

(*Se oyen golpes.*)

LISIAS. (*Dentro.*) ¿Qué pretendes?

LICAS. (*Dentro.*) Abrir la puerta, y entrar
á ver qué rumor es éste.

SEM. ¡Ay de mí! ¿qué puedo hacer?
Si me voy y cuando lleguen
no hallan á nadie, es hacer
que algo en mi daño sospechen;
si llegan á verme aquí
y á Ninias no, inconveniente
es mayor: todo, el valor
y el ingenio lo remedie.

(*Desnúdase y queda en jubon.*)

Esconderé aquestas ropas;
depositadas se queden
debajo de aqueste lecho.

(*Cae la puerta y entran Licas y Lisias.*)

LISIAS. Señor, ¿qué rumor es éste?

SEM. Ninguno: al sueño rendido
estaba, y él entre leves
fantasías me obligó
á que alterado despierte;
y así, con aquel furor
tropecé y cayó el bufete.

LICAS. ¿Luego aquí ninguno andaba?

SEM. No.

LISIAS. Pues dime, ¿cómo tienes
por dentro aquesta puerta
cerrada?

SEM. Como yó, al verme
con el pavor de aquel sueño,

cerré temerosamente;
propio efecto de un temor,
obrar lo que ántes se ofrece.
LICAS. ¿Que no pueda hacer contigo
que no digas que le tienes?
LISIAS. Aunque á tu voz dar es fuerza
crédito, á mí me parece
y jurara, que habia oido
pasos y habla de más gentes.
SEM. Yo solo estaba...

ESCENA XVIII.

Dichos y Friso.

FRISO. Ya queda...
(*Ap.*) Mas ¡ay de mí! que imprudente
volví!
LICAS. Un hombre allí llegó,
y al vernos la espalda vuelve.
SEM. ¡Hombre aquí! No, no es posible.
LICÀS. Ya es fuerza verlo.
SEM. ¿Quién eres?
FRISO. Yo soy, Licas.
LICAS. Pues ¡tú aquí!
LISIAS. (*Ap.*) ¡Grave mal!
SEM. (*Id.*) ¡Empeño fuerte!
LCIAS. Traidor hermano...
SEM. Pues, Friso,
¿vos sois? Matadle, prendedle.
(*Ap. á él.*) No temas; que hacer ahora
esta deshecha conviene.
LICAS. Yo sacaré de mi sangre

el escrúpulo...

FRISO. Detente;
que en sabiendo el rey á qué
y por dónde entré, me tiene
que agradecer, no culpar.

LICAS. Dílo, pues.

FRISO. A él solamente
he de decirlo.

SEM. Apartaos
todos, porque solo llegue.
(*Ap. á él.*) Friso, ¿dónde queda Ninias?

FRISO. Encerrrado en el retrete
prevenido para él.

SEM. ¿Vióle alguien?

FRISO. Solamente
Flora, de quien te has fiado.
¿Qué ha habido acá?

SEM. Mil crueles
sospechas; pero ya todas
mi ingénio las desvanece,
porque ya ninguna toca
en lo principal, pues creen
que soy Ninias.

FRISO. Y dí, ahora
¿tengo de dejar prenderme?

SEM. No, yo lo remediaré.

FRISO. ¿De qué suerte?

SEM. Desta suerte.
¡Oh Friso! dáme los brazos,
pues hoy la vida me vuelves.

LISIAS. ¿Qué es aquello?

LICAS. El rey le abraza.

SEM. ¿Qué os admira? ¿Qué os sorprende?

Todo el enojo con Friso
en agrado se convierte.
Semíramis, que en fin es
madre, y como así me quiere,
me envía con él un aviso,
en que me dice y me advierte
de quién me debo guardar
y de quién fiarme. A este
fin, por su cuarto á esta hora
quiso que secretamente
bajase; y así desde hoy
más atentos y prudentes
vivid todos, porque sé
quién me sirve y quién me ofende.

LICÁS. Señor, pues ¿quién?...

SEM. Esto basta
que os diga por ahora, y cesen
sospechas; que aunque con todos
hablo, sólo uno me entiende.
Tomad esa luz, entrad
á acostarme. (*Ap.*) El mundo tiemble
de Semíramis, pues hoy
otra vez á reinar vuelve. (*Váse.*)

LICAS. ¿Qué le habrá dicho?

LISIAS. No sé.

LICAS. Mas si la reina le advierte
algo, será de los dos.

LISIAS. Temblando quedé de verle
airado.

LICAS. ¡Extraña mudanza!
Friso, ¿qué secreto es este
que al rey has dicho?

FRISO. Bien grande.

LICAS. Pues ¿no podré yo saberle?
FRISO. ¿No basta que sepas, Licas,
que si cual noble procedes,
tendrás hermaño y amigo
en mí? Pero si no, atiende,
que soy quien soy, y este acero
sabrá á un hermano dar muerte.

JORNADA TERCERA

Sala de palacio.

ESCENA PRIMERA.

Salen Licas por un lado, Friso por otro; después gente.

FRISO. (*Para sí.*) Bien va sucediendo todo,
no hay en la corte quien haya
entrado en malicia alguna
de entender que Ninias falta.
LICAS. (*Id.*) Extrañóse el rey anoche
conmigo, porque tirana
Semíramis le avisó
de no sé qué que no alcanza
mi discurso, siendo Friso
tercero de mi desgracia.
Lo que le dijo no sé,
porque áun de mí lo recata.

¿Qué será?

FRISO. ¡Oh Licas!

LICAS. ¡Oh Friso!
quejoso estoy de que haya
en ti para mí secreto,
y más de tanta importancia.

FRISO. Los secretos de los reyes,
Licas, tienen fuerzà tanta,
que el silencio los ignora,
con ser él el que los guarda.
Así, pues, Licas hermano,
lo más que la confianza
puede permitir que diga
es decir que una palabra
sola de ti no la dije,
y esto que te diga basta.

LICAS. Que se lo digas ó no,
poco, Friso, me acobarda,
porque como yo obro bien,
lo demás no importa nada.

FRISO. Muchos obran bien y son
sus fortunas desgraciadas.

LICAS. La desgracia nunca es culpa.

FRISO. Sí, pero siempre es desgracia.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Plaza, plaza!

LICAS. Ya el rey sale
dando audiencia.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Plaza, plaza!

ESCENA II.

Salen un Soldado, Chato y gente con memoriales. Soldados de guardia, Semíramis y detrás Lisias, Friso y Licas.

UNO. Señor, un pobre soldado.....
SEM. El memorial: esto basta.
OTRO. Criado fuí, señor, de Nino,
á quien serví edades largas.
SEM. Está bien.
OTRO. Ante vos pido
justicia de quien me agravia.
SEM. Yo lo haré ver. (*Ap.*) ¡Cuánto, cielos,
esta vanidad me agrada!
¡Oh qué gran gusto es mirar
tantas gentes á mis plantas!
SOLD. 1.° Señor, vuestra majestad
me hizo merced que gozara
en tributos de Ascalon
un sueldo por mis hazañas;
Lisias, que está presente,
en el despacho repara.
SEM. ¿Por qué, Lisias?
LISIAS. Señor,
¿ya no te dije la causa?
SEM. Sí, mas no me acuerdo bien,
como acudo á cosas tantas.
SOLD. 1.° Yo, señor, la diré. El dia
que por Babilonia entrabas,
tu nombre aclamé primerò,
repitiendo en voces altas:
«¡Viva Ninias nuestro rey!»

y tomé por ti las armas:
por eso, merced me hiciste.

LISIAS. Y yo, que no se la hagas
estorbo á hombres sediciosos,
y que pudo allí ser causa
de perderse toda Siria,
á no haber con tal constancia
tomado tan grande acuerdo
Semíramis.

SEM. ¿Tú, en fin, fuiste
el primero que me aclama?

SOLD. 1.º Sí, señor, y yo libré
de la injusta, la tirana
sujecion en que tenía
Semíramis nuestra patria.

SEM. ¿Todo eso te debo?

SOLD. 1.º Y diera
por ti la vida.

SEM. ¡Qué rara
lealtad! ¡Hola!

SOLDS. Señor.

SOLD. 1.º (*Ap.*) Hoy
grandes venturas me aguardan.

SEM. Ese soldado llevad,
y de la almena más alta
le colgad para escarmiento
de cuantos en Siria pagan
sediciones y alborotos.

SOLD. 1.º Pues ayer ¿no me premiabas?

SEM. Ayer premié y hoy castigo;
que si ayer una ignorancia
hice, hoy no la he de hacer, á todos
diciendo una accion tan rara,

que de lo que errase hoy,
sabré enmendarme mañana.
Llevadle.

LISIAS. Señor, advierte
que de un extremo á otro pasas.

SEM. ¿Cómo he de obrar, si á ti el premio
ni el castigo no te agrada?

LISIAS. ¡Con el medio!

SEM. Nunca fué
capaz de medio esta instancia
si obró mal ó bien: si obró
bien, ¿por qué el premio embarazas?
y si mal, ¿por qué el castigo?
y en fin, atiende y repara
que las públicas acciones
del vulgo debe premiarlas
ó castigarlas el rey;
que en sólo ellas no hay templanza.

LISIAS. No conozco tus discursos.

SEM. Neciamente los extrañas;
que ya no soy el que fuí;
que el reinar da nueva alma.
Y así, si piensas que soy
quien piensas, Lisias, te engañas.

LISIAS. En todo te desconozco.
(*Llévanse al soldado.*)

FRISO. Bien claro ha dicho la causa.

CHATO. (*Ap.*) Muy bien despachado va;
no le arriendo la ganancia.
A mi libranza me atengo,
merecida por mis guardas
y mis canas. (*Alto.*) A barrer
me da, gran señor, tus plantas,

puesto que barre y no besa,
quien tiene escoba por barba.

SEM. ¡Chato! pues ¿cómo has dejado
de ser de Lidoro guarda?

CHATO. ¡Bueno es eso! Si tú mismo
de la cadena le sacas,
¿cómo por él me preguntas?

SEM. Dices bien, no me acordaba.
(*Ap.*) En todo cuanto dejé
yo dispuesto hallo mudanza.
(*Alto.*) ¿Qué quieres?

CHATO. Que me confirmes
y firmes esta libranza.

SEM. ¿Qué libranza es ésta?

CHATO. ¿Todo
se te olvida?

SEM. ¿Qué te espanta?
Hay mucho de qué cuidar.

CHATO. Pues yo te traeré mañana
un poco de anacardina...
Y ahora ésta en la que mandas
que cien escudos de renta
se me sitúen, á causa
del tiempo que como un perro
á la reina serví en tantas
fortunas, pues la serví
siendo mónstruo en las montañas,
siendo dama en Ascalon,
siendo en las selvas villana,
siendo en palacio señora,
y reina en Nínive. ¡Ah! ¡cuánta
mala condicion sufrí
en todas esas mudanzas!

SEM. Es mala.
CHATO. Mucho.
SEM. Ya sé
que esto te ofrecí.
CHATO. A Dios gracias.
SEM. Pero de aquesta manera
la firmo. (*Rompe la libranza.*)
CHATO. ¿Por qué la rasgas?
SEM. Porque estas mercedes son
de los soldados que hayan
servido en la guerra, no
de los juglares que andan
en los palacios medrando,
hecho caudal la ignorancia.
Toma. (*Le tira los papeles.*)
CHATO. ¡Así, cielos, se ofende
á la nieve destas canas!
¿Para ver estos oprobios,
caduca vejez cansada,
duraste tanto? Llorad,
ojos, regando las blancas
hebras que de lienzo sirven
en los ojos, de mortaja
en el pecho. ¡Oh rey lampiño!
Como no entiendes de barbas,
no las honras. A mis dias
no llegarás.
SEM. Calla, calla,
villano, y esa malicia
no se irá sin castigarla.
Llevadle de aquí y atadle
á él como Lidoro estaba.
CHATO. ¿Por qué me han de atar?

SEM. Por loco.
CHATO. Pues si tú mismo me mandas
que le suelte...
SEM. No hice tal.
CHATO. Testigos hay en la sala
de que miente vuestra alteza,
aunque no me dé libranza.
(*Llévanle los soldados y se retira la gente.*)

ESCENA III.

Semíramis, Lisias, Friso, Licas y Soldados.

LISIAS. Todo eres rigores hoy.
SEM. No te admires: que aún te falta
mucho que ver. Friso, ¿cómo
en llegar á hablarme tarda?
FRISO. Como ocupado, señor,
en los despachos estabas.....
SEM. Para ti, ¿qué ocupacion
puede haber?
FRISO. ¿Cómo te hallas?
SEM. Muy bien; (*Bajo á Fris.*) que en efecto estoy
servida é idolatrada
de los mismos que quisieron
verse sin mí. Sólo falta
á mis grandezas el gusto
de hacerte merced.
FRISO. Tus plantas
beso mil veces.
SEM. ¿Qué quieres?
Pide.
FRISO. Si de ti llegara

á merecer una dicha,
ella sola fuera paga
de mis deseos.

SEM. ¿Qué es?
dilo: ¿de qué te acobardas?

FRISO. Astrea, hija de Lisias,
es la deidad que idolatra
mi pecho.

SEM. Ya te he entendido,
y presto verás con cuántas
véras trato con Lisias
que el desposorio se haga,
y á ella misma la diré
que es mi gusto.

FRISO. Edades largas
vivas.

LICAS. (*Ap. á Lis.*) De aquestos secretos
nacen mis desconfianzas.

LISIAS. Y las mias, que no sé
qué áspid entre los dos anda.

SEM. (*Ap. á Friso.*) ¿Hablaba Licas contigo?

FRISO. (*Id. á Sem.*) Sí, señora.

SEM. (*Id.*) ¿De qué hablábais?

FRISO. (*Id.*) De temores y recelos,
que el ver tu ceño le causa.

SEM. (*Id.*) Hace muy bien en temer;
que ninguno mi venganza
primero examinará,
supuesto que su ignorancia
jamás entenderme pudo.
(*Ap.*) ¡Oh injusta, oh vana, oh tirana
pasion! todavía estás
en lo secreto del alma,

pero yo te venceré
con silencio.

LICAS. (*Ap.*) Entre sí habla
mirándome el rey.

SEM. (*Id.*) Memoria
nada me acuerdes.

LICAS. (*Id.*) Mal haya
quien quiere vivir atento
al semblante de otra cara,
veleta del corazon,
sujeta á cualquier mudanza.

SEM. (*Alto.*) Lisias, ¿qué hay de Lidoro?

LISIAS. Que como tú, señor, mandas,
está en palacio, debajo
del homenaje y palabra
que te dió.

SEM. Ya sé yo eso;
lo que pregunto es: ¿qué trata?

LISIAS. Ha sabido cómo Iran,
su hijo, á Babilonia marcha
á ponerle en libertad,
y al fin para hablarte, aguarda
la audiencia que le ofreciste.

SEM. Pues al instante le llama;
que quiero saber qué intenta
su deseo.

LISIAS. Aquí fuera estaba. (*Váse.*)

LICAS. (*Ap.*) Que no hable el rey conmigo
ni una tan sola palabra.

ESCENA IV.

Dichos, Lisias y Lidoro.

LIDORO. Dame, gran señor, tu mano.
SEM. Alza del suelo, levanta.
LIDORO. Ayer, señor, me dijiste
que te dijese la causa
que me obligó á hacer la guerra,
y aunque ésta sola bastaba
para venir hoy á hablarte,
otra novedad extraña,
que ahora he sabido, me trae
con más afecto á tus plantas.
Que por tu padre y por ti
aquella accion intentaba
contra Semíramis, dije,
y fué porque su tirana
condicion á un mismo tiempo
á ti y á tu padre quitaba
el imperio.
SEM. Espera, espera,
no diga más, calla, calla;
Semíramis es mi reina,
mi señora y madre, y cuantas
sospechas della se fingen,
lo mismo á mí que á ella agravian.
Tu ambicion te hizo buscar
proposiciones tan falsas,
loco, bárbaro, atrevido.
Ahora sé que te trataba
dignamente como á bruto

y áun era poca venganza.
LIDORO. Señor, yo.... si tú.....
SEM. No más
á esotro discurso pasa,
y éste á perpetuo silencio
le condena. Dí y repara...
LIDORO. ¿Qué?
SEM. Que habla mal de mí quien
mal de Semíramis habla.
Dí.
LIDORO. Deja que cobre aliento;
FRISO. ¡Qué prudencia! (*Aparte á L.*).
LICAS. ¡Y qué mudanza!
LIDORO. Yo he sabido que mi hijo
hacia Babilonia marcha.
Si me dáis, señor, licencia
de que al camino le salga
á estorbar la accion que intenta...
SEM. Con eso otra vez me agravias.
Bueno fuera que dijese
despues de Ninias la fama
que se valió de tu medio,
para que no le llegara
un rapaz á poner sitio,
ó presentar la batalla.
Pero porque no se diga
que esta libertad que alcanzas
es por temor, hoy primero
á otra prision más extraña
te he de reducir, y luego
en esas almenas altas
he de poner tu cabeza,
porque vea la arrogancia

de tu gente que la irrito,
y no respeto. Y el alba
mañana apénas saldrá
por troneras de oro y nácar,
cuando en busca suya marche
yo; y cuando tu hijo traiga
animados los peñascos
de Lidia, y en las campañas
errantes ciudades sean
sus tropas y sus escuadras,
verás asustarse todos
al crujido de mis armas.

FRISO. (*Ap.*) ¡Qué confusos están todos!

LIDORO. (*Id.*) ¿Cobarde á este jóven llaman?
Temblando de verle estoy.

SEM. Lisias.
Señor, ¿qué mandas?

LISIAS. Que á Lidoro llevéis preso
á la más oscura estancia
desa torre de palacio.

LIDORO. Libertad me diste.

SEM. En causas
que sobrevienen de nuevo,
no hay contrata.

LIDORO. Pues repara
que si tú en prision me pones,
del homenaje y palabra
libre estoy, pues ya no estoy
preso sobre confianza.

SEM. Es verdad; pero ¿qué importa,
si te aseguran las guardas?

(*Vánse los soldados llevando á Lidoro.*)

ESCENA V.

Semíramis y Licas.

LICAS. Hasta aquí, señor, callé,
sin saber por qué me tratan
tan severos tus rigores;
mas oyendo lo que mandas.
Puesta la boca en tu mano,
puesto el baston á tus plantas,
acosado el sufrimiento,
es fuerza que al labio salga.
¿Yo tu nombre no aclamé,
no siguiendo ni ayudando
de Semíramis el bando,
cuya lealtad quizá fué
debida sólo al ver que
yo su parte no seguía?
¿No me honraste? pues un dia
¿qué desengaños te dá?

SEM. Desos servicios quizá
nace la indignacion mía.

LICAS. Enigmas son cuanto habláis.

SEM. Pues no discurráis en ellas;
que es tarde para entendellas;
sinó idos; que me dáis
enojo cuanto aquí estáis.

LICAS. Ya que me envías quejoso,
me enviéis siquiera honrado;
quédase lo desdichado
con algo de lo dichoso.
Libia ha sido dueño hermoso

que he idolatrado rendido;
Libia el rayo que ha podido,
arpon de fuego, abrasarme;
y así, para desposarme
con ella, licencia os pido.

SEM. (*Ap.*) ¿Quién vió más nuevo rigor?
¿qué es esto que escucho, cielos?
No avives, cierzo de celos,
cenizas de un muerto amor.

LICAS. (*Id.*) Sentido lo há: mi temor
no fué en vano.

SEM. (*Id.*) Ira cruel,
¿tengo de verle que fiel
á otra ame el que mereció
un afecto mio, aunque nó
mereciese saber dél?

LICAS. Sólo este alivio prevengo
del influjo de mi estrella.

SEM. (*Ap.*) Equivocaré con ella
los celos hoy que dél tengo,
pues desta manera vengo
mis sentimientos.

LICAS. Señor,
¿qué respondéis?

SEM. Que error
es que ese premio esperéis;
que soy yo á quien ofendéis
en tener á Libia amor.

LICAS. ¿Qué es esto, piadosos cielos!
No en vano ¡ay de mí! no en vano
discurrí, al oir que no eran
de Semíramis engaños
los que con el rey pudieron

facilitar más agravios;
que celos de Libia eran.
Mas era argumento claro,
que pues son envidia, fuesen
de la fortuna contrarios. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Semíramis, Libia, Astrea y Friso.

SEM. (*A Astrea.*) Hoy Friso me ha pedido,
bella Astrea, que tu mano
le conceda, premio digno
con que sus méritos pago.

ASTREA. ¿Cómo tan presto te olvidas,
gran señor, de que te he dado
mi voluntad, alma y vida?
Pero de nada me espanto.

SEM. (*Ap.*) (Sin duda el príncipe á Astrea,
como juntos se criaron,
festeja.) De tu obediencia
con razon, Astrea, aguardo
que sabiendo que es mi gusto,
tú no podrás excusarlo.
(*Tocan cajas dentro.*)
Mas ¿qué es esto?

ESCENA VII.

Lisias y dichos.

LISIAS. Ya, señor,
se descubren de los altos
homenages desas torres

los ejércitos formados
de Lidia.

SEM. (*Le abraza.*) Toma en albricias.
Á recibirlos salgamos;
y si Semíramis hizo
paréntesis su tocado
de una victoria, hoy lo sea
la plática que tratando
estamos. Astrea y Libia,
en venciendo vuelvo á hablaros.
(*Váse.*)

ESCENA VIII.

Friso, Licas, Astrea y Libia.

LICAS. (*A Lib.*) Es decir, que el rey te quiere;
dí ahora que yo me engaño,

FRISO. (*A Astr.*) Cuanto has respondido al rey,
te escuché, dueño tirano.

ASTREA. Yo lo estimo: así otra vez
me excusas de confesarlo.

LIBIA. Yo sabré morir sintiendo.

LICAS. Vivir sabré yo olvidando.

FRISO. Yo aborreciendo vivir.

ASTREA. Y yo padecer amando.
(*Vánse.*)

ESCENA IX.

Campos de Babilonia.

Iran, Anteo, Lidoro y Soldados.

LDORO. (*Saliendo.*) Decidme, moradores de la Lidi
¿dónde entre tropas tantas
vuestro príncipe está?
ANTEO. Puesto á tus plantas,
señor y padre mio,
sin alma, sin accion, sin albedrío
LIDORO. Una y mil veces sea
felice, hijo, el dia que te vea.
ANTEO. A todos dá tu mano.
LIDORO. ¡Oh noble Anteo!
¡Oh amigos!
IRAN. ¿Es posible que te veo?
LIDORO. En esta torre estaba
preso, la gente ví que se acercaba
al muro, y lima sorda de la reja
fué, no sé si mi mano, ó si mi queja.
ANTEO. Habiendo tú llegado, (*dále el baston.*)
tú eres el general, yo tu soldado.
LIDORO. Pues marche en buen concierto
la vaga poblacion de este desierto,
la vuelta de aquel muelle que allí cierra.
el paso con el rio...
SOLDADOS. (*Dentro.*) Guerra, guerra.
(*Suenan cajas. Dáse la batalla con mucho estruendo.*)

ESCENA X.

Monte.

Chato.

A perro viejo no hay
tús, tús, dice allá un proverbio
y yo acá tambien lo digo,
puesto que soy perro viejo.
Sin ser pescador, apénas
ví que andaba el rio revuelto,
cuando dije: «La ganancia
es mia.» ¿Qué hago? tomo y vengo,
y rompo aquesta cadena,
y de madre é hijo huyendo
(que es tan malo uno como otro),
pasarme á otra tierra quiero.
Trabada está la batalla,
y en tanto que los encuentros
se barajan, quiero yo
echar á esta suerte el resto.
¡Cuerpo de Apolo conmigo,
y cuál anda allí el estruendo!
Y áun aquí; que derramados
los dos ejércitos, veo
no dejar alguna parte
que no ocupen, pues no tengo
dónde esconderme; la santa
mortecina hacer intento,
tiéndome de largo á largo.

ESCENA XI.

Dicho y Semíramis.

SEM. (*Dentro.*) ¡Ay de mí!

CHATO. Ya no me tiendo,
porque por aqueste lado
bajar despeñado veo
un hombre, y no es bien quitarle
que él haga el papel de muerto.
Cada uno á lo que le toca
acuda...

(*Sale Semíramis cubierto el cuerpo de flechas y el rostro de sangre. Cae en tierra.*)

SEM. ¡Valedme, cielos!

CHATO. (*Ap.*) Y así, acuda yo á esconderme
y él á morirse.

SEM. ¡Ah! qué presto
has acabado, fortuna,
con mi vida y con mis hechos!

CHATO. La voz quiero conocer,
aunque es verdad que no quiero.

ESCENA XII.

Dichos, Lidoro y Soldados.

SOLD. (*Dentro.*) ¡Viva Lidia!

LIDORO. (*Id.*) La victoria
seguid, que hoy es el dia nuestro.

SEM. (*Oyendo el ruido de la cadena de Chato.*)
¿Són de prisiones se mezcla

con los marciales estruendos?

CHATO. (*Ap.*) Es la cadena de un galgo,
que anda por aquesos cerros
á caza de liebres, y es
el galgo y la liebre á un tiempo.

SEM. ¿Qué quieres, Menon, de mí,
de sangre el rostro cubierto?
¿Qué quieres, Nino, el semblante
tan pálido y macilento?
¿Qué quieres, Ninias, que vienes
á afligirme triste y preso?

CHATO. Sin duda que vé fantasmas
éste que se está muriendo. (*Váse.*)

SEM. Yo no te saqué... los ojos...
yo... no te dí aquel veneno...
hija fuí del aire, ya
en él hoy me desvanezco. (*Muere.*)

SOLD. (*Dentro.*) ¡Viva Lidoro!

LIDORO. (*Id.*) El alcance
seguid, pues que van huyendo.

ESCENA XIII.

Dichos, Friso, Licas y Lisias.

LICAS. Hoy es para Babilonia
infausto el dia.

FRISO. Los cielos
conjurados se declaran
contra nosotros.

LISIAS. No ménos
que juzgamos es la ruina,
sin aquél pavés cubierto.

FRISO. Que este cadáver... (*Ap.*)Mas ¡ay
infeliz! no el sentimiento
me haga decir que yo supe
ántes de ahora este secreto.
LISIAS. ¡Ay, jóven rey, cuánto fué
trágico tu nacimiento!
LIDORO. (*Dentro.*) Pues en la ciudad se entra
no paréis hasta estar dentro.
LICAS. Tan gran desdicha, Lisias,
no tiene ya otro remedio,
sino que en el mauseolo
á Ninias depositemos,
y de su oculto retiro
á Semíramis saquemos,
pues sólo puede salvar,
ó su fortuna ó su esfuerzo
nuestra patria destas iras.
LISIAS. En los hombros le llevemos.
FRISO. Llevadle los dos, que yo
ánimo y valor no tengo.
(*Vanse llevando á Semíramis.*)

ESCENA XIV.

(Entrada á la habitacion de Semíramis.)

Astrea, Libia, despues Chato.

ASTREA. Huyendo la gente vuelve
á la ciudad.
LIBIA. En no siendo
Semíramis quien la anima,
siempre esperé mal suceso.

CHATO. Tal es lo que pasa allá,
que aquí á la prision me vuelvo.
ASTREA. Chato ¿qué es esto?
CHATO. ¿Queréis
que lo diga todo y presto?
Pues es que todos, señoras,
han lo que yo hubiere hecho.
ASTREA. ¿Qué es?
CHATO. Huir, y que en el campo
queda...
LIBIA. Dílo.
CHATO. Ninias muerto.
ASTREA. ¡Ay, infelice de mí,
máteme mi sentimiento!

ESCENA XV.

Dichos, Lisias, Licas, Friso y soldados.

LISIAS. Entrad, y romped las puertas
de su cuarto.
LICAS. Vuelva el cetro
á las manos de quien tuvo
en ellas todo el imperio
de la fortuna.
FRISO. (*Ap.*) ¡Ay de mí,
que ella ha sido la que ha muerto!
LISIAS. Abrid la puerta.

ESCENA XVI.

Dichos, y Ninias.

NINIAS. Tiranos,
¿no basta tenerme preso,
sino tambien venir hoy
á darme muerte?
TODOS. ¿Qué es esto?
NINIAS. Vuestro rey soy: ¿pues por qué
me quitáis la vida? El reino
¿no basta?
ASTREA. ¡Cielos! ¿qué oigo?
Rendida tus plantas beso,
aunque temple mi alegría
el dolor de verte ajeno.
LISIAS. Vasallos, bien claro está
de entender tan gran suceso,
y que fué, pues Ninias vive,
Semíramis la que ha muerto.

ESCENA XVII.

Dichos, Lidoro, Irán, Anteo y soldados.

LIDORO. (*Dentro.*) De Semíramis es este
el gran palacio: entrad dentro,
que en ella ahora me falta
de vengar aquel desprecio.
(*Entran Lidoro, Irán, Anteo y soldados.*)
LISIAS. No podrás en ella ya,
poderoso rey, supuesto

que ella murió, y Ninias vive.

LIDORO. Pues si vive á quien le debo
la libertad, que me dió
y no fué quien me dió luego
la segunda prision, vea
que aquel favor le agradezco,
y esta victoria no sigo,
pues que las armas suspendo.

IRAN. Y yo tambien reconozco
los favores que te ha hecho.

NINIAS. Yo agradecido á los dos,
pago á Astrea lo que debo;
y perdono á quien estuvo
culpado en tenerme preso,
porque *La hija del aire*
la historia acabe con esto.

FIN.

LA HIJA DEL PORTERO,

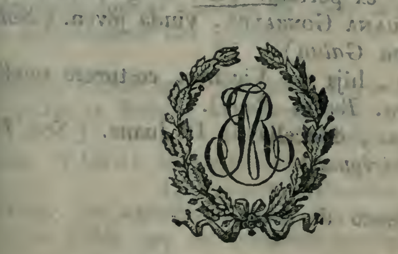
DRAMA EN TRES ACTOS.

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCES

POR

D. J. L. D. M.

Para representarse en el Teatro de Barcelona el dia 14 de julio de 1828.



Con licencia.

BARCELONA:
EN LA IMPRENTA DE JOSÉ TORNER.
Año 1828.

PERSONAS,

VICENTE DURAN, ex-comerciante. (*Sr. Antonio Valero mayor*).

D. LUIS URQUIJO, comerciante (*Sr. Antonio Bagá*).

D. EUGENIO, su hijo, abogado. (*Sr. Antonio Valero menor*).

FELIPE, tapicero. (*Sr. José Valero*).

GERMAN, ayuda de cámara de D. Luis. (*Sr. Antonio Lopez*).

JOSÉ, ex-portero. (*Sr. Miguel Ibañez*).

Dª JUANA GONZALEZ, viuda jóven. (*Señora Juana Galan*).

ELISA, hija de Vicente, costurera modista. (*Sra. Teresa Baus*).

JUSTINA, doncella de Dª Juana. (*Sra. Felisa Rodriguez*).

Un mozo de cordel.

Criados.

La Escena se supone en Sevilla, en la casa propia de Dª Juana.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la entrada principal de una casa rica y decente: en el segundo bastidor el cuarto del portero. En cl cuarto bastidor de la derecha una magnífica escalera que conduce á las habitaciones principales de la casa. A la izquierda una gran puerta vidriera que da al patio. Puede haber algunas estatuas en las columnas de la entrada.

ESCENA I.

Vicente y José: este baja por la escalera contando algunas monedas de plata. Vicente está en el cuarto del portero.

Vicent. Héme aqui portero... portero! Yo á quien la fortuna había colmado de favores. (*Sale del cuarto*).

José. Y bien? habeis ya tomado posesion? (*Con humor desabrido*)

Vicent. No aguardo mas que un baul y dos ó tres sillas que no tardarán en traérmelas: pero observo que mi entrada en esta casa parece que os indispone conmigo: sentis que sea yo quien os reemplace?

José. Supuesto que me despiden, qué me importa á mi que seais vos ú otro cualquiera? Para todos se encuentran avisos en el diario: hay tantos que buscan quien les sirva que no me faltará colocacion.... Pero es un

precioso regalo el que (*suspirando*) os ha hecho vuestro amigo Felipe... Oh! el empleo es bueno, yo os lo aseguro... yo habia sacado de él un hermoso partido... y por esto solo... pero basta ya... Mirad; la prueba de que no os quiero del todo mal, es que voy á enteraros del carácter y circunstancias de todos los inquilinos de esta casa.

Vicent. Me dareis gusto en ello... Felipe únicamente me ha dicho que mi Sra D.ª Juana es una dama de prendas.

José. Es verdad; para ser propietaria no es muy imperiosa, jóven, viuda y rica, ama las diversiones; da bailes, tertulias, academias... pero á pesar de esto no hay en todo el barrio quien se la ponga en boca... ni aun en la portería he oido nunca hablar mal de ella. En cuanto á su generosidad, que para nosotros es el artículo mas esencial, podréis juzgar bien pronto vos mismo: se casa, y bastante envidío los regalillos que van á llover sobre vos.

Vicent. En efecto: Felipe ha dicho que iba á casarse.

José. Con D. Eugenio Urquijo, el inquilino del cuarto segundo... ha salido muy temprano... un gallardo jóven... abogado.

Vicent. Abogado decis?

José Y el de mayor mérito, segun aseguran.. Como es rico, nunca está contento sino cuando halla un pobre litigante que no tenga en su favor mas que la justicia.

Vicent. Generoso abogado!.. Tal vez si me dirigiese á él... (*Aparte*).

oJsé. Mas no penseis por esto que sea un Caton

en sus costumbres... Que sé yo? corren sobre él ciertos rumores... Oh! es verdad que no se trata mas que de amoríos: pero D.ª Juana nada sabe de esto.

Vicent. No tiene familia?

José. No tiene mas que á su padre... hombre respetable, algo socarron, que no es muy amigo de tratar con gentes. Está en el campo; pero debe volver hoy por razon del baile... Lo que mas os importa conocer es la antesala; esto nos toca mas de cerca... los criados y los porteros son precisamente los dos dedos de la mano... Empezemos por Justina, la doncella de la Señora: es un vivo retrato de su ama, la imita... cuasi hasta en la virtud: en cuanto á German ayuda de cámara de D. Eugenio, es el factotum de D. Luis su padre, y el personage mas importante de la casa: todo hay que hacerlo para darle gusto... y yo habia llegado á conseguirlo.

Vicent. Pues como os han despedido?

José. Qué quereis que sea? Son á veces tan ridículos estos Señores! hallan estraño el que un pobre diablo trate de sacar raja de su empleo: dicen que gastaba cuatro por uno, y que tomaba la peseta por real en vez del real por peseta.

Vicent. Y porque no os contentasteis con vuestro legítimo salario? Entonces estariais aun..

José. Bah, bah, bah! ya veo quo sois novicio en el arte. Si todo el mundo tuviera vuestras ideas, muchos á quienes vemos ir desempedrando las calles en sus magníficas carretelas, irian aun á pata.. Pero mirad: llaman. (*Va á tirar del cordon*).

Vicent. Mil gracias.

José. Nada, nada, ha sido por la costumbre.

Sale por la puerta grande de la entradu un mozo de cordel cargado con un baul, sillas etc. que son el equipage de Vicente, y se detiene á la entrada.

Vicent. Ah! aqui está el resto de mis muebles.

Mozo. Gracias á Dios que es el último viage: hace un frio del diablo. (*Va á descargarse*).

Vicent. Aguardad os ayudaré... este baul.

José. Hacedme el favor cuando volvais de traerme aquel lio que me olvidé ayer en mi desalojamiento: lo hallaréis colgado en el cañon de la chimenea.

Vicent. Bueno! me acordaré... Vamos, buen hombre, llevemos esto entre los dos;... cuidado con los vidrios.

Mozo. No tengais miedo; ya conozco el terreno. (*Entra en el cuarto del portero: German sale por la puerta principal*).

ESCENA II.

José y German.

German. Que veo! Eres tu Pepe? Ya sabes que el padre de mi amo vuelve hoy del campo... y que no quiere encontrarte aqui.

José. Lo que sé es que si tú hubieses querido, no hubiera yo tenido que salir.

German. Era imposible; si te pillaron in fragante... y si yo hubiese tratado de defenderte, me hubiera perdido lo mismo que tú.

José. Oh! eres demasiado fino para esto.

German. Al fin y al cabo de qué te quejas? No te he proporcionado yo lindos gages?

José. Sí, gages que despues tenia que partir contigo... Vamos, vamos, conven en que eres un buen perillan; para prueba de ello no hay mas que observar tu conducta con tus dos amos; á los dos les traes engañados, aparentando servir en particular á cada uno. Seguramente es asi, pues protejes los amores del hijo, y corres en seguida á descubrírselos á su padre. No es esto lo que hiciste cuando habrá un mes sacaste de su casa por orden de D. Eugenio á aquell bonita costurera?

Germ. Sí: bella espedicion á fe mia! Por cierto que me vi hermosamente recompensado! D. Eugenio se puso hecho una furia; y poco faltó para que me despidiese: solo pude calmar su enojo asegurándole que habia devuelto la muchacha á casa de su padre.

José Con que no la volviste! Pues qué hiciste de ella?

Germ. Lo que suele hacerse con la querida de otro cuando uno la tiene en su poder: me contenté con dejarla libre; pero el diablo sabe donde iria á parar, porque mi amo no ha podido hallarla nunca- Ha desaparecido. Ya te harás cargo de que D. Eugenio jamas me ha perdonado esta niñada... pero poco me importa, ya lo vez, me he hecho del partido de su padre.

José. Si digo yo que eres un hipócrita.

Germ. Y aunque lo sea?

José. Sí; pero entre tanto yo me hallo en la calle.

Germ. A propósito; no te olvides de avisarme tu paradero, y si en algo puedo serte útil cuenta con mi amistad.

José. Gracias! (*Tomando su sombrero*).

Germ. Vamos, amigo mio, vete, vete.

José Irme! en un dia de baile... en vísperas de una boda!.. Esto es tener mala suerte! Ven á acompañarme al menos hasta la calle.

Germ. Con mucho gusto... vamos... irémos al café de la esquina á tomar la copa de despedida... yo soy quien paga..

José. Bien lo creo; porque eres quien se queda.

Germ. Vamos, ven.

ESCENA III.

Los mismos, Vicente, Felipe y el mozo que se va por la puerta principal.

Vicent. Señor José! Señor José!.. Como os vais sin vuestro lio? (*Con un lio en la mano*).

José. Teneis razon; ya se me olvidava.

Germ. Es este tu sucesor? (*Bajo á José*).

José. Sí.

Germ. Ola! tiene facha de hombre de bien! (*José ecsamina su lio*). Vamos, despáchate.

Sale Felipe. Buenos dias Señores. (*Dejando sus herramientas*).

Vicent. Buenos dias, querido Felipe.

José. Servidor vuestro.

Germ. Aqui tenemos el restaurador de los salones. (*riendo*).

Fel. Es verdad... yo soy la vanguardia de los festines... el mensagero de las diversiones... Apenas me ven llegar á una casa, ya todo

el mundo dice: aqui está Felipe: baile tendrémos... y gracias al buen humor de mi Señora D.ª Juana, hago aqui frecuentes visitas.

Germ. Vamos José: D. Luis no puede tardar en llegar; y debo estar aqui cuando bajará del coche.

José. Tienes razon... vamos; á Dios cuartito de mi vida (*con sentimiento*): á Dios puerta de mis entrañas. (*Marchanse*).

ESCENA IV.

Vicente y Felipe.

Fel. Trabajo le cuesta el irse... pero bien merecido lo tiene... (*mirando á José*) tanto va el cántaro á la fuente... Pero que tal, tio Vicente? estais aqui bien?

Vic. Perfectamente, amigo mio, y jamas olvidaré lo que por mí has hecho.

Fel. Toma! era esto tan fácil como sorberse un huevo! Justina me dijo que la Señora queria despedir al portero porque era un pícaro: yo le respondí que conocia un hombre honrado que pretendia esta colocacion: el cambio era muy natural, y se verificó al instante... Ya veis que esto nada tiene de brujería. Pero pensemos ahora en amueblaros: alli teneis un cuarto con alcoba (*mirando el cuarto*) que es bastante bonito, y yo quiero adornároslo.

Vic. Tú?

Fel. Sí, yo: quiero que esteis en él con toda decencia y comodidad; y á mas esto os dará una muestra de mi talento.

Vic. Empléalo con mayor utilidad, amigo mio.

Fel. Dejadme hacer tio Vicente: de dia trabaja uno para los parroquianos, esto por supuesto; pero por la noche, bien puede uno trabajar algo para sus amigos.

Vic. No lo permitiré.

Fel. Dejadme hacer repito: vuestra hija me ayudará, y os lo pondré todo al gusto del dia... Vamos, no os costará cuasi nada: sobre que quiero que vuestro cuartito haga rabiar de envidia á todos los porteros de la ciudad... tanto mas cuanto.. ¡ay Dios mio! Sí, tio Vicente, tanto mas cuanto teneis en vuestra habitacion una alhaja de mucho mas valor que todos mis galones y tapices.

Vic. Qué es lo que dices, Felipe?

Fel. Qué! caramba, no lo entendeis? Vuestra amable Elisa. Vírgen de la Antigua! (*Suspirando*). Cuan hermosa es y cuan linda!

Vic. Pobre Elisa! (*Aparte*).

Fel. Ella sí que es una muchacha de mérito: hasta en los dias festivos trabaja... y con una modestia, tan dulce, tan afable para todo el mundo; y es hábil en todo, hasta en las modas! Ah! muy mal haceis en creeros pobre, poseyendo un tesoro de tanto valor; bien sé yo quien se juzgaria muy rico si pudiese obtenerlo.

Vic. Qué estás hablando?

Fel. Qué estoy hablando! como diantres! Es que... Sí, lo repito.. yo conozco á quien quisiera deciros » Sr. Vicente, es V. pobre, pero tiene V. uua hija muy precissa; yo no soy rico que digamos; pero tengo un ofi-

cio decente y no me falta trabajo... déme su hija, y le prometo consagrar mi oficio, mi trabajo y mi vida á la felicidad de ambos.''

Vic Ya lo entiendo, amigo mio: hablas de tí mismo.

Fel. Asi es... y vos tio Vicente, qué me respondeis?

Vic. Que tu proposicion me conmueve, y que nace de un buen corazon; pero...

Fel. Ah! ya empezamos con peros?

Vic. Preveo obstáculos que tú no puedes conocer... 'Sin embargo dejo libre á mi hija, y su eleccion será la mia.

Fel. Pues bien: si yo le gustaba á ella?

Vic. Recelo que...

Fel. Oh! habeis dicho que consentiriais... sí.. Toma! aqui está..- A muy bien tiempo llega... Permitid que le hable.

Vic. Con mucho gusto, amigo mio; conozco la delicadeza de tu corazon; pero te lo repito, es imposible que...

Fel. Animo Felipe.

ESCENA V.

Dichos y *Elisa que sale con algunos muebles.*

Vic. Pobre muchacho! Mi hija no puede ser suya. (*Aparte*).

Elisa. Buenos dias, querido padre; aqui traigo todo lo que faltaba: he tardado un poco mas en venir, porque he hido á pedir costura para dos ó tres semanas á fin de no tener que separarme del lado de V.

Vic. Ya empezaba á estar con cuidado, hi-

ja mia; bien sabes... pero ahora no tendrás que separarte de mi lado. Voy á meter esto alli dentro (*Tomándole los muebles se entra en su cuarto*).

Fel. Servidor vuestro, Señorita.

Elis. Ola! buenos dias, Señor Felipe... no habia reparado en V.

Fel. Esta noche tenemos funcion en casa, Señorita; habrá baile.... y en iguales ocasiones es indispensable mi asistencia.

Elis. En efecto la Sra Justina me ha hablado de la brillante tertulia que habrá esta noche.

Fel. Pero tambiem he tenido otro motivo que me ha hecho venir antes de lo que debia.

Elis. Y puede saberse cual es?

Fel. Cabalmente; es el que tengo que decirle á V. porque... y á mas de esto... ya le he pedido permiso á su padre de V.

Elis. A mi padre... pues de qué se trata?

Fel. Se trata de... Eh! llegó la ocasion... (*aparte*) Dios mio, y como me palpita este maldito! (*Poniéndose la mano en el pecho*).

Elis. Que tiene V. Sr. Felipe?

Fel. Es una desgracia! Tenia estudiadas mas de quince frases, y no puedo ahora acertar palabra. Por supuesto... no es estraño, porque... ya ve V.... tiene V. un aire... que me tapa la boca... A cualquiera otra muchacha, la diria sin ceremonias » Fulana yo os quiero!... » Pero á V... vamos..., á V. no sé como decírselo.

Elis. Con que V. me quiere?

Fel. Oh! sí, con toda mi alma... En esto

mismo instante se lo acabo de decir á su padre de V.; no es mucho lo que me ha respondido... pero me ha dicho que no... y á mas, que diantre! yo no pierdo las esperanzas; porque á poca diferencia, creo ser lo que V. necesita.. V. es jóven, yo no paso de los veinte y cuatro; V. nada tiene; yo no es mucho lo que tengo; pero V. trabaja como un ángel, y yo como un diablo; con todo esto ya ve V., con algun espíritu y con mucho amor, me conozco capaz de hacerla á V. la muger mas feliz y... que tal, señorita, hago mal en contar con semejante fortuna?

Elis. Señor Felipe, su franqueza de V. merece la mia; ah! crea V. que si fuese posible!.. sí... su corazon de V. es digno... pero...

Fel. Otro pero tenemos!

Elis. No me es permitido elegir esposo.

Fel. Bien conozco lo que es.. V. ha sido rica, (*con pesadumbre*) señorita, muy rica; V. misma me lo ha dicho; y la memoria que conserva de haberlo sido le impide dar su mano á un simple artesano.

Elis. No, no amigo mio; la ternura de mi padre, y la dulce certidumbre de poder sostener su ecsistencia me harán olvidar tal vez... Yo le estimo á V., y nunca olvidaré que mi padre le debe á V. una gran mejora en su suerte... Pero cuando mi corazon no se hubiese entregado á otro...

Fel. Con que V. ama?

Elis. No temo el confesárselo á V..... sí, amo, (*suspirando*) y sin esperanza.. pero para siempre!

Fel. Y el que V. ama...

Elis. Compadezca V. mi corazon... No hablemos mas de esto.

Fel. Con que es fuerza renunciar? (*Suspirando*).

Elis. Espero que mi confianza en V. no privará á mi pobre padre del único amigo que le queda.

Fel. No, no... muy al contrario... mi amistad por él... (*con viveza*) y por V tal vez me servirá de consuelo...

Elis. Sí, sea V. siempre nuestro amigo.

ESCENA VI.

Los mismos y Vicente.

Fel. Teneis razon... vuestra hija no quiere, (*bajo á Vicente*, *adelantándose cuando sale*) ó mejor diré no soy yo el que... En fin, ya me entendeis... A Dios, tio Vicente: ya han dado las seis, y tengo que ir á colgar y adornar el salon... A Dios Señorita... A Dios tio Vicente... Cuando vuelva yo á enamorarme... (*aparte*) Jesus! Jesus!.. Que malo es estarlo! (*sube por la escalera*).

ESCENA VII.

Vicente y Elisa.

Vic. Mi hija está enternecida; compadece sin duda á ese pobre muchacho. Bien he adivinado cual seria su respuesta... Ah! si aquel á quien conserva su pecho una me-

moriá que la razon debiera desterrar de él, poseyese tantas virtudes! Hija mia! (*á ella*). Eres en parte digna de reprehension; no siempre me has confiado todos tus secretos... Mira sin enbargo los peligros á que te espone un falso amor; y la triste situacion á que ahora nos reduce. Comprometiendo tu honor con un atentado infame, aquel indigno hombre te hizo injustamente despedir de una casa decente en la cual tu trabajo nos proporcionaba una ecsistencia menos penosa; y su crímen, sí, hija mia, su crímen nos fuerza á humillarnos al triste estado de la servidumbre. (*Elisa llora*). Oh! no trato de renovar las penas de tu corazon; pero quisiera arrancar de él un amor que tu misma prudencia y tu talento deben reprobar.

Elis. Ah padre mio! perdone V. mi debilidad... sí, á pesar de su crímen, no puedo desterrarle de mi memoria... Ay de mi! Él habia sido mi libertador! y aun no puedo concebir como un hombre tan generoso...

Vic. Generoso le llamas, cuando quiso robarte el honor!

Elis. Nunca podré creer de él tan odiosa perfidia... Tal vez hay aqui un misterio... pero le ofendo á V. padre mio... sí, procuraré olvidar á quien me ha engañado.

Vic. Querida Elisa! (*La abraza*). Silencio, alguno se acerca.

ESCENA VIII.

Dichos y Justina.

Just. Acabo de ver el coche de la Señora. (*Bajando precipitadamente por la escalera.*).

Elis. De la Sra. D.ª Juana ?

Just. El momento es favorable, voy á presentarles á Vds.... verán Vds. que buena señora.

Vic. Le agradezco á V. la atencion, señora Justina.

Just. Estoy segura de que serán Vds. bien recibidos. (*Se oye ruido á dentro*).

Elis. Aqui está.

ESCENA IX.

Dichos D.ª Juana, dos doncellas y un criado.

Juana. Dime Justina, ha llegado el señor D. Luis ?

Just. No señora, y le estamos aguardando hace rato.

Juana. Me alegro ; hubiera sentido no hallarme aqui para recibirle. Cuidado con esas (*al criado*) cajas... (*las doncellas entregan al criado unas cajas de carton*). En esta hay la obra (*á Just.*) maestra de madama Laviña ; un vestido soberbio... subidlas todas á mi gabinete, al instante voy.

Just. Permita V. Señora, que le presente su nuevo portero.

Juana. Ah! el recomendado del Sr. Felipe: con mucho gusto.

Vicent. Mucho tengo que agradecer á mi amigo, mi Sra D.ª Juana, el haberme colocado en casa de una Señora cuyas virtudes son mas recomendables que su fortuna; crea V. que tanto mi hija como yo no perdonarémos medio para merecer los beneficios que derrama V. á manos llenas sobre cuantos tienen el honor de vivir á su lado.

Juana. Ola! se produce muy bien... Que fino es! Me gusta mucho este hombre... (*sorprendida y bajo á Just.*) El privilegio (*á él*) mas hermoso que la fortuna nos dispensa, es el poder aliviar al desgraciado: todo me induce á creer que únicamente los reveses de la suerte le habrán obligado á V. á abrazar un estado, para el que no parece haber nacido. Pero creo por mi parte hacérselo á V. mas llevadero; soy feliz, y quisiera que lo fuesen cuantos me rodean. Esta jóven (*por Elisa*) es hija de V?

Vicent. Sí señora. (*presentándosela*).

Juana. Acérquese V. señorita... pero no me engaño... yo la conocí á V. en casa de mi modista.

Elis. En casa de madama Lafont! Sí señora, alli hice mi aprendizage.

Juana. Y me acuerdo que era V. su mejor discípula; mucho celebro tenerla á V. á mi lado... me ocurre una escelente idea... V. es demasiado hermosa para trabajar en una tienda de modista: yo le alquilaré á V. un piso... madama Lafont está ya en auge, y apenas puede atender á sus numerosas parroquianas;

una mas ó menos nada será para ella... Yo seré la primera que V. tenga, y le proporcionaré á V. otras muchas.

Elis. Ah señora! no sé como agradecer tantas bondades.

Just. Que tal? no se lo decia yo á V.? (*bajo á Vicent*).

Juana. Le gusta á V. mi proyecto; no es verdad?... Pero ahora me acuerdo, podemos ponerlo en planta ahora mismo... Justina?

Just. Señora...

Juana. Queria ir á casa de madama Lafont para encargarle un turbante para mañana por la noche. Saldrás inmediatamente con la señora á comprar todo lo necesario... A su (*á Elisa*) gusto de V. lo dejo... no fijo el precio... Tú le aumentarás. (*á Just*).

Just. Sí señora; ya entiendo (*sonriéndose*).

Juana. Mire V. querida, lo necesito cuanto antes mejor.

Elis. No perderé momento.

Juana. En cuanto á V. Señor Vicente, mañana por la mañana subirá V. á mi cuarto y le enteraré de las nuevas disposiciones que pienso tomar... las arreglarémos entre los dos... Un hombre como V. no puede estar en mi casa bajo el mismo pie que el desgraciado á quien me he visto en la precision de despedir.

Vicent. Oh! Señora...

Juana. Pero ya es tarde y no debo olvidar que tengo esta noche tertulia, baile y que sé yo... Ha venido Felipe?

Just. Sí señora, ya está arreglando el salon.

Juana. Bueno! voy á darle mis instrucciones.

(*Saluda á Vicente y Elisa, y sube por la escalera*).

Just. Vamos, venga V. amiguita.

Elis. Hasta luego, padre mio. (*Vanse*).

ESCENA XI.

Vicent. Que Señora tan amabte! Cuasi me haria bendecir la suerte desgraciada que me ha conducido aqui!... Ah! si la esperanza que José ha hecho renacer en mi alma pudiera realizarse! Si ese jóven abogado, conmovido de mi situacion, consintiese... Es generoso segun me han dicho: admite bondadosamente al infeliz que reclama su noble ministerio... Esperemos... pero mañana... mañana se ha de ver mi causa... y me atreveré á pedirle? llaman: cumplamos por la primera vez con mi nuevo deber. (*Tira dol cordon y sale D. Eugenio como atareado*).

ESCENA XII.

Dicho y D. Eugenio.

Eug. Amigo mio, decidme... Ah! no es José, (*al salir*) tanto mejor! Es V. el nuevo portero?

Vicent. Para cuanto V. guste mandarme.

Eug. Ha llegado mi padre?

Vicent. Su padre de V... Con que V. será?..

Eug. Eugenio Urquijo.

Vicent. Él es. (*aparte*). No señor: su padre de V. no ha llegado todavía.

Eug. Me han traido alguna carta?

Vicent. Ninguna he recibido, Señor. Si me atreviese... (*Aparte*).

Eug. Súbome á mì cuarto: màndeme V. á German cuando vuelva.

Vicent. Señor, disimule V. si me atrevo á detenerle.. pero.. tenia que pedirle un favor.

Eug. A mí.. diga V.

Vicent. Me han dicho que ya distinguido en el foro, cifra V. toda su gloria en defender la causa de los infelices que se hallan sin medios para reclamar la justicia que les es debida.

Eug. Este es mi deber.

Vicent. Ah Señor! No todos tienen los mismos sentimientos, y algunas veces el desgraciado busca en vano una voz que abogue en su favor. Yo he esperimentado por mí mismo esta cruel verdad... Víctima de la mas horrible espoliacion, he reclamado ante los tribunales; pero no pudiendo sufragar los gastos, me he visto obligado á abandonar el pleito.

Eug. Será posible?

Vicent. Confiado en la honrosa reputacion de V. habia determinado esponerle mi situacion y suplicarle tomase á su cargo mi defensa... pero abuso de la bondad de V... tal vez asuntos mas importantes llaman su atencion.

Eug. El mas interesante ahora para mí es el de oirle á V... hable V... entéreme de los pormenores de su causa, y cuente con mi apoyo.

Vicent. No me habian engañado... sí... es V. acreedor á todos los elogios que se hacen de su generosidad, de su honradez...

Eug. Basta, basta: esplíquese V.

Vicent. Procuraré ser breve. Nací en la isla

de Sto. Domingo, de padres no muy acomodados. Fuí feliz en algunas operaciones mercantiles que hice; y un matrimonio ventajoso contribuyó á aumentar mis recursos.. Me asocié entonces con un tal Ramirez, natural de Màlaga, que desgraciado en España habia ido á probar fortuna en aquel nuevo emisferio... Manifestaba talento y conocimientos no vulgares; y le asocié como digo á muchas de mis operaciones, cuyo écsito duplicó mi capital y dió principio á su bien estar. Era demasiado completa la felicidad que yo gozaba para que pudiese ser duradera: la pérdida de una esposa querida fue mi primer paso á la desgracia. Resolví abandonar por algun tiempo aquellos sitios que me habian visto nacer, y partí con mi hija, dejando á ese Ramirez, á quien creia mi mejor amigo, un poder general, tanto para administrar mis bienes, como para venderlos si recibiese órden mia: cuan cara pagué esta confianza!... Pasé dos años viajando; y al fin volví á embarcarme para Sto. Domingo, donde me llamaban los mas dulces recuerdos y aquel tierno sentimiento que solo se estingue con nuestra vida; el amor á la patria... Júzgue V. cual seria mi dolor y mi indignacion! Ramirez habia desaparecido, llevàndose consigo el total importe de la venta de todas mis haciendas: venta que habia hecho, abusando indignamente de aquel mismo poder... Era completa mi ruina. Ramirez habia partido para España. Provisto de documentos auténticos que prueban su crímen, seguí precipitadamente

sus huellas... pero fueron vanas todas mis indagaciones; nadie conocia á Ramirez. Sin embargo no dejé de practicar las diligencias necesarias ante los tribunales: se entabló la causa: se emplazó á Ramirez, pero no compareció... En fin despues de largas moratorias mañana es el dia señalado, para el fallo... Mas ay de mí! la falta de recursos en que me veo no me permitirian elegir un defensor, si los tribunales de España no contasen entre sus miembros jóvenes abogados que como V. desprecian un vil interes, y no ambicionan mas que la gloria de su profesion y la felicidad de sus semejantes.

Eug. Si señor, yo me encargo de su causa de V. y le agradezco la confianza que me ha dispensado. Mañana dice V. que debe fallarse: entrégueme V. esta misma noche sus papeles, los ecsaminaré, y mañana me presentaré por V. al tribunal.

Vicent. Ah Sr. D. Eugenio, como podré reconocer!...

Eug. Repito que yo soy quien debe á V. agradecerle el aprecio con que me ha distinguido... vaya V. por esos documentos: estoy impaciente por ecsaminarlos.

Vicent. Los tengo allà en uno de mis baules... al momento se los traigo á V... (*entra en su cuarto.*

ESCENA XIII.

Eug. Este hombre me ha inspirado un vivo interes: me ha hablado el idioma de la verdad... ¡Con que placer defenderé su causa!

La narracion de sus desgracias me ha hecho olvidar por un momsnto las mias. Sí, mañana, mañana, me comprometo para siempre... y sin embargo una imàgen querida ocupa todavía mi corazon.

ESCENA XIV.

German y D. Eugenio.

Germ. Ola! ya ha vuelto... qué diabio le diré?

Eug. Eres tú, German? Y bien! cual ha sido el fruto de tus últimas indagaciones?... Nunca volveré á ver á aquella interesante y desgraciada criatura, que tuviste la audacia de ultrajar?... Conservarà ella siempre la idea de que fui yo capaz de cometer aquel horrible atentado? Jamas podré desengañarla? Di, di; qué has aueriguado?

Germ. Nada absolutamente, Señor: nadie ha sabido decirme lo que se ha hecho el padre ni la hija. Han mudado de cuarto, de barrio y de pais tal vez: qué sabe uno? gentecillas de su clase...

Eug. German, habla con mas respeto de una jóven digna de mi amor.

Germ. Se enfada, mudemos de tono. (*aparte*) Señor, hablaré de ella del modo que V. guste. No obstante, si he de dar crédito à la relacion que me ha hecho una vecina suya, no merece la tal niña que sienta V. su pérdida. Vaya algo de calumnia. (*Aparte*).

Eug. Es una impostura. Elisa es un modelo de virtud y de belleza.

Germ. De belleza, séalo en buen hora; pero

en cuanto à su virtud... Créame V. Señor; olvide V. à esa modistilla que no debia en conciencia ocuparle à V. mas que un momento, y no comprometa V. el escelente enlace que su Sr. padre...

Eug. Calla; no recibo consejos de un criado insolente. Mira que ruido es ese.

Germ. Un coche! Es su Señor padre de V. que llega. Corro à recibirle.

ESCENA XV.

D. Eugenio y Vicente.

Vicent. Disimule V. la tardanza. (*Saliendo de su cuarto con un legajo de papeles*). Aqui tiene V. los documentos que me ha pedido.

Eug. Déme V.: acaba de llegar mi padre y voy à recibirle. (*Se dirige á la puerta principal, despues de haber tomado los papeles*).

ESCENA XVI.

D. Luis, D. Eugenio, German, Elisa, criados y Vicente. D. Eugenio abraza á su padre en el umbral de la puerta. Vicente se acerca para conocer al padre de D. Eugenio y retrocede al distinguir sus facciones.

Vicent. Su padre! Dios mio! Y es Ramirez, el autor de todos mis males!

(*En este momento sale por la puerta principal Elisa con un lio debajo del brazo; al salir ha oido la esclamacion de su padre, y viendo su agitacion se acerca á él*

con la mayor premura, sin reparar en ninguno de los personages del foro).

Elis. Qué tiene V. padre mio? (*Sobresaltada*).

Vicent. Nada, nada Elisa... No me engaño; él es (*aparte mirando á D. Luis*).

Germ. Buena la hicimos... (*volviendo la cara al oir el nombre de Elisa*). Es Elisa! (*Al decir estas palabras corre á ponerse delante de D. Eugenio para impedir que este la vea; D. Luis ha tomado la mano de su hijo, German se ha colocado de modo que Elisa no pueda tampoco ver á D. Eugenio. Esta está enteramente ocupada en su padre, mientras él, con los ojos fijos en D. Luis, parece haber quedado petrificado*).

ACTO SEGUNDO.

Salon de casa de D.ª Juana con una puerta en el foro: á la derecha tres ventanas con varios cortinages: en el segumdo bastidar de la izquierda otra puerta que es la del cuarto de D.ª Juana; el salon está guarnecido con taburetes y sillas de lujo, y hermosamente iluminado.

Al levantarse el telon, figura que acaba de concluirse el baile: se verán algunos criados arreglando los muebles, y otros apagando las arañas.

ESCENA I.

D.ª Juana, Justina y Felipe.

Juana. Todos se han ido ya! con que rapidez pasan los momentos de placer!... Estoy muy satisfecha de la concurrencia; ha sido brillante, y me he divertido perfectamente... Bailar desde las once de la noche hasta al amanecer... Oh! esto està mny puesto en razon...

Fel. Puesto en razon bailar toda la noche! (*aparte*)

Juana. Ola! V. aqui, Felipe?

Fel. Sí Señora; sé que V. quiere ser servida al momento... que aguarda visitas, y que por consiguiente es necesario dejarlo todo cor-

riente muy de mañana... Y he pensado que el mejor medio para llegar à tiempo à su casa de V. era no salir de ella: Justina tuvo la bondad de convidarme à ver el baile, y acepté el convité.

Juana. A propósito, tengo que darle à V. las gracias por el nuevo portero que me ha proporcionado; parece un hombre muy de bien.

Fel. De su honradez salgo yo garante... y su hija no la ha visto V.? no la hallado muy linda, muy graciosa, muy amable?

Just. Como se derrite en hablando de ella! (*Aparte*).

Juana. Ya la conocia, y me alegro mucho de tenerla à mi lado: yo haré de modo que tanto el padre como la hija tengan que estarle à V. muy agradecidos de haberlos colocado en mi casa.

Fel. Entonces puede V. contar tambien con mi reconocimiento... Sí señora, porque cualquiera favor que à ellos se les haga, es lo mismo que si se me hiciese à mí.

Just. Vamos, basta... Señor Felipe... La Señora necesita descansar... empiece V. su tarea descolgando la sala de recibimiento.

Fel. Como? La Señora va à costarse... Oh! es muy justo! Ya ha salido el sol... Buenas noches Señora... yo me voy à empezar mi jornal. (*Vase. Los criados que han salido al empezar el acto se habrán retirado ya, despues de haber apagado todas las luces*).

ESCENA II.

D.ª Juana y Justina.

Juana. Justina, quítame estas flores, y componme un poco el cabello. (*Se sienta delante del espejo, y Justina le quita la guirnalda*).

Just. Pues que no quiere V. ocostarse siquiera un par de horas?

Juana. Es imposible: tengo que arreglar hoy asuntos muy importantes; aguardo à mi maestro de piano, à mi modista, y à mi platero: deben traerme aun algunas frioleras... Ah! y tengo que firmar mis capítulos matrimoniales.

Just. Y se le habia olvidado á V.?

Juana. Cuasi que sí... Sabes que ha sido brillante la funcion de esta noche?

Just. Hermosísima, Señora; pero su novio de V. apenas se ha dejado ver... Esto es muy mal hecho.

Juana. Oh! no debo reñirle por esta falta... Me dijo que tenia que defender hoy una causa muy interesante, y habrà estado trabajando toda la noche.

Just. A la verdad nadie diria que va V. à casarse.

Juana. Y confio que, escepto en el apellido, nadie conozca que haya dejado el agradable estado de viuda.

Just. Segun eso, no ama V. à D. Eugenio?

Juana. Que error!.. No Justina; D. Eugenio es un jóven que me gusta y que me con-

viene; ès un caballero amable y distinguido. (*llaman con campanilla á la puerta del foro*). Pero llaman, mira quien es. (*va al foro, entra y vuelve*).

Just. El Sr. D. Eugenio.

Juana. Que pase adelante. (*Justina le hace entrar y se retira*).

ESCENA III.

D. Eugenio y D.ª Juana.

Eug. No esperaba tener el gusta de verla à V. tan de mañana.

Juana. Tan de mañana! Pues que à esta hora no està ya levantado todo el mundo?

Eug. Pero el cansancio... el baile...

Juana. El baile me distrae, no me cansa... jamas me hallo mejor que en un baile... He empleado perfectamente el tiempo, y son tantas mis ocupaciones, que siento perder el que dedico al sueño... A mas de que todos los momentos son para mí muy preciosos... Llego al término de mi libertad.

Eug. Como! con que el himeneo no es à sus ojos de V. mas que una esclavitud?

Juana. No señor; y no importa que V. me diga que el lazo que va à unirnos estarà siempre cubierto de flores; amigo mio, estas son espresiones propias de todo amante. Pero desengàñese V.: la amistad, el aprecio y la feliz igualdad de genio, de caràcter, y aun de conveniencias, son únicamente las bases que forman los buenos matrimonios, igualmente esentos del prestigio de las pasiones

que de los disgustos de una fria indiferencia. Bajo este supuesto confio que nuestra union serà la mas agradable, aunque tal vez el amor haya confiado à la razon el cuidado de eslabonar su cadena; ya sabe V. que viuda à los 20 años, y poseedora de una fortuna considerable, era un partido al que aspiraban muchos... Su padre de V. manifestó deseos de nuestra union; yo antes de consentir en ella, quise conocer al que me destinaban para esposo, y ví que su caràcter de V. congeniaba perfectamente con el mio; V. ama la sociedad, y no se esconde de ella... En los bailes, en los conciertos... le tenia à V. siempre á mi lado... Segura desde entonces de no adquirir en V. mas que un amigo, que tomaria parte en mis placeres y se interesaria en mis satisfacciones, no un adusto pedagogo que vituperaria sin cesar mi conducta, cedí à las instancias del Sr. D. Luis. y à las de mi tio; y consentí en trocar mi apellido de Gonzalez con otro que ha hecho V. ya célebre en el foro... Ya lo ve V. le descubro francamente mi corazon; creo que pocas mugeres habrà habido tan sinceras en vísperas de su boda.

Eug. Amable D.ª Juana! su sinceridad de V. (*con energía*) debe escitar la mia... Reina en efecto entre nosotros la simpatía mas perfecta... Mi estimacion, mi amistad... mi confianza... Ah! porque no puedo todavía desterrar de mi corazon...

Juana. Qué oigo! Se turba V.? (*interrumpiéndole*).

Eug. Perdone V.

Juana. De su corazon dice V.? Sr. D. Eugenio, ha amado V. acaso?

Eug. Señora.... ya todo varió... No ha deseado conocer V. tambien à fondo mi corazon?

Juana. Sí; pero... me lo recuerda V... porque no? (*como luchando con alguna idea que le ha ocurrido*). Sí, es singular la idea... D. Eugenio, tómeme V. por confidenta suya... convengo en que serà nuevo este papel; pero me gusta por su originalidad.

Eug. V.?.. ah Señora!

Juana. Soy una muger encantadora, no es verdad? Sin embargo no se acostnmbre V. à esto... le tolero à V. un recuerdo... y no mas... Pero dígame V.; hace mucho tiempo que su corazon estuvo herido?

Eug. Pronto... harà tres meses. (*Titubeando*).

Juana. Tres meses solamente!... Oh! esto podria darme aun alguna inquietud... Y cual era el objeto de esta primera pasion?

Eug. Va V. á reirse de mí; ya lo veo... Esa muger à quien adoraba...

Juana. A quien adoraba V... vamos quien era?

Eug. Era una jóven artesana.

Juana. Entonces esto no podia ser mas que un sentimiento pasagero. (*sonriéndose*).

Eug. Ah! si V. la hubiese visto!... Era un ángel... Figúrese V.

Juana. Suplico à V. que evite descripciones... ya me hago cargo de lo que va à decirme... va V. à hacerme el retrato de Heloísa, ó de Malvina.. Pasemos al capítulo 2.° : donde la conoció V.?

Eug. Una noche... salia del teatro y me re-

tiraba à mi casa, cuando à la vuelta de una calle de las mas concurridas, ví pasar por delante de mí à una jóven, cuya precipitacion me sorprendió y conocí que se hallaba asustada; en efecto advertí que huia de un hombre que la perseguia. Indignado y con la rapidez del rayo la detuve, oponiéndome à su paso, y dàndole las señas de mi domicilio; la pobre muchacha entonces aceptó, aunque con rubor, la proteccion que me apresuré à ofrecerle. En fin llegamos à su casa; y al separarme de ella me dió una mirada en que se pintaban aun un resto de temor y el mas vivo reconocimiento.

Juana. Continue V.: y su adversario?

Eug. No era mas que un desconocido, à quien no no he vuelto à ver. Inquieto sin embargo por el estado de aquella jóven, me hallé el dia siguiente à la misma hora en el sitio donde la habia encontrado la noche anterior... Pero esta vez no me permitió que la acompañase sino con mvcha dificultad... Concedido este primer punto... Mas, Señora, estos detalles...

Juana. Me interesan... vamos, el lance es una novela.

Eug. Qué le diré à V.? En fin me enamoré ciegamente de ella, y en el invencible trasporte de una pasion que por primera vez esperimentaba, olvidé su estado, el mio, la distancia que nos dividia, y formé el proyecto ..

Juana. De casaros con ella?

Eug. Su virtud no le hubiera permitido un

homenage de que hubiese tenido que avergonzarse. Pero, ay de mí! obligado por consideraciones, que fácilmente puede V. colegir, á ocultar mi amor, á cubrirle con el velo del misterio y á confiar parte de mi secreto al capricho de un criado; German interpretó segun la bajeza de su corazon los sentimientos que aquella preciosa jóven me habia inspirado; y creyendo servir á mi amor entregándome a la que era su objeto, el miserable se atrevió á robar á su padre, á arrancar de su asilo aquella jóven cuyo honor hubiera yo mismo defendido á costa de mi ecsistencia.

Juana. Miserable! Y V. que hizo D. Eugenio?

Eug. Mandé poner inmediatamente en libertad aquella inocente víctima: German debió devolverla por orden mia á los brazos de su padre... Pero sea, ó que una odiosa violencia hubiese llenado de terror á la pobre muchacha, ó que me creyese el autor de aquel horrible atentado, desde aquel dia ella y su padre han desaparecido, y cuantas diligencias he hecho para encontrarla y justificarme al menos á sus ojos, han sido hasta ahora infructuosas.

Juana. Pobre muchacha! Aunque su conducta de V., en cuanto á sí mismo, no deja de ser reprehensible... Pero he querido merecer su confianza, y seria poca generosidad abusar de ella... V. Sr. D. Eugenio, tiene sobrado talento y delicadeza para que sea necesario advertirle la conducta que debe observar en lo sucesivo tocante á esa jóven... En primer lugar debe V. olvidar su amor

y sobre todo desistir en sus indagaciones... mas de ningun modo abandonar á la misma cuya ecsistencia habeis tal vez comprometido.

Eug. Pues que, Señora...

Juana. Soy vuestra mejor amiga: he deseado este tíiulo y V. me lo ha concedido. Pues bien, amigo mio, encárgueme V. un cuidado que ya no le es lícito tomarse por sí mismo y déjeme el mérito de reparar con esa muchacha la falta que V. ha cometido.

Eug. Ah Señora!... Mi amable amiga!. Vuestra bondad, vuestra indulgencia me llenan de confusion!... Cuanta será la gratitud de mi alma!

Juana. Esto es respecto á lo pasado. Pero cuidado, porque nada le prometo á V. para lo venidero.

Eug. V. dirigirá todas mis acciones.

Juana. Bien, admito la palabra... Pero aqui está su padre de V... mudemos de conversacion.

ESCENA IV.

Los mismos, D. Luis y Justina.

Luis. Acabo de saber, mi Señora D.ª Juana, que mi hijo habia ya logrado el favor de presentarle á V. su homenage, y me he apresurado á bajar para ofrecerle á V. igualmente mis respetos. Espero que al mismo tiempo me permitirá V. recordarle que hoy es el dia destinado para que ponga V. el colmo á la felicidad de mi Eugenio.

Juana. Recordármelo, Sr. D. Luis! Esto podria tomarse mejor por un epigrama que por un cumplimiento.

Luis. Perdone V. Señora... No ha sido esta mi idea. El pasante de mi escribano está en mi gabinete, redactando los artículos... Quiere V. que se le envie?

Juana. No señor... Mi tio en su último viage lo dejó todo corriente... Vea V. si se han cumplido en un todo las intenciones de ambos; por lo que á mí hace firmaré á ciegas: cuando el pasante haya concluido, D. Eugenio tendrá la bondad de traérmelo.

Eug. Sí señora.

Luis. Cuanto debe quererla á V. mi hijo!

Juana. Oh! Si fuese esto un deber, no contaria ya con él... Señores, hasta luego. (*D. Luis* y *D. Eugenio vanse por la puerta del foro*).

ESCENA V.

Justina, D.ª Juana y Elisa.

Juana. D. Eugenio me ha dejado leer hasta el fondo de su corazon, (*aparte*) y creo que no está todavía borrada de él la memoria de la jóven artesana. Debo arriesgarme pues?.. Pero qué! me arredraria por una niñada!... D. Eugenio es un jóven honrado; su misma confesion y la confianza que ha hecho de mí, son el mas seguro garante de su probidad... Merezco su estimacion y él posee toda la mia: estoy cierta de que serémos dichosos.

Sale Justina. La Señora está sola... Entre V., (*acompañando á Elisa*) entre V. señorita; enséñele V. su obra maestra.

Juana. Como! es V. amiguita? que trae V. aqui?

Elis. Su turbante de V., señora.

Juana. De veras?

Elis. V. lo deseaba cuanto antes mejor.

Juana. Con que V ha pasado la noche en vela?

Elis. Lo mismo que V. (*sonriéndose*).

Juana. Sin duda... pero yo la he pasado en medio de los placeres...

Elis. Y yo he sentido uno muy dulce, trabajando para V., Señora.

Juana. Pero mira, Justina, que bien acabado está... sin embargo esto es emprender el trabajo con demasiado ardor... porque en fin quîen le daba á V. tanta prisa?

Elis. El reconocimiento.

Juana. Preciosa muchacha! (*aparte*). Vamos, quiero probármelo al instante... (*á Just.*). Pasemos á mi gabinete... si alguno viene, dí que no estoy para nadie.

Just. Aguarde V... El Sr. D. Eugenio vuelve sin duda con el contráto.

Juana. Tan pronto! Mala ocasion ha escogido.

Just. Le diré que se aguarde?

Juana. No, que entre. (*Just. le hace entrar*).

ESCENA VI.

D.ª Juana, D. Eugenio, Elisa y Justina.

Eug. Disimule V... creo que la incomodo... pero venia á traerle á V. el contrato, conforme me ha encargado.

Elis. Él es!... infelice de mí! (*aparte, viendo á D. Eugenio*).

Juana El contrato... Que le parece á V. este turbante?

Eug. Hermosísimo! Es para V.? (*sonriéndose*).

Juana. Iba á probármelo... Estoy segura que me caerá primorosamente... Disimule V. amigo: soy con V. al instante... permítame emplear diez minutos en el espejo, y subiré luego al cuarto de su Sr. padre... Me dirá V. sí debo ponérmelo (*enseñándole el turbante*). para el dia de nuestro matrimonio.

Elis. Para su matrimonio! (*aparte sobresaltada*).

Juana. Ven Justina... Aguárdeme V., (*á Elisa*) querida. (*Entra con Just. en su cuarto.*

Elis. Ah! yo fallezco... (*cayendo sobre el camapé*).

Eug. Que amable viveza!.. La admiro... y no obstante...

ESCENA VII.

D. Eugenio y Elisa.

Elis. Ah! salgamos de aqui. (*volviendo en sí se dirige titubeando hácia la puerta del foro*).

Eug. Elisa! (*reconociéndola*).

Elis. Ah! déjeme V., déjeme V.; queria V. engañarme.

Eug. Yo engañaros!... He dejado de amaros por ventura?.. pero, porque prodigio os hallo aquí, en esta casa?

Elis. En esta casa, sí... en el momento preciso de vuestro casamiento! Ah! dejadme huir de aqui.

Eug. Aguardad, querida Elisa! Os he hallado de nuevo; nada en el mundo podrá separarnos mas. En nombre del cielo, no me juzgueis por engañosas apariencias; jamas he dejado de...

Elis. Que es lo que os atreveis á decir? Despues de haberme tratado tan cruelmente, despues de haberme hecho sufrir á la vez la injuria, el menosprecio y el abandono!

Eug. Que lenguage es ese, querida Elisa!... No puedo comprenderos! Un miserable criado se hizo indignamente culpable con vos; pero yo...

Elis. V.!... Oh cielo!... Eugenio, me habrán engañado? no seria por orden vuestra el haber tenido la cruel audacia de atentar contra mi libertad, de llevarme á una casa desconocida para mí, en donde debia V. presentarse segun él decia; y algunas horas despues arrancarme de nuevo de allí, y siempre por orden de V., abandonarme en una calle desierta, sola, por la noche, sin recurso humano y muerta de espanto?

Eug. Que monstruo!... Dios mio!... Con que me habeis creido el mas criminal de los hombres!.. No: yo os juro en presencia del cie-

lo que ninguna parte tuve en este atentado, y que haria castigar á su infame autor, si el respeto con que os miro no contuviese mi indignacion; y atestiguo...

Elis. Ah! basta, Eugenio! Os creo aun, y mi corazon se ve ya libre del mas horrible tormento... sí... del cruel tormento de verse forzado á aborreceros.

Eug. Esto no es bastante todavía!.. Querida Elisa, yo os creia perdida para mí, sin remedio; pero vuestra adorada imágen hubiera llenado el resto de mi vida: la suerte os restituye á mis brazos; ya no nos separarémos jamas.

Elis. Que dice V.! y la Sra. D.ª Juana...

Eug. Es la mas generosa amiga!.. Circunstancias y motivos particulares, que ahora seria largo referiros, iban á formar entre nosotros un enlace en que ninguna parte tenia el amor. Ella sabe ya el secreto de mi corazon: soy libre todavía, os amo mas que nunca: el honor, el deber, el amor me entregan á vos para siempre; y juro solemnemente no tener jamas otra esposa que Elisa.

Elis. Será posible!... Justo cielo! Mas como? Mi pobreza, los bienes de fortuna de la señora D.ª Juana... ese contrato...

Eug. Este contrato... dudais de mi sinceridad?.. este contrato es ya nulo... vedlo, ya no ecsiste. (*rasga el contrato*).

Elis. Eugenio! (*con alegría*).

Eug. Soy todo vuestro. (*se arrodilla*).

Elis. Oigo pasos.

Eug. Nada temais; es el Sr. Vicente.

Elis. Mi padre!

Eug. Vuestro padre! Quien? Él es vuestro padre!

ESCENA VIII.

Dichos, y Vicente.

Vicent. Disimule V... venia á buscar á mi hija... y tenia tambien que hablarle á V.

Eug. De su pleito?.. Ah Señor! viva V. tranquilo: su causa es ya la mia... ¡Cuantos motivos á la vez van á animar mi esfuerzo! Con que ardor voy á abogar por V.! Ah Señor! No pierda V. la esperanza... Y V., Elisa, instruya de todo á su padre... mientras yo corro á defenderle. (*vase*).

ESCENA IX.

Vicente y Elisa.

Vicent. Oiga V...

Elis. Ah! no le detenga V... Si V. supiese..

Vicent. Podré yo permitir que vaya á abogar (*aparte*) por mí.., él... sin saberlo... y contra su padre!... Déjame. (*á Elisa queriendo irse*).

Elis. Oiga V. le ruego... El Sr. D. Eugenio, ese jóven y generoso abogado de quien me hahlaba V. ayer con tantos elogios... es.. es.

Vicent. Qué quieres decir?

Elis. Ah! déjele V. reparar su falta, devolviéndole su bien estar.

Vicent. Su falta!... Qué! sabes acaso?

Elis. Sí, padre mio... Todo lo sé!.. No es él

el culpable; no es él quien me hizo arrancar de sus brazos de V.: bien me lo decia el corazon... Él me ama todavía; acaba de decírmelo...

Vicent. Dios mio! Con que D. Eugenio es?..

Elis. Sí, sí... padre mio. (*con alegría*).

Vicent. Tu raptor!

Elis. No!.. no, padre mio!.. Es el mas generoso de los hombres.

Vicent. Él..? Cruel destino!.. Con que esta familia ha jurado la ruina: el oprobio de la mia!.. Traidor!.. y queria yo detenerle... y evitarle los mas amargos remordimientos!.. No.. no!.. Parece que el cielo mismo ha tomado á su cargo el castigaros... Para que oponerme á su justicia?

Elis. Que dice V., padre mio?

Vicent. Corro al tribunal... ah! Cuanto voy á desear y bendecir la sentencia que va á pronunciar!.. Sí, la suerte es justa! Ramirez, hoy va á hacer que recaigan en tí todos los males que me has causado. (*vase*).

ESCENA X.

Elisa sola.

Elis. Con que precipitacion huye de mí.. Que significa la turbacion que desde ayer observo en él!.. Estos transportes en que acaba de prorrumpir!.. No: no son la esperanza ni la alegría las que animaban sus facciones... Ay de mí! Tendré que temer aun nuevas desgracias! (*se sienta en el camapé*).

ESCENA XI.

Elisa, Felipe y German.

Felipe sale con una escalera de mano que coloca en el alfeizar de una ventana para descolgar las cortinas que al momento le ocultan á la vista de los espectadores: sale sin reparar en Elisa.

Fel. A ver... ahora esta... quitemos el cortinage. (*sube la escalera y le cubren las cortinas*).

Sale German. Donde diantres la encontraré? La estoy buscando inútilmente toda la mañana... Ola!... Aqui está... y sola... Conviene alejarla de este sitio.

Elis. La Sra. D.ª Juana no vuelve: y vienen á trabajar en esta sala... Cielos! German! (*levantándose para irse*).

Fel. Esta es la voz de Elisa. (*asomando la cabeza por entre las cortinas*).

Germ. Que viene V. á buscar en esta casa, señorita?

Fel. Toma!... y este la conoce. (*aparte*).

Elis. Quien le ha dado á V. derecho para preguntármelo?

Germ. Con mucha altivez responde V. amiguita mia!

Fel. Amiga suya!

Germ. Motivo habeis tenido para creer por algun momento que habiais trastornado el juicio á un jóven rico y de una familia distinguida. Pero creedme, niña, si vuestro

corazon conserva aun alguna esperanza, guardaos bien de darle oidos. D. Eugenio Urquijo se casa hoy; y lo mejor que podeis hacer es despejar cuanto antes el sitio y salir de esta casa.

Fel. Caramba! No es nada lo que voy sabiendo.

Elis. V. echarme de aqui! Despues de haber encubierto su primera traicion con la máscara de la obediencia, trata V. ahora de disfrazar su nueva perfidia con el velo de la compasion?.. Pero ya no es tiempo... Ya no logrará V. engañarme: todo lo sé.

Germ. Vos!.. Pues que sabeis?

Fel. Yo quisiera saber tambien lo que ella sabe.

Elis. Se que fue sin el conocimiento de vuestro amo el haberme vos espuesto á los mas terribles riesgos.

Germ. Quien os lo ha dicho?

Elis. Él mismo, aqui, hace un momento.

Germ. Él!.. (que diablo)! Vamos! Esto es que él la engaña á V. aun, pues ha firmado ya su contrato de matrimonio.

Elis. Su contrato!.. Miradle. (*enseñándole los papeles que hay en el suelo*).

Germ. Este es!.. Todo está perdido! (*aparte*).

Fel. Estos papelillos le enredan. (*aparte*).

Germ. Ya lo veo... Es preciso decirle á V. la verdad... Sepa V. pues, señorita, que tres meses hace estoy engañando á D. Eugenio por orden del Sr. D. Luis, su padre, y le impido secretamente el que pueda encontrarla á V.: esto es decir bastante claro, me parece, que jamas será V, la esposa de su hijo.

Fel. Oiga V. eso! (*aparte*).
Elis. Qué! os atreveriais?..
Germ. A todo para separaros de D. Eugenio. Salga V. pues á buenas de esta casa, antes que el Sr. D. Luis no mande á V. echarla ignominiosamente.
Elis. La Sra D.ª Juana ha tenido la bondad de recibirme en ella, y solo por orden suya dejaré estos umbrales.
Germ. Esto lo verémos: se lo digo á V. por última vez: salga V. de esta casa.
Elis. Jamas por mandato vuestro.
Germ. Bien! pues lo quereis... será á la fuerza... (*va á cojerla del brazo*).
Fel. Poco á poco, amiguito; poco á poco. (*bajando precipitadamente la escalera*). O sino, canario! nos verémos las caras.
Elis. Que felicidad!
Germ. Felipe aqui!
Fel. Sí, Felipe que todo lo ha oido: y que no permitirá que un miserable lacayuelo se atreva á insultar á una joven á quien protege la señora de esta casa.
Elis. Ah! le doy á V. las gracias.
Germ. Maldito contratiempo! (*aparte*).
Fel. Nada tema V. señorita: no hay miedo que ahora la haga salir á la fuerza.
Germ. Sr. Felipe, se olvida V.?.. (*con arrogancia*).
Fel. No, Sr. German, de nada me olvido: me acuerdo que estoy en casa de D.ª Juana Gonzalez, que es la misma virtud: que presta socorro y ausilio á los que se le parecen, y que os echaria de aqui, si supiese que sois un bribon á quien corregiria yo

de otro modo, sino temiese deshonrar mi vestido con el roce de su librea... Vea V. si tengo memoria.

Germ. Esto es ya demasiado (*amenazándole*),

Fel. Oh! no se acerque V. (*alzando el martillo que llevará en la mano*).

Elis. Por Dios, amigo mio, sosiéguese V.; no demos lugar á publicidades... D. Eugenio puede llegar de un momento á otro.

Fel. Tanto mejor... Entonces le haria yo conocer al pícaro que le vende, aparentando servirle.

Elis. No, no por Dios; no metamos ruido: vámonos de aqui.

Fel. Si V. asi lo quiere, es diferente: entonces señorita, permita V. que le ofrezca mi brazo, sin faltar al respeto: en cuanto á V. Sr. German, si alguna vez llega V. solamente á mirar de reojo á la señorita, ya sabe V. como sacudo aqui las sillas... le prometo no dejarle pizca de polvo en sus galones. (*vanse*).

ESCENA XII.

German solo.

Germ. Que insolente! yo he debido por interes de mi amo... y sobre todo por el mio... contener mi cólera... Nada perderé por esperar: en cuanto á la muchacha, lo esencial es que salga de aqui por ahora: tendré al menos tiempo para avisar al Sr. D. Luis.

ESCENA XIII.

German y D. Luis.

Germ. Señor! Señor! (*viéndole salir*).

Luis. De que proviene tu agitacion?

Germ. Iba á su cuarto de V.

Luis. A qué?

Germ. A darle á V. una noticia harto desagradable! Su hijo de V. ha encontrado aquella muchacha, la modistilla.

Luis. Que es lo que dices?

Germ. Nos persigue la desgracia: figúrese V. que es precisamente la hija del nuevo portero.

Luis. Su hija!... Insensato!

Germ. El matrimonio tratado corre grandes riesgos: ya su hijo de V. ha vuelto á perder la chaveta: esa muchacha introducida aqui, es un obtáculo...

Luis. Que no me intimida tanto como puedes creer: yo sabré separarlos.

Germ. No será esto muy fácil.

Luis. Lo mandaré... y la razon y sus propios intereses harán que mi hijo me obedezca: no lo dudes... En donde está ahora Eugenio?

Germ. En la Audiencia... defendiendo una causa en que ha trabajado toda la noche.

Luis. Ojalá que con sus virtudes y su talento (*aparte*) pueda reparar el error de su padre, y sin que nunca lo sepa, borrar la afrenta... que cubre el apellido... el apellido mancillado que jamas podrá tener!... ¿Que oigo? (*volviéndose*).

Germ. Él es... es su hijo de V.... con su permiso me retiro... temeria... .

Luis. Sí, déjame solo con él. (*vase German*).

ESCENA XIV.

D. Eugenio y D. Luis.

Eug. Padre mio! abrace V. á su hijo.

Luis. Has conseguido sin duda un nuevo triunfo. (*le estrecha en sus brazos*).

Eug. Sí, padre mio... y le cedo á V. toda la gloria. Ah! que no estuviese V. allí, para oir las felicitaciones y los aplausos que resonaban en torno mio!

Luis. Habla, hijo mio: y no olvides el menor detalle... la menor circunstancia.

Eug. Ah! jamas he abogado por una causa mas justa. Ayer llegó á mí un infeliz con aquella timidez que á veces perjudica á la inocencia: me dijo que se habia visto despojado indignamente por uno á quien creia amigo suyo... que llegado á España para perseguirle ante los tribunales, se habia visto reducido, para sostener su ecsistencia y la de su hija á quien amaba, á humillarse á la clase de criado... La indigencia le quitaba los medios de atacar y confundir al traidor que goza tranquilamente sin duda el fruto de su infame espoliacion... Siempre pronto á ofrecer mi opoyo al desgraciado que lo reclama, corro al tribunal... jamas me he sentido inflamado de mas noble energía... la persuacion estaba en mis labios, y mi conviccion pasó al ánimo de los magistrados. En fin, padre mio, el Sr. Duran, el por-

tero de esta casa, que es el desgraciado de quien hablo, se halla restablecido en la posesion de todos sus bienes; y Ramirez, que fue su espoliador, se ve cubierto de infamia por un fallo terrible que le condena á una entera é ignominiosa restitucion.

Luis. Ramirez! Ah! que nombre has proferido!

Eug. El de un hombre contra quien las leyes acaban de descargar su reprobacion.

Luis. Desgraciado!

Eug. Ese Ramirez no ha comparecido; pero la justicia sabrá encontrarle... y no satisfecho de haberla ilustrado... yo mismo dirigiré sus pesquisas.

Luis. Tú!.. Oh cielo!.. No: le buscarias en vano. Ramirez no es el apellido del espoliador de Duran: lo habia tomado al dejar su patria; pero tiene otro por el cual es conocido en España.

Eug. Cielos!... Sabe V.?... Nómbrele V., padre mio, á fin de que pueda cumplir del todo con mis deberes.

Luis. Tus deberes!... Infeliz!... la afrenta, la ignominia son las que van á recaer en ti.

Eug. Dios mio!.. Qué dice V.?

Luis. Conoce toda la estension de tu desgracia... Ese hombre... ese Ramirez, á quien acabas de hacer condenar... á quien quisieras entregar á un eterno oprobio...

Eug. Que!

Luis. Es tu padre... yo soy.

Eug. V.!.. justo cielo! (*Cae en la silla: D. Luis se va corriendo cubriéndose el rostro con las manos: German sale por el foro y los observa*).

ACTO TERCERO.

El teatro representa un cuarto de la habitacion de los Sres. D. Luis y D. Eugenio. La puerta del foro da á una galería. A la derecha del espectador hay la puerta del aposento de D. Luis, y á la izquierda la del de D. Eugenio. En esta salita comun á ambos cuartos habrá una mesa con dos bugías encendidas, sillas, sillones etc.

ESCENA I.

German solo.

Abre con precaucion la puerta del foro, la cierra del mismo modo, y se adelanta con aire caviloso.

Germ. Por mas que pregunto á todos, no puedo indagar lo que Felipe me ha dado á entender con tanta alegría. ¿Como será posible que este Vicente se halle hoy poseedor de las inmensas riquezas de D. Luis? Sea cual fuere la causa de esta revolucion, no es muy brillante la suerte que á mí me aguarda... Para mí todo concluyó: el matrimonio está deshecho, mi amo arruinado, su hijo hecho una furia contra mí... por todas partes no veo mas que un despido en perspec-

tiva. Allí están todas estas riquezas... (*mirando al gabinete de la derecha*) que del cuarto principal van á bajar al cuarto del portero !.. Mucho deseo detenerlas al paso, porque al cabo y la postre jamas podrian recaer en mí las sospechas... A quien se le podria acusar de esta subtraccion? al mas interesado... á mi amo... Sí, sí; reflecsionado todo seria un necio, sino pillase una ocasion que me ofrece provecho y seguridad... Ecsaminemos el terreno... (*abre muy poco á poco la puerta del gabinete de D. Luis; al mismo tiempo sale D. Eugenio de la de enfrente*).

ESCENA II.

D. Eugenio y German.

Eug. Qué haces ahí? Qué vas á buscar?

Germ. Creí que su padre de V. habia llamado, (*turbado*) y venia...

Eug. Delante de mí te ha dicho que te fueses.

Germ. Asi es, Señor; y puesto que es preciso decir la verdad, la inquietud en que os veo me ha conducido aqui, para estar pronto á ofrecerle á V. mis servicios.

Eug. No ecsijo yo tanto zelo; puedes retirarte: me incomoda un criado que lo escuche y observe todo.

Germ. Aun le dura á V. el enojo; pero tal vez ahora no es sin fundamento, pues desde ayer ha varido todo...

Eug. Si sabrá ya?.. (*aparte*).

Germ. Y si V. pudiese ahora reconciliarse con

la jóven modista, no seria necesaria la restitucion.

Eug. Sr. German, le prevengo á V. por la última vez que no necesito consejos ni advertencias de un hombre de su clase. Mi padre hará su deber; yo cumpliré con el mio, y el vuestro es el de callar, é iros cuando se os manda.

Germ. (*aparte*) Esto me anuncia claramente que no está muy lejos mi despido: razon mas para..

Eug. No lo habeis entendido?

Germ. Si señor, y os obedezco. (*vase*).

ESCENA III.

D. Luis y D. Eugenio.

Luis. Están tomadas todas mis medidas. (*saliendo por la derecha sin ver á su hijo*). Esta noche podré...

Eug. Cielos!

Luis. Y sin embargo, dudo, vacilo entre mil resoluciones que la desesperacion me inspira...

Eug. Qué estará meditando, Dios mio!

Luis. Estoy deshonrado: una sentencia me condena... y no puedo apelar... Pero aun hay que dar otra para que me alcance bajo el nombre de Urquijo... La justicia obra con lentitud... y podré...

Eug. Ah padre mio! (*poniéndose delante de él*).

Luis. Eugenio, hijo mio!.. Tú no debes humillarte delante de un padre delincuente... Este nombre sagrado te estremece... lo he visto... á pesar de tus esfuerzos penetro tu alma...

Ah! he perdido la estimacion y el amor de mi hijo!

Eug. No, jamas!.. Puedo aun gloriarme de volver á V. de nuevo á la senda del honor. Jamas nos separarémos, padre mio; y el cielo le compensará á V. la separacion que va á hacer.

Luis. Sí, el cielo me ha compensado todas mis acciones... ¡ Cuantos remordimientos, cuantos martirios no he sufrido desde el dia en que vendí la amistad!.. Admiro como el destino ha hecho de estas mismas riquezas el instrumento de mi castigo... En ellas he visto tu felicidad y tu elevacion: ellas me han servido para cultivar tu educacion, y á ellas debes ese talento de que estaba yo tan ufano!.. Ese talento!.. La providencia se ha servido de él para arrancar mi crímen de las tinieblas, y añadir à mi ruina la infamia y el oprobio!

Eug. Ah! porque no hemos vivido siempre en la oscuridad!

Luis. Y como volver hoy á ella?.. Ya célebre en la carrera de los honores... es horrible esta caida! Tu suerte es la que me hace vacilar... Por lo que hace á mí, no me queda otra esperanza que el destierro y el sepulcro; pero tú...

Eug. Ha hablado la justicia, padre mio!

Luis. Con que no queda esperanza! Ese brillante matrimonio que podia repararlo todo...

Eug. Es ya imposible.

Luis. Será preciso sufrir la miseria ..

Eug. Muchos años, padre mio, la ha tolerado con valor un inocente.

Luis. Ya te entiendo... Debe llegarle su vez al criminal...

Eug. Ah! perdone V. padre mio! Estoy muy distante de querer aumentar con la injuria el dolor que á V. le oprime! Cual seria mi ingratitud, despues que habiendo sido yo el motor de vuestra desgracia, soy el único objeto de vuestras inquietudes! Pero solo hubiera llenado á medias mi deber, si no obtuviese de V. el cumplimiento del suyo. Sí, padre mio; el amor que V. me profesa, el noble orgullo que le inspira mi conducta, todo me prueba que su corazon está aun abierto á la virtud; que solo un momento de error, ó tal vez perversos consejos, han podido alucinarlo, pero no corromperlo. Apelo á su conciencia de V.: estamos solos: hable ella libremente. Sí: destruyendo todas las pruebas del trueque de apellido y cubriéndose V. con el velo del engaño, es todavía posible frustar la sentencia que condena á Ramirez: conserva V. los bienes de su víctima, y Duran perece en la indigencia: pero recuerde V., padre mio, los martirios y los crueles remordimientos que ha sufrido ya; veo V. su eterno deshonor, indeleble á los ojos de su hijo: vea V. á este hijo que le ama, que quiere respetarle siempre, apartar de V. la vista, y con el rostro sonrojado prohibir á sus labios el pronunciar delante de V. los nombres de probidad y virtud; y con el corazon oprimido y la cabeza humillada, abandonar su carrera en la flor de su juventud, alejarse temblando del santuario de la justicia, y decirle á V.

al caer en tal abatimiento: Padre mio! V. ha estinguido mi genio! Sí... mi genio porque el talento y el valor pueden subsistir sin la fortuna, pero sin el honor, nunca.

Luis. Basta! Perdona!... Olvida el estravío de un desgraciado... Quiero restituirlo todo! repararlo todo... é ir en seguida á ocultar lejos de tí, lejos de todo el mundo, mis remordimientos y mi ignominia, creyéndome feliz por haber conservado á mi hijo el honor. (*se abrazan*).

Sale German. La Sra D.ª Juana. (*abriendo la puerta del foro*).

Luis. Cielos! no puedo evitar su presencia. (*Sale D.ª Juana. D. Eugenio hace seña á German que se retire*)

ESCENA IV.

D. Eugenio. D.ª Juana y D. Luis.

Juana. Mi querido D. Eugenio! Cuanto placer (*despues de haberlos saludado*) y orgullo siento á la vez! De veras, amigo mio, en breve tiempo vais á hacerme una de las Señoras mas engreidas y célebres de esta ciudad... Cuando lleve vuestro apellido...

Eug. Señora...

Juana. No trateis de ocultar vuestra gloria, porque ya todo lo sé.

Eug. V. sabe?

Juana. Sí: estaba de visita en casa de una de mis amigas, cuando ha llegado un caballero jóven que venia de la audiencia, maravillado aun de la brillante y estraordina-

ria causa que acababa de oir defender, y sobre todo entusiasmado de la elocuencia y del triunfo del jóven abogado que la habia defendido. Todas le preguntamos su nombre, y el vuestro fue el que pronunció, D. Eugenio; no quedé sorprendida, sino enagenada de gozo; no perdí una sola palabra de cuantos elogios se os tributaron, y veinte veces al menos me hize repetir que erais siempre el apoyo de la desgracia y el vengador de la inocencia.

Eug. Ah! Señora! Cuan penoso me es este elogio! (*Aparte*).

Juana. Siempre modesto, esto sí! y V. Sr. D. Luis, parece que no toma parte en mi entusiasmo! Sin embargo la gloria de su hijo refleja en V., y su corazon debe esperimentar la alegría mas lisongera.

Luis. Cada palabra suya es un puñal para mí. (*Aparte*).

Juana. Como, Señores, no me responden Vds. ni uno ni otro?

Eug. Señora, yo no he hecho mas que cumplir con mi deber.

Juana. Qué frialdad! Puede que le lisonjeen á V. mas otros elogios. (*picada*) El señor Duran, á quien he encontrado en el corredor al subir á mi cuarto, me ha pedido permiso para venir á darle á V. las gracias: he dado las órdenes oportunas para que se le prepare un aposento decente. Puede V. suponer que solo he entrado para anunciarle su visita.

Eug. V.!

Luis. Qué dice V. Señora? El Sr. Duran (*turbado*) va á venir aquí!

Juana. Sin duda; y creo que debia V. esperarle.

Luis. Yo á él!

Eug. Mi padre ignoraba aun que el Sr. Duran estuviese en casa de V.!

Luis. En esta casa! (*admirado*).

Juana. Por la mas estraña casualidad: reducido á la última indigencia, esta mañana era todavia mi portero.

Luis. Cielos! Con que él mismo le habrá dicho á V.?...

Juana. Me ha confiado lo que ahora sabe ya todo el mundo, que iba á recobrar una fortuna considerable, la cual habian hecho pasar á manos estrañas ciertos acontecimientos desgraciados.

Luis. Y no le ha dicho á V. el nombre del que retenia sus bienes?

Juana. No señor, pero por unos rumores vagos, que ahora sin embargo parece tienen algun fundamento, he sabido que ese defraudador era un miserable, indigno de la menor compasion.

Eug. Señora...

Juana. Uno de esos hombres á quienes es una fortuna que la justicia quite la máscare para que la sociedad pueda echarlos de su seno.

Eug. Por Dios, compadezca V. á ese desgraciado; tal vez es menos delincuente de lo que se dice.

Juana. Como! y es V. quien le defiende? V. que tiene un corazon tan noble y unos sentimientos tan generosos!.. V. mismo que ha armado contra él la espada de la justicia?..

Ah! desmentiria V. la generosidad de su alma disculpando á un hombre capaz de despojar á su bienhechor; á un desgraciado...

Eug. Basta por Dios, Señora.

Juana. Su turbacion de V., D. Eugenio...

Eug. Ah! si V. supiese...

Luis. Que suplicio! (*aparte*).

Juana. Esplíquese V. No puedo concebir como las fundadas reconvenciones contra el mas despreciable de los hombres...

Eug. Ah!.. no puedo sufrir mas.

Luis. En nombre del cielo... compadézcame V. (*con la mayor turbacion*). Ese Ramirez está aqui... delante de vuestros ojos.

Juana. Cielos!

Luis. Entre Duran y yo ecsistian relaciones antiguas... intereses comunes... una larga separacion... su silencio durante muchos años pudo hacerme creer que ya no ecsistia... En fin...

Eug. Pero desde ahora cede mi padre à la voz del honor, mas poderosa que la del interes, y sin aguardar una nueva sentencia, restituye libremente à Duran todos sus bienes.

Juana. Me complazco en creeros, D. Eugenio: es preciso dar fe à todos esos detalles... Sí, me es preciso creer que el padre de Eugenio no es mas que un desgraciado! Pero ¡cual habrà sido vuestra situacion, cuando habréis descubierto que erais su acusador!

Eug. Señora, he hecho triunfar la justicia; y no me faltarà esfuerzo para consolar à mi padre.

Juana. Nunca habeis sido mas noble à mis ojos,

D. Eugenio: si no lograseis ya mi aprecio y mi admiracion, este solo momento os haria digno de mi corazon y de mi mano.

Luis. Serà posible! Como, Señora, olvida V. que ya nada posee!

Juana. Que error., Sr. D. Luis!.. V. que es su padre: no conoce las riquezas de su hijo. ¿No posee por ventura D. Eugenio uno de los mas bellos talentos, un estado que le honra, y un apellido que serà la gloria de la jurisprudencia? Yo no pongo en igual clase mi fortuna que su mérito, y espero que me harà V. la justicia de creer que la amistad de una muger no calcula menos que el honor de un jóven abogado. Nada habeis perdido à mis ojos, D. Eugenio, y creo que yo desde ayer nada he ganado à los vuestros.

Luis. Que bondad la de V., Señora!

Juana. Su respuesta es la que aguardo.

Eug. Yo, Señora, quisiera pagar con mi vida tan amable generosidad... Me està impedido todo enlace, y no me es lícito aspirar à mas que el solo sentimiento que V. me ha prometido ya... Sí señora! à sus pies de V. le suplico que sea siempre mi amiga. (*D.ª Juana le tiende la mano mirândole con ternura; en este momento sale German*).

Juana. Me deja V. sorprendida! (*hace levantar á Eugenio*). Qué quereis? (*á German que acaba de entrar*).

Germ. El Sr. Duran ex-portero de V. pide permiso para entrar.

Eug. El Sr. Duran!

Juana. Decidle que estamos prontos à recibirle: tratadle con mas respeto y no volvais à entrar.

Luis. Ve à aguardarme en mi aposento; (*á German que se va*) tengo que darte algunas órdenes.

Eug. Retírese V. padre mio!

Luis. No, no, amigo mio: tu has señalado mi conducta; me quedo: Duran va à oirme. Hijo mio, no puedo ocultar por mas tiempo la verdad.

Juana, Que oigo! Seria delincuente D. Luis!.. Yo le creia únicamente desgraciado!

Eug. Ah señora! Evite V...

Juana. Yo no debo sin duda estar presente à esta entrevista: vuestro corazon tendria que sufrir demasiado... Vàmonos, D. Eugenio, y dejemos à vuestro padre la libertad que solicita. (*Eugenio inquieto y turbado presenta la mano á D.ª Juana, y entra con ella en el gabinete de la izquierda*).

ESCENA V.

D. Luis y Vicente.

Apenas se han ido D. Eugenio y D.ª Juana, Vicente sale por el foro y se adelanta al centro del teatro sin ver á Luis.

Luis. Tenga V. la bondad de acercarse.

Vicent. Que veo!... Es V.!.. Yo creia hallar aqui à la Sra D.ª Juana, y venia à saludarla, y à despedirme de ella... ya me retiro.

Luis. Aguarde V. Señor,... y dígnese V. oirme un momento.

Vicent. Oirle à V.! ¿Y cual puede ser ahora

el objeto de nuestra entrevista? Vuestra conducta ha puesto entre los dos una barrera que nos es imposible traspasar: solo podemos vernos delante de los tribunales: en cualquiera otra parte debemos huir el uno del otro.

Luis. Yo solamente soy quien debo evitar la presencia de V.: pero aun puedo tal vez...

Vicent. Reparar vuestra falta? Nunca.

Luis. No cuenta V. las noches que he pasado lleno de los mas crueles remordimientos!

Vicent. Y la amistad vendida! Las lágrimas de mi hija! y su trabajo, su continuo trasnochar, sus esfuerzos superiores á su edad para proporcionar el sustento á su pobre padre; puede V. compararlas con inútiles sentimientos!.. V. se ha atrevido á verme: ha querido oirme: pues bien, quede V. satisfecho. V. era un desgraciado, sin apoyo, sin recurso, cuando el destino le condujo á nuestras Américas. Yo me compadecí de su infeliz situacion: le franqueé á V. mi casa, le recibí en mi familia, le aseguré su subsistencia asociándola á la mia. ¿En donde podia hallarse un hombre mas generoso? Y donde se encontraria otro mas ingrato que Ramirez? Aprovechando el momento en que el llanto y el dolor me tenian fuera de mí, me despojó V. inicuamente de todo, y completó su horrible ingratitud reduciendo á la última indigencia al mismo que le habia colmado de beneficios. Sabia V. sin embargo lo que era el infortunio; y la idea de lo que iba á sufrir su bienhechor no hizo la menor impresion en su alma. ¡Sabe V. cual ha

tido mi suerte desde aquel funesto dia? He tenido que tolerar toda clase de humillaciones; violentar mis brazos, debilitados por la edad, á los mas penosos trabajos; y vencer la repugnancia que siente un corazon noble al mendigar la piedad agena: revestirme en fin de la librea de criado; y mi hija, mí ídolo, mi esperanza, el consuelo de mi vida, ha tenido que sujetarse como yo al mas humilde estado, y aun me he visto precisado algunas veces á pepirla un pedazo de pan. Esto es lo que he sufrido por su crímen de V.!.. No, Señor, no! No es posible que nos reconciliemos: nunca mi corazon podrá perdonaros; nunca podré volveros á mirar como un amigo.

Luis. Sí: soy en efecto el mas criminal de los hombres! Pero considere V. porque estraño camino le ha vengado la divina providencia! Considere V. á que defensor debe su triunfo y mi humillacion: considere en fin que mi hijo es quien le devuelve la fortuna, la felicidad; y tal vez el odio que yo he merecido no ahogará en su corazon el reconocimiento que debe V. á su libertador. No se equivoque V. acerca el objeto de mis ideas: no reclamo para mí ni su compasion, ni su indulgencía: pero mi hijo!... mi hijo!.. no sea V. tan cruel con él, como yo lo fuí con V... Ah! yo se lo suplico por el sagrado título de padre. El apellido de Ramirez está para siempre cubierto de ignominia; pero el de mi hijo se ha hecho ya célebre por su talento, su virtud, y sus nobles tareas. Su triunfo de V. es aun

un nuevo título á su gloria... Ah! no le cubra V. de afrenta y de oprobio! Yo solo soy el delincuente!.. Pues bien. yo me someto gustoso á la mayor indigencia; sí, es voluntario este sacrificio!... Los bienes que V. reclama, yo los he aumentado considerablemente: todos están en mi poder... nada quiero para mí, nada ecsijo: aunque fuesen cien veces mayores, los restituiria todos, todos: hoy mismo, aqui, sin pérdida de momento va V. á recobrarlos: yo se los entregaré... Pero déjeme V. al menos la esperanza de que mi virtuoso hijo no quedará deshonrado y que no le cerrará V. para siempre la mas noble carrera. Esta gracia, Señor, para él la imploro y la pido á los pies de un padre que debe atenderme. (*se arrodilla*).

Vicent. Infeliz! ah! levántese V. (*Eugenio sale por la puerta del foro*).

ESCENA VI.

Los mismos y D. Eugenio.

Eug. Padre mio!... (*Corriendo á levantar á su padre*).

Luis. Señor, ahí tiene V. á mi hijo: dentro una hora á mas tardar habré llenado mi deber. Nada mas tengo que decirle á V. (*vase*).

ESCENA VII.

Vicente y D. Eugenio.

Eug. Señor, la justicia, si tiene sus derechos, debe tambien tener sus límites: aun despues de tan terrible prueba, envanecido todavía de haber hecho triunfar la verdad en vuestra causa, me falta hacer cumplir la sentencia que ha recaido en ella, y desde esta misma noche... sí, mi padre me ha dado su palabra; desde esta misma noche no será para vos mas que un débil recuerdo la desgracia que tan injustamente habeis sufrido. Vuestro resentimiento no puede ecsigir mas. y la ley no prescribe al que condena á pedir su perdon despues de haber sufrido la sentencia.

Vicent. Se equivoca V., Sr. D. Eugenio. No era su perdon el que me pedia su padre de V.: la voz de la conciencia se lo hubiera impedido.

Eug. Fue con V. delincuente: pero no conoce V. cuan cruelmente se ve castigado?

Vicent. Castigado!.. él!

Eug. Sí señor; porque ha visto á su hijo sonrojarse á su presencia.

Vicent. Tiene V. razon: esta terrible palabra desarma mi enojo. Sí, su padre de V. es mas desgraciado que yo lo he sido nunca... Sr. D. Eugenio, yo le debo á V. mi fortuna: á no ser por V., por su talento, y sobre todo por su generosidad, yo la perdia para siempre; dígnese V. aceptar la mitad de ella.

Eug. Jamas!..

Vicent. Le debo á V. el fin de las desgracias de mi hija: su padre de V. no conocerá la miseria.

Eug. Yo sabré apartarle de ella: este cuidado á mí solo me incumbe. V. mismo ha reconocido en mí algun talento: soy jóven, y la gloria anima mis esfuerzos. ¿No hay siempre, por desgracia, injusticias que reparar, desgraciados que defender, é inocentes que vengar? Ah! Si el reconocimiento le habla á V. en favor mio, si quiere en efecto que acepte una recompensa, no son las riquezas, no es el oro el que debe V. ofrecerme, sino el perdon de mi anciano padre!

Vicent. Su perdon!... Silencio! (*viendo salir á Felipe*).

ESCENA VIII.

Los mismos y Felipe.

Fel. Servidor vuestro, Sr. Duran... Cáspita! (*con el sombrero en la mano*). Es que ahora... No me atrevo á hablarle á V. como esta mañana.

Vicent. Pues qué, no eres siempre mi amigo?

Fel. Oh! esto sí... pero... vengo de parte de la Señora á prevenirle á V. que todo está corriente en el aposento que le suplica á V. tenga la bondad de aceptar, y yo digo que es hermoso... sí,... como soy Felipe, muy hermoso!.. Como que yo le he adornado! La Señora quisiera tambien hablarle á V. á solas.

Vic. Las menores insinuaciones de mi señora D.ª Juana serán siempre órdenes para mi; voy inmediatamente á su cuarto. Ya nos verémos, Sr. D. Eugenio, y si la necesidad nos separa, espero al menos que siempre nos apreciarémos. (*mientras se va Vicente, Felipe se acerca á mirar por la puerta del foro*).

ESCENA IX.

D. Eugenio y Felipe,

Eug. Está destruida para mí toda esperanza de felicidad: ahora sí que mi cruel destino me divide para siempre de la única muger á quien amo.

Fel. Señor... (*misteriosamente*).

Eug. Qué quereis, amigo mio?

Fel. No lo adivina V.!... Pues yo hubiera apostado que sí. La señorita Elisa va á volver al instante, y le ruega á V. tenga la bondad de esperarla.

Eug. Elisa!

Fel. Le admira á V. esto? Con que no está V. seguro de que ella le ama? Toma! pues yo lo sé de positivo; sí señor, lo sé: y á no ser por eso... Es decir, ahora... ahora es cosa muy diferente, porque ya se vé... la riqueza...

Eug. Ay amigo! Ignorais el obstáculo?...

Fel. No señor, nada ignoro; porque mire V. D. Eugenio, las gentes de mi clase y de mi profesion estamos á veces mas al corriente... porque yo... yo por ejemplo, he

hecho algunos favores al Sr. Duran. El me quiere mucho, eso sí, lo conozco y le respondo á V. de su buen corazon. Está enojado con su padre de V., es verdad; pero con V.!... Y ademas, que él adora á su hija; ¿y cree V. que tendrá valor para verla llorar noche y dia y hacerla desgraciada? Oh! En cuanto á esto yo le hablaré con la misma franqueza que siempre: sí señor; y le diré sin ceremonias ni preambulos: Señor Duran... yo... yo... quiero que V... Vamos, le diré lo que hace al caso, y no resistirá á la elocuencia de Felipe, lo mismo que esta mañana los jueces no han resistido á la de V... Mas V. no me atiende, Sr. D. Eugenio... Pero mire V., mire V. quien viene: apuesto á que de esta no pierde V. ni una palabra.

Eug. Es ella!

Fel. Sí, ella es... y yo me voy. (*vase*).

ESCENA X.

Eugenio, Elisa, y despues D.ª Juana y German, que observa con inquietud lo que pasa y vuelve á irse.

Elis. No tengo mas que un instante para hablarle á V., Sr. D. Eugenio. (*saliendo y adelantándose con timidez*).

Eug. Sí, la suerte cruel va á separarnos para siempre.

Elis. Para siempre! Y puede V. decírmelo, cuando me ha jurado que me amaba!

Eug. Elisa, esta mañana era yo feliz.

Elis. Y yo me veia pobre, desconocida, sin poder esperar la menor fortuna, ni aun la de honrarme con el apellido de V... y no obstante infundió V. en mi alma la felicidad y la fortaleza, jurándome á mis pies ser un dia mi esposo. Esta noche ha variado nuestra posicion: la suerte le oprime á V., y me eleva á mí: sufre V. el peso de una culpa de que está inocente... Ah! á mí me toca ahora reanimar su valor, y hacerle feliz en cuanto pueda: sí; juro igualmente que si V. me ama aun, esta mano no será de otro que de V.

Eug. Si os amo! (*de rodillas*) Cielos! (*se levanta viendo abrir ln puerta del foro y que sale D.ª Juana*).

Sale Juana. Con que V. no me lo ha confiado todo!... Creia sin embargo, Sr. D. Eugenio haber merecido de V. mayor franqueza... Enmudece V.?.. El Sr. Duran mas sincero que V., y haciendo á mi corazon mayor justicia, acaba de descubrirme todo el secreto... La reserva que V. ha usado conmigo, pudiera ofenderme: pero no quiero ser generosa á medias, y únicamente me vengaré de esta falta de franqueza haciéndole á V. feliz.

Eug. Señora...

Juana. Su padre de V. la aguarda en mi cuarto (*á Elisa*). Procuremos antes de todo reconciliarle con su enemigo.

Elis. Ya no lo es.

Juana. Así lo espero... Mis ruegos conseguirán por fin la victoria!... Venga V. amiga mia. (*vanse los tres juntos*).

ESCENA XI.

German que, como se ha dicho, ha estado observando un rato y luego se ha retirado, vuelve á salir con la mayor precaucion.

Germ. Queda libre el campo... Todos están reunidos en el cuarto de D.ª Juana... estoy solo... pero me hallo cuasi aterrado del golpe que voy á dar. La ocasion es hermosa..., y seria locura no aprovecharla... Ahora mismo, y no sé porque causa, ha querido mi amo mudarse el vestido... al tomar la casaca que se ha quitado, he sentido en mi mano la llave de su escritorio: por un movimiento... bastante natural, de su faltriquera ha pasado á la mia... Aqui la tengo... Está echada la suerte, me serviré de ella... y dentro de breves minutos estará en poder mio su cartera... Sé que en ella guarda todas las letras de cambio y vales reales que forman la mayor parte de su capital... con esto me basta: abandono la casa... tomo tambien algun dinero para proporcionarme por el pronto caballos; echo á correr, y cuando esté ya fuera del reino, desafio á la justicia á que me arreste en la frontera... Vamos pues... pero abramos sin ruido. (*va á abrir la puerta del gabinete: se entreabre la del foro, y Felipe asoma por ella la cabeza*).

ESCENA XII.

Felipe y German.

Fel. Hay alguno todavía? (*con una palmatoria en la mano*).

Germ. Oigo hablar.

Fel. Ola! sí: y es el Sr. German.

Germ. Felipe! llévele el diablo... Qué venis á hacer en la habitacion de mi amo?

Fel. Poco á poco! cachaza Sr. German: no es regular enfadarse á cada momento como V. lo hace: venia á ver si estaban todos en casa.

Germ. Y qué os importa?

Fel. Mire V., me importa, sí señor, caballmente me importa, porque yo soy quien guarda esta noche la casa.

Germ. Como! vos?

Fel. Yo, yo; sí señor: porque he ofrecido á la Sra. D.ª Juana reemplazar por esta noche al Sr. Duran: ya conocerá V. que no es justo que sea portero por mas tiempo; la Señora no deseaba otra cosa, y cáteme V. portero interino.

Germ. Nada sospecha... pero el tiempo urge, (*aparte*) Como me desharé de este hablador?

Fel. Le parece á V. chanza Sr. German; cáspita! ya sé yo que el puesto no es muy elevado: pero sobre todo reemplazo á un millonario, y puede ser que abriendo y cerrando la puerta me venga tambien una buena fortuna.

Germ. Os la deseo; y puesto que sois portero, retiraos á vuestro cuarto.

Fel. Oh! no hay cosa que urja... V. parece que tiene ganas de que me vaya.

Germ. Yo nada de eso: muy al contrario: es porque pueden llamar: el Sr. D. Luis no ha vuelto todavía.

Fel. Oh! es muy justo; no conviene hacerle aguardar: á mas de que ya vé V., señor German...

Germ. Vamos; no se irá. (*aparte*).

Fel. A mí me gusta tanto el ir á hablar á solas en aquel cuartito que ha habitado la señorita Elisa...

Germ. Pues bien, idos allá.

Fel. Válgame Dios! que hermosos sueños voy á tener allí... solo... solito en aquella alcoba que yo habia entapizado para ella con tanto esmero.

Germ. Malditos sean tus tapices! (*aparte*).

Fel. La lástima es que no serán muy duraderos estos sueños: es ya tarde, y un portero es preciso que se levante temprano.

Germ. Si no temiese el ruido... (*aparte*).

Fel. Vamos, buenas noches Sr. German; y pelito, á la mar: ya me entiende V.

Germ. Sí, sí... Si puedo pillarte!.. (*aparte*).

Fel. Está mortificado. (*aparte*). Con que, buenas noches.

Germ. Bien; á Dios.

Fel. Ah! procure V. no hacerme abrir la puerta mañana muy temprano.

Germ. No.

Fel. Porque ya vé V. voy á soñar...

Germ. Bueno! bueno! ya lo sé...

Fel. Hasta mañana.

Germ. Sí; hasta mañana. (*marcha Felipe*).

ESCENA XIII.

Germ. Se fue por fin. Bueno! no perdamos momento!.. Aun podré salir antes que cierren la puerta de la calle! Vamos (*abre el gabinete*: *en el acto de entrar se oye llamar*). ...

Fel. Ya voy. (*gritando*).

Germ. Oigo ruido!.. me ha parecido... (*volviendo á salir asustado*) no... si seria en esta puerta... (*yendo á la del foro*). No hay nadie; me habré equivocado... ¡Como pierdo el tiempo!.. Ya hubiera podido... vamos, valor! (*entra otra vez*, *y cuasi al mismo instante sale D. Luis por la puerta del foro*).

ESBENA XIV.

D. Luis solo, *con vestido de camino*, *poco despues German*, *y sucesivamente los demas actores*.

Luis. He logrado que nadie me observase: he entrado sin ser visto... Sí,. voy á huir... á huir sin verles! Esta carta para Duran... contiene una ecsacta cuenta de sus bienes: se los restituyo... Esta otra es para mi hijo,.. ah! estoy bien cierto que compadecerá á su padre... Dia vendrá en que nos volverémos á ver, cuando ya el olvido... Conservemos al menos esa esperanza... Querido Eugenio! Huyo para conservar tu honor: vamos. No mas dilacion... (*mirando sus bol-*

sillos). Dios mio!.. Alguno hay en mi gabinete... oigo ruido... abren mi escritorio... Cielos! he perdido la llave! corrramos (*buscando la llave y entra precipitadamente en el gabinete*: *mucho ruido*).

Dentro D. Luis. Miserable! dame esa cartera! Socorro! socorro!

Dentro Germ. Nunca, muere... (*se oye un violento golpe seguido de gritos*). Ya es mia... (*saliendo con la cartera*: *se oye llamar y gritar socorro dentro del gabinete*). Huyamos! huyamos!... (*se oye correr gente por todos lados*).

Voces. Por aqui! por aqui!

Germ. Dios mio! Vienen hácia aqui... (*se dirige á la puerta del lado y la entreabre*). Estoy perdido, si me cogen... Ah! esta galería no tiene mas que un alto! vamos... aunque arriesgue la vida. (*salta por la galeria*, *y se oye dentro un gran grito*).

Dentro Felipe. Tente! tente! (*al mismo tiempo Vicente*, *Elisa y criados salen por el foro*, *D.ª Juana*, *D. Eugenio y Justina por la puerta lateral*).

Todos. Que ruido es este?

Eug. Que veo!... padre mio!.. (*viendo salir de su cuarto á D. Luis herido*: *todos corren á él*).

Vic. Desgraciado! Será posible? que!.. la desesperacion...

Luis. No, corred, corred todos tras de German.

Todos. German!

Luis. Ese miserable me ha robado mi cartera, mis letras de cambio... no he podido arrancársela ni con peligro de mi vida. (*hacen que D. Luis se siente*).

Eug. Que oigo! Corred todos..

Juana. Que horrible suceso!

Sale Fel. Aqui está... aqui está todo. (*con la cartera y una cajita de joyas en la mano*). Cáspita! de buena se ha escapado. (*lo entrega á Vicente*).

Todos. Como!

Luis. Y German?

Fel. Cayó en el garlito: está preso ya! Oh! ha sido la mas rara casualidad!.. Figúrense Vds. que estaba mas de dos horas hace ocupado en cerrar las puertas; porque ya se ve, cuando uno no está acostumbrado, todo le cuesta trabajo... Oigo de repente un gran *patapuf*; vuelvo la cabeza, y me veo al Sr. German tendido en el suelo y atontado del golpe, porque para bajar mas presto habia saltado por la galería: reparé à su lado esa cartera y esa cajita, y al instante conocí todo el embrollo. Empiezo à dar voces, acuden los vecinos, recojo la cartera y la cajita, me lo meto en el bolsillo: cierro al tunante bajo llave, y aqui estoy para servir à Vds... Ouf!... ya respiro.

Luis. Dios mio, os doy gracias!.. Vos habeis permitido que pueda reparar mi falta... Duran, la sangre que brota aun de mi herida, os atestigua mi sinceridad!

Vicent. Ah! seria indigno del título de hombre si resistiese por mas tiempo! Ramirez desaparece de mi imaginacion, Urquijo le reemplaza y es ya mi amigo.

Luis. Ah! puedo aun abrazar sin rubor à mi hijo!

Juana. Complete V. su dicha: y sea el amor

(*á Vicente*) de vuestros hijos el que eternice vuestra amistad.

Vicent. Hija mia, te hago entrega de mis bienes: tuyos son: dispon de ellos á tu gusto. (*le entrega la cartera y la cajita*).

Elis. D. Eugenio, V. nos los conservará, (*dándoselas con prontitud.*)

FIN.

Este drama es propiedad absoluta de los Editores.

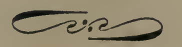
LA HIJA DEL PUEBLO.

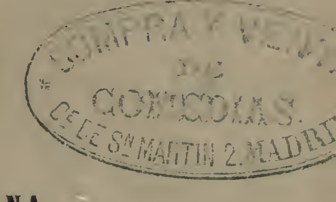
DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ FORNARIS. y Luque





HABANA.

IMPRENTA "LA ANTILLA,"
CALLE DE CUBA 51.
1865.

PERSONAJES.

LOLA...............	*Srita.*	*Amalia Carnet.*
MARIANA...........	,,	*Rosa Marrero.*
RICARDO	*Sr.*	*Pablo Pildain.*
RAMON..............	,,	*Miguel Ruiz.*
ANTONIO	,,	*Antonio Ayala.*
ENRIQUE...........	,,	*José Ramos.*
DIEGO	,,	*N. N.*

A TEODORO GUERRERO.

Mi estimado amigo: dedico á V. este mi primer ensayo en el género dramático: es un episodio de los dias de mi infancia.

Yo acostumbraba en compañía de mi madre visitar los barrios pobres de Bayamo, mi pueblo natal; ella se detuvo muchas veces en el de San Juan, junto á la pequeña Iglesia donde soliamos oir misa. Este barrio estaba habitado por un número considerable de jóvenes cuyo oficio era tejer sombreros de yarey.

Mi madre en uno de estos paseos me contó la historia de Lola la tejedora. Mi madre era amiga de la poesía; ¡cuántas veces, niño yo aún, la oí improvisar en las fiestas de nuestra familia! Pero sus versos no salieron jamás del hogar doméstico. En sus conversaciones derramaba las galas de una rica fantasía. La historia de Lola me la describió con tan vivos colores que jamás podrá borrarse de mi mente. Yo no he podido encarnar en la palabra la figura tiernísima què mi madre me dejó en el pensamiento.

He querido sin embargo ofrecer á la amistad de V. una composicion que forma una de las páginas de mis mejores recuerdos.

Bien comprendo que es difícil trasladar á la escena un tipo original; que ya el poeta latino ha escrito: Difficile est propie communia dicere; *pero no tengo aliento para tratar asuntos que no sean de mi pais. Espero, pues, que reciba á* La Hija del Pueblo *como una pobre flor de las humildes riberas del Bayamo.*

ACTO PRIMERO.

La escena representa una casa pobre: algunos taburetes, una mesa de pino y várias hormas de sombreros.

ESCENA I.

MARIANA Y LOLA. (*arrojando las mantas sobre un taburete.*)

Mariana. Si no venimos tan pronto
el chubasco nos alcanza.
Lola. Encapotado está el cielo,
no ves? (*mirando por la ventana.*)
Mariana. Es segura el agua. (*mirando á su vez.*)
¡Lucida ha estado la fiesta!
Yo jamás he visto tanta
jóven hermosa: este barrio
tiene las más lindas caras.
¿Viste allí á Rosa? ¡qué triste
se encuentra y ¡qué demudada!
Y á la orgullosa Sofia?......
Lola. Esa mujer......
Mariana. ¿Por qué callas?
¿Por qué me ocultas tu pena?
Díme tus angustias.... habla!
Lola. Sé que fuiste desde niña
la amiga más adorada
de mi madre.... y un consuelo
siempre en mi pecho derramas.
Mariana. Tu madre! ¡Pobre Teresa!
¡Me es muy triste recordarla!
Lola. Pero yo heredé el cariño
que ella á tí te consagraba
y áun de la tumba me grita:
—No olvides nunca á Mariana!
Yo sé que tú recojiste

sus postrimeras palabras.
Y cerraste aquellos ojos
que tan dulces me miraban!
Tú eres mi madre en el mundo,
tú el ángel de mi esperanza
que á la orilla de la tumba
me recojiste y me amparas.—

Mariana. Mas díme: ¿qué te sucede?....
¿Qué oculto dolor te abrasa?
¿Por qué el nombre de Sofia?......

Lola. Es mi rival. Esa dama
que lujosos trajes viste
y ciñe ricas guirnaldas,
es la rival de esta pobre
que nada tiene, Mariana.

Mariana. Mas tú lo sabes; Ricardo
te prefiere, te idolatra.

Lola. Oh recuerdos! En la Iglesia
de San Juan, una mañana
le conocí, desde entónces
cuántas lágrimas amargas
vierto por él; mas su padre
¡con qué rigor me rechaza!......

Mariana. Dí, su padre es aquel hombre
que á la Iglesia le acompaña
que en su dinero y nobleza
funda su gloria?.... ¡qué vana
presuncion!....

Lola. (*se sienta.*) Ese es su padre:
¡qué diferente es el alma
de Ramon, hermano suyo!
¡Qué diferente, Mariana!
Mil anécdotas curiosas
de su existencia relatan;
cuentan que una vez á un jóven
de un crímen se le acusaba....
Infeliz! era inocente:
lo sabe Ramon, se apiada,
una parte sacrifica
de su caudal y le salva.
Otra ocasion á un esclavo
en una pequeña estancia
por un mayoral salvaje
y fiero se castigaba.
A tal escena su rostro
se moja en llanto, y exclama:
—Libre queda ese infelice,
aquí está el dinero: basta.—

Mariana. Me admira un hombre tan bueno
y tan rico. Yo pensaba
que riquezas y virtudes
iban siempre separadas.

Lola. Mas yo ¡ay de mí! triste lloro
esta pasion que me mata.

Mariana. Y además en este pueblo
hay gentes tan despiadadas:
éste le dice: tu esposa
debe ser altiva dama.—
Ese con aire insultante:
—Al fin, Ricardo, te casas.—
Y aquel le grita orgulloso:
—Esa mujer no te iguala. — (*Oscurece y se oyen truenos.*)

Lola. Pero ¡qué truenos, Dios mio!

Mariana. Y qué aguacero amenaza!

Lola. Si llueve ya.... ¡qué chubasco!

Mariana. Cerremos puerta y ventana.

(*Una se dirije á cerrar la puerta y otra la ventana.*)

ESCENA II.

Mariana, Lola, Ramon, *cerrando un paraguas.*

Ramon. Perdónenme, señoritas,
miéntras el chubasco pasa.....

Mariana. Siéntese V., Sr. mio. (*le indica un asiento.*)

Ramon. Tanto aparato y no acaba (*se sienta.*)
de caer un aguacero.
La atmósfera está cargada;
Pero, amigas, por encanto
las nubes se desparraman.
Dispénsenme haber entrado....

Mariana. Aquí está V. en su casa.

Ramon. Gracias.... ¿trabajan bastante?
¡Cómo los pobres se afanan!

Mariana. Mucho, señor.

Lola. Todo el dia.

Ramon. Pero qué! no van á Yara
á las ferias? .....

Lola. No salimos
jamás....

Mariana. Siempre en nuestra casa....

Ramon. Allí está todo Bayamo.

Lola. No importa que...

Ramon. Pues me extraña.

Mariana. Oh! trabajar es preciso....

Ramon. Mas ustedes poco ganan....
Lola. Sí, muy poco.
Mariana. Un pan escaso
y á veces.. á veces nada.
Ramon. ¿Mas nunca salen?......
Mariana. Bajamos
algunas veces.. muy raras....
hasta la orilla del rio,
¡nos gustan tanto sus aguas!
Ramon. No es tan triste ese paseo:
son muy hermosas las palmas
que circundan ese rio,
y las aves que le cantan,
y ¡cuán brillante en sus ondas
luce el sol de las mañanas!
y qué rumor....
Lola. Y ¡qué flores! (*con alegría.*)
qué brisas embalsamadas!
y ¡cuántas enredaderas
formando verdes guirnaldas!
Ramon. Pero es tan pequeño un rio!
¿No han visto el mar?
Lola. No....
Ramon. Asombradas
se quedaran......
Mariana. Ya lo creo..
Lola. ¡Quién le viera..!
Ramon. Se llenaran
de admiracion; ¡oh qué gozo
en él tender la mirada!
Sobre la cabeza el cielo
y á los piés inmensas aguas.
Mas si el huracan azota,
á goletas y fragatas
precipita con estruendo
al fondo del mar....
Lola. Me espanta.
La tormenta......
Mariana. Escena horrible.. (*persignándose*)
Ramon. Es muy poco una borrasca.......
Y cuando un buque se incendia
y sin ninguna esperanza
encuentran los pasajeros
fuego á un lado, al otro el agua,
y unos en el agua mueren,
y otros mueren en las llamas,
y todo es llanto. gemidos....
Lola. Oh qué horror!

Mariana. Oh qué desgracias!
Jamás dejaré mi pueblo,
Lola....
Ramon. Qué! ¿Lola se llama (*observando la habitacion y con sorpresa.*)
esta señorita?
Lola. Lola:
sí, su servidora....
Ramon. ¡Calla! (*observando siempre la sala.*)
Tú ¿Lola la Tejedora?
Lola. La misma.
Ramon. Tú eres la amada
de Ricardo
Lola. ¿Qué Ricardo?
Ramon. Tamayo. ¡Bendigo el agua
que me proporciona el gusto
de conocerte....
Lola. Se engaña
si yo no soy...... (*ruborizándose.*)
Ramon. Tú lo niegas,
y te pones colorada?
Lola. Negarlo yo ¡nunca nunca! (*con timidez.*)
Mi corazon le idolatra.
Ramon. Mas su padre te detesta.
Mariana. ¿Cómo sabe....?
Ramon. Desgraciada!.... (*Pausa.*)
Mas hay una mano oculta
que te proteje, te ampara.
Lola. Y ¿quién es?
Mariana. ¿Quién nos proteje?
Ramon. Ese es un secreto.... aguarda...
Lola. ¿Cómo os llamais, caballero? (*con avidez*)
Ramon. Me es imposible.. ya escampa. (*mirando al cielo.*)
Lola. Mas.... por Dios....
Ramon. No hay una nube.
Lola. Tronando está.... no se vaya....
Mariana. Escuche V.
Lola. ¿Y nos deja?
Ramon. No cae una gota de agua. (*váse y deja olvidado el paraguas.*)

ESCENA III.

LOLA, MARIANA.

Mariana. ¡Cómo el incógnito guarda!
Lola. No quiso decir su nombre:
¿Quién será?
Mariana. ¿Quién será ese hombre?

Lola. Mas cómo Ricardo tarda!
Mariana. Vaya un hombre......
Lola. Ese es un cuento
que alegremente inventaba
miéntras la lluvia pasaba.
Mariana. Hermoso entretenimiento!......
Lola. Qué bien las mentiras fragua! (*riendo*)
Mariana. De nosotras se ha burlado......
Mas su paragua ha olvidado.... (*lo coje*)
Lola. Me alegro, lindo paragua. (*observándolo.*)

ESCENA IV.

Lola, Mariana, Enrique, Diego. (*Las primeras cosen en las hormas sin reparar en los segundos, que hablan en la puerta.*)

Enrique. Al pié del altar mayor
La ví el domingo en la fiesta.
cuán graciosa! qué modesta!
Poseer quiero esa flor.
Diego. Y ese, objeto de tu afan,....
Enrique. Es un clavel, una rosa.. (*interrumpiéndole*)
no va vírgen más hermosa
á la iglesia de San Juan.
Diego. Y esa flor cuya corola
tantos hechizos derrama
me dirás como se llama....
Enrique. Un nombre divino, Lola.
Mariana. Caballeros. (*reparando en ellos*)
Enrique. Este amigo
fino sombrero queria
y aquí á ajustarlo venia....
(*á Lola*) Al fin hablarte consigo.
Diego. (*á Mariana*) Trabajo esquisito quiero.
Mariana. Quedará V. bien servido.
Lola. (*á Enrique*) Yo jamás le he conocido.
Enrique. Tú eres mi amor......
Lola. Caballero......
Enrique. Tu voluntad es mi ley:
y sufres tales miserias......
Diego. ¡Qué bien luciré en las férias (*á Mariana*)
mi sombrero de yarey!
Lola. (*á Enrique*) Fuerza es que paciencia cobre
para oir tal desacato......
Diego. (*á Mariana*) Pues cerrado queda el trato......
Enrique (*á Lola*) Saldrás de estado tan pobre.
Lola. Mi honor á todo prefiero.
Mariana. (*á Diego*) Sobre eso lo que resuelva.

Enrique. (*á Lola*) Pronto vuelvo....
Lola. Aquí no vuelva.
Mariana. (*á Diego*) Es pagar mucho dinero.
Diego. Mas mi voluntad es esta.
[*á Enrique*] Queda el sombrero ajustado.
Enrique. Pues vamos, si has acabado.
[*á Lola*] Vuelvo aquí por la respuesta.

ESCENA V.

MARIANA, LOLA.

Mariana. ¡Qué jóvenes tan amables!
bien caro el trabajo pagan!
Ahora. con los sombreros
que aquí llegan de la Habana,
sin trabajo están las pobres
como nosotras ¡desgracia!
Mas ay! el yarey al cabo
nos hace vivir honradas,
Dios, sí, Dios, para los pobres.
del yarey sembró las palmas......
¡Benditas palmas de Cuba
Rica que crecen en las sabanas
y alimento proporcionan
á los pobres que trabajan!
¡Si los ricos protejieran
Lola, la industria cubana!
Lola. Y si supieras!....
Mariana. ¿Qué dices?
Lola. Trajes, brillantes, guirnaldas,
A mí me ofreció ese jóven....
Yo, trajes cuando me basta
esta pobre muselina
que llevo siempre....
Mariana. Me agrada
tu proceder.
Lola. Sí, por eso
tan caramente te pagan.
Mariana. Ya con el trato no cumplo.
Lola. Yo te lo apruebo, Mariana.
Mariana. Voy á buscar á la tienda
unas agujas y á casa
pronto volveré.
Lola. No tardes.
Mariana. Los tejidos adelanta.

ESCENA VI.

LOLA (*sentada trabajando.*)

¡Qué atrevido! qué altanero!
no he visto hombre mas osado:
querer como en un mercado
comprarme con su dinero!
cuando en esto considero [*se levanta*]
arde en mi pecho un volcan......
ay de mí!.... ¿qué pensarán?
Que es infame el pecho mio.
Porque es mi hogar un bohío
de la orilla del San Juan.

—

Que me dará ricos trajes,
y primorosas guirnaldas.....
á mí con las esmeraldas
las gasas y los encajes!....
Que iré en lujosos carruajes!......
No! mis piés me servirán;
Que saben ganar un pan
aunque ocultas en las breñas
estas pobres ribereñas
de la orilla del San Juan.

—

A Ricardo adoro yo:
nunca contarme procura,
si es rico, si sangre pura
corre por sus venas, no!
Si amarme sólo juró
de él mis delirios serán;
ambiciona con afan
que mi esperanza recobre,
y nunca insulta á la pobre
ribereña del San Juan.

—

Mas si el proceder extraño
le digo de ese imprudente,
puedo aunque soy inocente
ser la causa de algun daño.
Si se lo oculto, le engaño.
¿estos labios callarán
ó todo se lo dirán?
Persigue, estrella traidora,
á la pobre tejedora
de la orilla del San Juan. (*Pausa.*)

Con qué impaciencia le aguardo!
él me dijo que vendria,
y ya tarda.. ¡qué agonía!

ESCENA VII.

LOLA, RICARDO.

Ricardo. Aquí me tienes.
Lola. Ricardo!
Ricardo. Hallo tu rostro sombrío:
¿tal mudanza en un momento?
Lola. No cesa, no, mi tormento.
Ricardo. ¡Qué triste estás, ángel mio!
Mas tiemblas: hay algo oculto....
Lola. Es que estoy apesarada....
en triste llanto anegada
me tienes.
Ricardo. Si erés mi culto,
tú lo sabes.
Lola. Me dan muerte
las angustias con que lucho,
aunque tú me quieres mucho,
Ricardo, temo perderte.
Ah! tú á mí me olvidarias!
Ricardo. Yo siempre sigo tu huella:
no puedo olvidarte, estrella
de las esperanzas mias.
¿Ves dos gotas de rocío
que el aire en la flor arroja
unidas en una hoja?
Son tu corazon y el mio.
¿Viste dos unidas palmas
que parecen una sola?
¿Pueden separarse, Lola?
Pues estas son nuestras almas.
¿Quién separarnos pudiera?
¡Cuántas tardes he pasado
contemplándote extasiado
del Bayamo en la ribera!
Al pié de un árbol sombrío
sobre un manto de verdura
cantaron nuestra ventura
las claras ondas del rio.
Y á los sonoros rumores
en calles de verdes pinos,
los cubanos campesinos
discantaban sus amores.—

Giraban de ramo en ramo
entre el jazmin y la viola
mil aves.. ¡qué tardes, Lola,
bajo el cielo del Bayamo!
Y ¡con qué pena profunda
al ver nuestros alborozos
exhalaba sus sollozos
la paloma moribunda!
Y ¡qué triste el Sol moria
temblando en las enramadas!
Verdes lomas—empapadas
con tanta lágrima mia!

Lola. Me vuelves amor y gloria
de todo el mundo á despecho.

Ricardo. Aún quedaras en mi pecho
si perdiera la memoria.

Lola. Yo me miro en tu alma fiel
como el ave que se mira
en un arroyo, y suspira
y nunca se aparta de él.

Ricardo. Ah! mi pecho no ambiciona
oro, poder, ni hidalguía,
tú para mí, Lola mia,
vales más que una corona.
No busco dama esplendente
no, mi bien, yo con vehemencia
busco sólo la inocencia
que se retrata en tu frente.
Si en la iglesia arrodillada
al lado estás de una hermosa,
que alza la frente orgullosa
de brillantes coronada,
Y tú, mi querida Lola,
con tanta riqueza en torno
muestras por único adorno
sobre la frente una viola,
que cortaste junto al rio:
me digo entónces:—es esta,
tan sencilla, tan modesta
mi compañera, Dios mio!

Lola. Mas esa muger tan bella
tan rica, tan preferida,
y yo, del pueblo nacida..
¿yo rivalizar con ella?

Ricardo. Mi bien, entre las poblanas
Mi corazon sólo adora
á la humilde tejedora
del yarey de estas sabanas.

Oh Lola; acaben tus celos!
¿quién ha de haber que te tilde?
un hija del pueblo humilde
fué la Reina de los cielos! (*Pausa.*)
Toma este anillo que es pura
ofrenda de amor sencillo....

Lola. Y toma tú este otro anillo,
prenda de amor y ternura.

Ricardo. Y miéntras los conservemos
será que amor nos inspira.

Lola. Sí, por el Dios que nos mira.

Ricardo. Jurémos los dos.

Lola. Jurémos.

Ricardo. Nunca dejarte quisiera;
con tu amor sólo sonrio. (*tomando el sombrero.*)

Lola. ¿Por qué te vas, amor mio?

Ricardo. Lola, mi padre me espera.

Lola. ¿Volverás pronto? te aguardo:
sin tí quisiera la muerte!....

Ricardo. Volveré muy pronto á verte:
Adios, Lola!

Lola. Adios, Ricardo!

ESCENA VIII.

LOLA.

Se fué mi esperanza ya.
¿Por qué tan pronto te fuiste?
Este hogar queda tan triste
cuando Ricardo se va.
Mas continuemos sin pena
el tejido comenzado
que el cielo lo ha decretado:
los pobres á su faena. (*se sienta á trabajar.*)

ESCENA IX.

LOLA, ENRIQUE.

Enrique. No te dije que volvia?

Lola. Y yo que aquí no volviera.

Enrique. Rosa gentil que te escondes
en ignoradas florestas,
ave que formas tu nido
en verdes enredaderas,

¿Me dará la rosa espinas
y el ave....?

Lola. En vano se queja
porque ya la flor y el ave
en otro seno se albergan.

Enrique. ¿Quién es?

Lola. Ricardo Tamayo.

Enrique. Infeliz! pobre doncella!
su padre á Ricardo impide
entre ocultas arboledas,
regar flores, cuidar aves....

Lola. Qué le importa?

Enrique. Qué torpeza!
Yo heredé un caudal inmenso
y tuya será mi herencia:
eclipsarás con tus galas
á todas las bayamesas.
Será la gentil Sofía
Sol que triste palidezca.
¡Qué bien estará en tu espalda
rayada manta escocesa!
¡Qué bien estará en tu cuello
un collar de blancas perlas!
Y una rosa de brillantes
bien lucirá en tu cabeza!

Lola. Caballero!

Enrique. Qué! Prefieres
esa vida de miserias?
¿Prefieres ser tejedora
de estas humildes riberas?
¿Prefieres que al fin el hambre
te mate entre duras penas?
Vendrá con su mano fria
la tísis, la tísis lenta...
¿Por el trabajo encorvada
no vas á una muerte cierta?
No miras morir, incauta
á todas tus compañeras?
¿Viste alguna vez acaso
entre tanta jóven bella
tejedora de este pueblo,
que alguna, alguna se uniera
con un rico?... pues entónces!
tuyas serán mis haciendas:
aunque no serás mi esposa,
serás....

Lola. (*se levanta indignada.*) Refrene la lengua.

Enrique. De ese modo me respondes,

cuando te doy mis riquezas?

Lola. Ofrezca V- sus caudales
á mujeres que se vendan.
no á esta pobre tejedora....

Enrique. Mas si estás en la miseria!

Lola. En la miseria esta pobre....

Enrique. Qué puede hacer?

Lola. Le desprecia. (*le vuelve la espalda.*)

Enrique. Si al fin cederás, oh Lola!
vamos, no tanta dureza.

Lola. Váyase usted de mi casa!

Enrique. Ven, Lola! (*va á abrazarla.*)

Lola. Primero muerta....
Infame! (*cae desmayada.*)

Enrique. Se ha desmayado:
esto es nada; ¡qué pequeñas
manos! ¡Por Dios, que no deben
tejer esa tosca empleita.
Una sortija. (*se la quita*) Iniciales!
R. T. (*poniéndosela*) qué bien me sienta!
Un pañuelo! está marcado
y ¡qué bien bordadas letras!
Ricardo Tamayo... entiendo (*se guarda dichas prendas.*)

Lola. (*volviendo en sí*) Aquí V....

Enrique. Paloma tierna.. (*queriendo abrazarla.*)

ESCENA X.

Enrique, Lola, Mariana.

Mariana. Cómo! qué es esto! hombre aleve!

Lola. Defiéndeme (*levantándose.*)

Enrique. Infame tia! (*aparte*)

Mariana. ¿Quién tal insulto creeria?
Así á profanar se atreve
nuestro hogar?

Enrique. Un caballero,
Soy yo, mas mirada sea.

Mariana. Esa accion indigna y fea
es propia de un bandolero.

Enrique. Mi furor á todo excede
¡Quién contra mí se propasa!.. (*vase.*)

ESCENA XI.

MARIANA, LOLA.

Mariana. ¿No estamos en nuestra casa?
Lola. Y ¿qué mal hacernos puede?
Mariana. Si bien te lo he dicho yo
una cosa es el dinero..
y otra es el ser caballero.
Lola. Rico es, caballero no!
Mariana. Mas somos tan pobres!....
Lola. Ah!
si el misterioso volviera....
Mariana. Qué ha de volver!.. ...
Lola. Si cumpliera....
Mariana. Qué ha de cumplir....

ESCENA XII.

MARIANA. LOLA. RAMON.

Ramon. Cumplirá!
Mariana. Aquí usted.
Lola. Qué miro ¡ay Dios!
Ramon. Nada hallo que las sorprenda:
se me olvidaba esta prenda.... (*tomando el paraguas.*)
Adios!
Lola. Y ¿nos dice adios?
Mariana. A V. de aquí no se lanza.
Lola. ¿Quién es V. señor mio?
Ramon. Ramon Tamayo.
Lola. Su tio!
Ramon. Hijas del Pueblo.... ¡Esperanza!

(*Se va y Lola y Mariana señalan sorprendidas para la puerta.*)

(CAE EL TELON.)

———

ACTO SEGUNDO.

La escena representa la casa de Antonio.

ESCENA I.

ANTONIO, RICARDO.

Ricardo. En qué te falto, señor?
Antonio. Sí; me tienes muy quejoso,
en ese baile suntuoso
que ha dado el Gobernador:
¿No te dije que á Sofía
la atendieras con agrado?
Pero ¡qué mal te has portado!
Nunca he visto alma tan fria.
Allí estaba Rosa Estrada
que es en verdad una rosa;
qué presencia! qué lujosa!
con qué flores adornada!
Allí Encarnacion del Valle
el pimpollo de aquel cesto.
con un aire tan modesto!
Y ¡qué delicado talle!
Allí Enriqueta Fajardo....
¡la viste? qué gallardía!
mas sobre todas, Sofía. ..
¿Qué te pareció, Ricardo?
Ricardo. Es una mujer sin alma.
Antonio. No hallarás otra más bella:
ella descollaba y ella
obtuvo sólo la palma.
Cuántos brillantes! qué lujo!
Y ¡sin alma la encontraste!
Ciego estabas. ¿No observaste
la sensacion que produjo?
Y qué amable y delicada!
Siempre en sus labios la risa,

para aquel una sonrisa,
para el otro una mirada.

Ricardo. Eso es, padre, lo peor,
ser ella tan complaciente:
yo concibo acá en mi mente
de otra manera el amor.

Antonio. (*distraido*) No lo comprendo: veia
en tí suma indiferencia,
y toda la concurrencia
admiraba allí á Sofía.

Ricardo. Con mujer tan orgullosa
jamás me verás risueño:
yo en mis delirios la sueño
más humilde para esposa.
Yo gozaré enternecido
del amor el santo aroma
con una blanca paloma
que no salga de su nido.
Que en vez de ostentar sus galas
de orgullo el pecho inflamado,
mi corazon angustiado
cubra siempre con sus alas.

Antonio. Hijo: ¿qué dices?....

Ricardo. Que es esta
objeto de mis ternuras;
pero no esas hermosuras
que corren de fiesta en fiesta.
Con la vírgen que reclamo
quizás mis dichas recobre,
aunque fuera la más pobre
de las hijas del Bayamo.

Antonio. Con voz tierna y seductora
tal vez alguna.... y por eso....

Ricardo. Sí—padre—te lo confieso......
es Lola, la tejedora.

Antonio. La tejedora! qué escucho!
esa miserable...... Lola!

Ricardo. Ella es mi esperanza sola.
—¡Con cuántas angustias lucho!—

Antonio. Con que Lola......

Ricardo. Padre mio!

Antonio. Lola, tu esposa! locura!
Un hija del pueblo oscura......
ja, ja, ja! ¡cómo me rio!

Ricardo. Te causa risa mi llanto,
mi pena desgarradora!......

Antonio. Ja, ja, ja! una tejedora!......

Ricardo. Pero vale Lola tanto!

Antonio. (*con sarcasmo.*) ¿Vale mucho?
Ricardo. Escucha ¡oh padre!
Es Lola la ribereña
tan infeliz! muy pequeña
perdió en el mundo á su madre.
Habita un pobre bohío
que silencioso se pierde
entre una arboleda verde
de las orillas del rio.
No alzó dulces cantilenas
ni ciñó rica guirnalda,
sino que dobló la espalda
bajo el peso de sus penas.
No entre ricas colgaduras
ensanchar sintió su pecho......
sobre un miserable lecho
lloró tantas amarguras!
Y al lado de esas mujeres
que ven toda su esperanza
en el vestido, en la danza,......
siempre soñando placeres!
ella tranquila y modesta
vive en medio de sus flores,
y en domésticas labores
encuentra su mayor fiesta.
Es ángel tan recogido,
que con nadie tiene roce:
sólo las calles conoce
del barrio donde ha nacido.
Yo espero que tú consientas......
Antonio. Qué he de consentir!....
Ricardo. Aguardo......
Antonio. Será casarte, Ricardo,
la mayor de las afrentas.
El hijo de un hacendado
así en unirse se empeña
con......
Ricardo. La pobre ribereña.
Antonio. Te verás desheredado.
Ricardo. Tú sabes que desde niño
me gano ya la existencia;
prívame, sí, de tu herencia;
pero no de tu cariño.
Si no apruebas este amor
hijo del dolor y el llanto,
que es mi virtud, que es mi encanto:
no lo maldigas, Señor.

No quiero que des tu mano...

Ricardo. Ah! por Dios! sé más humano.

Antonio. No me respondas. Lo exijo:
olvida! ...

Ricardo. No lo prometo....
fueran mis promesas vanas.

Antonio. Insultas así mis canas?

Ricardo. Yo no te falto al respeto. (*Antonio amenaza á Ricardo.*)

ESCENA II.

DICHOS Y RAMON.

Ramon. Detente, Antonio, si tardo....
nunca te ví con tal saña....

Antonio. ¿Por qué mi furor te extraña?
¡Es tan mal hijo Ricardo!

Ramon. Mal hijo el sobrino mio
en todas partes citado
por laborioso y honrado.

Ricardo. Oh.... Gracias ¡querido tio!

Antonio. Y ¿das gracias? Vete pronto!

Ricardo. Yo respeto tu mandato.

ESCENA III.

ANTONIO, RAMON.

Antonio. Tú con tu benigno trato
lo tienes perdido y tonto.

Ramon. Eres tú quien lo has perdido.

Antonio. Eres tú!

Ramon. Yo no.

Antonio. Tú sí!

Ramon. Buenos consejos le dí.

Antonio. ¿Consejos? malos han sido!
Ese amor que le escarnece
tal vez protejes y ocultas......
esa mujer......

Ramon. Tú le insultas
y, Antonio, no lo merece.
Que el talento y los amores
y las virtudes preciadas,
¿acaso están vinculadas
en los altivos Señores?
que el honrado jornalero
¿no oculta un alma, no siente?

José, varon eminente
sabes quién fué?

Antonio. Un carpintero.

Ramon. Jesus, mártir entusiasta,
que en el Gólgota clavado
espiró crucificado,
fué un hijo del pueblo.

Antonio. Basta!

Ramon. El gran Colon, cuya hazaña
excedió todo lo humano,
que al darle España la mano
un mundo legó á la España.
fué muy pobre.

Antonio. Basta ya!
su porvenir es siniestro:
—como tú eres su maestro
un loco.... un loco será.—

Ramon. Daré punto á la materia.

Antonio. Máximas descabelladas....

Ramon. ¡Cuántas mujeres honradas
ví morir en la miseria!
Y llenas de presuncion
ví con primorosos trajes
en espléndidos carruajes
¡cuántas que honradas no son!

Antonio. Tú tienes ya fanatismo
por la virtud......

Ramon. No te engañas.

Antonio. Siempre contra mí te ensañas.

Ramon. Yo detesto tu egoismo.
Un emperador decia,
cuando la noche llegaba
y un bien no proporcionaba:
—he perdido todo el dia.—
Si el Señor me dió riqueza
no en ella mi gloria fundo,
es hacer bien en el mundo
mi título de nobleza.

Antonio. ¡A dónde agradecimiento
hallarás? Una accion buena
se va escribiendo en la arena
y la va borrando el viento.

Ramon. ¿Cuándo la corriente inmensa
del Bayamo, coronados
de flores deja los prados....
Aguardará recompensa?
Imitemos la corriente,
hagamos bien, y ¡adelante!

es recompensa bastante
el placer que el alma siente.

Antonio. Mas, cesen estos debates....

Ramon. Si callas—silencio guardo—

Antonio. Pero, Ramon, á Ricardo
no inculques tus disparates....
sí—ni una palabra sola
ó yo de tratarte dejo.

Ramon. Si abiertamente protejo
yo los amores de Lola!

Antonio. Hermano, tú en contra mia .

Ramon. Porque tu opinion no sigo....

Antonio. Te declaras mi enemigo!
De tí esperarlo debia!

Ramon. Yo nada en tu contra tramo...
Ha elegido una doncella,
la más pura, la más bella
de las hijas del Bayamo.—
Yo apruebo ese matrimonio.

Antonio. Si tiene oficio tan bajo!

Ramon. Antonio: es noble el trabajo.

Antonio. Si no tiene patrimonio....

Ramon. Pero no te han de heredar?
cásalos y poco á poco....

Antonio. Te dejo, tú eres un loco.

Ramon. Tú eres el loco de atar.

ESCENA IV.

RAMON.

—Sofocar la inclinacion
que la conmueve y halaga!
con tal dureza una daga
hundir en su corazon!
Ahogar así la emocion
de sus amores primeros.....
¡la pobre! Meses enteros
trabajando diligente.
dobla la pálida frente
sobre unos toscos maderos.

—

¿Por qué con modo violento
así Lola es ultrajada?
¿El trabajo la degrada?
¿Qué no tiene sentimiento?
¿Por qué causarle un tormento

y su esperanza nublar?
¿Por qué Antonio ha de insultar
su virtud y su hermosura?
¿Qué es un crímen ser tan pura?
¿Qué Lola no puede amar?

—

Noble es el mísero herrero
que al son del yunque y martillo
alza el puente en el castillo,
templa en la fragua el acero.
Noble el útil carpintero
que con la escuadra y la sierra
forma pueblos en la tierra;
¡y se miran despreciados
por los vanos potentados
que les declaran la guerra!

—

Nobles son los labradores
que hacha y machete manejan
y cubierto el prado dejan
ya de frutos, ya de flores.
Nobles las que á sus labores
consagran sus manos bellas....
no las altivas doncellas,
ni la soberbia señora;
¡Ah! Lola la tejedora
Vale más que todas ellas.

ESCENA V.

RAMON, ENRIQUE.

Enrique. Ramon, estrecha la mano.
Ramon. ¿Qué es de tu vida?
Enrique. Se pasa
muy alegre.
Ramon. Un calavera
como siempre.
Enrique. Cosa clara:
Esta noche le preparo
á Lola una serenata.
Ramon. ¿A Lola?
Enrique. No la conoces?
qué cantares! qué guitarra!
Ramon. Cantares?
Enrique. Y muy picantes!
gustan así....

Ramon. No gustaran
si los padres de familia
á sus hijas tiernas, castas
dieran mejores ejemplos.
Admitir que en sus ventanas
entonen esos cantares
que envenenan! que degradan!
Enrique. Si son pobres . .
Ramon. Pues por eso;
Sí: debemos educarlas,
sembrar virtudes, no vicios,
y fortificar sus almas.
¿Qué estraño que todas ellas
sucumban en su desgracia
si contemplan desde niñas
humillaciones, infamias?
Necesitan esas flores
aire más puro, más agua,
la educacion y el ejemplo.
sí: todo, todo les falta.
Conozco una sola entre ellas
que la Tejedora llaman;
qué virtud! es un prodigio
que así se conserve intacta. . .
Enrique. Creer en virtud de pobres! . . .
tú tan cándido (*con risa.*)
Ramon. Mal haya!
El que así piensa; por esto
nuestro pueblo no adelanta . . .
Enrique. Y Ricardo siempre un tonto.
Ramon. Con más miramientos habla.
que mal cuidara la agena
quien no cuida de su fama.
Enrique. Indirectas, eh?
Ramon. Tú ignoras
que entre esos tus camaradas
uno hay que ha falsificado
una escritura?
Enrique. Te engañas!
Ramon. Es Diego, estuvo en la cárcel.
Enrique. Mas ¡cómo Ricardo tarda!
Ramon. Pronto vendrá: yo me ausento
aquí quedas en tu casa. (*vase.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

No me es posible pasar
sin Lola, y ha de ser mia:
qué gracia! qué gallardía!
Yo no la puedo olvidar.
Haré que un amor tan puro
rompa tan estrechos lazos....
Y luego vendrá á mis brazos
esto es seguro...... seguro.
La sortija y el pañuelo
y esta carta, (*mostrándola*) por mi vida!
Con trama tan bien urdida,
qué bien tragará el anzuelo!

ESCENA VII.

ENRIQUE, RICARDO.

Ricardo. Es Enrique ¿qué milagro
que te encuentro aquí en mi casa?
Vengo á verte, no te estrañe.
Enrique. Tu buen carácter me agrada;
compañero de colegio
tú á Roma representabas,
yo á Cartago, y ¡claro! Roma
siempre se llevó la palma.
Salí furioso contigo;
pero al cabo todo pasa.
y aquí me tienes.
Ricardo. Y firme
me encuentras.
Enrique. Pero qué calma!
qué magestad! si pareces
un viejo!
Ricardo. Si es una falta,
es natural.
Enrique. ¡Qué distintos
los dos! yo soy una brasa,
una nube, un trueno, un rayo,
aquí hoy, allá mañana.
¡Qué cuatro bellezas tengo
perdidas, enamoradas!
Ricardo. Y nada ménos que cuatro?
qué atrocidad!

Enrique. Qué! ¿te espanta?
Es la moda y es preciso.
Ricardo. A un tiempo cuatro! qué infamia!
cuatro! qué escándalo!
Enrique. Escucha:
una de ellas es Leocadia,
de ojos rasgados, es hija
del Mayoral de las Mangas;
Otra Inés que vive junto
á la iglesia de Santa Ana,
Trigueña que en ese barrio
reina sola y hace raya.
Es la tercera una vírgen
de los sitios de Vicana,
está en Bayamo de paso....
qué voz! qué cútis! qué cara!
Es la cuarta Lola.
Ricardo. Lola?
Enrique. Es Lola, sí, ¿qué te estraña?
Ricardo. A mí no.
Enrique. Pues adelante.
Es Lola tan desgraciada
como pobre .....
Ricardo. Pobre...
Enrique. Pobre......
Pero su miseria es tanta
que se entretiene tejiendo
sombreros....
Ricardo. ¿Cómo?
Enrique. ¿Te apiadas.
Ricardo, de tal miseria?
Ricardo. ¿Es tejedora?
Enrique. Y de fama.
Ricardo. ¡Enrique!
Enrique. Estás agitado!
Ricardo. Díme.. esa Lola....
Enrique. Es gallarda,
talle esbelto, pié pequeño,
ojos negros, trenzas largas....
Ricardo. ¿Y vive?
Enrique. Trás de la Iglesia
del San Juan....
Ricardo. ¿Cómo?
Enrique. Entusiasta
mujer.. me adora..
Ricardo. ¿Te adora?
Enrique. Dije poco.. me idolatra....
Ricardo. ¡Falso!

Enrique. Si tengo mil pruebas!
Ricardo. ¡Calumnias!
Enrique. Pruebas bien claras!
Pero, tú, ¿con qué derecho
de este modo me demandas?
Ricardo. ¡Es mi prometida esposa!
Enrique. Ja! ja! ja! nos engañaba
á los dos.
Ricardo. Mientes! ¿las pruebas?....
sino te mato!
Enrique. Más calma:
un pañuelo, una sortija,
una carta.... si no basta.... (*dándole todo.*)
Ricardo. Un pañuelo! si es el mismo
que le regalé á la ingrata....
la sortija.... la conozco......
en hora desventurada
nuestras sortijas trocamos.
Pero aún dudo: á ver la carta.....
— "A las doce de la noche
te esperaré: el muro salta." —
Es su letra.... si parece
que estoy soñando.. me engaña...
ella venderme!.. por eso
ví que pálida temblaba
en mi presencia....
Enrique. Ricardo,
desprecia mujer tan falsa.
Ricardo. Emponzoñada saeta
has clavado en mis entrañas.
Enrique. No te apures: te la cedo.
Ricardo. No: yo no puedo aceptarla;
tú, que te burlas de todas,
sé su dueño....
Enrique. ¡Es tan liviana!
pero al fin....
Ricardo. Esta sortija (*dándosela*)
me la dió en prenda sagrada
de amor, y te pertenece.
Enrique. (*tomándola*) La acepto: te doy las gracias!
Ricardo. Tú me vengarás, Enrique!
Enrique. Es segura la venganza! (*vase.*)

ESCENA VIII.

RICARDO.

Hallar tan inconsecuente
la que juzgué en mi locura
como los ángeles pura
sin una mancha en la frente.
Hundirse así de repente
mi amor entre un mar de llanto:
tanta esperanza y encanto
muertos ya en el alma mia,
y adorarla todavía
áun despues de sufrir tanto.

—

¡Oh mi sueño encantador!
¡Oh blanca ilusion querida!
Primer placer de mi vida
oh Lola! y primer dolor.
Angel divino de amor
cayó, en pedazos, tu aureola;
tu vil perfidia me inmola......
¿á dónde iré infortunado
despues de haber encontrado
falso el corazon de Lola?

—

Al ver en la alta señora
tal vanidad, tal falsía,
pensé que amor hallaria
en la humilde tejedora.
Pues Lola me fué traidora,
ya para mí el mundo encierra
mal eterno, eterna guerra.......
¡ay del que ame! ¡desgraciado!
¡infeliz! ¡será engañado!
¡amor no existe en la tierra!

ESCENA IX.

ANTONIO, RICARDO.

Antonio. ¿Qué tienes? ¡qué demudado!
qué mirada! Estás conmigo......
Ricardo. Oh buen padre! yo contigo
jamás estoy enojado.
Es un oculto dolor....

Antonio. Ese amor tan tierno y puro
causa tus males.... seguro!....
Ricardo. Yo creer en el amor?....
Antonio. Cómo....! ¿te burlas?......
Ricardo. No tal.
Antonio. Y ¿aquel amor tan sensible
que rayaba en lo imposible
puro, sublime.... inmortal?
¿A dónde voló tan raudo
como un celaje violento?
Ricardo. Se fué de mi pensamiento.
Antonio. Magnífico! yo te aplaudo:
mas, ¿cómo?....
Ricardo. Tan dulce anhelo
fué un delirio que ha pasado.
Antonio. Y ¿tu ángel tan decantado?
Ricardo. Mi ángel ha partido al cielo.
Antonio. Habla claro: no me ocultes
el más leve sentimiento;
no más un puñal sangriento
en mi corazon sepultes.
Tú la adoras, hijo mio,
con ceguedad y ternura....
Ricardo. Ja! ja! ja! ja! qué locura!
Yo adorarla, padre mio!
Antonio. Qué misterios! yo no acierto....
esa risa....
Ricardo. Risa es sola
de contento......
Antonio. Pero, Lola......
Ricardo. ¿No te he dicho que se ha muerto?
Antonio. ¡Que Dios la haya perdonado!
mas ¿te alegras? por mi vida!......
Ricardo. La mujer envilecida
muere para el hombre honrado.
Antonio. Ya entiendo......
Ricardo. Pérfida Lola!
á Enrique entre dulces cuitas
por el muro le da citas
de noche.. á las doce.... y......
Antonio. ¡Ola!
Ricardo. ¡Qué corazon tan impuro!
toda virtud desconoce......
Antonio. (*con sarcasmo*) Por el muro.. y á las doce..
Ricardo. (*con sentimiento*) A las doce y por el muro.
Antonio. Y ¿ese amor no te desdora?
¿No te hallará sordo y frio?
¡Robarme así el hijo mio

una humilde tejedora!
Y ¿aquella virtud tan alta?
Y las útiles labores?
Y aquel cuidar de las flores?

Ricardo. Perdona, Señor, mi falta!
Antonio. No te apures de ese modo.
Ricardo. Pero.... yo..
Antonio. Ten más sosiego
que el amor es todo fuego
y despues ceniza todo.
El amor, hijo, es en suma
como una rauda corriente
que llega como un torrente
y se va como la espuma.
Ricardo. Se va.... se va, padre mio,
como la espuma deshecho:
se va, mas deja en el pecho
tan horroroso vacío!
Antonio. ¡Aun las amas!
Ricardo. ¡Amor funesto!
Antonio. Amas esa deshonrada?
Ricardo. Pude amarla desgraciada
sin honra, no, la detesto.
Antonio. Cosas tristes olvidemos:
fuera la melancolía:
vamos á ver á Sofía.
Ricardo. A eso me obligas?....
Antonio. Irémos.
Lucha y vencerás, Ricardo.
Ricardo. Luchar yo; si desespero....
Antonio. Voy á buscar mi sombrero....
pronto vuelvo....
Ricardo. Aquí te aguardo.

ESCENA X.

RICARDO.

Es ay! la prueba tan clara!
fingirse tan inocente!
si estuviera aquí presente
¡vive Dios! que la matara.

ESCENA XI.

RICARDO, LOLA (*agitada por una fuerte emocion.*)

Lola. El es! él es! qué me pasa?
Ricardo. ¿Quién habla?
Lola. Soy yo, tu amor.
Ricardo. ¡Una mujer sin honor
entrarse así en esta casa?
Lola. Sin honor! Tú me has mandado
mi sortija.... vengo ahora....
Ricardo. ¿A qué has de venir, traidora?
¡qué bien de mí te has burlado!
Lola. Que me he burlado....!
Ricardo. Esta carta......
¿la reconoces?....
Lola. (*observándola*) Es mia.
Ricardo. ¿Y lo confiesas, impía?
Lola. Por Dios!.... te suplico! (*llegándose á él.*)
Ricardo. (*arrojándola*) Aparta!
Lola. Pero, Ricardo, te juro....
Ricardo. En vano tu voz impetra
Aquí tu letra......
Lola. (*afirmando*) Mi letra.
Ricardo. A las doce y por el muro.
Lola. (*con sorpresa*) Por el muro....
Ricardo. Y á las doce!
Lola. (*con mayor sorpresa*) Y á las doce!
Ricardo. Así se engaña
mi fé ciega!....

ESCENA XII.

ANTONIO, RICARDO, LOLA.

Antonio. (*entrando*) Voz estraña!......
¿Esta mujer te conoce?
Ricardo. Es Lola, esa detestable!
Antonio. Cómo!
Lola. Ricardo!......
Antonio. Atrevida!
Hija del pueblo perdida,
fuera de aquí, miserable!

(CAE EL TELON.)

ACTO TERCERO.

La escena representa la casa de D. Antonio.

ESCENA I.

ANTONIO, RAMON.

Antonio. Ya ves que nada has logrado
con tus máximas....
Ramon. Antonio,
ese es un mal matrimonio,
ni siquiera se han tratado.
Antonio. Verás.... verás qué felices
serán Ricardo y Sofía!...
Ramon. Eso será union de un dia;
no tiene ese amor raices.
Antonio. Sí las tiene!
Ramon. Ese amor es....
Antonio. Siempre el amor! ¡yo prefiero!......
Ramon. Y siempre, y siempre el dinero,
el tráfico, el interes!
¿Que este mundo sólo encierra
el bien material, el oro?
¿No hay en el alma un tesoro?
¿Qué sólo somos de tierra?
¿Sólo el oro codiciado
ha de llevarse la palma?
¿Se apagó la luz del alma?
¿Qué este Mundo es un mercado?
¿Las ilusiones brillantes
son sueños, error impío?
¿Que en este Mundo, Dios mio,
no habrá más que traficantes?
¿Por qué entónces vivo brota
en el pecho entusiasmado
perenne raudal sagrado
que jamás.... jamás se agota?

¿Por qué un amor hechicero
en nuestro horizonte asoma
así cual trás verde loma
medio oculto algun lucero?
Aunque en el mundo traidor
los que aman sufren y gimen,
¡es una infamia, es un crímen
casarse así, sin amor!....

Antonio. Refrena ese ardor un poco....
Ramon. Casarse así es un delito!
Antonio. Pero, hombre de Dios bendito,
¿querrás tú ser siempre un loco?
Ramon. Eres, Antonio, implacable....
Antonio. Si siguiera el hijo mio
los consejos de su tio
quedara tan miserable
como Enrique.
Ramon. ¿Cómo Enrique?
Antonio. Todo al juego lo ha perdido.
Ramon. En los vicios sumergido...
Antonio. Ya ese buque se fué á pique.
Ramon. El juego! ese vicio ultraja
al hombre que torpe y ciego....
Antonio. Pues el amor es un juego
peor que el de la baraja.
Mi Ricardo lo jugó
con Lola la tejedora,
ella es hábil jugadora,
él un cándido y perdió.
Ramon. ¿Con que perdió?
Antonio. Ya lo has visto.
Ramon. ¿Quién tal falsedad creeria?
Antonio. Me está esperando Sofia....
Yo no me duermo, ando listo. (*vase.*)

ESCENA II.

RAMON.

Vive Dios! que en iras ardo!
Casar así á mi sobrino....
Es muy triste su destino!
ah! pobre! ¡pobre Ricardo!

ESCENA III.

RICARDO, RAMON.

Ricardo ¿Me llamas? mi nombre oir
me pareció, caro tio.
Ramon. Pensaba, sobrino mio,....
Ricardo. Díme ¿en qué?. ..
Ramon. En tu porvenir.
Ricardo. ¡Mi porvenir! Nunca el gozo
pudo anidarse en mi seno:
apuro letal veneno
en un eterno sollozo.
Amé una ingrata ¡oh pesar!
con un amor tan profundo
que ya no puedo en el mundo
volver otra vez á amar.
Agotóse ya la fuente
de aquella pasion tan pura,
y ha dejado su amargura
grabada sobre mi frente.
Ya nunca puedo amar yo!
se idolatra una vez sola!
con el amor que amé á Lola,
no se ama dos veces.... no!
Ramon. Y ¿cómo vas al altar
á dar la mano á Sofia?
Ricardo. De mi padre es la porfia;
yo no me quiero casar.
Ramon. A manchar tu labio osado
fueras con amor mentido....
Ricardo. Mas si nunca he consentido.
Ramon. Sigue siendo un hombre honrado.
Ricardo. Siempre, Ramon.
Ramon. ¡Engañar
una mujer indefensa:
brindarle pasion inmensa
cuando no puedes amar!
¿Sabes tú lo que es casarse?
¿Lo que esta palabra encierra?
Unirse dos en la tierra:
los dos identificarse.
Vivir bajo el mismo techo
cual aves del mismo nido;
y sentir siempre el latido
un pecho del otro pecho.

Cuidar ambos de su honor,
rendirse mutuo respeto,
decirse el menor secreto,
ampararse en el dolor.
Uno al otro sostenerse
por saber con honda pena
que tan estrecha cadena
es muy fácil de romperse.
Esto es casarse, sobrino,
lo demás es un contrato
de comercio....

Ricardo. Ese relato,
Ramon....

Ramon. Es un desatino
un amor sin fé, bastardo.

Ricardo. Amar yo!

Ramon. Si no es amada
esa boda improvisada
no es digna de tí, Ricardo.
Sereis dos pobres galeotes
atados al mismo remo.

Ricardo. Me espanto al oirte..... temo....
Mas mi padre.... (*alzando la voz.*)

Ramon. No alborotes!
Si cedes, mártir serás! (*confidencialmente.*)

Ricardo. Me das horror, siento frio.

Ramon. Lola....

Ricardo. Por Dios, caro tio,
no me la nombres jamás.
¡Tan duro ha sido el agravio!
¡Son tantas mis amarguras!
¡Todas son, todas perjuras!

Ramon. Ricardo, sella tu labio!
Y si aún está hermosa y pura
y cual ángel inocente
lleva el candor en la frente
y en el alma la ternura?
Y ¿si al pié del mismo altar
al dar la mano á Sofia
oyes un ay! de agonía
por las naves retumbar?
Y desesperada y sola,
porque tú la has olvidado,
con el rostro demudado,
ves aparecerse á Lola?....

———

ESCENA IV.

ANTONIO, RICARDO, RAMON.

Antonio. (*interrumpiéndole*) ¿Si querrá otra vez mi hermano
romper este matrimonio?
Ramon. Has vuelto muy presto, Antonio.
Antonio. No persistas que es en vano.—
Ramon. ¿Qué me dices?
Antonio. Te decia
que estás tendiendo tus redes
otra vez, mas ya no puedes:
se casará con Sofia.
Ricardo. Padre — si yo no la quiero!
Tú aumentas más mis pesares.
¡Yo: jurar en los altares
amor que no es verdadero!
Que me fuerces tú, no es justo.
Antonio. ¿Aún te aconseja este sabio?
Ricardo. Jamás con mentido labio
profanaré el templo augusto.
Antonio. Ayer encontré tu pecho
ménos tenaz.... yo creia....
Ramon. Pero si no ama á Sofia!
Antonio. Pero ayer....
Ricardo. Era el despecho
que mi corazon traspasa.
Ramon. Yo nunca le hallé indeciso
siempre en sus trece....
Antonio. Es preciso
que te mudes de mi casa.
Ramon. (*se sonrie*) ¿Me arrojas así tu puerta?
Antonio. (*á Ricardo*) Quiero hablar solo contigo....
Acompáñame.
Ricardo. Te sigo.
Ramon. (*á Ricardo.*) Alerta, sobrino, alerta.

ESCENA V.

RAMON.

Yo á Ricardo adoré: yo desde niño
formé su corazon y cada dia
culto por mi rendia
á la verdad.... á la verdad sublime!
Le alejé de la danza tentadora

y de la torpe, criminal orgía.
Siempre al bien inclinado
con principios eternos, inmutables,
su noble corazon he sustentado.
De la virtud los goces inefables
aprendió á conocer, desde pequeño,
siempre dócil mis máximas seguia
cual débil corderillo que risueño
fácil cede á la mano que le guia.
Mas al triste lo ciega su despecho
porque siente un puñal agudo y frio
enclavado en el fondo de su pecho.
¡Cuánto temo por él! ¡fatal enlace!
Al despertar del mágico letargo
¡qué desengaño amargo!
Un mismo lecho y una misma mesa,
un propio hogar... y sin amor ninguno. (*Pausa.*)
Mas asalta á mi mente un pensamiento
que cual lucero fúlgido me alumbra.
Lola engañarle, no! Pero ¿las pruebas
suficientes no son? Ah! me parece
que Enrique les envuelve en negra trama.
De esta manera una mujer se infama!
Quizás el vil al deshonor la entrega:
(*en ademan de salir.*)
iré á salvarla, sí.... mas, aquí llega.

ESCENA VI.

RAMON, ENRIQUE (*vestido con abandono.*)

Enrique. Tú sabrás que mi estrella
cambió de rumbo ya....
Ramon. Sí, lo presumo.
Enrique. Al juego mi caudal he disipado:
sobre la mesa de infernal garito
la postrera arrojé de mis haciendas.
Mi dura estrella se mostró implacable:
y he quedado muy pobre! ¡miserable!
Ramon. Diego te puso en la fatal pendiente.
Enrique. En una cárcel gime por falsario:
reforzada cadena
arrastrará de infame presidiario.
Ramon. No cedas al destino, á la esperanza
abre tu corazon....
Enrique. La triste historia
de mis amargos, turbulentos dias,
no la puedo borrar de mi memoria.

me abrasa sin piedad! Si en tí encontrara
dulce refugio en las desgracias mias!
Oye: lanzado en el revuelto mundo,
en los banquetes ávido apurando
la copa del placer, ciego corria
trás brillante ilusion engañadora
que entero el corazon me embebecia.
De la mujer dudé; rompí bizarro
de su pudor las blancas vestiduras
y luego esclavas las até á mi carro.
Entre viciosas jóvenes que ostentan
desnudo el seno y mal prendidas ropas,
he gritado al compás de cien orgías:
viva el placer! ¡apúrense las copas!
Una mujer empero hallé inflexible
y cual sierpe que pisa el caminante
me levanté iracundo:
calumnié su virtud, vendí al amigo,
y luego me decia:
en vano me resiste,—será mia!

Ramon. ¡Es posible?....

Enrique. Y no fué gentil señora
en vistosos cojines reclinada.
Lo creerás? Fué una humilde tejedora
que del San Juan en la risueña orilla
crece lo mismo que en oculto bosque
lirio silvestre ó simple maravilla.
Pobre mujer!....

Ramon. Prosigue, que te escucho.

Enrique. No pude, no, manchar con torpe aliento
su corona de vírgen inocente,
y al fin arrepentido y humillado
temblé al ver la pureza de su frente.

Ramon. Esa mujer?....

Enrique. Es Lola!

Ramon. ¡Pobre Lola!

Enrique. Rechazando mi apoyo tenazmente,
mal tendida en un lecho de dolores
y constante en su amor la muerte invoca;
hallándola inflexible á mi deseo
como en cima elevada, inmóvil roca.

Ramon Eres muy cruel....

Enrique. Me pareció un delirio
tal constancia en tan pobre tejedora!

Ramon. Y ha de morir y tú eres quien la matas.

Enrique. ¡Verdugo yo de una mujer tan pura!

Ramon. Forzar quisiste un corazon que ciego
enamorado de otro sér respira,

que sucumbe por él, por él suspira....
Inútil fué tu ruego,
Y larga tu expiacion!....

Enrique. Busco un amparo
en tu seno, Ramon.

Ramon. Y así traicionas
á una débil mujer!....

Enrique. ¡Y tan constante!

Ramon. No es sólo infame el mísero bandido
que á indefenso y tranquilo caminante,
espera en la escondida encrucijada.
y en sangre tinto su puñal blandea;
el que penetra en el hogar ajeno
y perturba la paz, y de una vírgen
mancha vil el honor, es asesino
más bárbaro y más cruel.

Enrique. Ante mis ojos
se alza un fantasma que con férreo yugo
me oprime el corazon.

Ramon. Te compadezco:
ser víctima es mejor que ser verdugo.

Enrique. Ah! líbrame por Dios!....

Ramon. Estás temblando.

Enrique. Aquí su sombra miro; donde quiera:
si camino, conmigo va delante;
retrocedo y conmigo retrocede;
si me detengo, entónces moribunda
se estiende ante mis piés. ¿Tú no la miras
mústia la frente, torva la mirada.
erizado el cabello, ojos hundidos....?
¿No la ves? no la ves alzarse airada? ...
Oye su voz: retumba sordamente:
¡por tí muero infeliz y deshonrada!
Oh de mí ten piedad!

Ramon. Ya me parece
que la miro vagar, huérfana triste,
entre harapos envuelta, y anegada
en lágrimas de hiel: con planta incierta
en un báculo débil apoyada
mendigando va un pan de puerta en puerta.
Y la turba del pueblo mofadora
al ver á la indigente
así le grita: —"has sido una traidora!"—
y la cara le escupe á la inocente.

Enrique. Piedad! Ramon, Piedad!

Ramon. Hay un camino:
y en ángel de concordia
aún puede convertirse el asesino.

Enrique. Dime cuál es? por Dios!
Ramon. Que el pueblo todo
conozca tu traicion.
Enrique. Eso es terrible,
es una afrenta atroz!
Ramon. Hay otro medio.
ante Ricardo tu maldad confiesa.
Enrique. No puedo: ¡qué vergüenza! Es imposible....
Ramon. Aún queda otro.
Enrique. Habla.
Ramon. Escribe al punto
una carta á Ricardo.—
Enrique. En el instante. (*escribe.*)
Ramon. Cuéntale todo.... La fatal estrella
de Lola cede un punto. Al fin intacta
brillará su virtud......
Enrique. (*dándole la carta*) Aquí la tienes.
Ramon. Bien, me parece bien! (*leyendo.*)
Enrique Tranquilo el pecho
respira ya, mi corazon se ensancha,
¡de carga tan atroz me siento libre!
Ramon. Ese dulce placer que esperimentas
asoma á tu semblante: ese es el fruto
que recojen las almas generosas.
No más el mundo seductor te engañe....
Enrique. Te dejo; necesito de reposo.
Ramon. Yo sé que le hallarás: — Dios te acompañe.

ESCENA VII.

RAMON, LOLA (*delirante en desórden los cabellos.*)

Lola. ¿Dónde estás? dónde estás? Te busco siempre
por donde quiera yo—mas no te encuentro—
llorando te llamé—¿por qué te has ido?
¡No respondes jamás á mi gemido!
(*reparando en Ramon*)
¿Eres tú, mi Ricardo? No me grites
con espantosa voz y faz airada
que infame te vendí: ¡yo deshonrada!
Ramon. El dolor ha nublado
la luz de su razon.
Lola. Ven, yo te adoro!......
¿No eres tú? (*retrocede*) si no es él!.. Ricardo mio!
(*buscándolo.*)
Ramon. ¿No me conoces ya?
Lola. ¿Qué voz es esta?
Yo conozco esta voz....

Ramon. Serás dichosa:
que si un destino bárbaro, iracundo,
siempre insaciable contra tí conspira,
te ampararé....
Lola. ¡Mentira!
¡Nadie puede ampararme ya en el mundo!
Ramon. La víctima infeliz gime angustiada
cual cierva que se arrastra moribunda,
con la saeta al corazon clavada!
Lola. ¡Qué venturosa soy! (*sonrie*) oh! qué contenta
veré las bodas del amado mio!......
¡Cómo yo le engañé! (*llora*) yo una traidora!..
Ramon. Oh Lola! vuelve en tí! Cese tu llanto!
Lola. Y cuán hermosa está la desposada! (*sonrie*)
con su blanca corona, ¡qué risueña!
Miéntras con risa mofadora, horrible,
me señalan á mí y á mí me insultan,
y apuro yo las amarguras todas:
ante el altar postrada, ¿no la miras?
¡Qué bella está con su cendal de bodas!
Ramon. Oyeme, Lola, atiende. Yo he jurado
de tu estrella tenaz forzar el rumbo.
¿Tú no te acuerdas? Silenciosa noche.
al estallar el borrascoso trueno
hablamos de tu amor....
Lola. No lo recuerdo.
Ramon. Con viva luz, en la region del aire
el relámpago súbito brillaba.
Lola. El relámpago súbito....
Ramon. Y rasgaba
el negro velo de la noche umbría,
y desde el seno de preñada nube
con estrépito el rayo descendia.
Lola. ¡Qué hermosa voz! parece la de un ángel.
Ramon. Protejerte he jurado desde entónces:
yo sé que al fin comprenderá Ricardo
que en tí se ceba la calumnia impía,
que como el sueño de un querube pura
aún te conservas tú, que resplandece
tu amor entero, intacta tu hermosura.
Lola. ¡Volverme á mi Ricardo!
Si para siempre le perdí!
Ramon. (*con firmeza*) Lo puedo!
Lola. Poderlo, tú? me engañas! (*se rie*) ¡Imposible!
Ramon. Pues ha de ser! (*con firmeza mayor.*)
Lola. Tu acento me extremece.
¿Quién eres, ángel puro, que me anuncias
mi salvacion? ¿El adorado mio

el corazon verá de la inocente?
¿La corona de escarnio que me ciñe
arrancará de mi ultrajada frente?

Ramon. La arrancará!

Lola. ¡Tu voz me agrada tanto!

Ramon. Aun los ángeles mismos desde el cielo
tender parecen virginales alas
sobre tu blanca frente sin mancilla;
la calumnia, al herirte, quedó inmóvil,
muda la voz, suspensa la cuchilla!

Lola. ¡Qué palabras tan dulces!

Ramon. Angel puro
aquí la prueba está de tu inocencia. (*Dándole la carta.*)

Lola. (*lee para sí temblorosa*)
¿No es un sueño falaz que me extasía?
Se apiada Dios? ¿Es próspero á mi ruego?
(*lee alto*)
—"Las prendas le robé y aquella carta
escrita fué por el infame Diego." —

(*Aparece Ricardo por el fondo y oye con avidez:— Lola se extremece como vislumbrando un rayo de esperanza y despues de una pequeña pausa continúa:*)

Imposible, Señor!.. ¿Seré á sus ojos
aún inocente yo? ¿Podré estrecharlo
aquí, á mi corazon? No es un delirio?
¿Por qué engañarme así? (*con desesperacion*)

Ramon. Yo te lo juro!

Lola. ¡Qué dicha para mí!.. gozo inefable!..
No ser culpable yo!......

Ricardo. (*partiendo con efusion hácia Lola*)
¡No eres culpable!

Lola. (*reconociéndolo*)
¡Aún vives para mí, Ricardo mio!

Ricardo. ¡Lola infeliz! (*se abrazan.*)

Lola. (*pasado un momento se arroja á los piés de Ramon*)
A tí lo debo todo,
tú eres mi Salvador!......

Ramon. (*alzándola*) Alza del polvo
ángel de luz la virginal cabeza.

ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIO

Antonio. Aquí la Tejedora miserable!
y lo consientes tú!......

Ramon. Sí

Antonio. (*interponiéndose entre Ricardo y Lola*)
No profanes así mi hogar sin mancha,
hija del pueblo, vete: te lo mando.

Ricardo. (*interponiéndose entre su padre y Lola*)
No puedo abandonarla, padre mio,
yo he jurado ante Dios seguirla siempre:
con ella partiré..

Antonio. ¿No te ha vendido?

Lola. ¿Venderlo yo?..

Ricardo. (*la carta que tendrá aún Lola en las manos, la ma y se la da á su pa*
Verás en esta carta....

Antonio. (*leyendo rápidamente*)
¿Esto es verdad?

Ramon. En mi presencia escrita,
Antonio, fué esa carta.

Antonio. ¡Calumniada!

Ramon. Y un ángel de virtud que sólo espera
de tí su salvacion.

Antonio. (*enternecido*) ¡No sé que siento!

Ramon. Es, Antonio, que al fin has conocido
que hay amor y virtud.

Ricardo. ¡Padre querido!

Antonio. No tengo un corazon tan inhumano:
Venid, que uniros quiero: ¡sed felices!

Ramon. (*á Lola*)
Tu constancia ha triunfado, Hija del Pueblo:
La virtud sacrosanta
á donde quiere resplandece y mora,
ya entre las sedas del dorado techo,
ya en el recinto estrecho
de una pobre y humilde tejedora.

FIN.

EL HIJO
EN CUESTION,

COMEDIA EN UN ACTO,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

UN INGENIO DE ESTA CORTE.

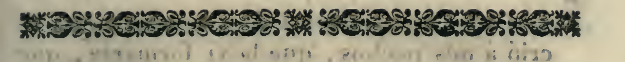
Madrid.

Imprenta de Repullés.

Año de 1836.

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Celestina, viuda jóven.	*Doña Bárbara Lamadrid.*
Don Fermin, rico propietario.	*Don Pedro Lopez.*
Don Jacinto, su sobrino.	*Don Julian Romea.*
Don Lesmes, comerciante.	*Don Antonio de Guzman.*
Doña Casilda, su muger.	*Doña Teresa Baus.*
Susana, nodriza y arrendataria.	*Doña Gerónima Llorente.*

La escena en Ballecas.



EL HIJO EN CUESTION.

El teatro representa una plaza: á la derecha de los espectadores un pabellon saliente, cuya puerta da al teatro, y una ventana al costado inmediato al proscenio; á la izquierda la casa de Susana.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA *saliendo de su casa de labor con* JACINTO.

Sus. Cuidado, que es empeño! Dos horas con la misma cancion... No señor; yo no la despierto.

Jac. Mi querida Susana...

Sus. Dale! Ahora vea usted... No hace ocho dias que vino enferma de Madrid la señora para cambiar de aires á la pobre casa de labor de su ama de leche, y cuando gracias á Dios su salud empieza á restablecerse, quiere usted que vaya á quitarla el sueño... Y para qué...? Qué tengo yo que decirla?

Jac. Ah! Cosas de mucho interes para ella... Si usted la quisiese bien...

Sus. Podia no quererla! Una criatura que se crió á mis pechos, que la vi formarse, que me convidó á su boda hace diez y ocho meses, y hasta me prometió que habia de ser la nodriza de su primer hijo... Pero ya se ve, el marido era hombre de edad avanzada, ella una muchacha robusta, y sucedió lo que era de esperar, enviudar á los diez y nueve años.

Jac. Ya saldrá de ese estado.

Sus. Cabal: eso es lo que yo la digo; y que ahora que es dueña de su albedrío, debe elegir un hombre proporcionado á su edad... cariñoso...

Jac. Que sepa apreciar su talento, sus encantos.

Sus. Que ni gargajée, ni gruña.

Jac. Digno, en fin, del tesoro que posee.

Sus. Eso es.

Jac. Pues bien, Susana; ya se ha encontrado ese marido.

Sus. Se ha encontrado?

Jac. Al menos yo lo espero.

Sus. Usted le conoce?

Jac. Mucho.

Sus. Dónde está?

Jac. En el pueblo. (*Sonriéndose y queriendo significar mas.*)

Sus. En el pueblo...? Ah...! Ya lo entiendo... Sí, sí, usted es el mismo que estos dias pasados al anochecer andaba rondando la puerta... Yo decia... Vamos, este marido no es otro que usted.

Jac. Yo!

Sus. Usted, si señor. Pues qué acá en los pueblos...

Jac. Es verdad... El amor no puede disimularse en ninguna parte: ni yo debo engañar á la muger que tantas veces despues de dar el pecho durmió á Celestina en su regazo. Sí, Susana, yo amo á Celestina, y soy amado de ella.

Sus. Entonces todo está hecho.

Jac. Ah! ojalá! Sino fuera por mi tio... Es el único pariente que tengo, me ama como si fuera su hijo, pero se opone á mi felicidad, y ha jurado desheredarme si me caso.

Sus. Linda gracia.

Jac. Es enemigo declarado del matrimonio.

Sus. Mire usted el solteron.

Jac. Qué! Si es viudo de la tercera muger.

Sus. De la tercera...! Ese hombre habrá sido una pimienta.

Jac. Pero para que se vea lo que es la preocupacion. Echa la culpa de todo lo malo al matrimonio, y no confesará que sus tres mugeres fueron mas feas que Caco... Si alguna de ellas hubiese sido como Celestina...

Sus. Eso, señorito, es lo que no tiene ejemplo: qué dulzura! qué buenas ideas...! De habilidades no se hable. Tan pronto toca, tan pronto canta; y luego que deja la música se pone á pintar unas cosas tan bonitas...! Si viera usted el molino y aquel guindo que hay en la huerta qué parecidos estan... qué...! Si parece que se mueven talmente las hojas.

Hoy dijo que iba á retratarme á Tarfe... aquel mastin... Ya, ya verá usted cómo adorno la sala.

Jac. Pero por Dios, Susana, vea usted si se levanta Celestina.

Sus. Otro poquito mas de paciencia, y...

Jac. Son las ocho: al medio dia llega mi tio á Madrid, y si no estoy alli... (*Calla y escucha.*) Creo que he oido...

Sus. Ya no puede tardar mucho.

Jac. Qué felicidad dormir tan tranquilamente! Si ella pensara en mí tanto como yo pienso en ella...

Sus. Por cierto que es lindo adagio
Achacarlo todo á olvido...
No seais mal presumido,
Que ese sueño es el contagio
De su difunto marido.
Y si quereis un consejo
No la apariencia os deslumbre,
Ni tomeis tal pesadumbre,
Que como viuda de un viejo
Ella duerme por costumbre.

Pero usted no sosiega... Voy á ver... (*Al ir á salir, encuentra á Celestina.*) Ea... aqui la tiene usted.

ESCENA II.

DON JACINTO. DOÑA CELESTINA *con un papel de músisa en la mano.*

Cel. Es precioso este tema!

Jac. Gracias á Dios, mi querida Celestina...

Cel. Ah! es usted, Jacinto...! Cómo tan temprano en Ballecas?

Jac. En toda la noche he podido cerrar los ojos.

Cel. Sin duda, algun baile, alguna diversion...

Jac. Diversiones! para mí no puede haberlas donde usted no está...

Cel. Y cómo! Ha tenido usted carta del tio?

Jac. Hoy al medio dia llega á Madrid.

Cel. Bien. Y al fin ha podido usted desimpresionarle...?

Jac. Qué! Ahora mas que nunca está decidido á oponerse á mi casamiento y á desheredarme sino me sujeto á su voluntad. Pero ya lo veremos!... Lo que es á terco...

Cel. No, Jacinto. Lo repito, renuncio todas las felicidades que nuestra union puede prometerme si el título de esposo mio le ha de obtener usted á costa de su fortuna, y aun de su bienestar.

Jac. Y usted es la que me ama?

Cel. Si; este sacrificio es la prueba mas evidente de ello.

Jac. Y tal desengaño he venido á buscar en este viaje!

Cel. Pues diga usted, qué exige de mí?

Jac. La palabra de que si mi tio insiste en su resolucion, usted me ha de permitir que le presente á él.

Cel. Usted quiere...?

Jac. Que la vea á usted, que la oiga, porque estoy seguro de que usted ha de triunfar de su preocupacion.

Cel. Eso sería esponerme á una prueba...

Jac. Si usted lo rehusa creeré que jamas me ha amado, y una vez perdida la esperanza que me hace apetecible la existencia...

Cel. No mas: Su tio de usted me verá.

Jac. Usted lo promete?

Cel. Sí. Si usted ha de ser tan injusto que de lo contrario dude...

Jac. Ah! Usted es mia.

Cel. Todavía no lo creo...

Jac. Sí, usted es mia... Mi tio, por muy prevenido que esté contra las mugeres, no es insensible á los encantos de las artes. Adivino lo que va á suceder. Usted se presenta, y cuando su viveza y sus gracias de usted solo consigan sorprenderle, al cabo de un rato su talento de usted le tiene rendido, anonadado: la elige á usted por sobrina, y como no tiene hijos, nosotros haremos sus veces: nos llama á Asturias, donde tiene sus haciendas, y la hermosura de usted será el adorno de toda la comarca: alli fijamos nuestro domicilio, lejos de esta baraunda; y siendo la dueña de la casa y de

una familia que cada año dará nuevo fruto, hará usted ver á mi tio, al fin desengañado, que su preocupacion nace de la parcialidad, y que si la desgracia le persiguió en la mala eleccion de esposas, hay otras que son el ornamento de su casa, la dicha de su familia y la gloria de su sexo.

Cel. Seguramente usted ha improvisado un romance; todo eso es deleitable en ese cuadro, pero...

Jac. Obstáculos...

Cel. No: una condicion.

Jac. Cuál?

Cel. Eso de fijar nuestro estancia en Asturias! Cabalmente en una provincia que ni en el mapa ocupa sino un oscuro y pequeño rincon... Siendo usted y yo tan jóvenes... Al fin su tio...

Jac. Y eso es amor, ó egoismo? Ah...! reniego de ese prurito de vivir en la corte, en la confusion... Se puede decir que ama quien desea vivir para todos y no consagrarse á uno...? Bien que...

Cel. Vea usted, en Asturias... qué música, qué pintura...

Jac. Sí, usted busca conciertos y academias, pero yo busco no tener rivales... (*Pensativo y á media voz.*) Si sabré yo... Qué necesidad tengo yo de pagar la revancha...

ESCENA III.

LOS MISMOS. SUSANA.

Sus. Señora, el almuerzo está preparado, y Justina para servirle á usted.

Cel. Usted gusta, Jacinto...? Es un desayuno frugal, campestre...! y como usted es tan aficionado al campo...

Jac. (*Distraido.*) Qué...? ah...! vamos.

ESCENA IV.

SUSANA *siguiéndolos con la vista.*

Qué linda pareja harian! A fé que no se parecen á los padres del niño que estoy criando, siempre en disputas, siempre regañando; y quién lo creeria? por esa criatura que es un angel de Dios... No he visto cosa mas rara. El padre está tan vanidoso de su hijo, que lo publicaría con timbales, como se publica en Madrid la bula; eh...! como si fuera una cosa del otro jueves tener un hijo; y la madre por el contrario, ni aun quiere que se sepa que está casada... Sobre que le costó trabajo el confiármelo... Pero ya... Facilillo era querer embaucar á una nodriza... (*Mirando fuera.*) Pero caramba...! que alli veo á don Lesmes y su muger...! Dios nos asista...! Voy, voy corriendo á mudar la envoltura al niño.

ESCENA V.

DON LESMES. DOÑA CASILDA.

Les. (*Entra cantando y entusiasmado.*)
Qué delicia!
Tengo un hijo
Mas hermoso
Que un clavel...!
Cas. Qué imprudencia!
Les. Qué delicia, &c.
Cas. Calle usted. Usted se ha empeñado en sonrojarme á cada instante y en divulgar á banderas desplegadas un matrimonio que por tantas razones debe estar secreto.
Les. Por razones... Y por qué razones? Dime, muger...
Cas. Dale con muger, y siempre muger... No le he prohibido á usted que me llame muger... En adelante llámeme usted hermana, comadre...
Les. Comadre á mi muger?
Cas. Bien sabe usted que bajo ese título es como vengo todos los meses á ver á nuestro hijo, y que esta fue una de las condiciones de nuestro casamiento.
Les. No lo niego. El deseo de unirme á tí me ha hecho pasar por todo lo que has querido; pero cuando yo creia prudentemente que este misterio sería asunto de algunos dias, hace doce meses largos que estoy sofocando...

Qué diablos...! Ya es tiempo de que tú seas la madre de mi hijo.

Cas. Conténtese usted con ser el padre, y no se queje. Será preciso repetir á usted por la centésima vez la causa de este misterio...? ó no querrá usted comprender lo chocante que es que confiese que está casada una muger que en quince años no solo ha sido enemiga declarada del matrimonio, sino que ha hecho por rebelar contra él á todas sus amigas y vecinas...? Ahí no es nada la mofa, los chismes que habria en nuestro barrio...!

Les. Lo que es en cuanto á eso, convengo. Hay lenguas viperinas que solo se ocupan de murmurar.

Cas. Si lo sabré yo. Cuando digo...

Les. Y bien, hasta cuándo ha de durar esto...? porque yo á cada caricia, á cada mueca que hago á este inocente...

Cas. Durará hasta que salgamos de Madrid ó mudemos de casa.

Les. Mudémonos pues, si en eso consiste...

Cas. Por supuesto; no hay mas que mudarse. Usted habla de mudanzas como sino costara nada.

Les. Siempre cuesta menos que contener este entusiasmo paternal. Asi pues, vámonos á Pekin, á las Batuecas, con tal que yo pueda reconocer á mi heredero, llamarle hijo á boca llena, y saborearme á mi placer con sus infantiles caricias.

Cas. Cree usted que este misterio me divierte,

y que no deseo tanto como usted el que se acabe? Pero en honor de mi descanso, de mi felicidad, no lo divulgue usted, tenga usted paciencia.

Les. Corriente: esperaré hasta la mudanza... Pero vamos á esto, quién te metió á ti en charlar contra el matrimonio?

Cas. Yo tenia mis motivos.

Les. Tus motivos...? A que los adivino? Solos estamos: nada temas. Tú tenias envidia de que otras muchachas amigas tuyas se hubiesen casado antes de que á tí te saliera novio.

Cas. Está usted fresco.

Les. Por lo demas nada has perdido por esperar... Yo te creo bien recompensada.

Cas. Sí. (*Ap. con ironía.*)

Les. Eh?

Cas. Digo que sí...

Les. Cuando yo recuerdo aquel venturoso dia en que te declaré, como suele decirse, mi atrevido pensamiento... Jueves era por cierto... Hasta tengo en la memoria tu vestido, que era verde manzana, y aquella marmotiña... Te acuerdas?

Cas. Qué paciencia es preciso tener... (*Intenta irse, y su marido la coge de la mano.*)

Les. Espera. No te acuerdas que me arrojé á tus pies todo enagenado, y tú con aquella modestia... (*Remedándola.*) Por Dios, qué es lo que usted hace, imprudente?

Cas. Vaya que está usted de broma.

Les. (*Remedándola.*) Mire usted que puede

venir... (*Volviendo á su voz natural.*) No tema usted nada, que yo soy bastante listo; y tú respondiste...

Cas. Suélteme usted.

Les. Te acuerdas, querida mia?

Cas. Jesus! sí me acuerdo, muchísimo. Ea, déjeme usted, y vamos á ver á nuestro hijo.

Les. Verdad es, vamos presto.

Me estoy ya deshaciendo:
Verémosle durmiendo.
Qué rico Serafin!
Verás que chupa el dedo,
Creyendo que es papilla,
Brincar en mi rodilla
Y alegre sonreir.

Cas. Si no se vuelve loco... (*Escuchando.*) Pero calla, quién viene?

ESCENA VI.

LOS MISMOS. SUSANA.

Cas. Buenos dias, señora Susana.

Sus. Ah! con que son ustedes...! Muy buenos se los dé Dios, y con salud. Cómo hoy en Ballecas?

Les. Traemos á usted la mesada.

Sus. Bah...! Y para eso molestarse en un dia que hace tanto viento.

Cas. Y el niño?

Sus. Tan hermoso y rollizo, Dios le bendiga. Ayer le apuntó el primer diente.

Les. (*A su muger.*) El primer diente...! Ves qué monada?

Cas. Angelito...! Y vamos á esto, señora Susana, yo no tendré necesidad de preguntar á usted si ha guardado aquel secreto?

Sus. Ave-María! Otros mas arriesgados me han confiado, y sin embargo... ...

Cas. Bien, basta.

Les. Vamos, muger.

Cas. Vuelta con muger.

Les. Ah! perdona, se me ha escapado.

Sus. Ahora van ustedes á ver lo que se llama una criatura... Qué pasta tiene...! Es verdad que yo al mismo tiempo que los crio gordos cuido mucho de su genio, porque desde el principio es cuando los niños... no, no es cuento... Creerán ustedes que no ha llegado el caso de que este niño llore una sola vez? (*Se le oye gritar.*)

Les. Pues qué es eso?

Sus. Casualidad semejante...! Me he quedado aturdida. No puede menos que esa torpe de muchacha le haya dejado caer.

Les. y *Cas.* Caer! Vamos á verlo. (*Susana los sigue, y se detiene viendo salir á don Jacinto.*)

Sus. Qué hay?

Jac. Espero que ha de salirme todo á pedir de boca.

Sus. Ea, me alegro. Yo tengo ahí gente, y no puedo detenerme.

ESCENA VII.

DON JACINTO.

Consiente en ver á mi tio, pero bajo un nombre supuesto... Tiene razon... Conociéndola, todos los esfuerzos que hiciese para agradarle quedarian malogrados... Se estrellarian contra su prevencion, al mismo tiempo que presentándose á él como una muger desconocida... asi como por casualidad... su triunfo es seguro... Pero en verdad que yo no me conozco... Jacinto, ese jóven aturdido, coqueton, es el que está tejiendo el nudo que ha de aprisionarle para siempre... Sí, no puede existir sino una muger capaz de hacer en mí esta transformacion admirable; mi destino me la ha dado á conocer... es Celestina. La suerte está echada.

ESCENA VIII.

DON JACINTO. DON FERMIN.

Fer. Al fin te encuentro.
Jac. Usted por aqui, querido tio!
Fer. Pardiez que es lindo el caso. En lugar de salir tú á buscarme, vengo yo á buscarte á tí... Qué te ha traido á Ballecas?
Jac. Usted me ha sorprendido: como en la úl-

tima carta me dijo usted que hoy al medio dia...

Fer. Sí, á esa hora pensaba llegar á Madrid; pero una casualidad hizo que se anticipase mi salida.

Jac. Y quién le ha informado á usted de que yo estaba aqui?

Fer. Tu criado.

Jac. (Y yo que le habia prevenido...)

Fer. Por cierto que es un muchacho honrado y fiel como él solo. Enmudeció á mis preguntas; pero gracias á un gesto... (*Tocándose el bolsillo.*) de mano que le hice, recuperó la palabra.

Jac. Pues no sé por qué habrá querido hacer misterio de una cosa tan insignificante, de un paseo...

Fer. Ya, un paseo; mas este paseo no se habrá dado sin objeto; y por la turbacion que el criado manifestó á las diferentes preguntas que le hice, sospecho... Dime con franqueza si lo he adivinado... Yo sospecho que la codicia te ha traido por aqui... Sin duda apeteces alguna tierra ó propiedad, y no querias decirme nada hasta despues de estar en posesion de ella.

Jac. Una propiedad... (*Despues de un momento de reflexion.*) Ciertamente, mi querido tio, usted lo ha acertado.

Fer. Toma! sobre que hubiera yo apostado...

Jac. Una propiedad hermosísima.

Fer. Y ella te cuesta...?

Jac. Mucho menos que lo que vale.

Fer. Te engañarán?

Jac. Oh! Nada de eso.

Fer. No quisiera que esa confianza fuese hija de tu presuncion ó de algun capricho, porque hablando francamente, en esto de tierras y prados tú tendrás, no lo dudo, alguna inteligencia, pero esa infalibilidad... Y dime, esta propiedad será cosa de provecho?

Jac. Uf! Yo lo creo.

Fer. Dará fruto?

Jac. Por decontado.

Fer. Cuántas fanegas?

Jac. Eso no sé... Pero tiene un golpe de vista magnífico.

Fer. Sí, eh?

Jac. Créalo usted, es una propiedad apreciable que puede hacer la fortuna de toda una familia.

Fer. Será cosa de que la veamos antes de volver á Madrid?

Jac. Sí señor.

Fer. Corriente, asi me gusta. Me congratulo de que un negocio de tanta importancia te haya hecho olvidar ese espediente añejo del matrimonio, con el que tantas veces me has devanado los sesos en tus epístolas.

Jac. Ah tio!

Fer. Qué dices?

Jac. Ese espediente me tiene todavía...

Fer. Todavía?

Jac. Siempre.

Fer. A pesar de mis consejos?
Jac. Aun no han logrado persuadirme.
Fer. A pesar de mis ejemplos?
Jac. Ni eso me ha convertido.
Fer. A pesar de mis amenazas?
Jac. Tampoco me han arredrado.
Fer. No?
Jac. No señor.
Fer. Prepárese usted, pues, á seguirme.
Jac. Adónde, querido tio?
Fer. A Asturias.
Jac. A Asturias?
Fer. Justo. Espero que la ausencia de esa para mi desconocida beldad apagará ese fuego volcánico que ahora le consume á usted.
Jac. Jamas. Es imposible...
Fer. Lo veremos. Mañana me lo dirá usted.
Jac. Mañana?
Fer. A las cinco de ella, si Dios quiere, estaremos ya en camino.
Jac. (Para los grandes apuros este es el único medio que me resta.) (*Con aire contrito.*) Querido tio, no puede usted comprender cuántà es mi afliccion y desconsuelo en este momento; pero el viaje que usted acaba de indicarme es de todo punto impracticable.
Fer. Cómo? Y quién puede oponerse?
Jac. Un obstáculo insuperable.
Fer. Cuál? (*Momento de silencio.*) Diga usted, cuál es ese obstáculo?
Jac. Mi casamiento... una vez que usted me obliga á confesarlo.

Fer. Su casamiento!

Jac. Conozco hasta dónde llega mi falta, pero arrastrado por el ardor de la juventud, ciego por la violencia de mi pasion, y desesperado por la obstinada negativa de usted...

Fer. Usted atreverse...? Bah! No es posible. Yo le hago á usted la justicia que merece para creerle incapaz de una falta semejante... Y mas digo, si usted ha discurrido este ardid para triunfar de mi resistencia, amiguito, le he cortado á usted el revesino. Usted ha equivocado su cálculo.

Jac. (Por vida de... (*Pausa.*) Pero no, no desistamos.) Ah! mi querido tio, ojalá no hubiera pasado de proyecto, que asi me quedaba lugar de detractarme; pero... desdichado! no es lo peor que sufra todo el rigor, todos los infortunios que por mi desobediencia he merecido, sino que un inocente...

Fer. Qué? Hijito tenemos? No faltaba otra cosa á la novela.

Jac. Ay!

Fer. Pero diga usted...

Jac. Por Dios, no me pregunte usted mas.

Fer. Es que quiero saber...

Jac. A Dios, mi querido tio... A Dios. (*Vase fingiendo desesperacion.*)



ESCENA IX.

DON FERMIN. SUSANA.

Fer. Está bueno...! Quién será esta?
Sus. Que lástima! (*Sin reparar en don Fermin.*) Yo no sé si me compadece ó si me aburre este deber á un padre y á una madre acariciar á su hijo en secreto sin atreverse... Luego me salen con que es preciso... que hay razones de conveniencia... Buena era yo para esas etiquetas. A boca llena habia de llamarle hijo aunque supiera....
Fer. (Ciertos son los toros.)
Sus. Sí, sí... para mí eran buenos esos tapujos...
Fer. Buena muger, palabra. Podrá usted decirme á quién pertenece ese hijo de quien estaba usted hablando?
Sus. Toma! A su padre y á su madre.
Fer. Como usted no diga otra cosa... Y no puede saberse quién es su padre y su madre?
Sus. Eso es cabalmente lo que yo no puedo decir.
Fer. Por qué?
Sus. Porque se me ha prohibido.
Fer. Y quién le ha impuesto á usted esa prohibicion?
Sus. Sus mismos padres.
Fer. De modo...
Sus. (*Remedándole.*) De modo... Estos señores de Madrid son tan curiosos... Nada, no quiera usted saber mas, porque asi como asi

ya que ustedes llaman habladoras á las mugeres...

Fer. Pero bien... usted dígame la verdad, que yo sabré corresponder á la confianza.

Sus. No puede ser. Se me dió á criar este niño con la condicion de que no habia de revelar á nadie...

Fer. Ya... si el niño es fruto de algun matrimonio secreto...

Sus. (*Intentando marcharse.*) Digo...

Fer. (*Deteniéndola.*) Sin embargo, sus padres no dejarán de venir á verle algunas veces.

Sus. Hoy por ejemplo.

Fer. Qué dice usted? Estan hoy aqui?

Sus. No, no. (Maldita lengua.) Digo que hoy es dia en que deben venir... El dia... pues...

Fer. (Se turbó!)

Sus. Déjeme usted, que me voy á mis ocupaciones; ni yo tengo motivos para hacer confianza de usted, ni aunque la tuviera me habia de arriesgar á perder el salario por...

Fer. Una palabra nada mas, y la dejo á usted.

Sus. Doña Celestina me espera, y no puedo...

Fer. Qué dice usted? (*En un momento de distraccion de este se escapa Susana.*)

ESCENA X.

DON FERMIN.

Doña Celestina...! Se le ha escapado el nombre...! Que duda queda...? Está casado, y es-

te niño es justamente el suyo. Esta es la Celestina que en todas sus cartas me ponderaba tanto al hablar de sus ideas, de sus principios... pero cualquiera que sea su belleza, su fortuna y su nacimiento, mi partido está tomado.

ESCENA XI.

DON FERMIN. DON LESMES.

Les. (*Sale transportado.*) Qué blanco! Qué gordo...! Qué hermoso...! Ah! es un Serafin esta criatura!

Fer. (Otro que tal baila...!) Eh! Caballero, podia usted ir á estasiarse á otro lado, porque yo no estoy de humor. (*Se pasea distraido.*)

Les. Hablo yo acaso con usted? Me gusta... La plaza es de todos, y yo como cada cual puedo hablar lo que se me antoje... Vaya, está buena la zanganada... Si será cósa que todo el mundo me ha de prohibir regocijarme y alabar la gracia de mi hij... quiero decir, de mi ahijado?

Fer. Ah! Usted es el padrino del niño?

Les. Si señor... Y qué?

Fer. De ese niño que está criando la nodriza?

Les. Justo.

Fer. Usted tambien contra mí...! Esto es dar alas á la inobediencia, proteger una falta de respeto, hollar con capa de amistad los principios mas sagrados.

Les. Cómo? Qué batahola...

Fer. Usted sabe de quién es ese niño?

Les. Pensando piadosamente...

Fer. Usted conoce á su padre?

Les. Digo...

Fer. Yo tambien le conozco.

Les. Lo creo. (Maldito si me acuerdo de haber visto nunca á este hombre.)

Fer. Y me admiro de que un hombre honrado haya podido...

Les. Honrado...! Ciertamente; pero no comprendo qué tenga este niño de estraordinario para...

Fer. Tiene una falta imperdonable.

Les. Y es?

Fer. Ser el fruto ilícito de un casamiento clandestino, ilícito.

Les. Ilícito!

Fer. Sí señor, formado sin mi consentimiento.

Les. Yo no veo que hubiese necesidad...

Fer. Cómo qué! Sepa usted que ese niño es hijo de mi sobrino.

Les. De vuestro... Basta de chanzas, caballero, que yo no estoy para sufrirlas.

Fer. Ni yo estoy para darlas.

Les. Entonces quién le ha contado á usted ese cuento?

Fer. Ojalá lo fuera! Mi mismo sobrino en este mismo sitio acaba de confesarme su falta. Ahora vea usted qué trazas tiene de cuento, y si habrá lugar de duda cuando el mismo autor...

Les. (Las fuerzas me abandonan...) Que este niño que con tanta ternura acabo yo de estrechar en mis brazos...

Fer. Usted como padrino deberá conocer á la madre?

Les. (*Distraido.*) Habia de ser...?

Fer. Qué especie de muger es ella?

Les. Quién?

Fer. La madre.

Les. La madre?

Fer. Sí.

Les. (Qué posicion la mia...!) (*Alto.*) Una muger.

Fer. Diga usted otra cosa.

Les. (*Oyendo á su muger, que habla dentro.*) Espere usted, aqui viene. Ella misma responderá á usted. (Antes de darme por entendido con ella quiero buscar á ese jóven y pedirle una satisfaccion, y si es verdad que he sido ultrajado hasta tal punto, yo le prometo...

ESCENA XII.

DON FERMIN. DOÑA CASILDA.

Fer. Calla! Y es esta la deidad?

Cas. (*Viendo marchar á su esposo.*) Lesmes, Lesmes... dónde irá tan de prisa? Ahora que ibamos á echar á andar...

Fer. Señora, perdone usted un instante. Tenemos que hablar á solas sobre cierto asunto.

Cas. A solas? Caballero, usted se equivoca. Yo no tengo el honor de conocerle.

Fer. Puede ser muy bien. Yo acabo de apearme, y sin embargo ya sé cosas muy lindas sobre la historia de usted.

Cas. Sobre mi historia! Usted sin duda ha cambiado las especies. Ni yo soy muger de historia, ni aunque lo fuese he dispensado á usted esa libertad para hablarme, esa falta de atencion.

Fer. (*Con ironía.*) Ciertamente que á una dama de cualidades tan relevantes... !

Cas. Caballero, respete usted á una señora de quien nadie hasta ahora se ha burlado; vea usted lo que habla, y contenga ese tono insultante.

Fer. Insultante... ! Usted es quien le provoca; sí señora, usted. Piensa usted acaso que ese matrimonio...

Cas. Qué matrimonio?

Fer. Todo lo sé.

Cas. (Cielos.) Qué me habla usted á mí de matrimonios, cuando yo soy soltera, y por tal me conoce todo el mundo?

Fer. Audacia es por cierto... Sepa usted que aqui mismo he hablado con su marido, y me lo ha revelado todo.

Cas. Pues estoy sorprendida... (Lo creo: ah! se despepita él por hablar.)

Fer. Todito, todo.

Cas. Y bien, supongo que asi sea. Yo qué satisfaccion tengo que dar á usted de mi casamiento?

Fer. Ya verá usted, y no tardará mucho, si ha de tratar asi á un tio digno de otra consideracion y respeto.

Cas. Un tio! (Si mi marido no tiene tios.)

Fer. Mañana mismo ha de quedar disuelto este casamiento.

Cas. Por supuesto... Ahora que reina una paz octaviana en este matrimonio... sí señor, ya no quiero negar que estoy casada, ha de venir usted con sus manos lavaditas... nada mas que porque dice que es pariente...

Fer. Qué atrevimiento! qué insolencia! Yo me las habré con mi sobrino.

Cas. Muy bien está. (El demonio del tio...)

ESCENA XIII.

DON FERMIN. DON JÁCINTO, *que entra con timidez.*

Jac. Querido tio, calme usted su enojo.

Fer. Enojo! furor es el que me devora en este instante. Quítate de mi vista. Querrás decirme ahora que esa decantada muger á quien te has ligado sin mi beneplácito es el dechado de su sexo, un modelo de gracias?

Jac. Sí señor.

Fer. Calle usted, monigote. En este momento acabo de ver esa linda esposa, y tambien al padrino de vuestro hijo...

Jac. (El hijo me falta, que lo que es padrinos sobran.)

Fer. La propiedad... Véngame usted ahora con la propiedad y los frutos, como si yo no supiera que estamos en el pueblo de la nodriza, en su misma casa, donde se está criando el chiquillo.
Jac. (Si habrá tomado á Celestina por la nodriza... pero esa esposa, ese padrino... Qué embolismo...! Pero en fin, aprovechémonos de él.)
Fer. Véase usted confundido, anonadado.
Jac. Ah!
Fer. Y lo dicho. Puesto que usted ha olvidado hasta tal punto sus deberes y los respetos que me debia, y con tanta ingratitud ha pagado mi cariño, usted verá el modo de mantener sus nuevas obligaciones. Le abandono á usted para siempre.
Jac. Caro tio...! Un favor nada mas. (*Suena dentro un piano.*) (Ah! escelente ocasion. Voy á animarla.) (*Verso alegórico cantado dentro.*)

ESCENA XIV.

DON FERMIN. *Poco despues* CELESTINA.

Fer. (*Alto.*) Bravo, bravísimo. (No puede negarse que es una voz divina.) Qué atractivo tan grande tiene la música...! yo á la verdad soy un idólatra de ella; pero tal desgracia me ha cabido, que ninguna de mis tres mugeres... (*Escucha el piano.*) Se acabó...

lástima es que no prosiga... (*Entra Celestina con un libro en la mano sin observarlo don Fermin.*) Parece mentira que una copla sola haya producido en mí tan repentina metamorfósis...

Cel. Buen principio.

Fer. (*Haciéndola una gran cortesía.*) Señora...

Cel. Caballero...

Fer. Dígnese usted dispensar mi atrevimiento. Quisiera saber si es usted la dama que con tanto ardor y maestría acaba de cantar al piano.

Cel. Servidora de usted.

Fer. Seguro. Ciertas cosas no hay necesidad de preguntarlas. Usted es tan hermosa como su canto.

Cel. Mil gracias. La música tiene tantos adoradores!

Fer. Lo que tiene es un poder mágico sobre mí, y nunca mejor que en este momento he podido conocerlo. No se puede usted figurar la distraccion que me ha proporcionado en esta ocasion.

Cel. Cómo...? Creía que nadie me escuchaba... Acaso la bondad de usted...

Fer. No, no; el rato ha sido pequeño, pero la voz de usted ha producido en mí un efecto maravilloso.

Cel. Aqui en el campo la música y la pintura son mis únicos pasatiempos...

Fer. Música y pintura!

Cel. Sí señor. A estas dos ocupaciones debo la

fortuna de olvidarme algunas veces que vivo sola en el mundo; ellas son la sola compañia que poseo. Pero perdone usted, que le estoy molestando. (*Fingiendo. marcharse.*)

Fer. Al contrario, señora; tengo una particular complacencia en escuchar á usted. Su aspecto inspira una simpatía, un interes indecible que se aumenta por grados con el encanto de su conversacion.

Cel. Tanto favor!

Fer. Usted me parece que dijo que estaba sola en el mundo...?

Cel. Sí señor, desde que enviudé.

Fer. Tan jóven viuda!

Cel. Tenia yo diez y ocho años cuando mio tio, el mejor de todos, que me queria como si fuese hija propia, vino á proponerme para esposo á mi difunto Jorge. Era este un hombre de muchos años, tétrico por efecto de sus envejidos males, y... yo, sumisa á la mas leve indicacion del único pariente que me quedaba, formé un lazo, en honor de la verdad, contrario á mi esperanza y á mi deseo.

Fer. La fortuna debe haber recompensado...

Cel. No señor; pero como el deber, el respeto á mi tio me lo prescribia...

Fer. Cierto. Hé aqui lo que yo digo. Pues cómo querrá usted creer, señora, que yo tengo un sobrino que sin respeto, sin miramiento alguno á los consejos y á la esperiencia de un tio tan cariñoso como el de usted, que

hacia pára él lás veces de pàdre, ha atropellado por todo, y acaba de casarse en secreto?

Cel. De veras?

Fer. Lo que usted oye. Ahora acabo de recibir esta buena noticia.

Cel. Un matrimonio secreto!

Fer. En chanza!

Cel. (Vamos, es cosa de Jacinto! Sin duda ha discurrido esta treta.)

Fer. Qué dice usted de una conducta semejante?

Cel. Que la encuentro muy inoportuna, y que la desapruebo altamente. Soy franca... A no ser que las cualidades de su esposa disculpen algun tanto...

Fer. Qué! Señora, nada de eso... Su eleccion desgraciadamente ni ha lisonjeado mi amor propio, ni puede haber satisfecho su deseo. Allí no hay gracias, ni talento, ni figura.

Cel. El retráto no es muy lisonjero.

Fer. Pues sin embargo es fiel.

Cel. (Aqui hay engaño. Yo no sé á quién habrá visto... Estoy admirada...)

Fer. Aun habia de sorprender á usted mas la fatuidad de mi sobrino si le conociese. Un jóven de mérito despejado, en posicion de aspirar á los partidos mas honrosos y brillantes...

Cel. Y no hubiera usted podido prevenir su falta sirviéndole de guia en la eleccion de una compañera?

Fer. Ah, señora! Yo me he engañado á mí mismo tres veces.

Cel. Tres veces...! qué horror! Sin duda por eso teme usted que ha de perseguir á su sobrino la misma fatalidad; pero no todas las mugeres son iguales.

Fer. Muy pocas escepciones hay... usted por ejemplo...

Cel. Eso es adulacion.

Fer. Justicia, y nada mas... Si al fin mi sobrino... Pero ahora vea usted... ir á escoger una muger que forma tal contraste...

Cel. (Esto ya marcha...!)

Fer. Que me emplumen si él llega á ver un solo maravedí de mis rentas.

Cel. Conozco, caballero, vuestro justo resentimiento. Gente viene. Las penas cuando no pueden ahogarse en el fondo del corazon deben al menos ocultarse de los indiferentes, y no confiarse sino á las personas que son capaces de sentirlas y de tomar parte en ellas. Asi, pues, me tomo la libertad de proponer á usted si gusta descansar un rato en mi rústico aposento.

Fer. Ah, señora! Usted ha prevenido mi intencion. Acepto gustoso su fina oferta, porque ella me proporciona una distraccion muy apetecible siempre, y necesaria en el estado de agitacion en que me hallo.

Cel. Ojalá pueda yo hacer á usted olvidar sus penas.

Fer. (*Al entrar.*) No puede ser mas amable.

Cel. Ya es mio.

ESCENA XV.

SUSANA. DON JACINTO.

Sus. (*Viéndolos entrar juntos.*) Pronto, pronto, corra usted. Los ve usted allí...
Jac. Mi tio en casa de Celestina!
Sus. Buena señal, eh?
Jac. Cuánto diera yo por saber lo que pasa dentro... Si pudiera oir...
Sus. Escuchemos. (*Se acercan ambos á la puerta.*)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS *escuchando.* DON LESMES. DOÑA CASILDA.

Cas. Luego usted se persuade que ha sido una mala inteligencia, puesto que él me ha tenido por la muger de su sobrino.
Les. Si digo que sí, que tienes razon.
Cas. Y usted habia sospechado nada menos que...
Les. Perdóname y hagamos las paces. (*La abraza, sin embargo de que su muger le desdeña.*)
Jac. Ni una palabra oigo; pero qué importa? Ella sabrá manejarse.
Sus. Yo sí oigo. Estan diciendo que usted es el padre de mi niño de cria.
Les. (*A su muger.*) Lo oyes?
Sus. Que viene usted á verle cada ocho dias, y que le quiere.

Jac. A quién causa estrañeza que se quiera á un hijo?

Les. Por vida de...

Cas. Es posible!

Les. La cólera me ciega.

Cas. (*A Susana.*) Qué es lo que usted diçe? Es este caballero el padre del niño que está usted criando?

Sus. (*En voz baja.*) Ahora le esplicaré á usted este misterio.

Les. (*A gritos.*) Qué misterio ni qué calabazas! Aqui no hay misterios. Ese hijo es todo uno, y solamente mio. (*A su muger.*) No es verdad?

Cas. Pero no grites tanto. Ya te he dicho que sí.

Les. Es que...

Cas. (*Suplicándole que calle.*) Lesmes... Lesmes... (*Susana y Jacinto se le acercan con el mismo objeto.*)

Jac. Caballero, calme usted su enojo.

Sus. Usted sin duda, don Lesmes, no lo ha entendido bien.

Les. Yo lo he entendido tal como usted lo dijo... Sí, que tendré yo pelillos en los oidos cuando se habla de mi chiquillo.

Cas. Querrás callar?

Jac. Mi tio va á salir. Señores, si ustedes tuviesen la bondad de separarse un momento de este sitio, y venir hácia alli, yo les impondria al instante del motivo que origina esta cuestion, y de lo que ustedes deben hacer. (*A don Lesmes.*)

Les. Lo que tengo yo que hacer lo sé muy bien.
Jac. La cosa es clara.
Les. Para mí muy turbia.
Sus. Ya salen. Vengan ustedes acá.
(Se retiran hácia el fondo del teatro, y mientras hablan don Fermin y doña Celestina, Susana y don Jacinto hablan bajo y hacen grandes ademanes para persuadir á don Lesmes y á su muger.)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DON FERMIN. DOÑA CELESTINA.

Fer. Siento mucho verme obligado á dejar á usted tan pronto por ciertas diligencias que tengo que evacuar en Madrid. A no ser asi... Ah...! Si la muger de mi sobrino tuviese siquiera la centésima parte de talento, de bondad...
Cel. Ya le he dicho á usted que es preciso que se tranquilice. Piense usted en mi presagio de que puede muy bien que no esté casado, y que esto sea un ardid de que se haya valido para pillar el consentimiento de usted.
Fer. Asi me lo habia yo figurado al principio; pero he visto á la muger, he visto al padrino, á la nodriza, y no me queda que ver sino al hijo, que aun no se ha atrevido á presentarme.
Sus. Sino es mas que eso, yo voy á buscarle, caballero.

Les. (*Siguiéndole desaforado.*) No, nada de eso... no crea usted nada... Ese hijo es mio. Yo soy su padre... Mi muger le dirá á usted que no, pero no la dé usted crédito. (*A su muger y demas que le hacen señas para que calle.*) Si, sí... vénganse ustedes con muecas... Yo no entiendo de muecas ni quiero guardar secretos cuando se trata de mis derechos. Ahí no es nada poner en cuestion un hijo que me ha costado...

Fer. Jacinto, esplícame este enigma. Qué significa esto?

Jac. Esto significa, caro tio, haber yo discurrido esta treta para presentar á usted la muger que adoro.

Fer. (*Señalando á Casilda.*) Pero no es esta señora?

Jac. No por cierto.

Les. Cuidado, que esta señora es mi muger, y vale tanto como cualquiera; y yo que soy su marido...

Cas. (*A Lesmes.*) Tendremos camorra? Vea usted lo que gana con darse á conocer.

Les. Es que...

Cel. (*A Fermin.*) Dígnese usted oirme. Su sobrino de usted es sin duda culpable en el mero hecho de haber fingido un casamiento secreto para comprometer á usted á que le diese el consentimiento; por lo demas no debe juzgársele capaz de causar á su tio este disgusto. Le quiere á usted como padre.

Jac. Es verdad, mi querido tio, yo lo hice...

Fer. (El perillan! Vaya, vaya, ya veo que tiene ingenio, y que no es tan estravagante como imaginé al principio.) (*Alto á Jacinto.*) Con que se ha chuleado usted conmigo?

Jac. Discurrí esta fábula...

Fer. Para que yo la transforme en historia... Ya te entiendo.

Sus. Sí... como siempre que usted se engañe sea como ahora... Una sobrina hermosa, rica y juiciosa. Puede usted quejarse.

Fer. Tambien usted?

Sus. Sí señor, tambien yo me intereso, porque nada deseo mas que ver feliz á mi señora doña Celestina.

Fer. Todavía podia hacer penar á este par de sobrinos por esas chuladitas: qué tal, viudita...? pero no, no tiene gracia. La única condicion que pongo á tu matrimonio es que antes de un año has de ser padre por tu propia cuenta.

Jac. Yo lo prometo.

Les. De todos modos, padre ó no, no volverá usted á servirse de mi muger ni de mi hijo... Pues señor, perfectamente: estoy loco de alegría y de... (*A los actores.*)

Con todo, no estamos bien,
Pues nos queda otro chiquillo,
Que este pobre juguetillo
Un angelito es tambien.
Para llenar mi contento,
Para mi dicha calmar

:

Voy al público á rogar
Que acoja su nacimiento.
(*Al público.*)
Qué es eso ? habrá sido aborto ?
No le acoge tu cariño? (*Pausa.*)
Vamos, se entierra este niño,
O se le viste de corto ?

FIN.

EL HOMBRE GRIS,

Ó SEA

EL CENICIENTO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS EN PROSA.

VALENCIA,

EN LA IMPRENTA DE DOMINGO Y MOMPIÉ.

AÑO 1819.

Se hallará en su librería, calle de Caballeros núm. 48; y asi mismo otras de diferentes títulos, y un surtido de 200 Saynetes por mayor y á la menuda.

PERSONAS.

Múler.
El Conde de Rosenthal.
El Baron de Valhem, su sobrino.
Enriqueta Benrode, esposa de Valhem.
Mina, su hermana.
Lindorf, Baron. } amigos de Valhem.
Salemberg, Abogado. } amigos de Valhem.
Meino, Asentista. } amigos de Valhem.
Francisco, Criado de Valhem.
Pedro, Criado anciano de idem.
Florina, Doncella de Enriqueta.
Birvano, Usurero.
Un Notario.
Un Criado.

La escena pasa en la casa de Valhem, cerca de la Ciudad de Mesburgo, en el Reyno de Saxonia.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa un jardin; á la derecha de la escena se ve la casa de Valhem; á la izquierda una glorieta; en el foro una cerca con una puerta pequeña de berjas que da al campo; en la glorieta de Valhem debe haber un terrado ó azotea transitable, donde sube Florina á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

Francisco y Esplimano.

Franc. Perfectamente, amigo: gracias á vuestro talento, la fiesta será magnífica: mi amo os alabará, señor Tapicero: las colgaduras son preciosas, los cortinages de gusto, y las arañas deslumbran.

Esplim. Aprecio mucho las alabanzas del señor Baron; pero permíteme que te diga, que habiendo suplido, con esta dos veces, una considerable cantidad de adornos, aun no he recibido un cuarto á cuenta.

Franc. Se pagará todo junto.

Esplim Está bien; pero dicen que el Baron no tiene mas bienes que esta corta hacienda que no produce gran cosa.

Franc Conoceis al Conde de Rosenthal?

Esplim. Toma si le conozco: es un excelente parroquiano, muy rico; paga de contado, y vive en una quinta á un cuarto de legua de aquí.

Franc. Pues mirad: ese señor tan rico es nuestro tio; quiero decir, el tio de mi amo, que es su heredero, porque no tiene hijos.

Esplim. Me alegro; pero dicen tambien que este tal tio, furioso porque este sobrino, tu amo, se ha casado contra su gusto, con la hija de un catedrático de la universidad, ha hecho un testamento en que le deshereda.

Franc. Venid acá: leeis novelas?

Esplim. No; pero mi muger no hace otra cosa.

Franc. Pues preguntad á vuestra muger qué es lo que se halla en ellas, sino hijos y sobrinos reñidos con padres y tios por enlaces que formó el amor; pero pasad al último capítulo, y vereis qué escenas tan tiernas! siempre los padres y los tios mas implacables perdonan con el mayor gusto del mundo á los muchachos, revocan los testamentos, y se mueren al instante, precisamente para dejar á sus herederos la satisfaccion y los medios de pagar á los hombres de bien, como vos, que les han fiado sus dineros y sus efectos.

Esplim. Efectivamente, mi muger lloraba ayer leyendo una cosa semejante; pero el cuento habia sido largo, porque eso sucedia en el sexto tomo.

Franc. Pues en ese estamos nosotros justamente, en el sexto tomo. El perdon del Conde vendrá pronto: en viniendo el perdon, enterraremos al tio; pilla la herencia, y se pagan vuestras cuentas: conque así fuera inquietudes, cumplid con vuestra obligacion, y no penseis sino en la fama que vais á ganar. Marchad.

ESCENA II.

Francisco solo.

Franc. Esto va bien: una soberbia funcion sin una peseta, y un millon de acreedores, entre los cuales unos tienen miedo, y otros se valen del poder de la justicia; antes de ocho dias, mi amo no sabrá por dónde echar, y los mil florines que el Conde de Rosenthal me ha ofrecido porque le ayude á perderse vendrán á mi bolsillo. Vivan las gentes de ingenio para ganar dinero.

ESCENA III.

Francisco, y Florina en el terrado de la glorieta.

Flor. Francisco?

Franc. Qué diablos haces ahí en ese terrado?

Flor. Estoy de centinela: mi señora espera á su padre y á su hermanita, y mi celo ha tomado á su cargo el avisar su llegada.

Franc. Pues yo tambien estoy de faccion, esperando á un cierto Birvano, judío usurero, si los hay, que debe entrar secretamente por esta puertecilla.

Flor. Francisco, estoy resuelta á despedirme mañana á mas tardar.

Franc. Pues yo no.

Flor. No ves que perderemos nuestra estimacion estando en esta casa?

Franc. Y quién te ha dicho que se pierde la estimacion donde se gana dinero?

Flor. Buena ganancia! y nos están debiendo nuestros salarios.
Franc. Pregunta á algunos mayordomos, y á otros empleados que entienden su negocio, y te dirán que el sueldo es como una gota de agua en el mar de sus utilidades.... pero di, ves algo?
Flor. No veo mas que la yerba que cubre el campo; pero sabes que tengo una carta para tí?
Franc. Qué dices? échamela. (*Florina le echa una carta.*) Precisamente es la que yo esperaba.
Flor. Segun parece, es cosa de importancia?
Franc. Y de mucha importancia, y tú tienes tambien alguna parte en ella.
Flor. Yo?
Franc. Tú: escucha. Necesito de tí, voy á descubrirte mi proyecto: te se pagará bien, y cuenta con el silencio: esta carta es del tio de mi amo, el señor de Rosenthal.
Flor. Y tú estás en correspondencia con nuestro enemigo?
Franc. Chito, que llegan nuestros amos.

ESCENA IV.

Francisco, *Enriqueta*, *Valhem*, *y Florina.*

Enriq. Verdaderamente eres un marido muy galan: el vestido que me regalas es primoroso, y debo reñirte porque es demasiado rico.
Valhem. Deja el reñir para otro dia, mi querida Enriqueta.
Enriq. Mañana no te escaparás; porque, amigo, es preciso que nos arreglemos, que vivamos con

economía, y sobre todo que paguemos á nuestros acreedores.

Valh. Eso último le toca á mi tio. (*Con alegría.*)

Enriq. Conque crees que acabará por perdonarte?

Valh. Y ahora lo creo mejor que nunca, porque ayer en la ciudad supe que hablaba mucho de mí, y que se informaba de mi situacion con mucho interés.

Franc. Apuesto doble contra sencillo, á que el señor Conde piensa mas en vos que lo que podeis imaginar.

Enriq. Vaya, tú quieres darme esperanzas para que esté alegre en la funcion de esta noche.

Flor. Señora, (*En el terrado.*) señora, un coche ha parado á la puerta de la arboleda: una señorita se apea.

Enriq. Esa es mi hermana. (*A Valhem.*)

Flor. Y la acompaña un caballero de mediana edad.

Enriq. Ese es mi padre: voy corriendo á recibirles.

Flor. Se encaminan hácia la casa, y el caballero viene vestido de color gris ó ceniciento.

Valh. De color gris? (*Admirado.*)

Flor. Casaca gris, chupa gris, todo gris, hasta el sombrero.

Valh. El es: estoy perdido. (*Ap.*)

Enriq. El señor Múler con mi hermana Mina. Ay Dios! si le habrá sucedido alguna desgracia á mi padre?

Valh. Si eso fuera, tu hermana no le dejaria.

Enriq. Mi inquietud es grande: voy volando á buscarla.

Valh. Te acompañaria, si no me detuviese un ne-

gocio importante: pueden llegar de un momento á otro: mi querida Enriqueta, lo que te encargo es que no dejes á Múler que tome razon de mis posesiones, que se informe de mis criados, ni que registre mi casa.

ESCENA V.

Valhem y Francisco.

Franc. Y qué infierno de Múler es este que causa tal trastorno á mi señor amo?

Valh. Múler es lo que se llama un hombre raro, singular, y de los que no se usan; extravagante en su modo de vestir, particular en sus palabras, incomprensible en sus acciones; por la mañana insolente, por la tarde complaciente; enemigo de la mentira, sin que haya poder humano que le impida su modo de pensar. Ni la edad, ni el sexo, ni el grado se libran de las que él llama verdades: sin rodeo trata á cualquiera de orgulloso, de presumido, ó de bribon: si se incomodan no hace caso, si se enfadan se rie: nadie sabe quién es, y él conoce á todo el mundo: hoy parece pobre, mañana habla como si tuviera millones: en fin, en un mismo dia este hombre tiene ratos de mal humor y de placer, de cólera y de terneza, de modestia y de orgullo, de malignidad y de bondad.

Franc. Y dónde habeis hecho tan buen conocimiento?

Valh. El mismo dia en que se firmó el contrato de mi matrimonio, con pretexto de habérsele roto el coche pidió en casa de mi suegro que le reco-

giésemos : al ver la frialdad con que se le recibió, otro que no fuera él hubiera marchado; pero nada de eso: se quedó, se convidó á cenar sin cumplimiento, se sentó á la mesa, se hizo dueño de la conversacion, y se portó de suerte que no parecia sino un pariente de la familia: debia partir al otro dia, y al cabo de quince que estuvimos, le dejamos allí con tal desembarazo como si estuviera en su casa: en toda una semana no supimos su nombre; y como, sea manía, ó sea llaneza, siempre va vestido de color gris, ó de ceniza, tomamos la costumbre de llamarle el hombre gris, ó el ceniciento.

Franc. Vaya, sea enhorabuena el ceniciento.

Valh. Yo era el mas mortificado con sus chanzas, y el que mas importunaba con sus consejos.

Franc. Y los consejos eran buenos?

Valh. A nada menos tiraban que á hacerme labrador.

Franc. Qué buena figura haria un Baron arando! El tal señor Múler se habrá escapado de alguna casa de locos.

Valh. El tiempo se pasa, y Birvano no viene: los dos mil florines me son indispensables; tengo que pagar mañana, y esta noche habrá juego. (*Llaman.*)

Franc. Ya estamos salvos: oís aquella tosecilla seca? pues ella es para nosotros el anuncio del dulce son de los escudos.

ESCENA VI.

Dichos y Birvano.

Valh. Bien venido, Birvano.

Birv. Señor Baron, de la ciudad á vuestra quinta no hay un cuarto de legua; pero el paseo no deja de ser largo, sobre todo para un pobre viejo estropeado como yo.

Franc. Y por qué no tomasteis un cabriolé?

Birv. Cabriolé?

Franc. Aquí se hubiera pagado.

Birv. Si yo hubiera sabido eso....

Franc. Dos mil florines no dejan de pesar: y adónde están esos dos mil florines?

Birv. No los tengo.

Valh. No los teneis? pues yo los necesito.

Birv. Así será; pero ya sabeis que me debeis cinco mil seiscientos florines, comprendidos intereses y gastos: que habeis faltado mil veces á la palabra de pagarme, y que la inexactitud en los pagos, me obliga á diligencias judiciales que repugnan á mi delicadeza y á mi sensibilidad.

Franc. Vaya, dejemos eso.

Valh. La paciencia me falta. (*Aparte.*) Procuremos persuadirle. (*A Francisco.*)

Franc. Apartaos (*A Valhem.*) que voy á convertirle. Os acordais de lo que os dije del Conde de Rosental?

Birv. Pues á tratar de eso vengo, porque....

Franc. Conoceis su firma?

Birv. Muy bien.... hemos tenido algunos negocios de intereses; hacia yo valer sus fondos....

Franc. Leed.

Valh Gran trabajo es tener que valerse de tales gentes. (*Aparte.*)

Birvano, lee de modo que no lo oiga el Baron. „ En fin, querido Francisco, haz cuanto pue„ das para que se realicen mis ideas, y enton„ ces, pero con la condicion que sabes, paga„ ré todas las deudas de mi sobrino, le nombra„ ré heredero de todos mis bienes, y le volveré „ mi cariño."

Franc. Dejemos á un lado el cariño, pero aquello de *pagaré todas las deudas de mi sobrino*, qué os parece?

Birv. Grandemente.... mas decid, qué condicion?...

Franc. Es una friolera: nada mas que separarse de su muger, y ya veis.... perder una muger, por ganar una grande herencia....

Birv. Es cambiar arena por oro.

ESCENA VII.

Dichos y Pedro.

Pedro. Señor, en este instante me acaban de entregar todas estas cuentas.

Franc. Tio Pedro, ya pudierais aguardar á mejor ocasion.

Valh. Siempre cuentas y papelotes. Esos acreedores son crueles: voy á tomar un mayordomo, con quien se entenderán, y me dejarán en paz.

Pedro. Mayordomo! no le necesita para arruinarse. (*Aparte.*)

Birv. Tendreis mayordomo?

Valh. Ya me han propuesto uno, y desde mañana

..edaré libre de estos enredos.

Birv. Recibe mayordomo! yo me compondré con él. (*Aparte.*) Vamos, vamos, la promesa del tio y el mayordomo me animan. Os prestaré los dos mil florines. (*Alto.*)

Franc. Qué hombre tan de bien!

Birv. Abusais de mi bondad: mañana tendreis el dinero.

Franc. Hombre benéfico y adorable! (*Le abraza.*)

Valh. Me dais la vida, querido Birvano.

Birv. Tomaré un cabriolé?

Franc. Y dos si gustais.

Valh. Amigo Birvano, Pedro os acompañará, y os enseñará un atajo que abrevia mucho el camino. Llévale por el de la (*Aparte á Pedro.*) aldea, que aunque tiene algunos centenares de pasos mas, estoy seguro de que por él no se encontrará con ese maldito Múler.

Franc. Bien pensado. (*Habrá estado escuchando.*)

Birv. Señor Baron, estimo mucho el favor que me haceis: hasta la vista.

Valh. Cuidado con lo que hablas. (*Ap. á Ped.*)

ESCENA VIII.

Francisco y Valhem.

Valh. Ya respiro. Mañana tendremos dinero: puesto que estoy mas tranquilo, quiero subir á recibir al extravagante Múler. Tú, cuida que la funcion de esta noche sea digna de mí.

Franc. Sereis servido.

ESCENA IX.

Francisco y Florina.

Flor. Por fin te quedaste solo: sabes que no estoy en mí? Tú recibes cartas de ese buen tio de nuestro amo, que va publicando por todas partes que antes que á su sobrino, dejará sus bienes á los pobres, en la persona de cualquier honrado administrador de un hospital.

Franc. Atiende: el Conde de Rosenthal, aunque no pudo impedir el matrimonio, ó por mejor decir, la locura de mi amo, no se da por vencido: como fuí su criado conoce mi talento, y me hizo hablar por persona de su confianza: nos convenimos, y por mil florines que me ha de dar, me he obligado á fomentar en mi amo la manía de querer lucir sobre todos, proporcionarle conocimientos con estos caritativos usureros que prestan plata á peso de oro, y en fin acelerar por todos caminos su ruina.

Flor. Ahora conozco el fin de las visitas que te hacen ciertos sugetos.

Franc. Arruinado que sea mi amo, el Conde se presenta, se aprovecha de la desgracia de los dos esposos, de las desavenencias que la falta de bienes deben ocasionar, les presenta una escritura de separacion, y gracias á dos firmas, á su crédito y á su dinero, el sobrino se ve libre de muger y de acreedores.

Flor. Enemigos todos bien temibles.

Fran. Aun hay mas: escucha. (*Saca una carta y lee.*)) » Tú, Francisco, temes que en un mo-

» mento de amor conyugal, tu señor venda esa
» casa para pagar sus deudas? pues no lo temas,
» que á favor de algunos de los créditos contra
» mi sobrino, que he comprado por segunda
» mano, cuando yo quiera la casa no será suya."
Esto no te importa; pero mira el modo con que el Conde sabe tomar sus medidas: es un gusto trabajar con este hombre. „No entiendo qué
„utilidad pueda seguirse de que Birvano preste
„á mi sobrino otros dos mil florines; mas valdria
„que siguiese las diligencias judiciales que habia
„empezado contra él." Esto tampoco te importa.

Flor. El Conde tiene razon: si es absolutamente necesaria una catástrofe, esos dos mil florines pueden retardarla.

Franc. Hay una máxima que es muy de moda hoy dia, esta es: mirar por sí, antes que por los otros. Y como el amo me debe una larga cuenta, y una gratificacion por mis buenos servicios, quiero cobrarlo antes de la catástrofe, y los dos mil florines que prestará Birvano.... ya entiendes.

Flor. Estoy enterada.

Franc. „Seria de desear.... este es el párrafo que te corresponde. „Seria de desear que por medio
„de algunos consejos pérfidos, se pudiese hacer
„dar á la esposa de mi sobrino algun paso en
„falso, y entonces el asunto iria mejor."

Flor. Sabes que tu señor Conde de Rosenthal para ser lo que es, no es bobo?

Franc. Para esto de los malos consejos te elegí á tí, que tienes dadas pruebas de tu talento con tu primera ama la señora Condesa.

Flor. No hables de ese suceso, en que todos se condujeron muy mal, y mas que todos, el marido: por su alboroto la justicia quiso entender en el asunto, y yo quisiera saber cuál era mi delito.

Franc. Nada, una friolera. Gracias á tus consejos, tu ama fue muy presto una de aquellas petimetras que prefieren un bayle á sus hijos, una gala á su marido, y un aderezo de diamantes á su reputacion.

Flor. No seria tan fácil conseguirlo con mi señora actual. La Condesita habia sido criada al uso del dia, y ya ves que esto facilita....

Franc. Esta noche debe llegar el Baron Lindorf, uno de los amigotes de mi amo, y que juzgo que está enamorado de mi señora: este podrá servirnos. Rosenthal es generoso, y tú serás bien pagada, con que....

Flor. Está bien, pierde cuidado. Ahora que mé acuerdo: ese buen tio es el único pariente? no hay algun otro?

Franc. Al presente no: antes habia otro tio materno de mi señor, un tal señor Don Alberg, amigo íntimo del Conde de Rosenthal, que habrá cosa de veinte años que ha desaparecido, y sin duda al presente será habitante del otro mundo: desapareció al mismo tiempo que murió el abuelo de mi amo.

Flor. Y el Rosenthal actual dicen que entonces se manejó como hombre de talento.

Franc. A fuerza de intrigas consiguió que desheredasen á su hermano el Baron de Valhem: quiso este pleytear; el derecho era suyo; pero entre

abogados y demas curiales lo embrollaron, y se murió de pesadumbre, dejando un hijo pequeño, que es nuestro amo, cuya suerte habria sido poco dichosa, si el cielo compadecido no hubiese dispuesto que la muerte arrebatase al hijo del Conde de Rosenthal. El sobrino ocupó entonces el puesto del hijo, y heredaría título y riquezas, si hubiera escuchado menos al amor... mas mi señora, callemos.

ESCENA X.

Dichos, Enriqueta y Mina.

Mina. Nadie por aquí: ha sucedido algo?

Enriq. Vienes sola?

Mina. El señor Múler es una maula: en medio de la arboleda se paró á hablar con un aldeano, y por mas que tiraba de él, no pude hacerle mover: yo tenia ganas de verte, y le dejé: apuesto que estará examinando los campos, ideando algun plantío: ya, ya sabes sus manías.

Franc. Pocos momentos despues de haberos ido de aquí, fue el señor Baron á buscaros. (*A Enriq.*)

Mina. Sin duda se encontró con Múler.

Franc. Señora, mandais algo?

Enriq. Que veas si la sala de bayle está preparada; y tú, Florina, dispon mi tocador.

ESCENA XI.

Enriqueta y Mina.

Mina. Por lo que veo en tu casa, hermana mia, tienes una vida de una Baronesa. Qué dichosa eres!

Enriq. Sí, soy dichosa; pero hablemos de mi padre. Con que la gota le impide dar un abrazo á su Enriqueta?

Mina. No tengas cuidado, no será nada: fuera de la gota gozamos de perfecta salud; tengo mucho que contarte. Madre ha guardado todas las novelas que llevó tu marido, porque dice que ya con tu boda hay una novela en la familia, y que basta; pero la buena señora se engaña, porque yo he dado principio á la mia con mi primito Salseman, que aunque no es mas que un labrador, y no sabe hablar tan pulido como Valhem, y no me hará Baronesa, mi padre dice que es muy rico, y yo creo que será un excelente marido.

Enriq. Muy bien: y el señor Múler?

Mina. Siempre el mismo: desde que te viniste ni una vez siquiera habló de seguir su viage, ni ha pensado en componer el coche que se le rompió justamente á nuestra puerta.

Enriq. Quién puede detenerle tanto tiempo? qué interes tendrá en conocer nuestra familia? qué gusto puede darle estar en nuestra casa?

Mina. El dice que mi padre es un hombre excelente, que mi madre es una muger de mucho gobierno, y que yo soy una loquilla. En cuanto á tí te pone en las nubes, y de tu marido dice que aunque tiene buenas cualidades, es un vanidoso, y que le ha de perder la manía de lucir y sobresalir en todo.

Enriq. Y quién le da esas noticias?

Mina. El maldito todo lo sabe. El Domingo me declaró su amor mi primo, y él desesperado me

dijo palabra por palabra el lunes. Y podrás explicarme á qué fin me dió ayer este collar con la recomendaci n de que me lo pusiese para venir á tu casa? El regalo no le habrá costado mucho, porque las perlas son chicas y de poco brillo, y las piedras del broche son demasiado gruesas para ser diamantes verdaderos.

ESCENA XII.

Dichas y Múler.

Múl. Basta lo que he visto. Señora, permitidme...,. (*A Enriqueta.*)

Enriq. Seais bien venido: en casa de mi padre me llamabais vuestra querida Enriqueta.

Múl. Muy bien: veo gustoso que con el título de Baronesa no ha entrado la vanidad en vos.

Mina. Señor Ceniciento, dejemos las ceremonias: én casa de mi hermana no estais lo mismo que en la de vuestro amigo Benrode?

Múl. Sois su digna hija, y nadie desea vuestra dicha mas que yo.

ESCENA XIII.

Dichos y Florina.

Flor. Señora, todo esta prevenido en el tocador. Ay! ay! aquí está el hombre gris. (*Aparte.*)

Enriq. Todavía es muy temprano.

Múl. Qué tambien teneis doncella?

Enriq. Si señor.

Mina. Segun lo que voy viendo tu funcion será magnífica, y ya ves qne no estoy muy decente.

Yo creí que seria algun bayle campestre. Pero qué figura hará entre tanto señorio tu hermanita con este vestido blanco y este sombrerillo de paja?

Enriq. Ya supliremos esa falta.

Flor. A bien que la señorita tiene un collar de perlas bien hermoso, y de tanto precio que bastaria.... (*Con malicia.*)

Mina. Ya se vé que mi collar es muy hermoso, y para mí de mucho precio. (*Enfadada.*) Bachillera, cómo se burla de mí? (*Aparte.*)

Flor. Señora, permitidme que os recuerde....

Enriq. Espera un momento.

Flor. Pero, señora....

Múl. Me parece que cuando la Baronesa ha manifestado su voluntad, la señora Florina deberia callar.

Flor. Conque sabeis mi nombre?

Múl. Sí: podreis por ventura darme alguna noticia de vuestra ama antigua la Condesita. Ya sabeis....

Flor. Nada sé de ella. (*Aturdida y titubeando.*) Teneis algo que mandarme, señora?

Enriq. Ya te avisaré.

Flor. Dónde habrá sabido este maldito lo que tanto interes tengo en callar? (*Aparte.*)

ESCENA XIV.

Dichos, menos Florina.

Mina. La pobre muchacha se ha quedado aturdida.

Enriq. Quién es esa Condesa, cuyo nombre....

Múl. Ya lo sabreis; lo que importa es que no os

fieis de Florina, y mucho menos de sus consejos.

Enriq. Nunca me ha gustado, y hace mucho tiempo que deseo pedir á Valhem que la quite de mi lado.

Múl. No os inquieteis, no tendreis el trabajo de despedirla, que ella buscará la ocasion de marcharse.

Mina. Vaya, hermana, ya ves que el señor Múler sabe mucho mejor que tú lo que pasa en tu casa.

ESCENA XV.

Dichos y Valhem.

Valh. Aunque me dí prisa á salir á recibiros, no os encontré. Buenos dias, Mina.

Múl. Señor Baron, mucho me alegro de veros; perdonad si vengo á vuestra casa sin que me hayais convidado.

Valh. Ya sabeis que vuestra visita es de mucho gusto para mí.

Múl. De gusto! en verdad que todo eso es cumplimiento, porque mis visitas no os agradan.

Valh. Os chanceais?

Múl. Hablo seriamente: me conoceis, y temeis mi censura; pero sosegaos, señor Baron, que lejos de criticaros os debo alabar.

Valh. Alabar?

Múl. Sí, estoy contento, contentísimo de todo lo que he visto.

Mina. Eso se llama hablar bien: no esperaba yo tanto: igualmente que Valhem estaba temiendo un buen sermon.

Enriq. Pues que estais conformes, puedo sin nin-

gun recelo dejaros solos, con vuestra licencia.

Múl. Claro está: en el dia de una funcion la señora de la casa no puede gastar con sus amigos ni un minuto.

Mina. Ya te sigo. Señor Múler, procurad manteneros en tan buen modo de pensar.

ESCENA XVI.

Valhem, y Múler.

Múl. Por vida mia, querido Baron, que ya que la presencia de vuestra esposa no me impone silencio, os he de felicitar por el gozo que he recibido. Os habeis portado con una delicadeza....

Valh. Qué delicadeza?

Múl. Que os honra mucho, muchísimo. (*Todo este razonamiento con interes y maliciosa ironía.*) Anunciasteis á Benrode que en casándoos con su hija, vuestro tio os desheredaba sin duda alguna: que vuestro patrimonio entonces quedaba reducido á esta corta posesion, cuya renta, á fuerza de trabajo y economía, podrá mantener una triste familia; que no contase entre sus antepasados un Baron muerto en la conquista de la tierra santa. Pero al ver la opulencia de esta casa, creo que por temor de que el padre de Enriqueta no os creyese demasiado rico para su hija, habreis ocultado alguna grande renta que debeis poseer.

Valh. No entiendo á qué fin se dirige esa burla ó mofa que estais haciendo: lo que declaré á Benrode es la verdad; no poseo mas que esta hacienda.

Múl. En tal caso, quereis hacerme el grandísimo favor de enseñarme cómo con una renta de seiscientos ú ochocientos escudos se puede hacer un gasto de seis mil florines á lo menos? porque semejante receta será admirable, y yo quisiera....

Valh. Tengo amigos....

Múl. Amigos que prestan dinero? conservadlos á toda costa, que son muy raros.

Valh. Para aquellos que no conocen lo que es amistad.

Múl. Pues yo soy vuestro amigo, y no os prestaria un florin.

Valh. Tampoco os le pido.

Múl. No: sois demasiado orgulloso; pero escuchad: cuando se quiere no necesitar de otros, debe uno tener lo que necesita por sí mismo: debisteis seguir mis consejos.

Valh. Cavar y arar mis campos?

Múl. Sí señor, cavar y arar vuestros campos. Vuestra esposa, segun el concepto que de ella tengo, querria mejor llevar un vestido de lienzo pagado de contado, que una gala de seda fiada.

Valh. Y quién os ha dicho que yo compro al fiado?

Múl. Es posible que al presente.... pero los mercaderes se cansan pronto.

Valh. Sin duda habeis olvidado en la casa que os hallais.

Múl. Me encuentro en la del Baron del Valhem, que prefiere la vida de un noble inútil, á la de un labrador honrado.

Valh. Debo conservar el honor y decoro de mi familia.

Múl. Señor mio, un príncipe de la ilustre casa de Borbon, el insigne Enrique IV. de Francia, se quitaba el sombrero delante de un labrador; y os parece que se lo hubiera quitado ante un Baron, cuyo único mérito fuese tener muchos acreedores?

Valh. Si los tengo, los pagaré.

Múl. Con qué?

Valh. Mis tierras son excelentes, y me producirán....

Múl. Mucho, cuando estén bien cultivadas.

Valh. Mi casa....

Múl. Es muy bonita: en un sitio delicioso: el entresuelo mueblado con lujo; el principal es verdad, sin pinturas, ni papel; el segundo sin puertas-ventanas, y los graneros llenos de goteras.

Valh. Ya vendrá un arquitecto y albañiles.

Múl. Un arquitecto! lo celebro: ya teneis un procurador: tomad un médico.

Valh. Un médico?

Múl. Sí, porque os va á dar un tabardillo.

ESCENA XVII.

Dichos y Lindorf vestido á la inglesa.

Lind. A Dios, querido Valhem.

Valh. Amigo Lindorf, cómo te va?

Lind. Perfectamente: tu salud es buena? y la amable Baronesa?

Valh. Pronto la verás.

Lind. Estoy deseando ponerme á su obediencia: dame las gracias, que bien temprano venimos;

digo venimos, porque no vengo solo: me acompañan dos amigos excelentes: el Asentista Meino y el Jurisconsulto Salemberg.

Valh No sé quiénes son.

Lind. Si tal: son aquellos dos con quienes hicisteis conocimiento en el bayle que nos dió la mugerona de aquel banquerillo que quebró en la misma noche de la funcion.

Valh. Ahora me acuerdo.

Lind. Son dos entes preciosos en una funcion, y para el dueño de la casa sumamente útiles. Apuesto que ya están inspeccionando, ordenando.... son en extremo serviciales. Sabes que por todas partes vuela la fama de tu fiesta?

Múl. Sabeis que Milord ha tomado muy bien el acento nuestro, y nuestra aficion á las diversiones?

Lind. Qué hablais de Milord? Ah, ya caigo sin duda. Dí, Valhem, esto de Milord lo dirá por mi vestido?

Valh. La equivocacion es graciosa.

Lind No tiene precio. Milord! ja, ja.

Múl. Yo no encuentro en lo que he dicho motivo para tanta risa. Mira, Valhem, no está perfecto?

Valh. Perfectísimo! no se puede mejorar.

Múl. Ya entiendo. El señor no es inglés?

Lind. No por cierto, amigo mio.

Múl. Al ver ese vestido, ese sombrero....

Valh. Venís acaso de Liberia? No veis que es moda.... la última moda?

Lind. Sí, amigo mio, á pesar de mi sombrerito, de mi vestido acicalado, mis treinta y ocho bo-

tones, y mi cadena de acero, soy vuestro compatriota.

Múl. Con que el estilo y perfeccion del dia está en desfigurarse de tal modo, que no se conozca la patria de cada uno?

Lind. Ah, qué bella, qué elegante frase! digna, á la verdad, de ocupar un lugar distinguido en algun diario ó gaceta.

Múl. Si todo el mundo pensase como yo, ninguno iria a buscar á otros paises lo que se encuentra en el suyo.

Lind. Eso es: proscripcion general de todo lo que no nació en nuestro suelo, ó que no ha sido inventado por una cabeza nacional. Confínense, pues, en la gran Bretaña los barcos de vapor, el gas hidrógeno, los celeríferos, y las novelas de espectros y fantasmas.

Múl. Nada de eso: sirvámonos de los barcos de vapor, si pueden navegar: empleemos el gas hidrógeno, si nos puede iluminar: viagemos en los celeríferos, si en la celeridad corresponden á su nombre: leamos las novelas de espectros y fantasmas, siempre que tengan sentido comun; pero no llevemos sombreritos ni vestidos de monos y acicalados, y el que el cielo quiso que naciese saxon, italiano ó español, sea español, italiano y saxon, y no inglés.

ESCENA XVIII.

Dichos y Pedro.

Pedro. Señor, os parece bien que dos sugetos, que no conozco, se tomen la licencia de pasar

revista á vuestra despensa, y de hacer el inventario de vuestra cocina?

Lind. Estos son los dos amigos: por las señas los conozco: están llenos de celo y ardor por el bien comun de los convidados. Guardaos bien de interrumpirlos, ni estorbar sus importantes funciones.

Valh. Seguramente: mis amigos me dan en eso mucho gusto, Pedro; dí que obedezcan todos á esos señores como á mí mismo.

Pedro. Cómo, señor Baron?.... podreis sufrir?....

Valh. Haz lo que te mando, y pierde esa costumbre de replicarme.

Múl. Qué diablos haceis, buen Pedro? (*Con ironía.*) tú miras con tanto celo los intereses de tu amo? qué tonto! róbale á cara descubierta, adúlale con astucia, y jamas te reprenderá.

Lind. Qué hombre es este?

Valh. Un extravagante con quien podremos divertirnos: un amigo, un hombre honrado, pero muy fastidioso.

Lind. Esas dos últimas cualidades siempre van juntas.

Pedro. Segun parece, sin duda me conoce; pero yo no sé quién es.

ESCENA XIX.

Múler, Valhem, Lindorf, Meino y Salemberg.

Meino. Sobre todo, el rodaballo con la salsa picante.

Salemb. Aprisa, que tome un criado un caballo,

y que lleve este billete al grande almacen de vinos del molinero.

Lind. Ellos son: amigos, aquí teneis al Baron Valhem.

Meino. Qué felicidad, señor Baron, la de volver á vernos!

Salemb. Y poder manifestaros....

Valh. Jamas podré pagar debidamente á Lindorf el haberme proporcionado la vista de hombres tan dignos.

Meino. Ahora tratemos solo de lo que importa: examiné prolijamente á tu cocinero; pero, amigo, es incapaz, sin el menor conocimiento de su arte, sin medios, sin originalidad de ideas; es forzoso despedirle.

Valh. Fue criado de mi padre, y morirá en casa.

Meino. Pues bien, dale su retiro; yo te le reemplazo con un hombre de talento por una friolera. Por mil florines de salario, y algunos gages. El tal quiere dejar á un asentista, que no tiene con él consideracion alguna, y que ha dado en querer poner órden en su gasto.

Valh. Hablaremos.

Salemb. Por mi parte, estimado amigo, acabo de dar una visita á tu biblioteça subterránea, á tu bodega; pero, gran Dios! qué incompleta y que desordenada se halla!

Valh. El señor Jurisconsulto tiene razon: mi cantina está muy mal mueblada.

Salemb. Faltan infinidad de volúmenes: he formado una nota para reponer lo mas preciso. Cincuenta botellas de Burdéos, cuatro ó cinco docenas de Champagna, algunas de Tocay y de

Málaga; de suerte que el surtido de esta noche estará mas completo, y mañana se trabajará en una organizacion general.

Valh. Muchísimas gracias.

Lind. Estos se llaman amigos de talento. Meino en la última campaña tenia la mejor mesa del egército.

Meino. De eso me puedo alabar. Hombres y caballos todos morian de hambre, y en mi casa al mismo tiempo la mesa abundaba en todo género de manjares, y ademas el café y el licor, y tenia treinta convidados.

Múl. Tanto peor para vos.

Meino. Al contrario: mi mesa al fin de la campaña me valió, me valió, la aprobacion de mis cuentas.

Múl. Peor para vos, repito; porque yo me tendria por el mas necio de los hombres, si gozando de una fortuna tan considerable que me expusiera á correr los riesgos de la guerra en un asiento, ó á pasar por un bribon, no teniendo mas medios que las futuras utilidades, y el favor de amigos poderosos; abusasteis de este, para gastar superfluamente lo que le quitais de lo necesario á los valientes defensores del estado.

Meino. Qué es lo que decís, necio? Hacedme el favor de hablar con un poco mas de miramiento.

Lind. Dejadle estar, no hagais caso. (*Aparte á Meino.*) Si es un loco.

Meino. En hora buena: el señor tiene por gracia el ser satírico?

Múl. No por cierto: gusto solamente de decir la verdad.

Salemb. Pues eso no suele acomodar á muchas gentes.

Múl. Verbi gracia, á vos, señor Jurisconsulto, que no os gustaria si os dijese que la cátedra de leyes que obtuvisteis se debió mas á la intriga y al empeño que al talento.

Lind. Qué tal, amigo! pues yo le desafío al señor crítico á que se divierta á mi costa, porque no tengo empleo, ni profeso ninguna facultad; solo vivo honradamente de mis rentas.

Múl. Eso es lo que os vale; porque si para subsistir, necesitaseis hacer uso de vuestros brazos ó de vuestro ingenio, ya os hubierais muerto de hambre.

Meino. Bravo! y mil veces bravo! el señor Baron Lindorf creyó ponerse en salvo con sus rentas.

Valh. Acabemos, señores, una conversacion que á nadie puede ser agradable. Vos, amigo Múler, me hareis el favor de reprimir vuestro genio áspero.

Múl. Teneis razon, señor Baron, porque ahora llegaba la vuestra, y ya sabeis que no me hubiera faltado que decir. (*Todos se rien.*)

Valh. Dejadle, que ya nos desquitaremos. Entre tanto venid á recorrer mis cortas posesiones, que os quiero consultar acerca de varios proyectos que tengo para su adorno.

Lind. Dices bien: vamos á reconocer tus cortos estados.

ESCENA XX.

Múler solo.

Múl. Las noticias que he tomado son las mas exac-

tas. Si no pongo remedio, el Baron de Valhem causará su desgracia y la de su esposa. Ya conozco varios personages de los que tengo notados; tales como los tres amigos que acaban de salir de aquí, con quien me divertiré aun á su costa. La doncella Florina y el anciano Pedro. Quiénes son los que me faltan? Ah! primeramente el Conde de Rosenthal, (*Mira el libro de memorias.*) el excelente tio que mañana debe llegar aquí, y no sabe lo que le aguarda; el usurero Birvano, que colocado entre su dinero y su alguacil no sabe si debe prestar ó seguir la egecucion empezada; y por último el ayuda de cámara Francisco, que reune en sí la insolencia de un cochero, la conciencia de un mal mercader, y la probidad de un procurador travieso astuto, bribon, que está vendido á Rosenthal.

ESCENA XXI.

Dicho y Francisco.

Franc. Este es sin duda el pregunton, el fabricante de frases, y el satírico desapiadado. Quisiera saber.. .

Múl. Aquí está el honrado ayuda de cámara. Señor Francisco?

Franc. Qué mandais? Teneis por ventura que decirme alguna verdad, como á todo el mundo?

Múl. Decirte las verdades que mereces seria asunto muy largo: así prefiero darte un consejo.

Franc. Que yo recibiré con el mayor reconocimiento.

Múl. Son las siete de la tarde. (*Mirando el relox.*

Franc. Y bien?

Múl. Despáchate á estafar á tus amos, y á destruirlos, porque mañana á estas horas estarás despedido. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

Francisco que se queda aturdido, por donde se fue Múler.

Franc. Despedido!.... mañana!.... me aprovecharé del aviso.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa un salon ricamente adornado, é iluminado con arañas.

ESCENA PRIMERA.

Francisco solo.

Franc. Descansemos un instante mientras cenan: y Dios sabe qué cena! gracias á los talentos reunidos de un Jurisconsulto y de un Asentista de víveres, todo va á las mil maravillas: solo me inquieta este diablo de hombre gris, cuyas palabras no puedo borrar de mi memoria. Durante el bayle, y á cada momento, me le he encontrado siguiendo mis pasos, queria que no me viera, y él tenia siempre puestos los ojos en mí. He preguntado á todos los criados de los convidados, y ninguno le conoce, y empiezo á creer que quiso burlarse de mí; pero qué inte-

res?.... y lo que dijo á Florina? no lo entiendo.

ESCENA II.

Dicho y Valhem.

Valh. Buscándote vengo; escucha: así que amanezca vete á casa de Birvano, y á cualquiera costa que sea hazle venir al instante, porque he jugado esta noche, y debo á mis amigos cuatrocientos florines.

Franc. Segun empezasteis, señor Baron, me espantais: cuatrocientos florines son una friolera? El bayle sin duda volverá á empezar, y se prolongará hasta el dia: son las tres de la mañana, y antes que se acabe, os juro traer á Birvano, muerto ó vivo, pero en todo caso con los dos mil florines.

Valh. Ya conoces las circunstancias.

Franc. Perder todo cuidado.

ESCENA III.

Los mismos y Pedro.

Pedro. Señor, esto no se puede aguantar: la casa está entregada al pillage: un egército de lacayos, mil veces mas difíciles de contentar que sus amos, nos tratan como país de conquista: el pajar le han tomado por escalada, y la bodega por sorpresa.

Valh. Y tú tienes la culpa por no vivir prevenido, y haberles dado todo lo que te pedian para que no lo tomasen ellos.

Franc. Válgame Dios! cuánta bulla para unas

cuantas arrobas de paja, y otras cuantas botellas de vino! No ves que es menester que todos vivan?

Pedro. Por eso los caballos comen como si supieran que el pienso es gratis: y los lacayos beben á proporcion.

Valh. Ya sabes que en mi casa en nada quiero que se conozca el ahorro y economía.

Franc. Teneis razon: eso de ahorros y economías que se quede para los mercaderes que no quieren dejar protestar sus letras. Para los oficiales que no tienen mas que sus sueldos.

Valh. Yo me vuelvo á la mesa.

Franc. No tengais ningun recelo: confiad en mí.

Valh. Tú, Pedro, no tengas tanto celo por mis intereses: ya sabes que en casa del Baron de Valhem, todo debe respirar magnificencia y grandeza.

ESCENA IV.

Francisco y Pedro.

Franc. Ya lo escuchaste, en eso consiste la buena y verdadera nobleza.

Pedro. El señor Baron quiere que le roben? es muy dueño de quererlo: solo quiere escuchar á los pícaros? tambien es muy dueño de escucharlos, por lo cual yo dejo el campo libre á las gentes honradas que lisongean su amor propio, sirven á todos sus caprichos, y se embolsan sus escudos: voyme á acostar.

ESCENA V.

Dichos y Florina.

Flor. A la verdad, señor Pedro, que sois muy poco galan: os he dicho que siete ù ocho de las señoras convidadas han traido sus doncellas, y que es uso que yo las convide á cenar, y no habeis aun puesto la mesa.

Franc. Yo tengo tambien una docena de amigos que la exacta buena crianza ordena que los convide, y nada hay dispuesto: mañana se hablará en la ciudad bien mal de nosotros.

Pedro. La señorita quiere dar de cenar á las criadas, y tú á los lacayos?

Franc. Cómo lacayos? mis amigos son todos ayudas de cámara.

Pedro Norabuena: lacayos ó ayudas de cámara, criadas ó doncellas, componeos como gusteis; disponed de todo; apoderaos de todo, y robad con toda libertad, que yo me lavo las manos... buenas nòches....

ESCENA VI.

Dichos menos Pedro.

Flor. El tal Pedro es nn viejo insolente.

Franc. El buen hombre chochea.

Flor. Ya pudiera hacernos el favor de dejarnos libres de una vez de sus virtudes y de su persona.

Franc. No te parece que estaria bien acomodado con el hombre gris? el amo y el criado serian igualmente fastidiosos.

Flor. Ya que hablas del hombre gris: ¿sabes que he hecho un descubrimiento?

Franc. Y cuál es?

Flor. Qné está enamorado.

Franc. De quién?

Flor. De mi señora la Baronesa; á ella sola dirige sus elogios: tiene siempre puestos los ojos en ella: durante el bayle, en la mesa, siempre por una feliz casualidad ha estado al lado de su querida Enriqueta; ya ves que, ó yo me engaño mucho, ó todo esto son artes de un galan tímido.

Franc. Y estando en el segundo tercio de su vida, tiene aun pretension al afecto de una muger moza y hermosa?

Flor. Ay Dios mio! los hombres maduros son mil veces mas temibles que los muchachos.

Franc. Lo que me dices no me parece muy verosímil; pero no importa, la idea es buena, y me aprovecharé de ella; mi amo el señor Baron es celoso como un portugués, lo sabrá, se encenderá en cólera, y cerrará la puerta de su casa al virtuoso Múler.

Flor. Chito que llega.

ESCENA VII.

Dichos, y Muler que se cree estar solo.

Múl. Me seria imposible callar mas tiempo: las bajas lisonjas de unos, la necedad é impertinencia de otros, el amor propio, y la satisfaccion de Valhem, excitaban mi indignacion. Es posible que quien tiene entendimiento pueda gastar sus bienes y su tiempo con sugetos tan despreciables!

Flor. Muy pronto os levantais de la mesa : ya se ve ; la conversacion de un tropel de mozuelos atolondrados , no puede ser del gusto de un sabio como vos.

Franc. Si mis servicios pudieran ser de alguna utilidad al señor crítico, me tendria por muy afortunado en poderos mostrar mi agradecimiento por el aviso que me habeis dado.

Múl. Fuerza es confesar que solo en casa del señor Baron del Valhem , y en las comedias , se ha visto que los criados vengan á entablar conversaciones con los personages superiores á ellos.

Flor. En la cena os he visto alabar el vino de Champagna , y creí hallaros de un humor algo mas alegre.

Múl. Podras (*Tomando á los dos de las manos, y los lleva delante de un espejo.*) decirme si al mirar (*A Florina.*) un rostro tan descarado, una figura en que se halla tan bien marcada la bajeza y la picardía , podrá un hombre de bien tener moderacion, y abatirse á responder á semejantes sugetos , si no para mandarlos que se quiten de su presencia ! Ea , marchad.

Flor. Pero , señor.... es increible.... segun nos tratais.... parece que.... pero no importa , me voy, que es el modo único de corresponder á vuestra cortesía. Pero señor hombre gris , tened entendido que una muger sabe vengarse. (*Ap.*)

Franc. Hablais de tal manera, pareceis mas que amo , y el tono (*Hace un movimiento Múler.*) que tomais.... voy á obedeceros : en mi vida he estorbado las citas de los enamorados : me pagareis bien cara la impertinencia. (*Ap.*)

ESCENA VIII.

Múler solo.

Múl. Las citas de los enamorados!... Vaya, estos creen que estoy enamorado, y á la verdad no merezco este concepto; pero ya adivino la astucia de Francisco y de Florina: ellos quieren vengarse: me suponen enamorado de la Baronesa, y en consecuencia se lo dirán á su marido.... Amiguitos, yo os prometo que no tendreis tiempo para egecutar tan loable proyecto.

ESCENA IX.

Múler sentado, Salemberg y Lindorf.

Salemb. No hay duda, la Baronesa es hermosa, (*Hablando con Lindorf.*) pero confieso tambien que el Baron es lo que se llama todo un hombre; pierde el dinero, y deja desocupar su bodega con una gracia que no es comun.

Lind. Te ha pagado los cuatrocientos florines?

Salemb. Me los pagará.

Lind. No es lo mismo: esa tardanza me admira, porque el tal Baron es muy pundonoroso.

Salemb. Calla, que no estamos solos. (*Viendo á Múler.*)

Lind. Aquí estais, señor misantropo, enemigo del género humano!

Múl. Enemigo del género humano! puede ser que no os engañeis del todo, porque aborrezco á los amigos falsos, á los egoistas, á los ingratos y á los intrigantes: quitad de esta casa á la Barone-

sa, cuyas virtudes respeto; á su pobre hermana, en quien amo el buen natural; y al mismo Baron, cuyos extravíos son dignos de compasion; y decidme, caballeros, si entre los demas queda un hombre....

Lind. Pues pudiera ser, señor misantropo, (*Picado de los dichos de Múler.*) que encontreis alguno que fastidiado de vuestros sermones y de vuestras injurias....

Salemb. Os hiciera arrepentir de vuestras impertinencias.

Lind. Y una buena leccion al señor censor.

Salemb. Que le dejase corregido para toda la vida de su humor satírico.

Múl. Lo tomais de esa manera, señores?

Lind. Sí señor, que lo tomamos. (*Con seriedad.*)

Múl. Me teneis por un hombre extraño, singular, raro, y extravagante? muy bien; no os equivocais. Yo soy lo que se llama en el mundo buen hombre, sí, un buen hombre, y en toda la fuerza del término tengo algunas calidades buenas, y de comun con el resto de los hombres muchos defectos; y uno muy grande sobre todos, que es el de no poder disimular mis pensamientos: qué quereis? he nacido con la inclinacion irresistible de decir todas las verdades, y como, ya se ve, las mas veces es demasiado dura...

Salemb. Os habreis hallado muchas veces expuesto.

Múl. Para no exponerme en cualquier acontecimiento, he tomado una ligera precaucion que me ha servido maravillosamente: esta es, que en veinte años á esta parte todas las mañanas antes

de desayunarme, y durante un par de horas, me egercito en el arte de la esgrima, lo que me divierte y abre el apetito; y despues de comer empleo otra hora en tirar con la pistola al blanco para distraerme. De eso ha resultado que soy sumamente diestro en el arte de la espada, y que en el de la pistola, estoy seguro de atravesar de un balazo en cualquiera ocasion la cabeza de mi contrario.

Salemb. Gran destreza! (*Espantado.*)

Lind. En tal caso abusais de vuestra superioridad.

Múl. Siempre que se propone un duelo lo acepto.

Lind. Siempre! (*Turbado.*)

Múl. Siempre: sin embargo acostumbro tambien antes del combate proponer una partida de florete, y si quieren á la pistola, tomo una botella de Champagna, la hago de un tiro saltar el tapon á veinte y cinco pasos, y si persisten despues de estas formalidades en batirse, no respondo de las resultas.

Salemb. Os habreis batido muchas veces!

Múl. Jamás.

Salemb. Yo lo creo.

Múl. Ahora, señores.... (*Con tono amenazante.*)

Lind. Amigo, en vuestros caprichos (*En tono amistoso.*) he notado mucha gracia, en vuestros dichos mucha agudeza, y manejais la ironía con mucha finura; pero es posible que no habeis conocido que lo que os decíamos era una chanza! puramente una chanza!

Sal. Una chanza de las mas inocentes. (*Riendo.*)

Múl. Conque os chanceabais?

Lind. Sin duda, mi querido Múler.

Salemb. Nada mas, mi buen amigo.

ESCENA X.

DICHOS Y MEINO.

Meino. Qué haceis aquí cuando todo el mundo se despide?

Lind. Pues qué se acabó el bayle?

Mül. No se ha de acabar, si ya es de dia claro? (*Despues de estas palabras se aparta á observar lo que pasa en el bayle.*)

Meino. Todos se van. Vayan con Dios; pero nosotros qué hacemos? y nuestro dinero? (*Esto despues de asegurarse que Múler no puede oirle.*)

Lind. Es menester esperar hasta cobrarlo.

Salemb. Ciertamente: quién ha visto despedirse tan temprano?

Lind. Ea, vamos, amigos, á tratar de pillar con buen modo nuestro dinero.

ESCENA XI.

FRANCISCO Y BIRVANO.

MÚLER observando retirado.

Franc. Esperad aquí, que voy á avisar al señor Baron. (*Acompaña á Birvano despues de haberse asegurado que los tres amigos se han ido.*)

Birv. Verdaderamente no sé si estoy soñando; al amanecer venir á buscar dinero!

Franc. Nunca es temprano para recibir ni para ganar.

Birv. Meterme cuasi por fuerza en un cabriolé... es cosa rara!

ESCENA XII.

Birvano y Múler.

Birv. De mí mismo estoy admirado: salir tan de mañana: vamos que no sé qué tiene para mí este señor Baron de Valhem.

Múl. Véase aquí una noche bien empleada; (*Volviendo á la escena.*) pero quién es este nuevo personage?

Birv. Ola! quién es este que me está examinando de pies á cabeza? (*Puestas las manos sobre las faltriqueras.*)

Múl. Qué buscais aquí á estas horas?

Birv. Os importa algo?

Múl. Mas de lo que pensais.

Birv. No hay que hacer.... esta figura, y este trage, y esta traza, sobre todo, y este estar como si estuviera en su casa, qué duda tiene? ya os conozco. (*Con agrado.*)

Múl. Y quién soy?

Birv. Sois uno de aquellos hombres de bien que toman á su cargo los negocios agenos, y los cuidan mejor que los suyos; que manejan de un modo tan paternal las haciendas de sus señores, que en poco tiempo vienen á administrarlas en propiedad, y que despues de haber vivido en las guardillas de palacio bajan á ocupar el cuarto principal.

Múl. Segun eso me teneis por un mayordomo ó apoderado?

Birv. Por el que el señor Baron esperaba.

Múl. Veamos si podré yo ahora acertar tan bien. Vos debeis de ser uno de aquellos desapiadados calculadores, cuya cabeza no se ocupó jamas, sino en sumar ó adicionar, y que á fuerza de restar ó subtraer han hecho multiplicar sus escudos.... Vos os llamais Birvano?

Birv. Sois mas sabio que yo, pues sabeis mi nombre, cuando yo ignoro el vuestro; pero supuesto que á excepcion del nombre nos conocemos tambien, podremos servirnos mútuamente.

Múl. Sepamos cómo?

Birv. El Baron de Valhem vuestro principal me está debiendo una suma considerable: aquí le traigo otros dos mil florines, que á lo que veo no pueden venir en mejor ocasion. Ahora bien, mi querido amigo, entendámonos, y dispongamos de suerte nuestros negocios, que al liquidar los créditos atrasados del señor Baron, podamos partir unas ganancias decentes.

Múl. El Baron de Valhem va á pagar las deudas.

Birv. Ya lo sé; estoy perfectamente informado. El Conde de Rosenthal....

Múl. Qué va á hacer el Conde de Rosenthal?

Birv. Este honrado Conde, este tio benéfico, va á pagar, de su sobrino, capital é intereses.

Múl. Y todo bajo la condicion....

Birv. De una friolera, nada, una firma en una escritura de separarse de la muger.

Múl. Separarse de la muger.... (*Ap.*) Ah, señor Conde! estas son las resultas de vuestras visitas secretas con el inicuo Francisco; pues, señor usurero....

Birv. Llamadme capitalista.

Múl. Vaya capitalista! el Baron de Valhem os engaña, y se engaña á sí mismo, creyendo que os podrá pagar, cuando nada posee.

Birv. Ay Dios mio!

Múl. El picaron de Francisco, con todas sus confianzas, se burla de vos. El Conde ha desheredado á su sobrino: yo he visto el testamento.

Birv. Le habeis visto?

Múl. Le he visto. Ese honrado Conde, ese tio benéfico, no tiene la menor gana de desocupar las talegas: ademas de esto, Valhem consentirá primero en ser vuestro deudor toda su vida, que separarse de su muger.

Birv. Todo eso es maravilloso; pero como lo que yo necesito es el dinero y no grandes sentimientos afectuosos: desde aquí me voy á buscar á mi alguacil y á mi escribano, y antes de tres horas la egecucion de encima.

Múl. Está ya despachada?

Birv. Toma si está, y con auto de prision, porque aquí en Saxonia no exime á nadie la ley.

Múl. Conque no es cosa de burlas?

Birv. Tan de veras es, que esta misma mañana el señor de Valhem, á pesar de la Baronía, se verá metido entre cuatro paredes, á peticion de Gaspar Benjamin Birvano, capitalista, no sujeto á patente. (*Va á irse.*)

Múl. Escuchad, escuchad: no podríamos buscar alguna composicion?

Birv. Mi composicion es mi dinero.

Múl. En tal caso... (*Sacando una cartera.*)

Birv. Qué? quereis.... (*Mirando la cartera con ansia.*) de vuestra parte es un proceder muy

honrado, el Baron es muy hombre de bien, es jóven ... atolondrado....

Múl. Ya veis....

Birv. Un número considerable de billetes del banco.... esas imágenes regocijan la vista....

Múl. Muy bien; pero mirad, estas imágenes (*Cerrando la cartera.*) no son para vos: quiero decir, que mediante la promesa de Francisco, el señor Rosenthal debe pagaros: es verdad que no piensa en eso; pero si no os pagare hoy mismo, si por acaso faltare, yo me encargo entonces del pago.

Birv. Vos? y qué seguridad?....

Múl. Mi palabra.

Birv. Las palabras no tienen curso en el comercio, y así desesperado voy á seguir la egecucion. (*Quiere irse.*)

Múl. Y quién os dice que la suspendais?

Birv. Enténdamonos.

Múl. Yo respondo de las deudas del Baron, bajo las condiciones siguientes: primera, que os lleveis los dos mil florines.

Birv. Esa recomendacion era escusada.

Múl. Segunda, que griteis, y hagais grandísimo alboroto, si al salir encontrais al Baron ó á su ayuda de cámara.

Birv. Qué grite y alborote? ese es mi fuerte.

Múl. Por último, que dentro de una hora, y á peticion vuestra, sea esta casa embargada, y el Baron arrestado.

Birv. Conformes: venga esa mano: en todo eso ningun riesgo corro: os tomo la palabra: pronto vereis quién son mi alguacil y mi escribano: soy

vuestro, enteramente vuestro: si algun dia os puedo ser útil disponed de mi, de mi dinero: venid con buenas y seguras letras de cambio, y vereis si Birvano es un ingrato.

ESCENA XIII.

Muler solo.

Múl. Este usurero va á seguirme en mis proyectos: por su medio voy á asegurar la catástrofe. Ah señor Conde! señor Conde! vos quereis abusar de la triste situacion de vuestro sobrino! vos sois quien acelera la ruina; pues yo con una sola palabra os haré mudar enteramente de intento.

ESCENA XIV.

Dicho, Valhem, Enriqueta, Mina, Salemberg, Lindorf y Meino.

Lind. En fin, Baron, ya te ves libre de ese tropel de personas indiferentes, que tras el atractivo del placer, van de fiesta en fiesta: nosotros que somos tus verdaderos amigos no hemos querido confundirnos con la multitud, y dejarte tan aprisa.

Valh. Agradezco como es justo vuestra atencion.

Salemb. Ya sabeis que os tengo tanto afecto.... (*Dándole la mano.*)

Meino. Dejemos á un lado cumplimientos, y escuchadme: son las ocho de la mañana, qué vamos á hacer? acostarnos? dormiremos mal, almorzaremos peor, y comeremos mas mal: el tiempo está templado y hermoso, con que, ami-

gos mios, opino que nos vamos á almorzar al bosque inmediato.

Salemb. Excelente pensamiento!

Valh. Sublime.

Lind. Tanto mas me agrada esta idea, cuanto nos proporciona la satisfaccion de gozar mas largo tiempo de la compañía de un amigo: y de que yo pueda hallar la ocasion de hablar con la Baronesa. (*Aparte.*)

Meino. Si las señoras consienten en ello... (*Por las dos.*)

Enriq. Basta que sea gusto de mi esposo. (*Como por fuerza.*)

Mina. Yo me alegro muchísimo. Válgame Dios, hermana, cómo se divierte una en esta casa!

Lind. El señor Múler sera de los nuestros: Tendremos que sufrirle sus sátiras; pero no importa, que con eso se destierra la manotomía de la conversacion.

Meino. Ahora debemos tratar del capítulo de las subsistencias: yo me intereso siempre en ellas.

Valh. Nada le dejais que hacer al dueño de la casa.

Lind. Nosotros vamos á cuidar de los preparativos: los demas que se dispongan para marchar.

ESCENA XV.

Múler, Mina, Enriqueta, Valhem y Francisco.

Franc. Señor! señor! todo esta perdido. (*Habrá estado acechando la partida de los tres.*)

Valh. Cielos!

Enriq. Qué novedad traerá este?

Mül. Sin duda ha visto á Birvano. (*Aparte.*)

Franc. Cumpliendo con vuestra órden traje aquí, no sin trabajo, á Birvano con los dos mil florines; le dejé en este salon mientras entré á avisaros: fatal ocurrencia! entre tanto que yo buscaba la ocasion de hablaros, ví á Birvano salir furtivamente: corrí á detenerle.... y el maldito usurero empieza á gritar, diciendo que todo lo sabia, que estabais arruinado y deshonrado: en vano le supliqué que se fuese en hora buena, pero que dejase el dinero; se hizo el sordo, y juró que iba al momento á egecutaros.

Valh. Gran Dios! estoy perdido! deshonrado.

Enriq. Deshonrado!

Valh. Necesitaba absolutamente de este dinero porque tengo que pagar una deuda de honor.

Enriq. Ay de mí!

Mina. Hermana mia!

Valh. Pero cómo Birvauo ha podido saber?... quién ha podido decirle?....

Franc. Le hice mil preguntas sobre eso, y no me quiso contestar; pero en medio de sus injurias pude entender que debia tan importantes avisos á cierto mayordomo.

Valh. Mayordomo!

Fern. Sino que haya sido el viejo Pedro.

Valh. Sin duda, él ha sido: habrá querido vengarse porque no dí oidos á sus miserables consejos: infelice de él.

ESCENA XVI.

Dichos y Pedro.

Pedro. Qué es esto, señor? ahora hemos de llevar el almuerzo al bosque?

Valh. Tú has sido, sí, tú has sido, criado honrado y fiel, quien ha divulgado los secretos de tu amo. (*Furioso.*)

Pedro. Pero, señor Baron, qué es esto? por qué me tratais de esta suerte? (*Aturdido.*)

Valh. Por tu traicion: estoy seguro: no me repliques: antes de una hora debes salir de esta casa: vete.

Pedro. Amo mio de mi alma! (*Llorando*)

Múl. Sin razon afligís á este buen hombre: él no ha visto á Birvano.

Valh. Pues quién tuvo la osadía... (*Arrebatado.*)

Múl. Yo.

Valh. Vos?

Múl. Sí; y os he hecho un grandísimo favor, impidiendo que contraigais nuevas deudas, cuando no podeis pagar las antiguas.

Valh. Y quién os mete en cuidar de mis negocios? sabeis el agravio que me habeis hecho, y el daño que vuestra indiscrecion me ha ocasionado?

Múl. Sé muy bien, señor Baron, la falta que os hacen los dos mil florines de Birvano, y que os son indispensables para pagar lo que vuestros amigos os han ganado esta noche.

Valh. Idos luego de mi casa: idos. (*Enfurecido.*)

Enriq. Modérate, (*Deteniendo á Valhem*) y vos nos llamabais nuestro amigo? (*A Múler.*)

Franc. No teneis mas que hablar una sola palabra, y nosotros.... fieles criados. (*Como que quiere ir á llamar gente.*)

Enriq. Francisco, detente.

Múl. Posible es que seais tan buena que hagais caso de ese criado? Señor Baron, á no ser por la amistad que os profeso, no hubiera venido á vuestra casa; sin embargo de vuestra extravagancia os amo todavía: y así no me voy ni me iré aunque os pese á vos y á vuestros fieles criados.

Valh. Conque os quedareis?

Múl. Sí.

Valh. A mi pesar?

Múl. Sí.

Valh. Qué es esto?.... su sangre fria me confunde, su tranquilidad me admira; y este tono cariñoso desarma mi cólera: qué ascendiente tiene sobre mí este hombre?

Enriq. Yo no sé qué pensar. (*Aparte.*)

Franc. Ni el diablo en persona podrá echarle de casa. (*Aparte.*)

Mina. El tal hombre gris es incomprensible.

Valh. Qué haré? y qué será de mí?

Múl. Los ayudas de cámara son fértiles en arbitrios: no podria el vuestro hallar alguno que.... (*Con intencion.*)

Franc. Si pretendeis burlaros, sabed que si mi amo quiere seguir el consejo de su fiel Francisco, no es el caso desesperado, aun puede hallarse remedio.

Valh. Habla.

Franc. Vos necesitais de dinero, cueste lo que costare: acudid á los judíos, usureros, ban-

queros ó capitalistas: es tiempo perdido si implorais el favor de los amigos; aunque en algunos hallarais dinero, no hallarais voluntad, y en otros ni voluntad ni dinero: esto supuesto, y que á casos desesperados, desesperados remedios....

Valh. Qué me vais á proponer?

Múl. Que acudais al Conde de Rosenthal.

Valh. Al Conde de Rosenthal?

Francisco se queda admirado de que le adivinen sus pensamientos, y luego con firmeza, dice:

Franc. Sí señor, no lo niego; al Conde de Rosenthal. Me direis que esta irritado, pues eso es lo mejor del cuento, porque los menos temibles son los hombres que gritan mucho. Pintarle patéticamente vuestro estado, con vuestra falta de medios, y estoy seguro de que ese tio tan temible hará mas por vos, que aquellos que hablando siempre de amistad os dejarán morir de hambre, porque no tienen ni un escudo, ni la gana de darle.

Múl. Creed lo que os dice Francisco. Escribid á vuestro tio.

Franc. Me alegro de que mi idea merezca vuestra aprobacion.

Enriq. Esposo mio, muy expuesto y dudoso me parece este proyecto, pues no hay otro medio...

Valh. Abatirme à rogar á mi tio!

Múl. Es el único partido que os queda; os alegrareis de haberle tomado: os lo aseguro.

Valh. Me lo asegurais.... y sois vos quien.... A qué humillacion.... Vuestro modo de proceder,

Múler.... (*Múler saca la caja, y toma un polvo.*) os acordais.... quién ha visto frialdad semejante.... Ven, Francisco, llevaras una carta á mi tio.

Franc. Y yo os daré buena cuenta....

ESCENA XVII.

Múler, Enriqueta y Mina.

Enriq. Señor Múler, Valhem es vivo y arrebatado, pero tiene buen corazon, y sentirá el modo...

Múl. Por lo bueno que es se le puede perdonar.

Mina. No digais que se le puede perdonar, sino que se le debe consentir, porque á hallarme yo en su lugar, no sé si hubiera tenido tanta moderacion.

Múl. Se lo agradezco.

ESCENA XVIII.

Dichos y Florina.

Flor. Ay señora de mi alma! no puedo mas.... estoy sofocada.... (*Corriendo.*) me muero....

Enriq. Qué tienes, Florina?

Flor. Ay Dios mio! (*Llorando, y sentándose en una silla.*)

Mina. Estás mala?

Múl. Esto está bueno: ahora las criadas se desmayan? Allá en otros tiempos solo se desmayaban las señoras. Válgame Dios, cómo todo se perfecciona! Vamos, niña, qué es lo que teneis, que os causa tanto sentimiento? (*Con frialdad irónica.*)

Flor. Qué tengo de tener? que toda la casa se ha-

lla invadida por un tropel de hombres vestidos de negro.

Enriq. Cielos! esos son los alguaciles del malvado Birvano. Vamos corriendo.

Múl. El usurero ha cumplido su palabra.

ESCENA XIX.

Dichos, Lindorf, Salember y Meino.

Meino. Señora, venimos desesperados, porque no podemos cumplir nuestras importantes funciones. La cocina, la bodega, todo lo están embargando.

Salemb. En tal estado, creo que no es de ninguna utilidad nuestra presencia. (*Va á tomar su sombrero y su baston.*)

Meino. Señora, dadnos vuestras órdenes, y recibid nuestra buena voluntad.

Salemb. Os suplico recordeis á vuestro esposo.... (*Algo embarazado.*)

Meino. Que se ha olvidado pagar aquella friolera que la fortuna le hizo perder anoche.

Enriq. No se acabará el dia sin que recibais lo que os debe Valhem.

Salemb. Recibir es la cosa mas agradable del mundo; pero no os incomodeis.

Meino. Por mi parte no lo niego, lo recibiré con mucho gusto.

Salemb. ¿Te quedas, Lindorf?

Lind. Sí señor, me quedo, porque yo no abandono á mis amigos en la desgracia.

Meino. Eso es pensar con honor.

Salemb. No hay cosa mas natural. (*Mirando á Enriqueta.*) No haya miedo que la embarguen.

Meino. Ya se ve: á Dios.

ESCENA XX.

Los mismos, menos Salemberg y Meino.

Lind. Miserables!.... ingratos!.... si no fuera por temor.... yo os diria.... Espero, señora, que no me confundireis con esos infames. (*A Enriqueta.*)

Múl. Señor Lindorf, por qué no seguís á vuestros dignos amigos?

Lind. Y yo habia de dejar á Valhem en un momento....

Múl. No haceis vos por Valhem.... (*Con malicia, indicando á Enriqueta.*) pero os digo en confianza que perdereis el tiempo.

ESCENA XXI.

Dichos y Pedro.

Pedro. Ay señora! Acaban de arrestar á mi señor, y á pesar de mis súplicas y de mis lágrimas se le llevan, se le llevan.

Enriq. Para este último golpe me falta el sufrimiento.

Mina. Hermana mia!

Lind. Mi amigo arrestado? esta es una iniquidad.

Enriq. Señor Múler, vos me habeis manifestado (*Con mucho fuego.*) la mas síncera amistad: amais á mi esposo: acabais de asegurarlo, y no me avergüenzo de acudir á vuestra generosidad.... no me negueis, por Dios, vuestro socorro: procurad la libertad de mi marido; no me dejeis entregada á la desesperacion.

Múl. Querida Enriqueta, mucho le cuesta á mi

corazon, pero no debo serviros.

Mina. Señor Múler! mi buen amigo!

Múl. Señorita, si estuviera en mi mano, aguardaria à que me lo rogarais?

Enriq. No insisto mas.... (*Con firmeza.*) voy á acompañar á mi esposo.... y si no puedo obtener su libertad, yo sé lo que debo hacer.

Lind. Cierto filósofo dijo (*A Múler.*) que los hombres que tienen en los labios las palabras de beneficencia y de humanidad, son justamente los que practican menos estas virtudes; y veo, señor Múler, que el filósofo dijo la verdad. (*Saluda á Múler, y vase.*)

Flor. Pensaba yo que en favor de mi señora hubierais hecho algo por mi amo. (*Hace á Múler una gran reverencia, y vase.*)

Pedro. Yo creí que teniais un buen corazon; (*A Múler.*) pero siento mucho por vos, y por el señor Baron, haberme engañado. (*Le saluda y se va.*)

Mina. Se fueron todos? Sí, ya se fueron, lo conozco: (*Mirando si se han ido todos.*) enfadado con Valhem no habeis querido que se crea que le favoreceis, y es mucha finura que hayais reservado esa fineza á vuestra amada Mina: vaya, os atreveis á decirme que me equivoco?

Múl. Amable Mina, te aseguro que no tengo dinero alguno que darte.

Mina. Como soy algo curiosa, cuando salimos de mi casa para venir aquí, os ví guardar una cartera.

Múl. No puedo disponer de los billetes que estan en ella.

Mina. Señor Múler, en todo tiempo habeis sido

un hombre raro é incomprensible; pero sois bárbaro y cruel. Yo iré á ver á ese Birvano, le hablaré, y puede ser que un usurero tenga mas caridad que vos.

Múl. Sí, sí, ir á ver á Birvano, que es muy posible.... (*Con intencion.*)

Mina. Lo que yo necesitaba era dinero (*Muy picada.*) y no vuestra aprobacion. (*Le saluda, y se va.*)

ESCENA XXII.

MÚLER solo.

Múl. El amigo me critica, la doncella se burla de mí, y el viejo me predica; Enriqueta está indignada, y su hermana llena de cólera; y todo esto es sin motivo.... No, á fe mia, mi querido Múler, tu conducta da causa á eso y mucho mas, y qué importa? dejémoslos decir: la casa está embargada: el Baron arrestado, y el Conde de Rosenthal estará aquí muy pronto: sí.... pues vámonos á almorzar.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

FLORINA sale apresuradamente por un lado, y FRANCISCO por otro.

Flor. Y cuáles son las resultas de tu embajada?

Franc. Que el señor Rosenthal llegará aquí dentro de una hora: está muy contento, y lo esta-

rá mucho mas cuando sepa que su sobrino está arrestado: qué maldito es el tal Birvano!

Flor. Trata sus asuntos con viveza.

Franc. Y qué me dices del virtuoso Múler, que así abandona á su amigo?

Flor. Insensible à las lágrimas de mi señora, sordo á las súplicas de la buena de su hermana, sin hacer caso de los sarcasmos del amigo Lindorf, y respondiendo con una sonrisa irónica á mis insultos y burlas; el gran moralista Múler no se dignó echar mano al bosillo para librar al Baron de las garras de los alguaciles.

Franc. Mi señora ha ido á la ciudad?

Flor. Con su hermanita y el viejo Pedro: el señor Lindorf las acompaña, porque su sensibilidad no le ha permitido abandonar á su adorable Enriqueta.

Franc. No hay cosa mas natural, porque ya ves, en un marido arruinado y aprisionado en un abrir y cerrar de ojos se suelen hallar grandes defectos, y....

ESCENA II.

Dichos y Lindorf.

Lind. O! no puedo mas.

Franc. Adónde estan las señoras?

Lind. Las he dejado en la Ciudad.

Flor. Pues no se ha compuesto el asunto?

Lind. Compuesto? sí, mas embrollado y mas desesperado está que nunca.

Franc. Muy bien.

Lind. Birvano á los verdaderos acentos del dolor solo respondió con estas lacónicas palabras: ,,Mi

derecho, y dejemos de discursos." Yo quise entonces arriesgar algunas reflexiones contra los maridos imprudentes, cuya disipacion y locura anegan á sus mugeres en la miseria: alabé la fortuna de tener un amigo desinteresado, que por su riqueza se hallase en estado de preservarlas de tan horrible suerte; en esto llegamos á la cárcel, y la hermosa Enriqueta bajó con su hermana del coche, me dijo friamente que antes del medio dia su marido me enviaria el dinero que me debe, y saludándome con mucha cortesía entró sin esperar mi respuesta; pero como yo no soy hombre que se acobarda tan facilmente, me vengo á esperar lo que dan de sí los acaecimientos.

Franc. Como hombre experimentado quisisteis aprovechar la ocasion.

Lind. Ciertamente, así como acostumbran otros muchos, quise sacar partido de las circunstancias; pero me salió mal. Ahora, amigos mios, dadme algun buen consejo, y estad seguros de mi agradecimiento.

Franc. Agradecimiento! palabra muy bonita, pero poco se abusa de ella: no debeis llevar á mal que se os diga algo de positivo: decid, cuánto vale vuestro agradecimiento?

ESCENA III.

Dichos y Muler.

Múl. Ya estais de vuelta, señor Lindorf? estoy seguro de que habreis traido al amigo Valhem, porque para un amigo como vos, qué son algunos miles? (*Irónicamente.*) Vaya, dónde

está el querido Baron? que deseo darle un abrazo.

Lind. Verdaderamente que si hubiera podido, nada me hubiera costado servir á un amigo, cuya muger es tan estimable; pero la deuda es enorme, y mi apoderado no quiso adelantarme la mas mínima cantidad: es un bribon, yo le despediré.

Múl. Hareis muy bien.

Flor. Ay, mi pobre señora, cuán digna es de compasion! (*Finge llanto.*)

Fran. Y mi desgraciado amo! voy, sí, yo voy á acompañarle en la prision. (*Con tono lastimoso.*)

Lind. Amigos, callad, que me partís el corazon. (*Con tono lastimoso.*)

Múl. El sacrificio de un amigo tan raro, el amor de unos criados tan leales, todo, todo me enternece hasta el punto que.... (*Se suena las narices.*)

Flor. Jamas tendré consuelo.

Franc. Mis lágrimas serán eternas.

Lind. Esta pesadumbre me conducirá al sepulcro.

Múl. Señor Baron, (*A Lindorf.*) no os esforceis tanto para dar á vuestra voz ese tono de sensibilidad, que no es natural, y mucho menos sincero. Escusad el trabajo de tener ese pañuelo delante de los ojos, (*A Florina.*) porque las lágrimas que vierten no le mojaran mucho. Amigo, (*A Francisco.*) ese ayre tan triste y melancólico te sienta muy mal: los florines del Conde de Rosenthal deben consolarte en las desgracias de tu señor; pero acerca de Rosenthal, qué ha respondido á la carta de su sobrino de esta mañana? está dispuesto....

Franc. Solamente á mis amos doy cuenta de los mensages que se me encargan.

Múl. Tienes razon; hice mal: te agradezco la advertencia.

ESCENA IV.

Dichos y un Criado.

Criado. Aquí buscan al señor Múler.

Múl. Decid que entre. (*Vase el Criado.*)

ESCENA V.

Dichos y Birvano.

Múl. Sois vos Birvano? (*Sale á recibirle.*)

Los tres. Birvano!

Birv. Ha sobrevenido un acaecimiento de los mas extraordinarios: (*Con voz baja.*) la aventura es única en su clase; y acaso se opondrá á vuestros planes; pero nò los puedo remediar.

Múl. Aquí nos oyen: pasemos á ese gabinete. (*Hace entrar á Birvano.*)

Franc. El usurero es conocido del hombre de bien! bueno!

Lind. Qué diablos de relaciones tendrán?....

Flor. Yo me atrevo á adivinarlo. (*En voz baja.*)

Múl. Señor de Lindorf, marchaos (*Volviendo á hablarles.*) luego de esta casa, porque os aseguro que puede vuestra estancia en ella tener resultas poco favorables para vos; sí, muy poco favorables. (*Vase al gabinete.*)

ESCENA VI.

Dichos menos Múler.

Franc. Estoy enteramente aturdido.

Lind. Estoy confundido! resultas poco favorables!

Flor. A qué sé lo que hay en el caso?

Franc. Confieso la cortedad de mi ingenio: no entiendo cosa alguna.

Flor. Escuchad: el amigo Múler no se negó delante de vos á socorrer á mi amo?

Lind. Sin duda.

Flor. Luego Birvano no puede venir á verle sino para entre los dos arreglar el asunto.

Franc. Tu prevencion es verosímil.

Flor. Como yo te he dicho: nuestro misantropo es un amante de mi señora, conoce á Birvano; Birvano ha hecho encerrar al marido.... sacad ahora la consecuencia.

Lind. Oiga! conque el señor Ceniciento ha puesto los ojos en la Baronesa! pues dí que se vaya á decirla algo; cuando yo he salido tan bien librado.

Franc. Vaya otra conjetura: qué bueno fuera que doblemente hipócrita el amigo Múler, representara ahora el papel de libertador! en tal caso ya veis cuán agradecida se mostraria mi ama; y ya sabeis hasta dónde puede llegar el agradecimiento en las mugeres.

Lind. Ruido siento.

Franc. Mi señora: voy corriendo á darle parte de mi comision.

Lind. Y yo tambien, porque deseo saber.... (*Mirando á Florina.*)

Flor. Ya os sigo; es necesario representar bien el

desenlace: esto cuesta muy poco.

Lind. Sí, la advertencia de las resultas poco favorables..... (*Vase.*)

Flor. Una idea me viene al pensamiento. No podria yo escuchar desde esta puerta? coger al vuelo algunas palabras.... tened paciencia, señor gris (*Se acerca al gabinete.*) que pronto pódré conocer tal vez.... (*Escuchando.*)

ESCENA VII.

Florina, y Muler á la puerta del gabinete.

Múl. Todo es inútil: se acabó la conversacion. (*Saliendo.*)

Flor. Qué demonio! está escrito que nada he de saber de este hombre. (*Retirándose, y vase.*)

Múl. Ya se fue la doncellita; mucho trabajo me ha costado hacer que ceda Birvano; pero todo convencido. Ta!

ESCENA VIII.

Dicho y Birvano entreabriendo la puerta.

Birv. Estais solo? Ah! sí, tener cuidado: no puedo acabar de entender cómo he cedido; porque al cabo yá sabeis el proverbio: » mas vale tener que correr." Y yo tenia bien asegurado...

Múl. No temais: lo mismo es que si lo tuvieseis.

Birv. Bien creo que no quereis perder á un hombre de bien como yo: en fin, esperaré aquí encerrado á que venga el Conde de Rosenthal.

Múl. Ya sabeis lo que tenemos tratado: el silencio mas absoluto, y no parecer aquí hasta que yo os lo mande: álguien viene, (*Vase Birvano.*) escondeos aprisa.

ESCENA IX.

Múler y Enriqueta.

Enriq. Aunque me habeis abandonado, vuelvo á buscaros: teneis tal imperio sobre mí, que espero me hareis un favor.

Múl. Si está en mi mano (*Afectuoso.*) contad conmigo, y disponed libremente de mí: no me atrevo á preguntar por mi amigo Valhem.

Enriq. Birvano ha estado inflexible: nuestro estado es miserable; pero Valhem me ha inspirado un valor de que no me juzgaba capaz: sufre su desgracia con calma y resignacion.

Múl. Bueno! y muy bueno! Querida Enriqueta, (*Muy afectuoso.*) sereis dichosa; sí, vuestro amigo Múler os lo asegura. Decidme, qué habeis hecho del Baron de Lindorf? no hace mucho que estaba aquí.

Enriq. Le pedí que se retirase: así él como Salemberg y Meino estan pagados.

Múl. No os pregunto á cuanta costa os habeis librado de estos buenos amigos; las pocas joyas que teniais....

Enriq. Volvamos, señor, al asunto que me obliga á buscaros. El Conde de Rosenthal ha determinado volver á ver á su sobrino: de un instante á otro puede llegar: estoy sola, y deseo que esteis presente; porque os confieso que la idea de haber de comparecer en su presencia me aterra de tal modo, que....

Múl. Tranquilizaos: yo me obligo á defenderos.

ESCENA X.

Dichos y Florina.

Flor. Señora! (*A media voz.*)

Enriq. Qué quieres?

Flor. Quisiera deciros dos palabras en secreto.

Enriq. Con vuestra licencia. (*A Múler.*)

Flor. Francisco y yo acabamos de descubrir una trama infernal. Ay pobre señora mia, cuán inicuamente estais vendida!

Enriq. Vendida! explícate.

Flor. Birvano está aquí: se ha visto á solas con Múler, y de acuerdo con él ha sido arrestado mi amo.

Enriq. Sabeis, señor, lo que acaban de avisarme con tanto misterio? (*Con dignidad.*) pues no es nada menos sino que mi marido y yo somos víctimas de la mas negra perfidia: os acusan de tener parte en la desgracia del Baron de Valhem, y añaden que Birvano no ha hecho mas que seguir vuestros consejos.

Mûl. Y os han dicho la verdad. (*Con calma.*)

Enriq. La verdad? (*Asombrada.*)

ESCENA XI.

Dichos, y Francisco que sale apresurado.

Franc. El Conde de Rosenthal viene tras mi.

Enriq. El Conde de Rosenthal? (*Con acento de desesperacion.*) y en este momento he de presentarme á él, cuando todo el mundo me abandona? cuando sé de cierto que ningun amigo me queda que se encargue de mi defensa?

Múl. Pues no estoy á vuestro lado?

Enriq. Vos? y qué puedo esperar de vos? Valhem está preso, y es por órden vuestra....

Múl. Precisamente porque yo soy la causa de que él se halle imposibilitado de progresos en este momento, debo tomar á mi cargo vuestra defensa.

Flor. El Conde llega.

Múl. Dejadnos con él. (*A los criados.*)

Franc. Pero, señor, mi ama pudiera....

Múl. Idos. (*Con imperio.*)

ESCENA XII.

Enriqueta, Múler y el Conde de Rosenthal.

Conde. Sois vos la hija del señor Benrode? (*Con mucha altanería y desprecio.*)

Enriq. Sí señor. (*Temblando.*)

Conde. Y quién es este hombre? (*Por Múler.*)

Enriq. Es, es.... (*Tímidamente.*)

Múl. Este hombre es un amigo de la familia de Benrode y del Baron de Valhem.

Conde. Y dónde está mi vil sobrino?

Enriq. Ay Dios! Señor Conde....

Conde. Adónde está Valhem? (*Con imperio.*)

Múl. En la cárcel. (*Con frialdad.*)

Conde. En la cárcel? no me coge de susto semejante desenlace: esa es la digna recompensa de sus necedades y de sus locuras: así acaban todos los jóvenes insensatos que solo escuchan sus pasiones, y que tomando los caprichos por amor, contraen con desprecio de sus parientes, matrimonios desproporcionados. El marido no

tiene bienes ; la muger no posee cosa alguna ; á pesar de esto quieren lucirlo: el señor quiere obsequiar á sus amigos , tener casas de campo y caballos. La señora no puede pasar sin diamantes y galas : el crédito se apura : los acreedores se cansan , amenazan , persiguen , y el pobre marido curado ya de su amor , que creía eterno , pierde en un punto el amor , la libertad, los amigos , y muchas veces la muger.

Múl. Esa pintura es muy verdadera ; pero muy fuera de tiempo. La Baronesa de Valhem....

Conde. No le deis jamas tal título delante de mí.

Múl. La Baronesa de Valhem tiene un alma muy noble para querer justificarse á costa de su marido: si éste hubiera seguido sus consejos no estaria donde está.

Conde. Conozco, señora , que os engañaron vuestras esperanzas : creisteis casaros con el rico Baron de Valhem , y hallais que es pobre , y será pobre á menos....

Múl. Enriqueta Benrode amaba á vuestro sobrino antes de saber que fuese Baron de Valhem ni heredero de un tio extremadamente rico : su padre Benrode consintió forzado en este matrimonio ; y Valhem, privado de vuestras riquezas y abandonado de vos , pudiera ser dichoso , si el único defecto que tiene no marchitase sus buenas calidades : su orgullo ha causado su ruina, y vos debierais haberle corregido este vicio.

Conde. Hacedme el favor de no cansarme con vuestras reflexiones: si mi sobrino no tuviese el orgullo que decís , si hubiera conocido la dignidad de su clase, no se hubiera unido con la hija de un infeliz catedrático de filosofía.

Múl. Un infeliz catedrático de filosofía, hombre de bien, vale mas que un hacendado bribon.

Conde. Mirad....

Enriq. Señores, por Dios....

Múl. Yo no señalo ahora á nadie en particular; pero no está lejos el momento que nombraré al hacendado.

Conde. Mi venida no es, señora, á reprenderos; mi sobrino, á pesar de sus procederes, ocupa algun lugar en mi corazon: un afecto que no puedo vencer me obliga á favorecerle.

Enriq. Por recobrar vuestro cariño no habrá cosa que no haga mi marido.

Conde. Su matrimonio es una locura, y esta locura ha durado demasiado: todo puede arreglarse: no me detendre, señora, en hacer algun sacrificio en favor vuestro; así, pues, una separacion....

Enriq. No prosigais, señor Conde.

Conde. Con sola esta condicion pago las deudas de mi sobrino, y le concedo mi amistad. Escoged, ó mi odio, ó mis beneficios: si es verdad, como se dice, que teneis todas las virtudes, mejor querreis restituir al Baron de Valhem á la sociedad y al honor, que dejarle en una prision avergonzado y desesperado. Reflexionad, señora, lo que os propongo: allá fuera está mi notario, y cuento de tal suerte con vuestra grandeza de alma, que voy á mandarle otorgar el contrato que ha de conciliar todos nuestros intereses. Vuelvo al momento.

ESCENA XIII.

Dichos, menos el Conde.

Enriq. Yo separarme de Valhem! ah! no lo espereis: estoy segura del corazon de mi esposo: él preferirá la miseria á la pérdida de su Enriqueta.

Múl. Creyéndose en estado de daros la ley, y no dudando que al fin os rendireis á sus infames proposiciones, el Conde de Rosenthal se aplaude interiormente por la consecucion de sus ideas, pero se engaña: ese mismo contrato de separacion, en que funda todas sus esperanzas: ese mismo contrato, que tan justamente irrita vuestra alma, será hecho pedazos ante vos por el mismo Conde.

Enriq. Cómo es posible?

ESCENA XIV.

Dichos y Mina que sale corriendo, y se dirige á los brazos de Enriqueta.

Mina. Enriqueta! hermana querida!

Enriq. Qué es esto, hermana mia!

Mina. Abrazadme vos tambien, señor hombre gris.

Múl. No he abrazado jamás á ninguna muger, pero vaya por la primera.

Enriq. Y qué noticias me traes?

Mina. Que Valhem está libre.

Enriq. Dios mio! mi esposo libre!

Mina. Sí, está libre; pero ignoras el modo.

Múl. Qué habeis hecho del collar que os regalé?

Enriq. Qué collar?....

Mina. Señor Múler, vos gustais de sorprender y experimentar las gentes. No, no me disteis el

collar sin intencion; pero yo me estaría eternamente sin saber su valor, á no ser por el caso que vais á oir. Luego que sin esperanza de remedio dejamos á Valhem, al salir de la cárcel oí decir: » mira, mira qué collar tan rico lleva esa muchacha." Estas palabras fueron para mí un rayo de luz: acordéme entonces de otras expresiones que escuché durante el bayle, y de que no habia hecho caso: mi pensamiento las unió con las que vos me digisteis; y no atreviéndome, hermana, á hacerte partícipe de esperanzas, que si no se realizaban aumentarian tus pesadumbres, me separé de tí precipitadamente, me llevé á Pedro conmigo: fuí volando á casa de Birvano, y ofrecíle mi collar. Ah! y cómo palpitaba mi corazon en tanto que el avariento viejo le examinaba y le reconocia! Cada minuto me parecia un siglo: » las perlas son finas, los diamantes son exquisitos," dijo al fin; pues tomadle, repliqué yo entonces, y dadnos libre á Valhem: al momento concluimos el trato. Y vos, señor gris, juzgo que no me reñireis por haber empeñado vuestro collar.

Múl. Reñiros? de ningun modo: aquí le teneis otra vez, tomadle. (*Saca el collar del bolsillo.*)

Mina. Qué miro! mi collar!

Múl. Y habiéndole usado vos, qué muger seria digna de llevarle?

Mina. Y me quereis privar del placer de haber servido á mi hermana?

Múl. No por cierto: antes quiero proporcionaros los medios de serla todavía útil.

Mina. Con esa condicion vuelvo á tomarle. (*Se le pone.*)

Enriq. Y adónde está el Baron? cómo no viene contigo?

Mina. Un minuto basta para meter á un hombre en la cárcel, y muchas horas no para soltarle. Válgame Dios qué lentitud, y cuántas formalidades! tu marido tenia tantos deseos de que supieras tan feliz suceso, que me hizo venir corriendo; pero no puede tardar.

Enriq. Ay señor Múler, y cuán injustamente os juzgamos!...

Mina. Valhem tambien ha reconocido sus yerros: yo necesitaba, dijo, tener un verdadero amigo, y le he encontrado en Múler; necesitaba tambien una leccion, y él me la ha dado; el orgullo y la vanidad han causado mi desgracia, y prometo firmemente enmendarme. Está resuelto á seguir vuestros consejos, y á desterrar el lujo y los festines de su casa; á reformar el gasto, y á cultivar por sí mismo sus tierras.

Múl. Eso era lo que yo esperaba.

Enriq. Valhem y yo seremos á porfía aplicados, que á fuerza de trabajo y economía llegaremos á pagar lo que debemos.

Múl. Y vuestro amigo nunca os abandonará.

Mina. Y en todo caso aquí está mi collar.

ESCENA XV.

DICHOS Y BIRVANO *que recelosamente entreabre la puerta.*

Birv. Digo? señor? señor?

Múl. Qué quereis?

Birv. Nadie parece: adónde está el señor Conde de Rosenthal?

Múl. Allá dentro.
Birv Y mi dinero?
Mina. Aquí Birvano!
Birv. Ola! ola! y el collar?
Múl. En su puesto.
Birv. Pero....
Múl. Pero entraos.
Birv. Por qué diablos hice la tontería de dejarle el collar? (*Ap. y se oculta.*)
Enriq. Un coche.... él es: Valhem es sin duda: voy volando á recibirle.
Múl. Deteneos: va á venir el Conde, y quiero que ignore que su sobrino está libre: vos, Mina, salid y detened á Valhem: traedle secretamente á este otro puesto: es necesario que sin ser visto conozca la buena voluntad de su tio: decidle de mi parte que no se presente hasta que yo le llame.
Enriq. Pero, querido Múler....
Múl. Todo esto es para vuestro bien: silencio acerca de la llegada de vuestro esposo.

ESCENA XVI.

Dichos y el Conde, con cuya llegada se detiene Mina.

Conde. Ya está hecho el contrato de separacion.
Múl. Ese contrato es bien seguro que no lo firmará jamás.
Conde. Quién es esta niña?
Mina. La hermana de la Baronesa de Valhem.
Conde. Cómo se gloría el amor propio en poder llamar á una hermana Baronesa. (*Con desprecio irónico.*)

Mina. Mirad, señor Conde, yo amo á mi primito Salseman, que no es mas que un labrador, y en casándome con él seré una labradora: bien me gustaria ser Baronesa; pero no á tanta costa como mi hermana; porque con la adquisicion de un tio como vos, creeria haber comprado muy cara la Baronía. A Dios. (*Le saluda, y vase.*)

ESCENA XVII.

Dichos, menos Mina.

Conde. Puede darse mayor insolencia! En fin, señora, despachemos: echad vuestra firma, y mi sobrino recobra con la libertad mi terneza y mi patrimonio, y vos no podreis quejaros de la suerte que se os asegura.

Enriq. No espereis que yo consienta en mi deshonor.

Conde. Mirad que en el contrato me obligo á pagaros una pension de cuatro mil florines.

Enriq. Si hubiera podido olvidarme de que soy la Baronesa de Valhem, al presente me acordaria: (*Con dignidad.*) suplícoos, señor Conde, que no insistais en una proposicion que no puedo ni debo aceptar.

Conde. Qué altiva sois! ya se os hará cambiar de tono.

Múl. Vos sois quien debe empezar á cambiar el vuestro.

Conde. Y quién sois vos para hablarme de esa suerte?

Múl. Un hombre que tiene medios de haceros seguir la razon, si acaso os apartais de ella.

Conde. Amenazas!... y en mi casa! sabeis que pue-

do hablar como dueño, y que os puedo hacer ver bien presto que lo soy de esta casa?

Múl. Es verdad: se me habia olvidado, (*Con tono humilde.*) señor Conde, que dependia de vos la suerte de esta familia. Esta corta posesion es la única herencia; ¿y sereis capaz de reducir á la última desesperacion al hijo de vuestro hermano? es imposible que llegue á tanto la barbarie: no, señor Conde, no: vos no podeis sumergir en la mas profunda miseria á vuestros parientes mas cercanos.

Conde. Ya llega tarde vuestra cortesía: que firme Enriqueta, y entonces....

Enriq. Apoderaos de esta hacienda; tomad cuanto poseemos, á esto alcanza vuestro poder, pero no á desunirnos.

Múl. En nombre de vuestro hermano, (*Esto con intencion.*) de vuestro padre moribundo, tened piedad del desgraciado Valhem, de esta infeliz muger.

Conde. Nada escucho.

Múl. Es esa vuestra última determinacion?

Conde. Sí señor, mi última determinacion es esta; y si Valhem se niega á separarse....

ESCENA XVIII.

Mientras estos últimos versos abre Múler *la puerta del aposento donde mandó ocultar á* Valhem*: sale este impetuosamente y* Mina.

Valh. Jamás consentiré separarme de mi muger.

Enriq. Esposo mio! (*Se abrazan.*)

Conde. Valhem aquí? este es un plan concertado.

Múl. Baron, ya escuchasteis á tu tio; si no consientes en dejar á tu esposa tan amada, va á despojarte de tu herencia; á echar á tu muger de la casa de tus padres, y abandonarte para siempre: he procurado despertar su terneza y su piedad en tu favor; pero inútilmente: (*Muda el afecto de calma en enojo.*) con este hombre ya no se debe tener ningun miramiento, y la venganza es permitida: quieres que con sola una palabra humille yo á este orgulloso? que llene su alma de terror? y que imprima en su frente una marca vergonzosa? habla, Valhem, lo quieres?

Valh Quién, yo? (*Horrorizado.*) yo habia de ser el instrumento de la ruina de aquel que me crió en la infancia? que me trató como hijo por tan largo tiempo? No señor: ni puedo creer que aprobeis lo que decis: mas si posible fuese que conocieseis tan fatal secreto, sepultadle para siempre en vuestro pecho: podrá acusárseme de muchos errores y faltas, pero jamás se me acusará de ingrato.

Enriq. Nada queremos saber.

Múl. Señor Conde, este sobrino sin honor, como vos le llamais, y esta sobrina de nacimiento humilde, segun vos decís, me piden gracias para vos.

Conde. Esto ya es demasiado: el furor me sofoca... insolente....

Múl. Deteneos, y acordaos del notario Eschumel, (*Con mucha alma.*) de su protocolo, y del codicilo otorgado por vuestro padre moribundo.

Conde. Cielos! qué habeis dicho? nos veremos, (*Balbuciente.*) sí señor, nos veremos.

Múl. Ya veis por dónde debo de herir á un corazon insensible.

Conde. Y qué quereis decir con eso?
Múl. Lo que vos quisierais ocultar á la tierra y á vos mismo.
Conde. Voyme.
Múl. No os ireis.
Conde. Quién me lo impedirá?
Múl. Yo, y vuestra conciencia.
Conde. Quereis intimidarme? (*Balbuciente.*)
Múl. No, mas vais á consentir en todo lo que yo quiera.
Conde. Pero al cabo; qué pretendeis de mí?
Múl. Lo sabreis. Señor Birvano?

ESCENA XIX.

Dichos y Birvano que sale apresurado.
Birv. Aquí estoy.
Conde. Birvano aquí!
Múl. Este es el usurero, que en virtud de la promesa que en vuestro nombre le hizo Francisco, prestó á Valhem una suma de consideracion; yo le advertí que le engañaban, y á peticion suya vuestro sobrino fue arrestado esta mañana, segun las leyes de este reyno de Saxonia, que no distinguen de persona: yo salí fiador de las promesas de Francisco, y espero que vos, señor Conde, me librareis de esta obligacion.
Conde Cuánto se os debe?
Birv. Cinco mil y seiscientos florines, comprendidos capital é intereses.
Conde. Tomadlos. (*Admiracion de Valhèm, Enriqueta y Mina.*)
Birv. Señor Conde, vivais mil años: os juro que estaba sin ningun cuidado: es un gusto trabajar

con tales personages. (*Vase.*)

ESCENA XX.

Menos BIRVANO *los mismos, y* FRANCISCO *junto a la puerta de la entrada.*

Múl. Ja, ja, ja: allí está el honrado ayuda de cámara: á buen tiempo viene. Señor Francisco, acercaos: ¿qué os parece, señor Conde, que debe hacer vuestro sobrino de este criado?

Conde. Despedirle.

Múl. Andad, aun no son las siete. (*Mirando el relox.*)

ESCENA XXI.

DICHOS, *menos* FRANCISCO, *y luego* PEDRO.

Conde. Ahora, señores....

Múl. Oia! no hay nadie? dile al notario (*A Pedro que sale.*) del señor Conde que su señoría le espera. (*Vase Pedro.*)

Conde. Qué pretendeis?

Múl. No lo adivinais?

Conde. De ningun modo.

Múl. Pues lo siento.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS Y EL NOTARIO.

Múl. Adónde esta el contrato de separacion otorgado por órden del señor Conde de Rosenthal?

Notario. Aquí le teneis.

Múl. Tomad, señor Conde, este contrato: (*El Conde le rasga.*) ya sabeis lo que habeis de hacer con él: os cumplí lo prometido. (*A Enri-*

queta.) Ahora acabemos.

Conde. Me parece que tengo....

Múl. Reparadas algunas injusticias, pero la primera.... aquella que fue causa de las demas, la habeis tambien reparado? Señor Notario, (*Hace seña al Notario que se siente á la mesa.*) haced una escritura en que el Conde de Rosenthal confiese deber á la señora Baronesa de Valhem, su sobrina, la suma de cien mil florines.

Enriq. A mí? cien mil florines?

Valh. Eso no puede ser.

Múl. Que la pagará.... qué plazo gustais que se os conceda? (*Al Conde.*)

Conde. Como cosa de diez dias.

Múl. Que la pagará en el término de diez dias. (*El Notario acaba la escritura, se la presenta al Conde, y éste la firma.*)

Mina. La firma sin replicar! cien mil florines, hermana mia! (*Múler toma la escritura, y se la presenta á Enriqueta: el Notario se va.*)

Enriq. No sé si debo aceptarla; no, (*No la toma.*) no quiero recibir nada sacado á fuerza al tio de mi esposo.

Valh. De la misma suerte pienso yo.

Múl. Ya lo veis: el marido no ha querido vengarse, y la muger no quiere recibir vuestra restitucion. Queridos, vuestro tio no os da nada: (*El Conde muestra impaciencia.*) estos cien mil florines son vuestros: no es verdad, señor Conde, que son suyos? (*Presenta la escritura á Enriqueta, y le obliga á tomarla.*)

Conde. Sí, sí, pertenecen á Valhem; ya veis que me he convenido á cuanto habeis querido, que no he reparado en sacrificio alguno: ¿podré con-

tar con vuestro silencio? qué seguridad me dais de guardar secreto?

Múl. Ninguna: por ventura os he prometido algo

Conde. Conque me habeis engañado?

Múl. Volved á tomar vuestra escritura, y yo voy á entregaros el dinero que pagasteis á Birvano: ya quedais libre, podeis ir al instante á hacer valer vuestros derechos sobre esta posesion: qué os detiene? ojalá fuera el remordimiento. Infelice! cometiste un delito para enriquecer á un hijo que el cielo os arrebató hace ya mucho tiempo: su muerte destruyó vuesrros planes, y fuisteis delincuente sin fruto, y contra los sentimientos de vuestro corazon.

Conde. Valhem era mi heredero, le crié.... le amaba. (*Afectuoso.*)

Múl. Sí, pero porque quiso ser dichoso le despojasteis de todos sus bienes, como á su padre.

Conde. Quién sois vos que tanto sabeis?

Múl. Un hombre que quisiera excitar en vos otros sentimientos que los del temor: sí, los del arrepentimiento. Veamos lo que hará, (*Aparte.*) si será digno aun de la amistad que en otro tiempo le he profesado. (*Múler despues de estas últimas palabras se retira algunos pasos, y se sienta al foro. Rosenthal permanece en el mismo sitio abismado en sus pensamientos, y se sienta en una silla que habrá cerca de él: Enriqueta, Valhem y Mina no cesan de mirarse.*)

Mina. Me da lástima, es muy desgraciado.... señor Conde. (*Acercándose.*)

Mnde. Qué quieres; hija?

Coina. Hija? este tono de amistad despues de ha-

berle hablado mal! Sí, perdonadme, (*Con viveza.*) señor Conde, tengo una cabecilla tan atolondrada.... no tengais miedo al hombre gris; aunque tiene mala traza, es el mejor hombre del mundo.

Valh. Ay tio mio! si pudierais ver mi corazon!

Enriq. Tomad este papel: en conservando esta casa y esta corta hacienda no necesitamos mas.

Valh. No desprecieis la oferta de Enriqueta.

Conde. No puedo aceptarla: guardadla. (*Mirando á Múler.*)

Mina. Tiene miedo á Múler.

Enriq. Nadie sabrá que os le he dado.

Valh. Mina guardará el secreto.

Mina. Seré muda, enteramente muda: (*Se pone de modo que Múler no pueda ver esta accion.*) el Ceniciento no puede verlo.

Enriq. Concedednos vuestra amistad: con ella seremos bastante ricos.

Conde. Lo quereis absolutamente?

Enriq. y Valh. Sí, si lo queremos.

Conde. Mira, Valhem, que es tu hacienda la que me obligas á recibir: eso te pertenece legítimamente: hace mas de veinte años te despojé de ello.

Valh. Tio mio!

Conde. Arrastrado de la envidia, (*Se levanta, y Múler se va acercando sin ser visto.*) y con el deseo de dejar rico a mi hijo, logré hacer desheredar á mi hermano. Mi padre algunos dias antes de morir me llamó: el notario Eschumel estaba á su cabeza; habia otorgado el total codicilo que poco hace....

Múl. Calla, Rosenthal; ahora te prometo guardar secreto.

Conde. Y ahora no quiero yo ocultarle mas largo tiempo, (*Recobrando su altivez.*) sabrán toda la extension de mi falta, y con esta confesion, acaso lograré que me tengan lástima, y me libraré de la vergüenza que me causa su presencia; pero antes de todo tomad, señora, esa escritura, os la doy de toda voluntad.

Enriq. En las miradas de Valhem veo el uso que debo hacer de ella. (*La rompe.*)

Conde. Esa última accion os asegura mi terneza: sobrina mia, venid, venid á los brazos de vuestro tio.

Enriq. Amado tio! (*Abrazo.*)

Valh. Querido Múler.... (*Con alegría.*)

Múl. Ya estoy contento. Valhem ha resistido al atractivo de los cien mil florines: Enriqueta ha sido lo que será siempre, la mejor de las mugeres: Mina escuchó la voz de su corazon: y Rosenthal, habiendo confesado su delito, ha recobrado toda mi amistad. Valhem, mi llegada á casa de Benrode no fue efecto del acaso: quise conocer aquella por quien sacrificabas la esperanza de una gran fortuna: ví á Enriqueta, y aprobé tu eleccion. Rosenthal, tu padre al morir, me manifestó cláusula en que te mandaba entregar á tu hermano, el padre de Valhem, cien mil florines; y el notario Eschumel no pudo negarme el convenio criminal que existia entre los dos de ocultar esta disposicion: veinte años que desde entonces he gastado en viages habran podido mudar algo mis facciones; pero mírame con cuidado, y acuérdate de esta señal. (*Se desabrocha el pecho.*)

Conde. Qué veo! es ilusion! esta cicatriz.... sus fac-

ciones, aunque desfiguradas.... Si me engañaré? no: sois mi buen amigo Don Alberg? (*Abrazo.*)

Valh. Mi tio materno!

Enriq. Tu tio? el que me contabas que se habia ausentado y no se sabia dónde?

Múl. Sí, queridos mios, vuestro tio soy, vuestro tio Don Alberg. A mi vuelta de América procuré saber de todos vosotros, y no faltó quien me informase por menor del orgullo y conducta de Valhem, como tambien de la usurpacion de Rosenthal; y habiéndome presentado en vuestra casa como por casualidad, he examinado por mí mismo todos vuestros extravíos, y he procurado corregirlos con mi carácter raro y extravagante, librándoos de amigos falsos, y de criados perjudiciales. Pero no hablemos mas de lo pasado; olvidémoslo todo. Yo solo trato de acabar mis dias entre vosotros, y que disfruteis de mis muchas riquezas; pero en cambio tendreis que sufrirme mis extravagancias y manías: muchas veces no podré menos de decir algunas de mis verdades; pero á pesar de todo, siempre encontrareis un verdadero amigo y un buen pariente en el Hombre Gris.

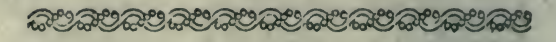
FIN.

[Cruz, Ramón de la]

LOS HOMBRES CON JUICIO.

Loco estaba el mundo
Mil años atrás:
Loco le encontramos,
Y así quedará.

PERSONAS.



UN CABALLERO.
UNA VIUDA, *y su*
CRIADA.
UNA SEÑORA MAYOR, *y su*
HIJA.
DOS PETIMETRAS.
DOS OFICIALES DE TROPA.
MUGER 1.ª
ABATE 1.º
UN ABOGADO.
UN NOVIO.
UN MERCADER.
UN MAESTRO DE BAYLE.
UN BOTICARIO.
UN ZAPATERO.
UN BOTILLERO.
UN COCINERO.
HOMBRES, MUGERES.
Y COMPARSA DE ABATES.

La Escena se supone en Madrid.



El teatro representa una de las calles públicas. Salen corriendo desordenadamente varios Hombres huyendo de algunas Mugeres por distintos lados, y sin detenerse cruzan el tablado con los quatro versos siguientes.

MUGERES.

¿Por qué huis de las mugeres?

HOMBRES.

Por tener menos trabajos.

MUGERES.

¿Qué habeis de hacer sin nosotras?

HOMBRES.

Enriquecer y salvarnos. *vanse.*

Salen por la derecha Madre é Hija, la primera de Vieja muy engreida, y la segunda de Señorita de estos tiempos, como admiradas.

VIEJA.

Niña, ¿qué asunto será

el que tan alborotados
trae á todos?

HIJA.

¿Cómo es facil
que pueda yo adivinarlo?
Pero esto de correr
tan sin tino , y asombrados
hombres y mugeres , sin
distincion , dá bien claro
á entender , que ha sucedido
en Madrid algun trabajo.

VIEJA.

¿Si se habrá pegado fuego
á alguna casa del barrio?

HIJA.

Ni tocan , ni sé tampoco
que esta noche hayan tocado:
y eso que nada he dormido,
porque me enfadó aquel trasto
del Abate tanto á noche,
defendiendo temerario,
que el color de Doña Justa
es naturalmente blanco,
sin atender á que tiene
como una sarten los brazos,
y solo lleva en la cara

un sobre-escrito de emplastos ;
que me desveló , y hoy tengo
de hacer por desengañarlo.

VIEJA.

Muy mal hiciste : si fuera
un Capitan de Caballos,
un Contador de Resultas,
ó algun Caballero Indiano,
vaya ; pero de un Abate
¿qué buena moza hace caso?

Dentro Mugeres.

MUGERES.

A la plaza ván , seguirlos.

Dentro Hombres.

HOMBRES.

Por aquí vienen , huyamos.

VIEJA.

Preguntemos á qualquiera
quál es la causa de tanto
ruido.

HIJA.

Aquí vienen dos de tropa:
vmd. en quien por sus años
no es tan reparable hablar
con los hombres , puede hablarlos.

VIEJA.

No, no soy tan vieja que
á no ser porque el recato
siempre ha sido mi caracter,
no estén en el mismo grado
de actividad mis humores
que los tuyos.

Salen de prisa dos Oficiales de Tropa muy petimetres.

OFICIAL 2.º

¿Dónde vamos,
mi Capitan?

OFICIAL 1.º

A comprar
á Euclides, y los tratados
mejores de Arquitectura
militar, libros y planos
de Geografía, un estuche
de Matemática, vasos,
lapiz, tinta de la China,
y otros muebles necesarios
para procurar saber
la ciencia de los Soldados
de honor, y recobrar parte
del tiempo desperdiciado
en cortejar; ya que el Cielo

quiso que hoy amañezcamos
todos los hombres con juicio.

OFICIAL 2.°

¡Qué venturoso y qué claro
es este dia!

VIEJA.

Señores,
me sabreis decir ¿qué extraño
rumor es el que se escucha?

OFICIAL 1.°

Me alegrára estar despacio
para contextar, Señora;
mas no me conviene hablaros.
¡Mugeres! Cata la Cruz.

VIEJA.

¿Señor, ha visto usté al diablo?

HIJA.

¿De quándo acá se retira
un gremio tan cortesano
con las Damas, de un obsequio
tan fácil y tan barato?

OFICIAL 2.°

¿Cortesias? eso sí:
con el sombrero en la mano,
inclinada la cabeza
todo lo que el espinazo

dé de sí , con un pie firme ,
y otro adelante arrastrando ;
(que el bello sexô merece
todos estos agasajos)
mas poca conversacion ,
Señoras , que de treinta años
que tengo , los veinte y cinco
en cortejar he gastado ,
y el tiempo que Dios me diere
es menester aplicarlo.
A los pies de vmds. quedo
rendido , pero de paso.

LAS DOS.

Oyga vmd.

OFICIAL 1.º

Tengo el rastrillo
de las orejas echado ,
y de centinela el juicio ,
para evitar los asaltos
que han sufrido nuestras plazas
de tan hermosos contrarios.

OFICIAL 2.º

La cortesia y agúr. *vanse.*

VIEJA.

¿Has visto qué mentecatos ,
y qué presumidos ?

HIJA.

Madre,
diga vmd. ¿ha reparado
si aquellas casacas son
de dos colores?

VIEJA.

Soldados
son, Hija.

HIJA.

Mas facilmente
creeré yo que estoy soñando,
que crea que un Oficial
puede pasar á lo largo
por una plaza, sin ver
primero donde está el flanco.

Sale Caballero 1.° huyendo de la Viuda y su Criada.

CABALLERO 1.°

Dexadme sombras del bien,
y realidades del daño
de los hombres. ¿Hasta dónde
insaciables simulacros,
ha de llegar la ambicion
de sacrificios humanos
que padeceis? Contemplad
que vuestro imperio tirano

vá á espirar, y que del juicio
al impulso extraordinario,
vuestros ídolos cayeron
del templo de nuestro engaño.
Dios sea conmigo. Señoras:
hasta aquí, dice el adagio,
pudo llegar, y yo digo
que no debió haber llegado
ni aun hasta aquí. Corre liebre,
que vienen tras tí los galgos. *vase.*

VIUDA.

Muchacha, ¡este hombre está loco!

CRIADA.

Ya se vé: pues á no estarlo,
y de remate, ¿pudiera
huir el hermoso encanto
de las Damas?

VIUDA.

Y una Dama
que tiene ya tres estados
como yo, uno encima de otro.

CRIADA.

Pues por mi cuenta son quatro.

VIUDA.

Doncella, casada, viuda
y cortejada. Has contado

mejor que yo : dices bien :
ahí verás el desacato
de ese hombre, no contextar,
siendo yo quien se ha dignado
de aromatizar su oido
con el ambar de mis labios.

CRIADA.

La desgracia fue llegar
á un loco.

Dentro Mugeres.

MUGERES.

Sino cortamos
por aquí, somos perdidas.

Dentro otras.

MUGERES.

Mas facil es atajarlos
por estotra parte.

Sale precipitadamente corriendo una tropa de Abates, y el 1.º dice parandose.

ABATE 1.º

Amigos,
huyendo del tropel vamos
por las calles escusadas
á un parage retirado,
á donde echar nuestras cuentas. *vanse.*

HIJA.

Madre, todos son presagios
funestos.

VIEJA.

Hija, en mi vida
he visto mayor nublado.

CRIADA.

No vé vmd...

VIUDA.

¿Qué novedad
es andar atolondrados
los Abates, como aquellos
cazadores que anhelando
á pillarlo todo, vuelven,
despues que han desperdiciado
el tiempo y la municion,
sin una ave ni un gazapo,
y se acuestan sin cenar?

Salen dos Petimetras de mantillas.

PETIMETRA 1.ª

Me alegro haberte encontrado,
Pepita: ¿sabes qué es esto?

PETIMETRA 2.ª

Como salí tan temprano
á pasear, nada he sabido.
¿Y cómo no has ido al Prado

tu hoy?

PETIMETRA 1.ª

Porque aquel canalla
bribon de Don Atanasio
no ha parecido, y me estuve,
como me ves, esperando
al balcon, y el chocólate
dispuesto desde las quatro.

PETIMETRA 2.ª

Quizá se durmió.

PETIMETRA 1.ª

¿Dormir
un hombre que está empeñado
en obsequiar una Dama?
El que quisiere descanso,
que no se meta en carrera
donde nadie ha jubilado
sino por pobre, ó zeloso.

PETIMETRA 2.ª

Y entonces no le dexamos
los honores y los gages;
porque sería quitarlos
al sucesor, contra todo
el político aparato
de la sociedad brillante,
y los derechos humanos.

Dentro Mugeres.

MUGERES.

Hacia allí hay otras Mugeres.

Dentro.

MUGER I.ª

Venid siguiendo mis pasos.

Sale la posible tropa de Mugeres de distintas clases, unas con mantillas y basquiñas; otras con basquiñas y sin mantillas; otras en briales, y delante la primera, que saldrá figurando una Dama que se levanta del tocador á medio peynar.

MUGER I.ª

Infelices, criaturas,
¿qué haceis aquí tan de espacio?

VIEJA.

¿Y qué hace vmd. tan de priesa?

MUGER. I.ª

¿Pues qué, aun ignorais el caso
mas violento y mas fatal,
que pudo el capricho vario
de la tremenda fortuna
inventar para arruinarnos?

VIUDA.

¿Cómo quiere vmd. que sepa

una Dama de mi estado
de cosas de mundo ? Sola
me estoy metida en mi quarto,
sola cómo , sola duermo ,
sola entro , sola salgo,
y si me divierto , voy
á un parage solitario.

VIEJA.

Haga vmd. cuenta que yo
tambien; pues como me hallo
con una hija soltera ,
con un palmito mediano,
y hay tanta malicia, vivo
precisada á huir el trato
de los hombres pecadores.

HIJA.

Bien sabe vmd. madre , quántos
exemplos hemós leido
estas noches de hombres malos.

MUGER 1.ª

Pues ya son buenos , amigas :
y en su bondad espiraron
todos nuestros intereses ,
y nacieron los trabajos ,
la soledad y las hambres
á todas las que llevamos

estos grillos femeniles.

VIUDA.

¡Grillos ! Vmd. no ha mirado
lo que dice : ¿pues las faldas
no son las que nos han dado
libertad para salirnos
con todo quanto pensamos ?

MUGER I.ª

Así ha sido hasta aquí ; pero
ya sopla viento contrario,
y el reyno de las mugeres
cayó.

HIJA.

¿Quién le ha derribado ?

VIEJA.

Diganos usté á lo menos
por qué motivo.

MUGER I.ª

Escuchadlo.

Esta mañana á la hora
que me estaba yo peynando ,
entró á verme un Caballero ,
que por atento y bizarro ,
siempre de mi tocador
era el espejo mas claro.

VIEJA.

Acaso sería el cortejo.

MUGER I.ª

¡Qué nombre tan ordinario
y tan comun!

HIJA.

Dice bien:
sería el Apoderado.

MUGER I.ª

Eso es saber hablar con
propiedad el Castellano.
Entró pues á verme triste,
ojeroso, mal peynado,
y sin camisola limpia,
mucho polvo en los zapatos,
las medias mal estiradas,
y el corbatin arrugado.
No usó de sus facultades:
estuvo mudo algun rato,
y despues con un suspiro,
dixo en tono destemplado,
loco estoy de tener juicio:
preguntele, ¿desde quándo?
y me respondió, desde hoy,
que por privilegio extraño,
la superior providencia

permite que amanezcamos
todos los hombres con juicio:
y al ver en qué hemos gastado
nuestros dias y pesetas,
ha sido tal el espanto,
que quisieramos los hombres
unos á otros sacarnos
los ojos. Pero, Señora,
solo á la enmienda aspiramos;
y así el huiros tenemos
resuelto por primer paso
de nuestra felicidad.
¡Oh quién tuviera en su mano
ser loco toda su vida,
añadió, por no dexaros,
despues de esto, de esto y esto!
Y empezó con torpe labio
á referir nuestra historia,
hasta que arrasó de llanto
sus dulces ojos, y viendo
que iba el pleyto mal parado,
volvió la espalda, y se fue
con sereno y grave paso
por el camino que anduvo
tantas veces galopeando.
Quedé muda, quedé muerta,

y estuve si me desmayo
ó nó , mas consideré
que era mejor alcanzarlo :
y así del modo que estaba
salí á la calle volando ,
y hallé en la calle otro asombro.
¡Oh quién supiera pintaros
lo que anda por esa villa !
Por allí se vé ocupado
un marido en reformar
toda su casa , empezando
por su muger , y por sí.
Y por acá otro de tantos
maridos como habia mudos,
gritan mas que un papagayo.
Por allí está un Caballero
contrito de ser profano ,
contra la inutil caterba
de pages y de lacayos ,
mozos de reposterias
y cocinas : y empeñado
en formar diez Regimientos
con la mitad , y otros tantos
de la mitad de escribientes ,
de pasantes de Abogados,
de mancebos de las lonjas

en comun , de boticarios ,
de artesanos bagabundos ,
y de mozos del trabajo.
Por otra parte se vé
un labrador reclutando
gente á quien dar de comer ,
porque cultiven su campo.
Por todas partes , en fin,
se ven los hombres obrando
con juicio , y por todas partes
se vé destruido el vando
de las mugeres. Amigas ,
aquí es menester armarnos
de todas nuestras astucias :
y valídas de aquel alto
concepto de Calderón ,
que nos llamó en igual caso
milagros y basiliscos ,
es preciso que hoy seamos
contra el juicio de los hombres
basiliscos y milagros.

VIEJA.

¡Qué desgracia !

VIUDA.

¿Es eso cierto ?

MUGER 1.ª

Presto podreis confirmarlo
si aquí os estais.

VIUDA.

¡Ay de mí!
¿Quién será ahora el amparo
de mi soledad?

HIJA.

¡Ay madre!
¿si tendremos el trabajo
de quedarnos sin tertulia?

VIEJA.

Eso no importa; lo malo
no es que falten los del gusto,
sino que falte el del gasto.

HIJA.

No lo crea vmd. que hay hombres,
que aunque estuviera tres años
lloviendoles juicio acuestas,
fuera imposible calarlos.

MUGER 1.ª

El cuento es, amigas, sea
constelacion ó milagro,
que hoy están todos con juicio.

PETIMETRA 1.ª

¿Y ahora que harán las del rancho

aventurero, que viven
á mercedes del petardo?

VIEJA.

Aprender á hilar, ó irse
con otras que están hilando.

Sale el Novio.

NOVIO.

¿Está por aquí mi novia?

VIEJA.

¿Qué modo tan chabacano
de hablar es ese?

NOVIO.

Clarito,
sin estudiar los vocablos.
¿Mi novia está por aquí?

VIEJA.

¿Qué la quereis?

NOVIO.

Hablar claro,
y saber si se conforma
con mi juicio, ó que salgamos
los dos del empeño, antes
que quedemos empeñados.

HIJA.

Decid lo que se os ofrezca.

NOVIO.

Pues Señora, aquí me han dado
esta lista de las batas,
Saca una muy larga.
perendengues y regalos
que me pedís; y yo viendo
que es mi sueldo limitado,
y nada de esto preciso
ni util, vengo en tal caso
á ver si nos componemos,
ó á que nos descompongamos.

VIEJA.

Eso es una porquería.

NOVIO.

Yo creí que era jugarlo
con mas limpieza; y en fin,
¿qué dote, ó qué mayorazgos
lleva esta Dama, y entonces
vereis como yo me ensancho?

VIEJA.

Lleva su cuerpo gentil.

NOVIO.

Que aunque vaya bueno y sano,
es un censo de por vida,
con muchos censos al rabo.

HIJA.

Vaya vmd. muy noramala.

VIEJA.

Eso es, hija, dale el chasco
de dexarle.

NOVIO.

Yo le acepto
por venir de tales manos.

Salen por un lado el Oficial 1.° *y por el otro un Labrador, y se abrazan.*

OFICIAL 1.°

¿Vmd. acá tio Rodrigo
Alonso?

LABRADOR.

¡Señor Don Carlos!

OFICIAL 1.°

¿Qué buena venida es esta?

LABRADOR.

Con muchos de mis paysanos
he venido á recoger
mas de doscientos muchachos
del lugar, que á procurar
ser Señores enviamos
á la Corte, ó á servir
sin provecho: tan escaso
andaba por allá el juicio;

mas hoy que le mejoramos,
los queremos aplicar.
El que tiene tres ó quatro
hijos, ó mas como yo,
los dos primeros al campo,
y los demás á que ganen,
sirviendo al Rey de Soldados,
honor y pan, mientras que
le cultivan sus hermanos.

OFICIAL I.°

Ese es digno pensamiento
de labradores honrados,
y de que vea el Monarca
el amor de sus vasallos.
Y ese el modo tambien es,
de que en el Reyno veamos
la abundancia; numeroso
el Exército, empleados
los ociosos y los pobres,
y respetable el Estado.

LABRADOR.

¡Oh rato de juicio, lo
que vales aprovechado!

Salen un Mercader, y un Boticario.

MERCADER.

¿No habrá quien tenga un cordel

por ahí para un Boticario ?

BOTICARIO.

¿Y no hay quien tenga un puñal
para un Mercader de frascos
de agua del Carmen, cofietas,
abanicos y cintajos ?

MERCADER.

Pero á mí me cuestan mucho ;
no como á vos, que tasado
quanto hay en vuestra botica,
fuera de botes y jarros,
no vale nada, y le cuesta
la vida al género humano.

BOTICARIO.

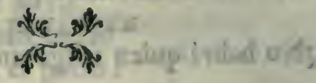
Me estais diciendo unas cosas
terribles ; mas como al cabo
son verdad y tengo juicio,
no me atrevo á replicaros.

MERCADER.

¡Muchos quedamos perdidos !

BOTICARIO.

Y si no ved ese quadro.



Salen un Abogado, un Peluquero, un Botillero, un Zapatero con unos zapatos de color de rosa, un Cocinero, un Maestro de baylar con el violincillo, &c.

ABOGADO.

En dexando de ser locos
los hombres, los Abogados
quedamos á pie.

ZAPATERO.

Ya ¿quién
dará por estos zapatos
ocho, ni nueve pesetas?

PELUQUERO.

El Jueves habrá Mercado,
si Dios quiere, y venderé
mi berlina y mi caballo;
pues es preciso desde hoy
que me falten los salarios
de las parroquianas, puesto
que faltan los parroquianos.

BOTILLERO.

A Dios sorbetes, á Dios
bebidas, que ya el verano
vuestro acaba.

COCINERO.

Tambien yo

he perdido un buen bocado.

BAYLARIN.

Quien tiene buena cabeza,
camina con paso llano;
con que si la tienen todos,
nadie baylará por alto.

TODOS.

Paciencia, que así conviene.

OFICIAL I.°

¡Qué bueno que está el teatro,
si fuera verdad!

Sale la tropa de Abates.

ABATE I.°

Señores:
¿dónde hallaremos amparo
el dia que no tenemos
clase alguna á que agregarnos,
para parecer delante
de gentes?

OFICIAL I.°

Ved á otro lado
si hallais acaso posada,
porque en este no gustamos
de capas ni de capitas.

LABRADOR.

A ver, enseñad las manos.

Parecen hechas de alcorza;
pero amigos, para el campo
busco yo manos que sean
de yerro como los brazos.

ABATES.

Madamitas...

MUGERES.

Fuera Abates.

ABATE I.º

¿Qué trage es este ó qué diablo,
que espanta?

OFICIAL I.º

Yo os lo diré.
No es la causa del espanto
el trage, lo sois vosotros.
Si fuerais de aquellos sábios,
útiles y bien nacidos
Abates, que veneramos
por su aplicacion y prendas:
que por mas acomodado,
por su estado, ó por sus fines
le visten, no hubiera labio
ni pluma que se atreviera
á él. Pero vamos claros:
si en Madrid hay mas Abates
que galones de oro falso,

ya por parecer sugetos,
ya por no parecer vagos,
y ya porque les parece
el trage mas adequado
para introducirse con
ambigüedad en los estrados,
y hacer para sí, ó para otros,
comercio los agasajos;
¿quién quereis que os apetezca?
Como yo tuviera el mando
de este género de Abates,
yo supiera en qué emplearlos.

LABRADOR.

¿Qué habias de hacer?

OFICIAL I.°

Los habia
de embocar en San Fernando;
que entre estos hay unos sastres
que saben zurcir de pasmo.

PETIMETRA I.ª

Vamonos de aquí nosotras
á un parage retirado,
donde pensemos los medios
de restablecernos.

TODAS.

Vamos.

Sale el Caballero.

CABALLERO.

Deteneos, que los hombres,
con vosotras nunca ingratos,
os desean atender
á cada una en su estado,
con tal de que os reduzcais
á un aseo moderado,
á diversiones prudentes,
y á los domésticos cargos
que se os impongan.

MUGER I.ª

Muchachas,
eso es querer sujetarnos;
la libertad adquirida
de ningun modo perdamos.

MERCADER.

Eso, eso, mirad que si
dais á torcer vuestro brazo,
quedan perdidos los Gremios,
Oficios y Boticarios.

PELUQUERO.

Verán vmds. que nueva
moda invento de peynado.

BAYLARIN.

Yo inventaré contradanzas.

ZAPATERO.

Yo inventaré unos zapatos
que cuesten un doblon de á ocho,
y se rompan á diez pasos.

BOTILLERO.

Yo haré sorbete de amor. *de rodillas.*

COCINERO.

Yo haré compota de callos.

TODOS.

Todos nuestros intereses
ponemos en vuestras manos.

PETIMETRA I.ª

Nosotras somos capaces
de hacerlo todo: estimamos
las ofertas; pero todas
tenemos resuelto ahorcarnos,
antes que ceder en nada
nuestros privilegios.

TODAS.

Vamos.

CABALLERO.

¿Qué nos dexais?

MUGER I.ª

Sin remedio,
como querais precisarnos
á tener juicio.

PELUQUERO.

Mirad
que ha de quedar despoblado
el lugar.

CABALLERO.

Si hay algun medio,
que lo diga el Abogado.

ABOGADO.

De modo que la costumbre
tiene en muchos de los casos
fuerza de ley : y parece
violento y extraordinario
sujetarse á tener juicio
siempre, estando acostumbrados
á ser locos siempre. Mas :
es muy digna de reparo
la utilidad del Comercio.
Tampoco es moco de pabo
la poblacion ; con que así,
por lo de ahora y lo de antaño,
mi dictamen es que todos
á ser locos nos volvamos.

MERCADER.

Bien dice, que el estar cuerdos
solo es bueno para un rato.

CABALLERO.

Pues echemos fuera el juicio.

VIUDA.

De nosotras no hay que echarlo.

OFICIAL I.º

Ni de muchos de los hombres.

HIJA.

Diga vmd. ¿cómo quedamos
nosotros?

NOVIO.

Mas locos que antes.
Ya he resuelto si me caso,
gastar tanto, que jamás
me vea desempeñado,
para que ninguno tenga
que murmurar de mi garvo.

VIEJA.

Ahora sí que sois bueno
para mi yerno, Don Marcos. *abrazale.*

VIUDA.

Y ahora sí que es ocasion
para divertir lo amargo
de la idea, aunque sea en chanza,
con música y con fandango.

CABALLERO.

Pues vamos á divertirnos,

diciendo todos ufanos:

CORO.

,,Loco estaba el mundo
,,mil años atrás:
,,loco le encontramos,
,,y así quedará.

Vanse todos cantando y baylando, menos el Oficial 1.° *y el Labrador.*

LABRADOR.

Amigo, ¿qué decis de esto?

OFICIAL 1.°

Que importan poco los ratos,
que tiene un hombre de juicio,
si no sabe aprovecharlos.

LABRADOR.

Mas digo yo.

OFICIAL 1.°

¿Qué decis?

LABRADOR.

Que es menester imitarlos,
porque no discurran que es
mas loco el desengañado.

OFICIAL 1.°

Si es así, vamos trás ellos
por donde váu, y digamos:

Los dos cantando y baylando se retiran.

,,Loco estaba el mundo
,,mil años atrás:
,,loco le encontramos,
,,y así quedará



EL HONOR
DA ENTENDIMIENTO,
Y EL MAS BOBO
SABE MAS.

PERSONAS.

Don Enrique de Guevara, galan.
Don Lorenzo de Maqueda.
Don Felix de Toledo.
Don Sancho de Maqueda, primer barba.
Don Pedro de Utrera, segundo barba.
Doña Leonor de Utrera.
Doña Isabel de Utrera.
Doña Inés de Guevara.
Martin, gracioso primero.
Esparaban, gracioso segundo.
Juana, criada.
Un Maestro de leer.
Un Maestro de esgrima.
Tres hombres.
Música.

La escena es en Granada.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Doña Leonor, doña Isabel y Juana.

Leonor.
¿Qué dices, Juana?
Juana.
Que es él.
Leonor.
¿Don Enrique?
Isabel
Yo le ví,
que á la ventana salí.
Leonor.
¡Fuerte mal! ¡traza cruel!
anda detenle, anda aprisa.
Juana.
Yo no le podré la puerta
cerrar; pues viéndola abierta,
querer que no se entre, es risa.
Leonor.
Pues yo podré huir, que no
tengo ánimo de hablarle.
Isabel.
Tente, yo saldré á encontrarle.

ESCENA II.

Dichas, don Enrique, y Martin de camino.

Enrique.

Felíz mil veces quien vió,
del Alcazar celestial,
adonde habita su bien,
franca la entrada.

Isabel.

Por quien
el que entrare entrará mal;
y así, no paseis de aqui.

Martin.

A Dios mudanza invencible.

Enrique.

¿Bella Isabel, es posible,
que eso se me dice á mí?
¿Cuando á mí se me negó
la dicha que hallo, y que dudo?
¿Quién dar un precepto pudo
tan contra mi vida?

Leonor.

Yo.

Enrique.

¿Vos? No me espanto de ver
desairada mi esperanza,
que en mí ausencia, en vos mudanza,
es cumplir, siendo muger.
Yo me engañé; perdonad,
que pues muerto en vos estoy,
á morir á todos voy;
dadme licencia.

Leonor.

Esperad.

Martin.

No ha de esperar, ni es razon:
despues de vernos hundidos,
venidos, y aun revenidos,
mas que en setiembre el turron,
salir con una quimera
es muy grande porquería.
¿Y tú, hermosa Juana mia?

Juana.

Hermano, por la otra acera.

Martin.

¿Tambien estás de mudanza?

Juana.

No estraña, pero indecisa.

Martin.

Así fuera de camisa,
y aun de pellejo, taimada.

Leonor.

Quien os oyere, señor
don Enrique de Guevara
(disculpando vuestra ausencia)
encarecer mi mudanza,
á vos os tendrá por fino,
y á mí me culpará ingrata.
Seis años me habeis servido,
si con espresiones raras
de sencilla fe, las voces,
los billetes, y las ansias
de vuestro encarecimiento
lo digeran, si no halláran,
que con sus obras, de infieles
su mismo dueño las tacha.
Yo, que nací roca espuesta
de amor á las asechanzas,
os ví, os oí, y me rendí;

culpa fue, pero engañada,
es culpa, en que hoy en el mundo
hay muy pocas que no caigan.
Dígalo yo, que despues
de franquearos la esperanza,
que á nadie dí, continué
las veras con que os amaba,
hasta, que sin saber como,
por qué razon, ó qué causa,
sin despediros de mi,
faltasteis de vuestra casa.
No es eso lo mas, sino es,
que esta, ó locura, ó mudanza,
continuada en vos dos años,
ni un aviso, ni una carta
os debió mi amor; y cuando,
triste, sola, y despechada;
por los vuestros saber quise
qué hacias, y adónde estabais,
supe, que andabais en busca
de una bellísima dama.
Y asi, porque no es razon,
despues de ausencia tan larga,
que sobras de otras finezas
querajs conmigo gastarlas;
idos con Dios, don Enrique,
que no quiero os hagan falta,
para cartas amorosas,
que os merecerá esa dama,
y que yo no os merecí
las frases estraordinarias,
las voces encarecidas,
y las ardientes palabras,
que gastais en persuadirme
lo que ya sé: vamos, Juana.

Enrique.
Oye, espera.
Leonor.
No hay que espere.
Enrique.
Darásme motivo á que haga
un desatino, si no oyes
mi disculpa.
Leonor.
Aunque la halláras,
viene tarde, don Enrique.
Enrique
Aunque sea tarde, si yo
tu juicio desengañára,
vieras mi razon, y vieras,
que no es culpa, y es desgracia
la que me ha hecho padecer
tu enojo.
Leonor.
Y aun no bastára.
Enrique.
¿Por qué?
Leonor.
Porque soy quien soy
sufrí, esperé contrastada
de mi padre y mis parientes;
y como dió tu tardanza
motivo á que se creyese
tu muerte, buscaron traza
de darme esposo mis padres;
he dado mi fé, y palabra
de obedecer á los mios;
no es posible quebrantarla:
si tú has tenido la culpa,
tú allá contigo te habla,

y te responde, que aunque
mil satisfacciones haya,
no llegando á tiempo, solo
me está bien el no escucharlas. *Vase.*

Enrique

Caiga el cielo sobre mí.

Martin.

No quiera el cielo que caiga
estando yo cerca.

Enrique.

Díme,
(¡ay de mi!) dime, mi Juana...,

Martin.

Como el ama se despinta,
me enamora la criada.

Enrique.

¿Qué es esto?

Juana.

Que mi señora
de boda está enquilotrada.

Enrique.

¿Pues desde cuando?

Isabel.

Mi prima,
Don Enrique, os manda os vayais
antes que mi tio vuelva.

Enrique.

Haré lo que se me encarga,
como os deba una fineza.

Isabel.

No seré yo tan avara
(¡ay muda inclinacion mia!) *ap.*
á vuestras prendas gallardas,
como mi prima: decid.

Enrique.

¿Qué novedad tan infausta
es esta? ¿Leonor casarse?
¿cómo, y con quien?

Isabel.

En el alma
siento, que lo que quereis
que haga pos vos....

Enrique.

¡Pena estraña!

Isabel.

Sea daros un pesar;
pero consolado vaya
vuestro pecho con saber,
que os venga, cuando os maltrata.

Enrique.

¿Quien?

Isabel.

Leonor.

Enrique.

¿Por qué?

Isabel.

Porque
con don Lorenzo se casa
de Maqueda, el Mayorazgo
Bobo, (que es como en Granada
le apellidan por la mucha
hacienda) con que se engaña
la codicia de mi tio,
queriendo ver empleada
la belleza de Leonor
en un bruto, tan sin traza
de hombre, que por no afrentar
su progénie, encarcelada
tiene su padre su nécia

persona, dándole en casa
toda la doctrina inútil,
que no le sirve, y le cansa:
esto os puede consolar
en vuestra pena.

Dentro don Pedro.

Abre, Juana.

Juana.

¡Ay Jesus! este es mi amo.

Isabel.

¡Mi tio! en aquella cuadra
os retirad, que en pasando,
podeis, aunque esté cerrada,
abrir la puerta y salir. *Vase.*

Enrique.

Que estos sustos se pasáran
para ser favorecido,
ya fuera dicha; mas para
ser infeliz, solo yo
lo esperimento.

Juana.

Entra, y calla.

Martin.

Despues de desprecios, palos
es solo lo que nos falta. *Vase.*

ESCENA III.

Don Pedro, y doña Inés tapada.

Pedro.

Mientras yo, señora, entro
á aquesta pieza, no salgan
mi hija, y sobrina, pues no es
razon que vean que haya
muger, que les dé otro ejemplo,

que el del recato que guardan ;
esperad un rato.

Inés.

Penas,
¿cuando tendrán mis desgracias
satisfecha la crueldad
de mi fortuna inhumana?

Pedro.

Juana, ven.

ESCENA IV.

Inés.

¡Qué venerable
anciano ! ¡qué noble casa !
¡que sumptuosa y compuesta !
ya agradezco que encontrára
Fabio, amigo que parece
de suposicion, en que haya,
pues ha de ser en quien tome
puerto mi incierta borrasca,
respeto y autoridad ;
¡qué superiores alhajas !
Por cuanto fuese un cristal, (1)
que sin temor desengaña,
el primero, que á mí misma
me acuse mi semejanza,
pues...

(1) *Encárase á un espejo, que ha de estar en el paño.*

ESCENA V.

Doña Inés, don Enrique y Martin.

Martin

Ya es tiempo que nos vamos.

Enrique.

Mira que ruido no hagas.

Inés.

Mas ¡ay infeliz de mí! (1)
sombra injusta, ilusion vaga,
que á Enrique me representas,
no me adelantes (aguarda)
mi muerte, que...

ESCENA VI.

Doña Inés y don Pedro.

Pedro.

Ya segura
estad, hablad confiada
de que nadie oye.

Inés.

¡Ay de mi!

Pedro.

¿Qué es eso que os sobresalta?

Inés.

Nada, y mucho, pues...

Pedro

Hablad.

Inés.

Mirando á ese espejo estaba,
y vi en él á mi enemigo,

(1) *Cruzan el teatro por detras de doña Inés.*

que acechando á mis espaldas
mi ruina..

Pedro.

Eso es fantasía,
yo veré toda la cuadra:
solo está todo.

Inés.

¡Mis propias
aprehensiones me arrebatan!
Yo, señor don Pedro, (¡ay triste,)
como habrán dicho las cartas
que para vos me dió Fabio,
soy de Enrique de Guevara
hermana.

Pedro.

¿Qué me decís?
no le conocí; mas tanta
su fama fue...

Inés.

Como hoy es.

Pedro.

¿Qué aun vive?

Inés.

Si señor.

Pedro.

Falsas
las noticias de su muerte
fueron, sin duda, en Granada.

Inés.

Hizo él echar esas voces
en Madrid, en donde estaba,
por lograr con mi cuidado,
perficionar su venganza;
pero pues de todo es fuerza
daros cuenta, una mañana

vi á don Felix de Toledo.

Dentro Leonor.

Traenos las labores, Juana.

Pedro.

Esperad, que ya discurro
en solo cuatro palabras
de hermano, ausencia, y agravio,
que es lo que os trae á mi casa
caso de honor; esta pieza
es paso de las criadas,
y todo el tráfago; entrad
en mi despacho, que en arduas
materias, solo las logra
el que mejor las recata.

Inés.

Vuestro amparo...

Pedro.

Andad, señora;
¿ahora quereis que faltára
á muger de obligaciones,
que se vale de estas canas?
Posada, auxilio, y socorro
teneis.

Inés.

Beso vuestras plantas.

Pedro.

¡Ah, si! ¿vos cómo os llamais?

Inés.

¿Yo? Doña Inés de Guevara.

Pedro.

Pues no ha de ser ese nombre
el que tengais, que no es chanza
hermano noble ofendido,
y otras dos mil circunstancias,
que habrá sin duda en el cuento,

para no andar recatada.
Venid, donde con mi hija
vivais segura, estimada,
y querida.

Inés.

Con el nombre
me contento de criada
suya, y vuestra.

Pedro.

No lloreis. *Entrase doña Inés.*
Estraños sucesos pasan
por las gentes; á bien, que
Leonor ha de estar casada
presto, y estaré sin sustos;
que hijas bellas son alhajas,
que el medio de no perderlas,
es ser breve en despacharlas.

ESCENA VII.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Sancho, el Maestro de leer, Esparaban, y despues don Lorenzo á medio vestir, con chupa y valona.

Sancho.

¿Ha tomado ya leccion
don Lorenzo?

Esparaban.

Está aun roncando.

Maestro.

Y yo habrá una hora esperando.

Lorenzo.

Padre, la bendicion.

Sancho.

Hijo, hoy has tardado á fe
en levantarte.

Lorenzo

Si fuera
por mí, presto me vistiera;
no hubiera sido porque
esta pierna no queria,
hasta que estotra riñó
con ella, y fuera la echó,
y ella, despues no salía.
Calzárouse, y demas de esto
tuvieron pendencia un rato,
porque se perdió un zapato;
y es, que el uno estaba puesto,
y otro que me iba á poner,
y otro zapato faltaba,
y la pierna regañaba.
¡Jesus lo que hubo de ver!
Despues de tanto reñir,
yo las digo á sus mercedes:
dénse por esas paredes,
que yo no me he de podrir.

Maestro.

¡Vióse tal majadería!

Esparaban.

Es un bruto mi señor.

Sancho.

Este es invencible error
candidez de fantasía;
y siendo sinceridad,
espero que nos dé indicio
de vencerla el egercicio
del estudio: á Dios quedad,
y dad leccion de leer.

ESCENA VIII.

Dichos menos don Sancho.

Lorenzo.
Sí, que ya quiero almorzar.
Maestro.
Vamos á deletrear.
Lorenzo.
Mejor es délecomer.
Maestro.
¿Qué es esta?
Lorenzo.
Letra.
Esparaban
Penetra
como un bruto.
Maestro.
¿Y esta aquí?
Lorenzo.
Letra.
Maestro.
Que es letra, es asi;
¿pero cuál letra?
Lorenzo.
Esta es letra.
Maestro.
¿Ahora con Bercebú
estamos ahí? Dí, pues,
¿es a, e, i, o, u? ¿ó que es?
Lorenzo.
Esta es, a, e, i, o, u.
Maestro.
Todo lo de ayer se fue:
decid conmigo be a ba.

Lorenzo.

¿ Qué es eso de que se vá ? *Agarrale.*
¿ pues á dónde se va usté ?

Maestro.

Son letras ; yo estoy perdido.
Dí , be a ba , aqui bruto.

Lorenzo.

Calle ,
¿ cómo quiere que las halle ,
si dice usted , que se han ido ?

Maestro.

Esto es inútil ; segun
su chola , él no dará en ello.

Lorenzo.

Mucho mejor es aquello.

Maestro.

¿ Cuál ?

Lorenzo.

El chan , chen , chin , chon , chun.

Esparaban.

Como es medió rebuznar,
le ha agradado.

Maestro.

Vuestro padre
quiere que el estudio os cuadre ,
y es en vano el porfiar ;
pues la primer juventud
pasada , y el genio vuestro
lo impiden.

Lorenzo.

Señor Maestro ,
yo todo soy jumentud ;
¿ mas si no me castigais
cómo tengo de aprender ?

Maestro.

¿Castigado quereis ser?

Lorenzo.

¿Por qué no?

Maestro.

¿Vos lo mandais?
dadme la mano.

Lorenzo.

¿Qué son
amistades?

Maestro.

Yo soy juez,
tomad, para que otra vez
estudieis bien la leccion. (1)

ESCENA IX.

Don Lorenzo y Esparaban.

Lorenzo

¡Ah perro!

Esparaban.

A escapar se aplica.

Lorenzo.

Que me muero.

Esparaban.

¿Qué te ha dado?

Lorenzo.

En la mano me ha pegado
una cosa, que me pica.

Esparaban.

Este palo es.

---

(1) *Dale con una palmeta, corre don Lorenzo tras él, y él la deja caer en el suelo y se va.*

Lorenzo.

Ve con tiento,
no le llegues

Esparaban.

Es quimera,
que es madera.

Lorenzo.

Si es madera,
es madera de pimiento:
mas daca, sea lo que fuere.

Esparaban.

¿Dónde la quieres echar?

Lorenzo.

Por Dios, que la ha de probar
el primero que viniere.

Esparaban.

Aquí está el Maestro de Esgrima.

ESCENA X.

Dichos y el Maestro de esgrima á lo maton.

Maestro.

Boos dias nos dé Dios.

Lorenzo.

¿Sabeis bien la leccion vos?

Maestro.

Por diestro el lugar me estima,
aunque ver perdido siento
el tiempo en que no aprendeis.

Lorenzo.

Es que, si no la sabeis,
habrá para vos pimiento.

Maestro.

Poneos recto. *Toman las espadas negras.*

Lorenzo,
¿Cómo?
Maestro.
Así;
ese es ángulo.
Lorenzo.
Me rio:
¿angúlo? ese era mi tio.
Maestro.
Dad ahora un paso hácia mí.
Lorenzo.
No solo uno, sino tres.
Maestro.
¿Y la espada?
Esparaban.
Es bestia ruda. *ap.*
Lorenzo.
¿Qué quieres, que á un tiempo acuda
á las manos, y á los pies?
Maestro.
Son dos acciones forzosas.
Lorenzo.
Ya es vuestra tema importuna.
¿Bueno es, no sabiendo una,
pretender que haga dos cosas?
Maestro.
Pues todo lo erramos.
Lorenzo.
¿Qué?
¿que lo erramos?
Maestro.
Claro está.
Lorenzo.
Pues dadme la mano.

Esparaban.

Ta.

Lorenzo.

Dad la mano.

Maestro.

¿Para qué?

Lorenzo.

Aquí para entre los dos, (1)
para siempre que se os pida,
traed la leccion sabida.

Esparaban.

¿No os avisé?

Maestro.

Vive Dios,
que es un grande atrevimiento,
y le tengo de matar.

Lorenzo.

Aprender para enseñar.

Maestro.

¿Yo tal afrenta consiento?
por vida.....

ESCENA XI.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Qué ha habido aquí?

Lorenzo.

Nada, señor, que le he dado
pimiento para que aprenda,
pues ha de enseñar á tantos.

Esparaban.

El Maestro de leer,

---

(1) *Dale con la palmeta.*

que le pegó un palmetazò,
él le quitó la palmeta,
y vá á los demas cascando.

Sancho.

Ya veis cuan infelíz soy
en tener un insensato
por hijo, perdon os pido
de un error tan temerario;
y admitid esa cadena,
en recompensa del daño.

Maestro.

Bien os puede agradecer,
que hayais á tiempo llegado
de que no le escarmentase;
y con un aviso os pago
vuestra bizarría; tratad
de no intentar apuraros
vida, y hacienda, porque
aùnque viva cien mil años,
es incapaz vuestro hijo,
sin mas que ser un gran asno,
y no teneis que aguardarme
mas.

ESCENA XII.

Don Lorenzo, don Sancho y Esparaban.

Lorenzo.

¡Oygan y cual se ha picado!
mas es verdad que el pimiento
escuece como los diablos.

Sancho.

Hasta aquí juzgué, Lorenzo,
que poniendo mi conato
en vencer vuestra rudeza,

se lográran los trabajos,
que en adquiriros los bienes
de mas de cien mil ducados,
de quien único heredero
sois, he sufrido, y pasado.
Vuestra sangre es tan ilustre
como vuestro juicio falto
de sentido natural;
achaque de los humanos
placêres, que hayan de dar
las riquezas, y los faustos
del rico en manos del necio,
para solo disiparlos:
mas ya confieso, que en nada
acierto, sino en llorarlo.

Lorenzo.

¿En nada acierto? pues mire,
que habrá pimiento de palo
para usted, como le ha habido
para el otro, que era guapo.

Sancho.

Pero no tiene remedio;
aunque sea señalándoos
un Curador, que os gobierne,
es fuerza daros estado,
para dilatar mi prole.

Lorenzo.

Pues déme usté al cirujano,
si me ha de dar curador,
porque el doctor es un asno.

Esparaban.

Para tí sobra el Albeitar.

Sancho.

Hijo, yo he determinado
con doña Leonor de Utrera

unirte, un bello milagro
de perfeccion y virtud;
vesla aqui, este es su retrato, (1)
esta es tu esposa.

Lorenzo.

¿Esta es?

Sancho.

Si.

Lorenzo.

No la quiero.

Sancho.

¿Has hallado
alguna falta en su rostro?

Lorenzo.

Y mucha: ¿he de estar casado
yo con muger tan chiquita,
que aun no tiene medio palmo?

Sancho.

Esta es la pintura solo
del medio cuerpo.

Lorenzo.

¡Oyga el diablo!
¿pues donde está el otro medio?

Sancho.

Ese no se le pintaron.

Lorenza.

¿Pues digame usted, si es coja,
ó tiene los pies con callos,
cómo se ha de averiguar?
No, mi padre, no me caso
con muger que está sin piernas,
que parirá hijos enanos.

---

(1) *Saca un retrato pequeño.*

Sancho.

Tú irás á verla conmigo
hoy.

Lorenzo.

¿ Pues está en otro cabo ?

Sancho.

Pues claro está, que esta es copia.

Lorenzo.

Luego es dos

Sancho.

La ha duplicado
el pincel.

Lorenzo.

Pues dos mugeres
se rebañarán á araños.

Sancho.

Es que las dos, una sola
son.

Lorenzo,

Será como el cuarto,
que es uno grande el que es dos;
y siendo asi, me ha gustado,
porque la podré trocar,
en haciéndome embarazo,
por dos mugeres sencillas.

Esparaban.

El que las haya es el caso.

Sancho.

Hablados ya los parientes,
solo falta... ¿ Mas llamaron ? *Llaman.*

Esparaban.

Si señor.

Sancho.

Mira quien es.

ESCENA XIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

Decid al señor don Sancho;
mas nada le digais, pues
pueden hablarle mis brazos.

Sancho.

Amigo, y señor don Felix
de Toledo, ¿ pues qué acaso
os trae á Granada? ¿cómo
tanta dicha y gozo tanto,
tan sin pensarlo en mi casa?

Lorenzo.

¡Tanta suerte, tal fracaso,
tal ventura, tal desdicha!
abrazadme, primo hermano.

Felix.

Caballero, no os conozco,
y asi...

Lorenzo.

Que todos estamos
á esa fecha; pero es fuerza
quereros, y apretujaros
con mucho afecto, porque
me pareceis gran pedazo
de amigo nuestro.

Sancho

Es mi hijo
(don Felix) Lorenzo, es sano
de natural, y se esplica
sin cultura, y sin ornato,
pero con buen corazon.

Felix.

Yo os beso, señor, las manos.

Lorenzo.

Yo pescuezo, y pies, haciendo
pepitoria el agasajo.

Felix.

¡Estraño hombre! *ap.*

Sancho.

¿Pues amigo
qué es esto?

Felix.

Esto es confiaros,
(pues en Granada no tengo
amigo de mayor garvo,
silencio y fineza) un nuevo
pesar, un grave cuidado,
que tengo.

Sancho.

¿Caso de honor?

Felix.

De amor fue, ya se ha pasado
á ser de honra, puesto que hay
muger á quien sirvo y amo,
hermano que la persigue
por mi causa, y....

Sancho.

Vamos, vamos
donde con menos testigos
podamos hablar despacio:
ven, Lorenzo.

Lorenzo.

Oye usted, ¿viene
á hallarse de convidado
á mi boda?

Sancho.

¡Qué locura!

Lorenzo.

Es que hay estómagos grajos,
que huelen donde hay carniza,
y se vienen al olfato
desde cien leguas.

Sancho.

Vé, y ponte
el vestido mas bizarro;
que has de ir conmigo á que veas,
como que á otra cosa entramos,
á tu esposa.

Lorenzo.

¿Llevaré
aquel vestido de paño
azul con franjas moradas,
y boton escarolado?

Sancho.

Cualesquiera.

Felix.

Señor, vamos.

Lorenzo.

Veré á mi novia de plano;
pero sino tiene piernas,
que se case con un zambo.

ESCENA XIV.

Sala en casa de don Pedro.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Inés y Juana.

Leonor.

Creedme, Dorotea,
que si en cualquier hallais, luego que os vea,
el afecto que en mí, teneis buen hado;
porque al punto con vos he confrontado.

Inés.

Gracias doy á mi estrella venturosa.

Leonor.

¿Isabel, no es honesta? ¿no es hermosa?
¡Mira qué aseada está! ¡qué bien prendida!

Isabel

Juana, ¿has visto muger mas presumida?
¡Que esto guste á Leonor! *ap.*

Juana.

Lo nuevo aplace.

Inés.

Vuestra vista, señora, es la que hace,
con su perpeccion propia,
fingir en mi semblante vuestra copia.

Leonor.

Discreta tambien es. ¡Cuanto he debido
á mi padre, en haberos admitido
en su casa á mi lado!
No es decible el contento que me ha dado
con vos.

Inés.

Efectos son de sus piedades.

Leonor

Fuerza es tengais dos mil habilidades.

Isabel.

A risa me provoca. *ap.*

Juana.

¿Ya no sabes que mi ama es medio loca? *ap.*

Inés.

Alguna vez solia,
cuando era menos mi melancolía,
cantar alguna cosa; mas ya ignoro
cuanto aprendí, pues gimo, siento y lloro.

Isabel.

Pues, Leonor, haz que cante.

Leonor.

Lo que quiero
es, que descanse, que eso es lo primero;
que luego habrá lugar para escucharla.

Isabel.

Lo que gustares.

Leonor.

Tú has de acompañarla,
Juana, á mi cuarto, y haz que allí se ponga
una cama.

Juana.

Con plaza de mondonga *ap.*
entra esta señorita

Inés.

Dadme los pies.

Leonor.

A Dios.

Juana.

Si es que hay visita,
trata de no llamarme
que no puedo en dos cosas emplarme,
y es lo primero..

Leonor.

¿ Qué ?

Juana.

Que servir sea
á mi señora doña Dorotea. *Vase.*

Isabel.

De verte tan divertida
con tu huéspeda me alegro,
pues de don Enrique....

Leonor.

¡ Ay prima !

¿ irás á decir que puedo
olvidarle? ¡como es fácil,
si despues de amor hay zelos!
y en igual de......

ESCENA XV.

Dichas, don Pedro y despues Juana.

Pedro.

¿Leonor mia?
¿Isabel? entraos dentro
á poneros muy bizarras.
¿Juana?

Juana.

Señor.

Pedro.

Anda presto,
viste á tus amas, preven
dulces, bebidas;.... ¡que veo!
¿en qué te paras?

Juana.

Señor,
que trescientas amas tengo;
parezco Inclusa, y no sé
á cual acuda primero.

Leonor.

¿Pues, padre, qué novedad
es esta?

Isabel.

¿Qué cumplimiento
es este tan repentino?

Pedro.

Sabe, que con don Lorenzo,
tu esposo, salió don Sancho
su padre de casa; entiendo,

segun su criado ha dicho,
que con no sé que pretesto
vienen, por ver si consiguen
verte; y estando el concierto
de tu boda en el parage
que está, escrúpulo no advierto
en que los deges entrar
á tu presencia; pues creo,
que no vendrán tan curiosos,
como saldrán satisfechos;
aunque esta es pasion en mí:
mas soy tu padre, y te quiero.
Adórnate por tu vida,
que á salirles al encuentro
voy. Don Lorenzo es buen mozo,
y en sus riquezas tendremos
descanso: á Dios, hijas mias.
Llorando voy de contento. *Vase.*

Juana.

¡Ah vejete codicioso!

Isabel.

¿Lloras, señora?

Leonor.

Hacer debo
las exequias á un cariño
tan en sus verdores muerto.

ESCENA XVI.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Enrique y Martin.

Enrique.

Por ver, bellísima ingrata,
si aquel enojo primero
pasado, oir mis disculpas

mitiga tus iras, vuelvo;
¿ mas qué es esto?

Martin

Ya nos lloran,
ténganos Dios en el cielo.

Leonor.

Isabel, ponte á la puerta.

Isabel.

¡ Qué esto vean mis sentimientos,
y no me maten!

Enrique.

Señora,
como .....

Leonor.

No estamos en tiempo
de gastar muchas razones;
satisfáceme, y sea presto,
pues si tardas ..... ¡ ay de mí!

Enrique.

¿ Qué?

Leonor.

No podré lo que hoy puedo:
¡ dime, que muger seguiste
en Madrid, y con que intento?

Enrique.

¡ Ay infelice de mí! *ap.*
¿ cómo á nadie he de hacer dueño
de mi afrenta? ¡ O vil hermana!

Leonor.

¿ No respondes?

Enrique.

Solo tengo
que decirte, que es verdad,
que una muger (yo no acierto *ap.*
con la voz) seguí, y busqué;

mas para tan otro efecto,
que amarla.....

Leonor.

¿Que era á no amarla?
Sin duda que te dió zelos.

Enrique.

Zelos fueron, pero de otra
especie.

Leonor.

¡Ah ingrato! ¿qué es esto?
voy buscando las verdades,
y responden los misterios;
¿quien era?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿Por qué
la buscabas?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿A efecto
de qué cuidado?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿Era ofensa, ó era empleo?

Enrique.

No sé.

Leonor.

Pues si nada sabes,
¿quién lo ha de decir?

Enrique.

El tiempo.

Leonor.

Oráculo es perezoso,
y así, antes que corra el velo
á ese enigma, lo que callas
has de decir, porque luego
llega tarde.

Enrique.

¿Por qué?

Leonor.

Porque
hoy me pierdes, y te pierdo.

Enrique.

Pues, Leonor, mi bien, mi gloria,
mi amor, mi hechizo, mi cielo,
creeme sin que lo diga;
porque soy etna tan nuevo
de pesares, de congojas,
que al reves del Mongibelo,
si el muere por rebentar,
yo por no exalar rebiento:
jamás te ofendí.

Leonor.

Es mentira.
No hay confianza en un pecho,
que de quien ama no fia.

Enrique.

Pues con tal cruel tormento
callo, y me dejo matar;
no puedo hablar, que no puedo.

Leonor.

Pues yo puedo conocer,
que ha sido en tí fingimiento
tu amor, tu fe, tu lealtad;
con oirte he satisfecho
mi duda: á Dios, don Enrique.

Enrique.

¡Qué desdicha!

Leonor.

¡Qué despecho!

Martin.

A Dios Juana

Juana.

¿Te despides?

Martin

¿No ves que lloran aquellos?
recibe en último culto
estos.....

Juana.

¿Qué?

Martin.

Mocos espesos,
de quien es mi inclinacion
mental reverente lienzo.

Juana.

¡Ay que asco de lacayon!

Isabel

Mi tio viene subiendo
la escalera.

Leonor.

Don Enrique,
idos.

Juana.

No puede sin verlo
los que suben.

Isabel

Esta cuadra
los esconda.

Enrique.

¿En qué, mi dueño,
quedamos?

Leonor.

En que si atiendes
verás......

Enrique.

¿ Qué ?

Leonor.

Como me vengo,
y la ruina, que en los dos
ha causado tu silencio.

ESCENA XVII.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Pedro, don Sancho, don Lorenzo y Esparaban; don Enrique y Martin escondidos.

Pedro.

Estas mi hija, y mi sobrina
son, señor don Sancho.

Sancho.

Centro
de perfecciones dirás.

Lorenzo.

¿ Adónde está el medio cuerpo
de mi novia ?

Esparaban.

¿ Estás en tí ?

Lorenzo.

¿ Qué me gobiernas, camueso ?

Leonor.

Vengais muy en feliz hora,
señor don Sancho.

Isabel.

A tenernos
por muy vuestras.

Sancho.

¡Cuántas honras
á un solo instante le debo!

Lorenzo.

¿Padre, llego yo?

Sancho.

Si, hijo;
pero muéstrate muy cuerdo,
y muy fiel.

Lorenzo.

¿Fiel? Pues embisto:
señoras, si para veros,
siendo preciso el miraros,
es lo propio, que lo mesmo,
alabado sea el
Santísimo Sacramento.

Isabel.

¡Qué necedad!

Leonor.

¡Ay de mí!

Sancho.

¿Bárbaro, bruto, qué has hecho?

Lorenzo.

Si dice usted que me muestre
fiel, como he de parecerlo
sin decir el Alabado?
Ahore diré el Padre nuestro.

Sancho.

No, que mejor es que calles. (1)

Enrique.

¿Lo oyes, Martin?

Martin.

Yo no atiendo

---

(1) *Hablan aparte don Sancho y don Pedro.*

sino es á lo que me importa.
¿ No vés como le hace gestos
Juana al fantasmon?

Esparoban.

Responda.

Juana.

Callandito ha de ser esto.

Pedro.

Si esa dspendencia os trae
aquí, los papeles tengo,
de que podeis informaros.

Sancho.

Venid al despacho, entremos.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Pedro y don Sancho.

Lorenzo.

¿ Ya que hemos quedado solos
noviezuela, qué os parezco?
¿ Soy cosa?

Leonor.

¿ Qué me quereis
decir?

Lorenzo.

Lo que tenemos.
Mas ya sé, que no sabreis,
que venimos solo á veros
mi padre, y yo, porque está
entre los dos el secreto,
y si otro no os lo digere,
por mí seguro está el cuento;
mas eso aparte sabed,
que yo, hija mia, á lo menos
tengo piernas.

Isabel.

¡ Ay Leonor !
¡qué necísimo es tu dueño !

Leonor.

¿ Y que las tengais , qué importa ?

Lorenzo.

Dios me entiende , y yo me entiendo.
¿ Pensais que ya no os he visto ?
Pero estoy pasmado de ello ,
porque apenas habrá un hora ,
que os ví de unos ocho dedos
de altura , y habeis crecido
en tan poquísimo tiempo
mas de dos varas. ¿ Dos varas ?
Lobas. ¡ Ah , veamos si miento.

Leonor.

¿ Qué haceis ? *Va á mirarla.*

Lorenzo

Os quiero medir.

Enrique.

Ya me falta el sufrimiento.

Isabel.

Mirad.....

Leonor.

Sois un ignorante ,
un atrevido , un grosero ,
un. ....

Lorenzo.

¡ Ay , padre, que me riñe !
vente , Esparaban ; ¡ qué miedo !
Que me pega esta muger.

ESCENA XIX.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Enrique y Martin.

Enrique.
Martin, salgamos de presto.

Isabel.
¿Donde vas?

Enrique.
A dar lugar
á que se logre un empleo
tan feliz, por esa ingrata.

Leonor.
Tú lo quieres.

Enrique.
¿Yo lo quiero?

Leonor.
¿Quién lo duda?

Enrique.
¿Cómo, aleve?

Leonor.
Traidor, no satisfaciendo
mis dudas.

Enrique.
¿Y á una sospecha
no la castiga un desprecio?
¿es forzoso un precipicio?

Leonor.
Con eso estarás mas cierto
de que me casa la ira,
no el amor.

Dentro don Felix.
Un caballero,
que es don Sancho de Maqueda...

Isabel.

Que viene gente, escondeos. (1)

Felix.

¿ Está aquí ?

Juana.

Aqui está.

Felix.

Decidle,
que le espera aqui un sujeto.

Juana.

Está bien.

Leonor.

Echa la llave
á esa puerta ; no otro estremo
salir haga á don Enrique.

Juana.

Ya está segurito y bueno. (2)

ESCENA XX.

Dichos, don Felix y doña Inés.

Inés.

Señora, en el tocador
te dejastes este lienzo.

Leonor.

Damele, y dile á aquel hombre,
Dorotea, que este puesto
no es para esperar á nadie :
que salga al recibimiento,
ó que espere en la escalera.

Inés.

Hados, ya á servir empiezo. *ap.*

---

(1) *Se esconden don Enrique y Martin.*

(2) *Vase cerrando la puerta donde están los dos.*

Caballero... ¿Mas qué miro?

Felix.

Señora... ¡Pero que veo!

Inés.

¿Es ilusion?

Felix.

¿Es fantasma?

Inés.

¿Felix?

Felix.

¿Inés?

Inés.

No podemos
hablar: Leonor, mi señora..

Felix.

¡Mi señora! ¿Pues qué es esto?
?Quien lo es de mi corazon
llama á otra señora?

Inés.

El cielo
lo quiere asi, que espereis
abajo me ordena.

Felix.

Harélo
con gran gusto, pues no pudo
lograr mi amante deseo
diligencia mas feliz,
que saber donde es el centro
de la que me trae.

Inés.

A Dios,
que detenerme no puedo.

ESCENA XXI.

Dichos menos don Felix.

Leonor.

¿Qué te decia ese hombre?

Inés.

Cortesanías.

Leonor.

Y advierto
tu rostro alegre.

Inés.

Me has dado,
señora, un grande contento
con eso que me mandaste.

Leonor.

¿Cómo? (1)

Inés.

Como considero,
que ya empiezo á ser tu esclava. *Vase.*

Leonor.

Véte: ¿que gólpes son estos?

Isabel.

Loco está, Leonor, Enrique.

Leonor.

Abre, que él quiere perdernos.

Sale Enrique

Vive Dios; que he de mirar
toda la casa.

Leonor.

¿Qué esceso
es este?

---

(1) *Dá golpes don Enrique, y luego abren.*

Enrique.

¡Ay de mí infeliz!
es una rábia, un despecho,
un basilisco, un volcan,
una furia, un mongibelo.

Leonor.

¿Pues qué has visto?

Enrique.

Una fantasma,
una sombra, un devaneo
de quien causa mis desdichas:
que aunque de la llave el hueco
me la ofreció mal distinta,
basta juzgar...

Leonor.

Tú te has vuelto
el juicio.

Martin.

Está endemoniado.

Leonor.

Ténle tú, mientras yo veo
si salen. ¡Ah Dorotea!

Inés.

Señora.

Leonor.

Pasa corriendo;
cierra la puerta á esa sala.

Inés.

¡Ay señora, que no puedo! (1)

Leonor.

¿Por qué?

Inés.

Porque ese hombre, ¡ay triste!

---

(1) *Ve á dan Enrique y se asusta.*

que está hay es de quien huyendo
vivo, y quen de mí zeloso,
(decoro, disimulemos) *ap.*
me sigue para matarme;
y no hay duda; que á ese efecto
me busca en tu casa.

Leonor.

¿Pues
le debes algo?

Inés.

Le tengo
y me tiene obligaciones
tales.., pero yo no acierto
de temor á hablar. A Dios;
que aun en mi sombra tropiezo.

ESCENA XXII.

Dichos, menos Inés.

Leonor,

¡Válgame Dios! Ya está todo
este enigma descubierto:
esta es la dama, no hay duda
de este traidor: ¿á qué espero?

Dentro don Sancho.

Ya oí.

Leonor.

Advertid que salen.

Enrique.

¡O pesie á mí!

Martin

parecemos
lanzaderas. (1)

(1) *Vuelven á esconderse.*

ESCENA XXIII.

Dichos, don Sancho, don Pedro, don Lorenzo y Esparaban.

Sancho.

Que me estan
esperando.

Pedro.

No os deseo
hacer mala obra.

Lorenzo.

¡ Ay, padre,
que de solo verla tiemblo !
¿ Y si me caso y me azota ?

Esparaban.

No es el marido primero
á quien le sucede.

Pedro.

Hija,
ya se van, dame un consuelo :
¿ qué te ha parecido ?

Leonor.

Padre,
obedecerte resuelvo.

Pedro.

No esperaba yo otra cosa
de tí.

Isabel.

Albricias, pensamiento. *ap.*

Sancho.

Señoras, á Dios

Leonor.

Señor,
vuestra soy.

Isabel.

Guardeos el cielo.

Lorenzo.

Oye ella, déjese estar,
que en casándonos, veremos
quien puede mas á moquetes.

Isabel.

¡Qué cortesano!

Juana.

¡Qué atento!

Esparaban.

Agur.

Sancho.

Todos somos unos;
no hay que andar en cumplimiento.

ESCENA XXIV.

Doña Isabel, doña Leonor, Don Enrique y Martin.

Leonor.

Ea, señor don Enrique,
id con Dios, que ya yo quedo
de todo enterada.

Enrique.

¿Cómo?

Leonor.

Como sé quien es objeto
de vuestro amor.

Enrique.

Oye, espera.

Leonor.

Si haré, por deciros esto:
quedaos á Dios para siempre. *Vase.*

Enrique.

¡Ah mal haya mi tremendo

destino!

Isabel.

A Dios don Enrique;
mas para siempre atenderos,
y estimaros. *Vase.*

Enrique.

¡Ay de mí!
de qué me sirve...

Martin.

¿Qué hacemos?
vamos.

Enrique.

Si Leonor perdida,
todo de una vez lo pierdo.
Pero basta inquirir si fue
sombra, vanidad ó sueño,
lo que vi, honor, y amor dadme
paciencia, ó matadme presto.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Sancho, don Lorenzo y Esparaban.

Sancho.
¡Cuanto me alegro, hijo mio,
de oirte hablar de esa suerte!
Lorenzo.
Padre, yo la quiero mucho;
bien sé que soy un zoquete,
y en la lengua que la hablo
la pudro, pero me entiende.
Esparaban.
A cualquiera que te trata
eso mismo le sucede.
Lorenzo.
Ella, en cuanto á la comida,
me hinche hasta tente bonete,
me deja dormir diez horas;
y aunque ella dice, que suele
guardarme el sueño, no sé
en que escritorio le mete,
que yo, sin quererle hurtar,
le pillo, y aun el que tiene
para sí; yo ambos los ronco,
mientras ella sutilmente
en el monte de la caspa
me anda buscando las liendres.

Sancho.

Es honesta, es virtuosa,
y es mas de lo que mereces
Leonor; el saber servirla,
es lo que mas te conviene;
y puesto que en una casa
vivimos, como parientes,
amantes y bien unidos,
solo falta .. Pero vete
allá fuera, Esparaban.

Esparaban.

Voyme á ver si hablar pudiese
con Juanilla, de quien tengo
el cariño medio en cierne.

ESCENA II.

Dichos, menos Esparaban.

Sancho.

¿Dime, Lorenzo, qué fue
lo de á noche?

Lorenzo.

Que al quererme
entrar en casa, encontré,
con espadas y broqueles,
dos fantasmas á la puerta.

Sancho.

¿Y de eso, qué juicio puedes
hacer?

Lorenza.

Padre, usté está chocho:
¿qué juicio quereis que hiciese,
que no fuese hacer locura,
mas que juicio?

Sancho.

Eres prudente:
mugeres mozas en casa
hay, y dos mil accidentes,
sin eso, tener pudieron
á nuestra puerta esa gente;
no juzgues.. ...

Lorenzo

¿Qué he de juzgar?

Sancho

Es, que es bien que se recele
quien tiene muger, y honor.

Lorenzo.

Dígole á usted, que usted tiene
mas malicias, padre mio,
que los niños inocentes.
¡Jesus! usted me abre ahora
los ojos á que yo piense
desatinos, con que usted
lo que es casual, lo hace adrede.
¿Diga, viejo de mi vida,
las mugeres propias pueden
querer á otro, que á su esposo?

Sancho.

No, porque su punto pierden,
y el respeto á Dios.

Lorenzo.

No es nada:
¿y si usté un hijo tuviese,
le trocára por el hijo
del vecino, que está enfrente?

Sancho.

Tampoco.

Lorenzo

Pues si me dice

mi paloma cien mil veces,
que soy su hijo, y su honor
aventura si me pierde;
¿cómo es facil, que hijo, y honra
por otras cosas las trueque?
Ande, señor, que aunque tonto,
no soy tan impertinente
como usted.

Sancho.

Tienes razon:
pídote, que te conserves
en esa opinion: á Dios.

Lorenzo

A Dios; pero allá se lleve
este consejo......

Sancho.

¿Cuál es?

Lorenzo.

No despertar·á quien duerme.

Sancho.

Discreto te vas haciendo;
mas no tanto, que no llegues
á ignorar, que otro dilema
está lidiando con ese;
pues el que es interesado
en lo que le toca, debe
enseñar al que no sabe.

ESCENA III.

Don Lorenzo.

¡Hay demonio de vejete!
¡que por último el ser suegro,
le ha de convertir en sierpe!
Yo apuesto, que mas de cuatro

pasan inocentemente
por cosas, que no son cosas,
hasta que hay quien las aceche,
y aquellos las dán lo malo,
que ellas por sí no se tienen;
que yo, por Leonor......

ESCENA IV.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Me alegro,
que de mi nombre te acuerdes.

Lorenzo.

¿Cuando me olvido yo de él?

Leonor.

Ya yo sé lo que te debe
mi amor.

Lorenzo.

El se lo sabrá,
que yo nó sé cuanto fuese
lo que hasta ahora le he prestado,
qué es lo que podrá deberme.
Pero en conclusion, bobilla,
díme una verdad, si quieres.

Leonor.

Si haré.

Lorenzo.

¿Tu prima Isabel,
Dorotea, ó Juana, tienen
algunos atisbadores?

Leonor.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
toda es gente honrada en casa.

Lorenzo.

Y mi capa no parece;
¿no es eso?

Leonor.

¿Por qué lo dices?

Lorenzo.

Hija, ya yo empiezo á hacerme
malicioso.

Leonor.

No hagas tal,
que eso es ser necio dos veces.

Lorenzo.

Si mi padre me lo enseña,
y ello tan facil se aprende,
¿que he de hacer? En fin, dos hombres
vi á noche de perendengues
de los postes de la puerta.

Leonor.

Estarian por accidente
aguardando alguien.

Lorenzo.

El alguien
es el diablo que los lleve.
Tú, pues no habrás menester
que á maliciosa te enseñen,
procura saber si hay algo,
que toque á nuestras paredes,
y verás como las pongo
á todas como un rebenque.

Leonor.

Si haré; yo te informaré,
si algo descubrir pudiere.

Lorenzo.

En esto quedamos, hija;
y yo me voy á traerte

una..... ¡ válgame Dios !..... una. ...

Leonor.

¿Qué es ?

Lorenzo.

Una ;..... Dios me lo acuerde:
Marta con sus pollos, Marta.

Leonor.

Estufilla será

Lorenzo,

Tienes
razon, así la llamaron,
una escudilla de pieles:
¡ verás qué hermosa ! ya vuelvo.

ESCENA V.

Doña Leonor.

Déjame, no me atormentes,
pensamiento, ¿qué te importa,
que Enrique rondando vele
la beldad de Dorotea ?
si ya tú no has de tenerle
mas que por un enemigo,
tan conforme con su suerte,
como disgustada, puesto,
que aunque necio, aunque imprudente
tu esposo, es al fin tu esposo;
y esto baste, á que ni aun quede
memoria en tí, de que pudo
hacer quien te mereciese
inclinacion, que los zelos
en odio, y rencor convierten,
cuando......

ESCENA VI.

Doña Leonor, doña Inés y doña Isabel.

Inés.
¿Señora, tan sola?
Isabel.
Prima; no hay quien logre verte.
Leonor.
Quien está con sus pesares,
acompañada está siempre,
y plugiese á Dios no fueran
los que otras darla pretenden.
Isabel.
Pues quien, Leonor......
Inés.
¿Quién, señora?....
Isabel.
¿Es causa de que te quejes?
Inés.
¿Puede darte á ti disgustos?
Leonor.
Quien atrevida, y aleve,
tiene galan que la ronde,
y amante que la festeje,
para que al entrar en casa
mi esposo, sombras encuentre,
que le impidan, y aun le avisen.
Isabel.
Yo.... cuando... si....
Leonor.
¿Tú enmudeces?
Inés.
¡infeliz! *Llora.*
Leonor.
¿lloras? No sé

en cual de las dos sospeche,
viendo nacer de una causa
estremos tan diferentes!

Isabel.

No es mucho ¡ay de mí! turbarme: *ap.*
bien que hay pasion que me fuerce
al engaño; con que logro
contrastar las esquiveces
de Enrique, pues le persuado
con recados, y billetes
mios, á que todavía
del todo no le aborrece
Leonor, por tenerle así
suspenso, mientras hacerle
mio consigo.

Leonor.

¿No hablas?

Isabel.

¿Por quién he de responderte?
Por mi parte, ya tú sabes,
que jamas hubo quien ferie
sus desvelos á quien no es
beldad tan sobresaliente
como tú: quien ha logrado
que todos amarla lleguen;
eres tú: si aun todavia
hay quien intentar se arriesgue
temerarios imposibles,
tú lo sabrás; y tú puedes
á tí misma preguntarte,
y á tí propia responderte.

ESCENA VII.

Dichas, menos doña Isabel.

Leonor.

¡Viven los cielos, villana!......

Inés.

No, señora, no te empeñes
en culpar á quien es fuerza
que esté de todo inocente.

Leonor.

¿Inocente? ¿Cómo?

Inés.

Como
todo lo que sucediere
de desdichas, de pesares, *llora.*
de sustos, de inconvenientes
en tu casa, estando en ella
yo, por mí sola acontecen.

Leonor.

Pues fiate, Dorotea,
de mí, si amante tuvieres,
que te merezca: ¡qué enfado! *ap.*
¿Mas de qué pueda tenerle
qué se me dá á mí? Para eso
remedio hay, no te avergüences.

Inés.

Si señora, amante tengo,
que me sirve, y me pretende.

Leonor.

¡Ah injusto Enrique, qué bien *ap.*
hice yo en satisfacerme!

Inés.

Pero no es ese mi mal.

Leonor.

¿Pues cuál es?

Inés.

Tener presente
un hermano con honor,
que intenta darme la muerte,
y buscarme á ese fin.

Leonor.

Cosas
estraordinarias refieres.

Inés.

Señora, pues fuera ingrata
á lo que el alma te debe,
si mis desdichas no hiciera
á tu clemencia patentes;
no es tiempo ya de callar.

Leonor.

Dí, que en todo he de atenderte.

Inés.

¿Conoces á don Enrique
de Guevara?

Leonor.

Si.

Inés

Pues ese....

Leonor.

¿Es tu amante?

Inés.

No señora;
el que me sirve es don Felix
de Toledo; don Enrique
es mi hermano.

Leonor.

Espera, tente:
¿don Enrique de Guevara
es tu hermano?

Inés.

¡A Dios pluguiese
no fuera asi! Leonor bella;
la que aun tus pies no merece
es doña Inés de Guevara,
á quien sus hados crueles
pusieron....

Leonor.

¡Ay desengaño *ap.*
á que mal tiempo que vienes!
Y pues ya no hay en mi pecho
lugar, bien puedes volverte.

Inés

En el estado que ves....

Leonor.

No es mucho que enmudeciese, *ap.*
por no declarar su injuria.
Yo me arrojé facilmente:
hice mal, pero hice bien,
que aun no es lícito el ponerme
á disputar lo que ha sido,
siendo lo que es.

Inés.

¿Te diviertes
por no oirme?

Leonor.

No, Inés mia;
una fantasma aparente,
que acudió á mi pensamiento,
ya el aire la desvanece,
y yo haré porque no vuelva;
dime cuanto tú quisieres.

Inés

Diré, que en Madrid estaba,
y Enrique en Milan; que ausente

mi hermano, á don Felix ví;
que sin sabér que viniese
de la campaña, una noche
entró don Felix á verme
desde un patio, hasta un balcon,
donde le escuché otras veces
Que entró mi hermano embozado:
que al oirnos, acomete
á don Felix, que le sigue,
sin lograr reconocerle.
Que yo asustada y sin tino,
informada de que fuese
mi hermano, por sus criados,
salí á la calle, y entréme
en casa de Fabio; que es
antiguo correspondiente
de tu padre; y quien me embia
á que su piedad me alvergue.
Esta es mi historia contada,
Leonor, tan sucintamente;
porque mientras menos tiempo
dure, menos me avergüence,
á vista de quien es fuerza,
que mal una accion le suene
tan....

Leonor.

No pases adelante;
¿pues soy yo de las mugeres,
á quien espanten del mundo
los estraños accidentes?
Antes me dá tu tragedia
medio, de que me consuele.

Inés.

¿Cómo?

Leonor.

Yo lo sé. Bien dígo, *ap.*
pues ya que pagar no puede
en amor, mi honor, á Enrique,
para que se desempeñe
el afecto que le tuve,
es bien que en honra le premie.
Yo, Inés, tengo de saber
quien es aquese don Felix;
te he de ayudar en tu amor:
he de hablarle, y he de hacerle,
que casándose contigo,
todo el caso se remedie.

Inés.

El está en Granada, y si
tú, señora, le escribieses
que venga á verte, no hay duda,
que consiga convencerle
tu divino entendimiento,
á que en bonanza se truequen
las tormentas de mi vida.

Leonor.

Mira, no sé yo que hacerme:
yo le escribiera á ese amante,
que hablar conmigo viniese.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro, que oyendo á Leonor se detiene al paño.

Pedro.

¿Yo le escribiera á ase amante,
que hablar conmigo viniese?

Leonor.

Pero entre tantos testigos,

y tantos inconvenientes
como hay en casa...

Pedro.

¡ Qué escucho !

Leonor.

No he de poder resolverme,
que tengo honor.

Pedro.

¡ Ah hija vil!
Si tal haces no lo tienes.

Leonor.

Y mas... A mi padre he visto,
disimulemos

Pedro.

¡ O aleve!
No piensa bien quien hacer
públicos sus juicios teme.
¡ Es posible que esto escucho!
! En Leonor pudo otra especie
quedar despues de casada,
mas del amor que le debe
á su esposo! ¿ Mas qué estraño,
cuando fui tan imprudente,
que casi contra su gusto,
por civiles intereses
la entregué ?

Leonor.

¡ Qué enagenado
va!

Inés.

Algun cuidado vehemente
le lleva tan discursivo,
que sin que nos advirtiese
pasa á su cuarto.

Pedro.

¡Ay recelo,
cuanto me das en que piense!
Y pues el hablar, y darme
por entendido del fuerte
dolor, que me oprime, ni es
posible, ni conveniente,
disimulemos, y demos
tiempo al tiempo. Abre el retrete
de mi despacho, Juanilla.

ESCENA IX.

Leonor é Inés.

Leonor.

Sin duda las cartas deben
del correo haber traido
algun cuidado, y aprende
con tal vehemencia mi padre,
que cuando algo que hacer tiene
no está en sí.

Inés.

¿Pues Leonor bella,
qué me dices? ¿qué resuelves?

Leonor.

Que escribas tú.

Inés.

¡Ay, Leonor mia!
ójala que yo tuviese
esa habilidad.

Leonor.

¿No sabes
escribir?

Inés.

Tuve parientes

de aquella errada opinion,
de que enseñar las mugeres
á escribir, es ariesgado.

Leonor.

Necio dictamen es ese:
¿pues es mejor que se fien
de otro en lo que se ofreciere
de amor y honor, sin que puedan
zelar los inconvenientes?
Nota tú, escribiré yo;
y que esta es fineza advierte,
que solo por tí la hiciera,
y que solo me la debe
la compasion hácia Enrique.

Inés.

El cielo tu piedad premie.

Leonor.

Dí.

Inés.

¿Pues ha de ir de mi parte?

Leonor.

Claro está.

Inés, dictando.

Señor don Felix,
porque vuestra pasion vea,
cuanto á mi afecto merece...

Leonor, escribiendo.

Merece...

Inés.

Hoy nos dá ocasion
de poder vernos la suerte.
Y asi...

Dentro don Pedro.

¿Dorotea?

Inés.

¿Señor?
voy á ver lo que me quiere
tu padre: vuelvo.

ESCENA X.

Doña Leonor y don Lorenzo al paño con la estufilla haciendo cocos.

Lorenzo

Escelente
escudilla de pellejo
la traigo; pero no huele,
aunque me dijeron que era
cebollina.

Leònor.

Como lleven
el billete con cuidado,
no conociendo don Felix
mi letra...

Lorenzo.

Tengo de entrar
haciendo con ella un dengue;
coco. .

Leonor.

¿Qué importa que la haga
este gusto?

Lorenzo.

No me entiende:
coco.

Dentro don Pedro.

¿Leonor?

Leonor.

¡Ay de mí!

No es bien que el papel me deje
adonde está.

Sale don Lorenzo.

La escudilla
bien cerca de tí la tienes,
adivina, adivinajo.

Leonor.

Aparta.

Lorenzo.

¿Qué buscas?

Leonor.

¡Puede *ap.*
haber desgracia mayor!

Lorenzo.

¿Qué andas tentando papeles?

Leonor.

Son unas coplas de un tono,
que ahora acaban de traerme.

Lorenzo.

¿Son unas de Valdovinos,
que las mas noches me lee?
¿Esparaban, para estar
compungido cuando rece?
yo las tengo.

ESCENA XI.

Dichos é Inés

Inés.

Mi señor
te está aguardando impaciente.

Leonor.

Oyes, pues aquel papel
se queda en ese bufete,
coje cuantos hay en él,

*

y rásgalos, no le lleguen
á leer.

ESCENA XII.

Lorenzo é Inés.

Lorenzo.

Leonor, Leonor,
toma, que te traigo. . Fuese.
Pues maldita sea mi alma,
si la escudilla la diere.

Inés.

A bien que entre estos està.

Lorenzo.

¿Oyes, qué corage es ese?
¿que hacen los papeles, para
que así con ellos te emperres?

Inés.

¿Y qué importa que los rasgue?

Lorenzo.

¿Pues diga, tan facilmente
se ganan tres cuartos para
un cuadernillo?

Inés.

Yo....

Lorenzo

Pesie
al alma que lo crió,
así la procesion crece
de la cuenta, y no hay Rosario,
que alcance con quince dieces.

Inés.

Perdonad.

ESCENA XIII.

Don Lorenzo.

¿Qué la perdone?
para que yo me condene.
Bien se ve que no ha tomado
la cuenta del gasto un viernes.
Válgate el diablo las coplas,
en qué cuidado las mete,
que aun trayéndole á Leonor
un regalo tan solemne,
no hace caso: ¿ si estarán
por aquí? Pero pardieces,
que dí con ellas: caídas
estaban adredemente
detras de la mesa: á bien,
que á deletrear pocos pueden
apostarme: irélas yo
mascando despacio: ese,
y, si, efe, y, fi, de, ó, ese, dos,
fideos. Gran tono es este,
como azucar, y canela
por estrivillo se le eche.
Pe, ó, ere, por, que, e, re, i, ria,
porquería. El tono miente:
¿fideos son porquería,
y mas cocidos con leche?
se engaña quien tal presume...
¡Válgame Dios lo que puede
un buen discurso! Ya he dado
en lo que es, ó que me tuesten:
como estas son tan golosas,
este es algun ingrediente
de golosina, que á solas

hacer á mi costa emprenden,
y no dármele á probar.
Pues al primero que encuentre
he de hacer que me le lea.
¿Merenditas ¡ah insolentes!
sin mí? Pues aquesta tarde,
yo solo, porque me vengue,
sin darlas una migaja,
me he de atestar de pasteles.

ESCENA XIV.

Decoracion de Calle.

Don Enrique, don Felix y Martin.

Felix.

¿Aquí siempre os he de hallar?

Enrique.

Donde os consigo traer,
segun decís, un placer,
me conduce á mí un pesar.

Felix.

Ya que haberos conocido
la casualidad lo ha dado
de sí, pues vuestro cuidado,
á mi intento parecido,
á una calle con un fin
(cantela disimulemos) *ap.*
venimos, aunque nos vemos,
yo con venturas, y sin
dichas vos, y tan distantes
en los objetos amados,
hasta ser nuestros cuidados
en lo demas semejantes;
para ayudaros en todo,

no tengais de mí embarazo.

Martin.

El hombre es fiero pelmazo.

Enrique.

Son mis pesares de modo,
don Felix, que aun yo quisiera,
que el pecho los ignorára,
porque una empresa tan rara
en un hombre no se viera
estrenar; como querer
ver lo que le ha de matar,
y á otro semblante buscar
lo que es fuerza aborrecer:
tan ciega complicacion
á nadie ha de ser fiada.

Felix.

Dices bien: ¡O que engañada *ap.*
vive su imaginacion!
Pues viendo que don Enrique
no me conoce, intenté
la introduccion que logré,
para que á cuanto se aplique
contra doña Inés su ardor
vengativo, le embarace
mi advertencia. Pues no hace
compañia en un amor,
quien en él no puede hablar;
quedad con Dios, y sabed,
que haciéndome vos merced,
tengo de solicitar
ocasion, si es que los dias
lo vencen todo, y el cielo,....

Enrique.

¿De qué?

Felix.

De que hallen consuelo
vuestras ansias, y las mias.

Enrique.

¿Pues si distantes los dos
caminámos, como puede
ser eso?

Felix.

A un tiempo sucede
otro tiempo: á Dios.

ESCENA XV.

Don Enrique y Martin.

Enrique.

A Dios.
¡Ay, Martin, quién me digera,
que yo esta calle pisára,
y que Leonor se casára,
y yo su casa no huyera!
En fin ¡ay dolor profundo!
que donde me trajo amor,
me traiga pesar, y honor.

Martin.

Potages son de este mundo.

Enrique.

¿Si lo que ví fue verdad?

Martin.

Yo que fue mentira infiero.

Enrique.

¿Por qué?

Martin.

Tan corto agujero
no tiene capacidad
para saber distinguir.

Enrique.

Bien dices, de mi dolor
la sombra abultó mi error.

Martin.

Pues no nos deja dormir,
ni comer, no hay que dudar,
que es espantajo.

Enrique.

¿Es posible,
que un necio tan insufrible
pueda Leonor tolerar?
Sí, bien, que me dá Isabel
esperanza de vencella:
señal de que aun dura en ella
aquel ¡ay cielos! aquel
aprecio que la debí;
mas soy tan amante yo,
que siendo contra ella, no
quiero alivios para mí.
Consolado viviré
con que sin suposicion,
merezca en su corazon
algun lugar.

ESCENA XVI.

Dichos y don Lorenzo.

Lorenzo.

Ya la hallé.
Con este quiero pegar,
que en lo malcarado, y tieso,
tiene cara de proceso.

Enrique.

No me deja sosegar
mi pena.

Lorenzo.

¿Chis, ah señor?

Martin.

No me mates.

Enrique.

Estoy ciego.

Lorenzo.

Mas que he dado con un lego,
yendo á buscar á un lector.
Chis.

Enrique.

¡Qué estrella tan fatal!

Lorenzo.

Chi, y treinta veces chi.

Enrique.

¿Es á mí?

Lorenzo.

No, sino á mí:
¡vióse mayor animal! *ap.*
¿Sabeis leer?

Martin.

Este es él.

Enrique.

Ya sé leer bastantemente.

Lorenzo.

Pues si leis facilmente,
leedme en este cartel;
ahi vereis como le va
á mi hecienda, aunque es donosa,
con una muger golosa.

Enrique.

Dadme.

Lorenzo.

No; acercaos acá.

Enrique.

¡Cielos, qué miro! *ap.*

Lorenzo.

Fatales *ap.*

gestos.

Enrique.

Letra es de Leonor. *ap.*

Lorenzo.

¿Mas que quiere coliflor, *ap.*
y está la libra á dos reales?

Enrique.

Lee. *Señor don Felix, porque* *ap.*
vuestra pasion vea, cuanto
debe á mi afecto...., ¡qué espanto!

Lorenzo.

¡Vive Cristo que acerté! *ap.*

Enrique.

Lee. *Hoy nos da ocasion la suerte* *ap.*
de poder vernos.

Lorenzo,

¿Cochinos?
Aun si quisiera pepinos.

Enrique.

Penas, ya he visto mi muerte. *ap.*

Lorenzo.

¿No dices lo que propone
esta receta?

Enrique.

¡Ah cruel! *ap.*
¿á tu amor, y honor infiel?

Lorenzo.

¡Oigan la cara que pone! *ap.*

Enrique.

¿Sabeis, don Lorenzo, acaso
lo que este papel declara?

Lorenzo.

A saber leer, no buscára
yo á vos.

Enrique.

¿Qué haré? ¡fuerte caso! *ap.*
si se le dejo, otro puede
declarársele, y la vida
de Leonor miro perdida.

Lorenzo.

¿Qué es esto que me sucede? *ap.*

Enrique.

Si se le intento quitar, *ap.*
es darle que presumir.

Lorenzo.

Leonor me quiere engullir *ap.*
mi hacienda á medio mascar.

ESCENA XVII.

Dichos y Juana tapada.

Enrique.

¿Qué haré? *ap.*

Juana.

Señor don Enrique;
una palabra.

Enrique.

Ya voy.

Juana.

Aquí esperandoos estoy.

Enrique.

Ya es fuerza que no publique *ap.*
este accidente.

Lorenzo.

Yo quedo
hecho un tonto.

Enrique.

Hoy buscaré *ap.*
á este infiel, hoy perderé
(pues que zeloso no puedo
disimular mi importuno
dolor) cuanto reprimí.
¡Cielos, no me quiera á mi,
pero no estime á ninguno!

ESCENA XVIII.

Lorenzo y Martin.

Lorenzo.

La muger se lo llevó:
ois, ¿sois vos su criado?

Martin.

Un poco.

Lorenzo.

¿Pues qué habrá hallado,
que tanto se sofocó
en este papel maldito,
vuestro amo?

Martin.

Zumbarle quiero. *ap.*
¿Qué quereis, siendo tan fiero
bodrio el que en él está escrito?

Lorenzo

¿Pues qué pide en los asuntos
de estos renglones malvados?

Martin.

Pide munfuntos asados.

Lorenzo.

¡Munfuntos! ¿qué son munfuntos?

Martin

Fruta, que para que cueste,

viene desde Tetuan,
y la come el Preste Juan.

Lorenzo.

¿Habrá algun Juan que la preste?

Martin.

¿Qué es prestar? medio siquiera
seis doblones no pagáran.

Lorenzo

Pues dos munfuntos dejáran
difunta la faltriquera.

Martin.

De esto yo os doy testimonio,
lo demas no es mi disputa.

ESCENA XIX.

Don Lorenzo.

Lorenzo

¡Válgate el diablo la fruta
del Preste Juan, ó el demonio!
¿Munfuntos? ¡raro misterio!
Muger que quiere por puntos
merendarse unos difuntos,
se almolzará un cimenterio.
Mas no lo quiero creer;
estos me quieren zumbar,
y este lo ha de declarar,
si acaso sabe leer.

ESCENA XX.

Dichos y don Felix.

Felix.

De continua centinela
de don Enrique...

Lorenzo.

Allá voy.

Felix.

Siempre en esta calle estoy.

Lorenzo.

Si usted lee que se las pela,
lea este papel por Cristo.

Lee don Felix.

Cielos, yo soy venturoso. *ap.*

Lorenzo.

Este no está tan furioso. *ap.*

Felix.

¿Quién igual traza habrá visto? *ap.*
Sin duda pretende Inés
avisarme de este modo
de que...

Lorenzo.

¿Le leyó usted todo?

Felix.

Puedo ir á verla despues. *ap.*

Lorenzo.

¿Es algo eso de pedir?

Felix.

No es síno, amigo, de dar
gracias de un bien singular.

Lorenzo.

Esto es cosa de aturdir. *ap.*

Felix.

Hacer que él mismo me dé *ap.*
el aviso ¡hay tal primor!

Lorenzo.

¿Qué dice el papel, señor?

Felix.

Eso es lo que yo no sé.

Lorenzo.

¿ Pues cómo ?

Felix.

Iré tras mí *ap.*
ventura al gozo anhelado. *Vase.*

Lorenzo.

Este sin duda ha encontrado
el muñuento para sí;
pero maldito sea él,
ya que el papel ha leido,
¿ porqué este hombre no ha querido
decir, qué dice el papel?

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y Esparaban.

Esparaban.

¿Señor?

Lorenzo.

Hijo Esparaban,
sacame de una quimera;
¿ sabes deletrear siquiera?

Esparaban.

Tres años fui sacristan,
mira si sabré.

Lorenzo.

Pues dí;
¿ qué dice aqui?

Esparaban.

Esto es muy malo;
letra es de tu esposa.

Lorenzo.

Palo:
¿ y qué pide?

Esparaban.

Dice asi:

»Señor don Felix, porque
»vuestra pasion vea cuanto
»debe á mi afecto...

Lorenza.

¿Es encanto?

Bellas voces de Minué.

Esparaban.

»Hoy la suerte ocasion dá
»de poder vernos.

Lorenzo.

Tonton,

(vá de disimulacion) *ap.*

¿burlas conmigo?

Esparaban.

Aqui está.

Lorenzo.

¿Qué ha de estar?

Esparaban.

Lo que te digo.

Lorenzo.

Lo que escribe mi muger,
¿á otro que á mí habia de ser?

Esparaban.

¿Por qué te enojas conmigo?

ESCENA XXII.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Qué es esto?

Lorenzo.

Ese borrachuelo,
embustero, que ha fraguado

un enredo. Yo he pensado, *ap.*
si es verdad lo que ya huelo,
que me está bien encubrillo.

Esparaban.

Soy un hombre muy de bien;
con otro hombre habla, y de quien
es la letra he de decillo:
es de mi ama; y vive Dios...

Lorenzo.

Que es un puro enredo todo,
que castigo de este modo. *Dale*

Esparaban.

¡Ay, ay!

ESCENA XXIII.

Don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Para entre los dos,
¿qué es esto de hombre y de letra?

Lorenzo.

Un papel.

Sancho.

¿De Leonor?

Lorenzo.

Si.

Sancho.

¿A verle?

Lorenzo.

Ya lo rompí.

Sancho.

Pues algo en él se penetra,
Lorenzo, cuando un lacayo
puede con su necedad...

Lorenzo.

Señor, que es toda maldad.

Sancho

El trueno avísa del rayo,
tú sabrás si acierto, (pues
que no lo será es mas cierto,) *ap.*
pero...

Lorenzo.

¡Por Dios que estoy muerto!

Sancho.

¡Ay de tu honor, si lo es!

ESCENA XXIV.

Don Lorenzo.

¡Ay de mi honor! ¿luego estriba
mi honor, en que obre bien ella?
¿pues está en mí el disparate
para que esté en mí la enmienda?
¡Válgate el diablo el papel!
todas las tripas revueltas
me ha dejado. Ya aborrezco
á Leonor; ¿pero que señas
he visto yo, para que
papel y tinta no mientan:
y aun Mundo, Demonio y Carne?
¿sin oirla, echarla acuestas
el sentencion? Tá, que el diablo
es sutíl, engaña y tienta.
Yo he de gobernar el caso,
con toda cuanta imprudencia
cupiere; y pues es de noche,
y está mi casa tan cerca,
yo, y Leonor....

ESCENA XXV.

Don Lorenzo, don Enrique y Juana

Juana.

Entra conmigo,
y anda aprisa no te vean.

Enrique.

¡Ay Juana!

Lorenzo.

¿Qué es lo que miro?

Enrique.

Si yo á Leonor mereciera...

Lorenzo.

¿Leonor dijo?

Juana.

Entra, que apuesto,
que mi ama está hecha una perra
con lo que he tardado. *Vanse.*

Lorenzo.

¡Moscas!
esta ya es solfa, que suena
de otro modo; pero á bien,
que tengo franca la puerta:
tras ellos entro.

ESCENA XXVI.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Enrique, Juana, doña Isabel, y don Lorenzo que se esconde.

Isabel.

Un instante
tengo no mas, en que pueda

decirte...

Lorenzo.

Desde aqui puedo
escuchar sin que me sientan.

Isabel.

Cuan agradecida está
Leonor á tanta fineza
como os debe.

Enrique.

Isabel,
no me engañes, no me mientas.
¿Cómo me puede estimar,
quien papeles de su letra
envia á un don Felix, diciendo
que hay ocasion que le vea?

Lorenzo.

Primero, segundo, y yo
el sayo de la comedia;
¡buena está mi honra! si puede
ser cierto esto

ESCENA XXVII.

Dichos y doña Leonor.

Leonor.

Dorotea,
trae á esta pieza una luz.

Juana.

¡Ay desdichada!

Isabel.

Entra, entra
tras mi.

Enrique.

No, que he de ver,
á esta ingrata, y convencerla.

Isabel.

Que me pierdes, entra. (1)

Lorenzo.

Aun bien,
que por sus pisadas mesmas
he de seguir este enredo.

Leonor.

? No me oyen?

ESCENA XXVIII.

Doña Leonor y don Felix

Felix.

La contingencia
de estar la puerta entornada,
no es posible que no sea
(si el aviso del papel
atiendo) hacer la desecha,
para que yo logre entrar.

Leonor.

En el centro de la tierra
deben de haberse metido:
yo voy: ¿mas quien va?

Felix.

Inés bella;
don Felix soy.

Leonor.

¡Cielos qué oigo!

Felix.

Yo soy, mi bien, el que esperas,
si el miedo atiendo, con que
consiguió tu sutileza
avisarme.

---

(1) *Entranse, y don Lorenzo tras ellos.*

Leonor.
Caballero,
no soy doña Inés; mas esta
ocasion tener estimo,
para que sepais, que ella
está en mi casa, y que soy
una muger, que se empeña
en su honor, y vuestro amor.

ESCENA XXIX.

Dichos y don Sancho.

Sancho.
¿Cómo tendran estas puertas
en el cuarto de don Pedro
con tal descuido? ¿Aun no hubiera
una luz?

Leonor.
Y así, señor
don Felix.....

Sancho.
¡Qué escucho, penas!
¿no es esta voz de Leonor?

Leonor.
Bien podeis vuestras finezas
proseguir.

Felix.
En vuestra mano
pongo, señora, mi estrella.

Sancho.
¡Hay mas terrible osadía!

Leonor.
Pues idos, con la advertencia,
de que á mi casa otra vez
no os arrojeis, porque en ella

tenemos muchos testigos.

Sancho.

Con uno basta, que venga
tanta injuria.

Leonor.

¡Ay de mí triste!

Sancho.

Hombre, cualquiera que seas,
que al decoro de esta casa
te atreves, de mi sangrienta
ira no te escaparás. *Riñen.*

Felix.

Engáñase el que sospecha
tal accion de mí.

Leonor.

Turbada,
solo elijo en mi defensa
mi fuga.

ESCENA XXX.

Don Sancho, don Felix y don Pedro.

Pedro.

¡Ruido de espadas,
y sin luces estas piezas:
¿quién vá?

Felix.

Quien á cuchilladas
abrirá el paso, que cierra
vuestro arrojo.

Sancho.

Mal podreis.

Pedro.

¿Cómo mi cuarto palestra
de armas? ¿Vos no conoceis

al que osado no respeta
mi casa......

Felix.

Dichoso he sido,
pues ya he encontrado la puerta.

ESCENA XXXI.

Don Pedro y don Sancho.

Pedro.

¿Quien es su dueño?

Sancho.

Don Pedro,
detenedle, que no pueda
escapar.

Pedro.

No pasará
nadie, que no le convierta
mi ardor en ceniza.

Sancho.

Eso es
lo mejor: muera.

Pedro.

Pues muera.

ESCENA XXXII.

Dichos, y doña Inés con luz.

Inés.

¿Quién ha de morir, señor?

Sancho.

Viva estatua soy de piedra.

Pedro.

¿Don Sancho, dónde está el hombre
con quien reñiais?

Sancho.
La misma
pregunta os iba yo á hacer.
Pedro
Por Dios que es buena la flema.
Sancho.
Mejor es la vuestra, viendo
que se escapa.
Pedro.
La escalera
saltaré de un brinco, en alas
de mi cólera, aunque quiera
mi edad lo contrario.
Dentro don Larenzo.
Así
se castigan insolencias.
Dentro don Enrique.
¡Válgame el cielo!
Dentro don Lorenzo.
A mí, y todo.

ESCENA XXXIII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel
¡Hay mas infeliz tragedia!
Los dos.
¿Qué es eso?
Isabel.
Acudid aprisa,
que don Lorenzo ¡qué pena!
habiendo encontrado un hombre
(claro está que ladron era)
en esa cuadra de adentro,
con él á estocadas cierra:

y él por no ser conocido,
eligiendo por defensa
un precipicio, se arroja
por el balcon, y la mesma
accion hizo don Lorenzo;
y no es posible, ¡estoy muerta!
que no se hayan ambos hecho
pedazos.

Pedro.

¡Ah infames prendas!
¡ah mugeres! ¡desdichado
del que os tuviere á su cuenta!

Sancho.

Ayudadle, y socorredle;
vamos.

Pedro.

Vamos.

ESCENA XXXIV.

Don Sancho, don Pedro, y don Lorenzo embainando la espada.

Lorenzo.

¡Linda flema!
ya yo pudiera estar hecho
mazamorra, y jarcia vieja.

Pedro.

¿Pues qué es esto, don Lorenzo?

Lorenzo.

¿Y qué es esotro? ¿con esas
espadas ambos caducos?

Sancho.

Una osadía tan nueva....

Pedro.

Un atrevimiento tal....

pero el apurarlo es fuerza.
¿ Leonor ?

Lorenzo.

Quedo con Leonor.

Sancho.

¿Dorotea ?

Lorenzo.

Dorotea
no tiene aquí que hacer nada.

Pedro.

¿Cómo que no ? ¿ una sospecha,
tan contra mi punto, tengo
de disimular ?

Lorenzo.

Con flema,
que quien debe aquí tener
el punto, aun hasta en las medias,
soy yo ; y pues disimulo,
nadie en el cuento se meta.

Sancho.

Necio, y encontrar un hombre
yo (no hay que andar en cautelas,
tocando á todos el todo)
hablando.....

Pedro.

¡ Infeliz estrella ¡

Sancho.

¿Con tu esposa ?

Lorenzo.

Puede ser
contingencia.

Pedro.

¿ Contingencia?
vive Cristo he de matarla.

Lorenzo.

En sacando la despensa,
y siendo vuestra muger.

Pedro.

Pues es mi hija.

Lorenzo.

Aunque sea,
ya la disteis al marido,
y siendo suya, no es vuestra.

Sancho.

Eres un necio, y no sabes,
que en tal caso es la prudencia
infamia.

Lorenzo.

¿Y la tropelía,
dígame usted, qué remedia?

Sancho.

¿Y tú Lorenzo, que viste?

Lorenzo.

Un hombre, que en casa se entra,
que le sigo, y que se arroja
de un balcon, sin que pudiera
por la ventana alcanzarle
mi rabia.

Sancho.

¿Y eso te deja
tan sosegado?

Lorenzo

Señores,
en mí no hay las esperiencias,
ni el discurso, que en ustedes;
pero yo en estas materias
hiciera la bobería.....

Los dos.

¿De qué?

Lorenzo.

De tener prudencia,
que puesto que están en casa
las que (si acaso es por ellas)
cometen este delito,
industria, maña, cautela,
han de decir la verdad,
sin darlas lugar que mientan;
y yo siempre he de creer......

Los dos.

¿Qué?

Lorenzo.

Que mi muger es buena.

Sancho.

¿Quién os lo asegura?

Lorenzo.

El ver,
que están las puertas abiertas,
y pues no escapa su bulto,
segura está su conciencia.

Pedro.

Siga la necedad tuya,
tu poco punto esa senda,
que yo haré lo que me toca.
¡Válgame Dios! si esto enreda
doña Inés; ¡qué bien me paga
el alvergue, y la asistencia! *Vase.*

Sancho.

Corrido estoy de mirar
cuán poco tu honor te empeña;
pero lo que á tí te falta,
sobra en mí. ¿Si es que viniera *ap.*
don Felix hasta Granada
por Leonor? si así me premia
mi amistad, bueno estoy yo. *Vase.*

Lorenzo.

Haga lo que le convenga
cada uno, como conmigo,
ni mi muger no se metan,
que el mas Bobo sabe mas
en su casa; y ya se empieza
á adelgazar mi calletre,
con que puede ser que vean,
que el Honor da entendimiento,
y hemos de ver el que acierta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Sancho y Esparaban.

Sancho.
No sabes, Esparaban,
con cuanta interior fatiga
te he estado esperando.
Esparaban.
A bien,
que de ella has salido aprisa.
Estos los papeles son, .
que en el escritorio habia.
Sancho.
Yo bien conozco la letra
de Leonor, y ya mi dicha
dió con lo que deseaba.
Toma, y con la traza misma
aquestos papeles vuelve
á su lugar.
Esparaban.
Por tu vida,
señor, que no se te escape,
que yo te dí la noticia
de donde el papel estaba,
y lo que en sí contenía;
que me pondrá mi señor
de vuelta, y media.

Sancho.

¡Que digas
tal! ¿pues era fácil eso?

Esparaban.

A mí solo me motiva
la lástima de saber,
como la gran bobería
de mi amo trata su honor.

ESCENA II.

Sancho.

Hasta en esta gente indigna
se estraña la ceguedad
torpe, la mal advertida
tolerancia de este necio,
ultrage de mi familia. *Mira el papel.*
¡Válgame el cielo, qué miro!
letra es suya, y muerte mia;
y si cotejo el papel
con lo que oí que decian,
cuando á Leonor y don Felix
escuché, uno confirma
lo otro; y tantas circunstancias
no pueden ser sin malicia.
Ahora bien, ya la sumaria
hecha en escrito, y de oidas
está, solo falta ver
si la confesion esplica
del reo el delito, para
que obre en razon la justicia:
y puesto que es tan temprano,
y solo Leonor vestida
está, en fuerza del desvelo
con que el temor la malquista

el sueño, hagamos lo mas
que podemos, que es oirla.
Leonor.

ESCENA III.

Don Sancho y doña Leonor.

Leonor.
¿Padre?
Sancho.
¿Cómo ahora
nombre de tanta caricia
me das, Leonor?
Leonor.
Como quien
tanto á su marido estima,
debe al padre de su esposo
duplicado amor, á vista
de que es pariente del alma,
y el padre lo es de la vida:
¿qué me mandas?
Sancho.
Que parezcas
lo que dices, y no finjas.
¿Quien era un hombre con quien
hablando estabas con finas
espresiones la otra noche
(que acaso al cuarto subia
de tu padre yo) en aquesta
propia pieza, á quien retiran
la luz?
Leonor.
Uno que se entró
casualmente.

Sancho.

Eso es mentira ;
y para que no lo niegues ,
dime : ¿ cómo ya sabias ,
que se llamaba don Felix ?
pues asi tu alevosía
le nombró : saber su nombre ,
y entrar acaso , ¿ no implica ?

Leonor.

No señor , que es consecuencia
la vuestra errada , é indigna ;
porque como al propio tiempo
que entró en la cuadra , salia
yo preguntando quien era ,
dió de su nombre noticia ,
y asi lo supimos ambos
á un tiempo.

Sancho.

Estás convencida
por dos partes : la primera
es , porque sino sabias
quien era , lo natural
era , que del miedo herida ,
juzgando fuese ladron ,
convocases la familia
á voces , huyendo dél ;
mas tan al contrario hacias ,
que....

Leonor.

Le hablaba en un empeño
de otra muger , que se fia
de mí.

Sancho.

Leonor , ¿ quien te ha hecho
agente de tus amigas ?

Leonor.

La razon.

Sancho.

Una muger
sábia, honesta, y recogida,
no anda en tan ruines empleos.
Tú eres sola...

Leonor.

No lo digas;
mira que es mucha muger
la que ultrajas.

Sancho.

Y al que irritas
¿no es mejor que tú?

Leonor.

¿Mejor?
Mayor si, que soy tu hija,
¿pero mejor? A buen tiempo
revuelves genealogias.

Sancho.

Las obras dicen la sangre.
¿Y en qué no andará atrevida
quien (porque á la otra razon
pase, que lo otro confirma
de lo que niegas) escribe
con veneno, en vez de tinta,
este papel? *Muéstrasele.*

Leonor.

¡Ay de mi!

Sancho.

Tu letra es; ¿de qué te admiras?

Leonor.

No rompió Inés los papeles. *ap.*
¿Pues cómo ¡yo estoy perdida!
¡hay mayor desgracia cielos!

este billete vendria
á las manos de don Sancho?

Sancho.

¿Ves como cuanto fabricas
son suposiciones falsas?

Leonor.

Negar que la letra es mia
no puedo; pero la nota
no lo es, y eso califica
que hubo necedad, no culpa,
en que yo por otra escriba,
cuando....

Sancho.

¿Con tan poco miedo
confirmas una ignominia
semejante? vive Dios,
que de este acero á la ira,
infame muger, ...

ESCENA IV.

Dichos y don Lorenzo.

Lorenzo.

¿Qué es esto?

Sancho.

Hacer lo que tú debias,
teniendo honra.

Lorenzo.

¿Cómo, como?
¿en mi casa alicantinas?
¿á mi muger amenazas?
Meta la daga en la cinta,
señor, que como está chocho,
parece que desvaría.

Leonor.

Si tú, Lorenzo, me oyeras...

Lorenzo

Gastáramos la saliva
en valde; pues cuanto hay bueno
creo de tí, sin que lo digas.

Leonor.

Es que yo....

Lorenzo.

¿Qué es lo que intentas?

Leonor.

Disculparme.

Lorenzo.

Es bobería:
la verdadera disculpa,
y la que tú necesitas,
es, que yo no la pretenda,
pues que no hay para que sirva;
y asi, vive Dios...

Sancho.

Ya en él
la locura resucita.

Lorenzo.

Que si sé que no te vas
al paseo, á las visitas,
y que no estas muy alegre,
me lo has de pagar: y mira,
que he de ver en tu semblante
lo que tu interior me esplica.

Leonor.

Como á mí nada me acusa,
verás tan obedecidas
tus órdenes, que ahora voy
á ordenar mil alegrias;
que estando tú satisfecho,

todo lo demas no implica.

ESCENA V.

Don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Cuando en tí, ni entendimiento
hay, ni punto en tan no vista
maldad...

Lorenzo.

Hay en usté voces
que alborotan, y no avisan;
y hay....

Sancho.

¿Qué ha de haber?

Lorenzo.

Imprudencias,
que agenas pendencias riñan.

Sancho.

A mi me toca.

Lorenzo.

¿Qué toca,
ni que tañe, ni que chifla,
sino es rezar y comer,
sin intrometerse en vidas
agenas.?

Sancho.

¿Agenas?

Lorenzo.

Sí,
que ya os dije el otro dia,
que Leonor es mi muger.

Sancho.

¿Cómo asi te precipita
tu necedad con tu padre?

Lorenzo.

A ese nombre de rodillas
obedezco ; pero como
hallo en vos quien me lastima
en lo que adoro , y es mio ,
el defenderlo es precisa
accion ; ¿ y si lo unís vos
quien quereis que la divida?

Sancho.

Lorenzo...

Lorenzo.

No me molais.

Sancho.

Advierte...

Lorenzo.

En vano porfia ;
y eso de sermon es bueno
para la Iglesia ó esquina.

Sancho.

Pues quédate con tu necia
estravagante manía ,
y aun no sé si diga infame ,
mientras mi maña averigua
(pues que conozco á don Felix , *ap.*
y el papel que le escribia
Leonor tengo en mi poder)
¿ en qué se funda , en qué estriba
esta confusion ?

ESCENA VI.

Don Lorenzo.

Señores ,
¿ que digan que hay una pizca
de entendimiento en el mundo ,

cuando en quien mas se fatiga
en hacer que sabe, se hallan
dos ó tres bachillerias,
y en llegando á las acciones,
con mil tiznones las pringa?
Confieso que en este caso
hay sospechas infinitas,
que me tienen desvelado,
y han hecho en mi fantasía
tal impresion al impulso
del honor, que en mis dormidas
potencias despierta cuantos
vagos discursos vacila;
que lo que estudio y desvelo,
y aun naturaleza misma
no quiso hacer, han logrado
y hecho en mi imaginativa,
de la hora el sentimiento,
y del temor la ignominia,
otro yo. En pensando en esto,
¡ay de mí! y cuando desvia
mi discurso estas especies,
vuelvo á mi rudeza antigua.
En fuerza de este discurso,
yo de Leonor bien podria
saber la verdad: ¿pues cómo
he de mostrar una indigna
desconfianza á quien ha de
vivir en mi compañia?
¿Si está inocente, que es cierto,
cómo viviré á su vista?
¿ni cómo á un hombre querrá,
que sabe que desconfia
de ella? ¿No es darle permiso
á la culpa, el discurrirla,

que pudo ser capaz de ella?
Esta es consecuencia fija:
demas de esto su quietud,
el ver que no solicita
su disculpa, haber en casa
dos criadas, una prima;
y aunque ella escriba el papel,
ver que en él un hombre avisa,
sin espresar á qué efecto,
¿no puede, si bien se mira,
ser accion indiferente?
Y cuando algo se permita
al recelo, á una ignorancia,
una reprension castiga:
¿pues cómo me he de arrojar
á maltratarla, á reñirla,
labrándome yo la ofensa,
que ella quizás no imagina?
No señor; maña, cautela,
invencion, marragería,
han de inquirir la verdad;
y si el daño se confirma,
hay un veneno que calla,
y no un puñal que publica.
Y pues sé, que es aquel hombre,
que me costó la caida
del balcon, el mismo que
está siempre de estantigua
de esta calle, con el otro
que siempre está en las esquinas
con él hablando, yo haré.....
pero esto el tiempo lo diga.

ESCENA VII.

DECORACIÓN DE CALLE.

Doña Isabel y Juana con mantos, y con ellas don Enrique y Martin.

Enrique.

¿Con qué, Isabel, hermosa,
pagaré lo que deba á tu belleza?

Isabel.

Aun ignoras, Enrique, mi fineza,
pues viendo la forzosa
accion, de verte entonces arrojado
por el balcon, fue tanto mi cuidado,
que no bastando el verte
despues sin daño alguno, de esta suerte
á la calle me arrojo,
á pesar de la guardia, que el enojo
ha puesto de mi tio
en su casa, buscando el amor mio
ocasion, que se hallen descuidados
don Lorenzo, don Pedro, y los criados.

Enrique.

¡Ay, divina Isabel, si yo debiera
tanto á esa ingrata, á esa enemiga fiera,
como te debo á tí, cuanta sería
mi gloria, mi consuelo, mi alegria!
Pero quieren los hados,
que añadan su traicion á mis cuidados,
despues de mis desvelos,
el dolor insufrible de unos zelos.

Isabel.

¿Zelos? ¿de quién?

Enrique.

De un hombre, que ignorado

vive de mí; un don Felix, que ha logrado,
que le escriba Leonor, y que la vea:
yo mismo ví el papel.

Isabel.

No sé quien sea;
mas si todo eso ves......

Martin.

¡Ah reina mía,
¿no quiere usted hacerme compañía?

Juana.

No señor, que me llama
mi inclinacion.....

Martin.

¿A qué?

Juana.

A primera dama;
y es usted muy bufon, y no quisiera
me hiciese su segunda, ó su tercera.

Martin

Para eso de tercera era donosa.

Juana.

¿Por qué?

Martin.

Porque es su cara muy graciosa.

Juana.

¿Graciosa solamente?
mírela sin pasion, póngase enfrente.

Martin.

Pase.

Juana.

¿No mas que pase?

Enrique.

¿Cuando mi pecho en zelos no se abrase,
me podrás persuadir á que la olvide?
No, cuando sé que aleve no se mide

al amor de su esposo,
á quien no le disputo lo dichoso;
pues se lo dió la suerte:
mas á otro, y no ser yo (¡tormento fuerte!)
ver que Leonor conceda una esperanza;
yo ensayaré su olvido en mi venganza.

Juana.

Vamos, que ya es tarde.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

¿Cielos,
no es Juana aquella que miro?

Enrique.

Permitid que os ocompañe,
hasta quedar sin peligro
de que os vean.

Isabel.

Vete tú,
que nosotras de improviso,
como está cerca, podremos
entrarnos en casa.

Pedro.

Es fijo,
que es ella, y quien la acompaña
(¡ó sospechoso martirio!
que es fuerza, que en tu veneno
conviertas aun los indicios)
¿quién duda que sea Leonor?
arrojaréme atrevido......

Enrique.

El cielo te guarde.

Isabel.

A Dios. *Vanse.*

Juana.

Servidor, seo Martinillo.

Martin.

A Dios chusca. *Vanse.*

Pedro.

Ya no sé
qué hacerme, pues si á él le sigo,
pierdo convencerla á ella
de que la hallé en el delito;
si á ella me acerco, él se escapa,
y aunque le alcance, es preciso
niegue el hecho; esto resuelvo,
acabar de descubrirlo
alcanzándola. Este hombre
es el que á la esquina he visto,
y á mis puertas; ¡ó pesares!
¡ó como sois discursivos!

ESCENA IX.

Sala en casa de don Sancho.

Doña Leonor poniéndose el manto, y doña Isabel que se entra, y Juana se queda con doña Leonor.

Leonor.

¿No despachas, Dorotea?

Dentro doña Inés.

Ya voy, señora.

Isabel.

Hemos sido
dichosas, que está de espaldas;
mientras el manto me quito
llega, y diviértela.

Juana.

Ama,
ya el cernícalo prendido
traigo.

Leonor.

Yo no te he mandado
que vengas, que quien conmigo
ha de ir es otra.

ESCENA X.

Dichas y don Pedro.

Pedro.

Infame,
ya dí, á pesar de tu indigno
recato, con la evidencia
de tu loco desvarío.
¿De dónde vienes, traidora?
¿quien es ¡volcanes respiro!
el hombre con quien hablabas?

Leonor.

¿Señor, pretendeis el juicio
volverme? ¿ó despues de tantos
pesares como resisto,
inventarme otros tormentos?
¿cuándo de casa he salido
yo? ¿cuándo he hablado con nadie?

Pedro.

¡Qué aun pretendes, basilisco
de mi honor, negar lo propio
que acabo de ver! testigos
ese manto, esa criada,
á quien un descuido hizo,
que viese el rostro.

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro.

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnós
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aquí estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

tíreme usted mas quedito,
que me desmenuja.

Pedro.

Cuando
ese infame......

Juana.

¡Jesucristo!

Pedro.

Hablaba con aquel hombre,
que es en la esquina continuo
de esta calle, no volvisteis
el rostro diciendo á gritos:
¿vamos, que ès tarde?

Juana.

¡Justicia
de Dios! ¡que no haya un ministro,
que me oiga! que me deshonran.

Pedro.

No es eso lo que te digo:
has de confesar, villana.

ESCENA XII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

Señor, pues con qué motivo.....

Inés.

Pues con qué causa, señor......

Isabel.

¿Ocasionas este ruido?

Inés.

¿Nos pones en confusion?

Pedro.

Ven acá, Isabel (sin tino
me tiene el dolor) ¿salistes

hoy de casa?

Isabel.

¿Cuando has visto
que salga yo sin mi prima,
y sin que lleve conmigo
los criados?

Pedro.

Dices bien:
y si con la accion confirmo
la sospecha ¿en que me paro,
sino en volver al principio
de mi recelo? Isabel,
entrate allá en tu retiro:
Esparaban, vete, y busca
á don Lorenzo.

Esparaban.

De un brinco
daré con él, sino está
paciendo entre los borricos.

ESCENA XIII.

Don Pedro, doña Leonor é Inés.

Pedro.

Espérate, Dorotea:
y tú, ingrato cocodrilo,
que para matar adulas
con tiernos llantos finjidos,
entra en esa cuadra, en donde
negada al menor resquicio
de la luz del Sol, esperes
el mas terrible castigo,
que pueda inventar la ira;
pues en estremos distintos,
el sér del alma le borras

al que ¡ ó no hubieras nacido !
el sér te dió de la vida ,
con escesos tan indignos ,
que ya es tanta tolerancia
vilipendio.

Leonor.

padre mio ,
pues para tanta crueldad ,
¿ qué es lo que yo he cometido ?

Pedro.

Tú lo sabes.

Leonor.

¿ Yó ? ¿ era facil
diese lugar , que un indicio
tuviese el menor reglado
al sér que de vos recibo ,
sin que yo misma en mi propia
no hiciese...?

Pedro.

Deja artificios ,
que no han de valerte.

Leonor.

Mira ,
que para ojos , para oidos
hay engaños.

Pedro.

Y evidencias.

Leonor.

Señor , que oigas te suplico :
don Sancho me hizo hoy un cargo ,
tú vienes con un capricho.

Inés.

¡ Ay de mí ! si aquel papel *ap.*
causa tantos laberintos.

*

Leonor.

Y no es justo que yo sufra
culpar mi honor terso y limpio,
por razon alguna.

Pedro.

A todo
te respondo, si te digo...

Leonor.

¿Qué?

Pedro.

Que nada he de creerte.

Leonor.

Padre, válgame este mismo
nombre para enternecerte,
si un instante te suplico
me oigas, que harto tiempo tienes
de ser despues mi enemigo.
Dorotea.

Inés.

Oye, señor,
á tu hija, no compasivo,
sino justo; y sino quieres
escucharla, yo te afirmo,
que está inocente, y quizas
yo tengo de su delito
la culpa.

Pedro.

A no enternecerme,
marmol fuera y bronce frio.

Inés.

Oyela, y oyeme á mí.

Pedro.

Tú eres parte, y tú testigo,
(aunque ambos apasionados)
quiero conceder mi oido,

á tí que estás obligada
tambien á mis beneficios,
pero no delante de ella.

Leonor.

Pues ahora si que te pido,
que me asegures y encierres;
mira de mí cuanto fio,
que me voy á la prision:
y pues del que era preciso
huir, estando culpada,
mi Alcayde hago, no te digo
mas en mi abono.

Pedro.

Leonor,
ni yo en razon de tu alivio,
mas á tí, de que tu gozo
no será mayor que el mio,
como estés sin culpa. *Entrala.*

ESCENA XIV.

Don Pedro é Inés

Inés.

¡Cielos
ya el último estremo vino
de pagarle la fineza
á Leonor, que por mi hizo.

Pedro.

Inés, pues que sabeis cuanto
á mi casa habeis debido,
que os he hospedado, y que en nada
os distingue mi cariño
de mi hija, y sobrina, hablad;
pero tened entendido,
que respondiéndome solo

á lo que en fe os participo
de que direis la verdad.

Inés.

Fálteme el cielo divino
si os la recatare.

ESCENA XV.

Dichos y don Lorenzo al paño.

Lorenzo

Ya
dejo hablados tres amigos,
y todo en gerga: mas ola,
¿mi suegro aqui divertido
con Dorotea? ¿si el viejo
tendrá resabios de niño?
He de atisbarlos.

Pedro.

¿Don Felix,
alguna vez ha venido
á veros de noche?

Inés.

Estraño
que hagais en mí tan mal juicio.

Pedro.

¿Sabeis quien es cierto hombre,
que la noche de aquel ruido
se halló hablando con Leonor?

Inés.

Ella á mí nada me dijo.

Pedro.

¿Habeis salido con ella
esta mañana?

Inés.

Ahora mismo

ibamos fuera.

Pedro.

Quien era...

Lorenzo.

¡Haya suegro mas maldito!
¡Que rabien todos los viejos
por andar en cuentecillos!

Pedro.

¿La que salió esta mañana
con Juana?

Inés.

Yo á nadie he visto
salir de casa, señor.

Pedro.

Si yo la ví; si he venido
siguiéndola; si la hallé
con Leonor; si la accion miro
de estarse quitando el manto,
y á vos con él, ¿no es preciso
venga con ella, ó con vos?

Inés

Con ella sé que no vino.

Pedro.

Pues vino con vos.

Inés.

Tampoco.

Pedro.

¿Pues es encanto? ¿es hechizo?
¿ó qué es esto?

Lorenzo.

Es el demonio,
que está en los suegros metido.

Pedro.

Pues vive Dios, que ha de estar,
mientras todo lo averiguo,

esa infiel hija encerrada
en esa cuadra.

Lorenzo.

¡Qué he oido!

Pedro.

Ya que un enredo tras otro,
hidra de cuellos distintos,
sucede.....

Inés

Pues del papel *ap.*
no dice nada, ello es fijo,
que no sabe nada

Pedro.

Allí
ha de morir.

Sale don Lorenzo.

¿Suegrecillo,
quien ha de morir?

Pedro

Un áspid,
que engendré, para que impio
me diese muerte.

Lorenzo.

¿Y Leonor?

Inés.

No sé

ESCENA XVI.

Don Pedro y don Lorenzo.

Lorenzo.

Mas que me aspo á gritos:
¡Leonor, Leonor, Leonor? *á gritos*
suegro, fondo en pergamino...

Pedro.

En esa cuadra, Lorenzo,
está, donde determino
no darla la libertad,
hasta averiguar....

Lorenzo.

Quedito:
¿qué es eso de averiguar
á mi muger? ¡voto á Cristo!
con la muger solo puede
averiguarse el marido:
venga la llave.

Pedro.

Esta es;
pero dártela resisto,
hasta hacer una esperiencia.

Lorenzo.

¿Esperiencia? ¿somos Chinos?
Esperiencias con mugeres,
es zapatear sobre vidrio.
Suelte la llave.

Pedro.

Lorenzo....

Lorenzo.

Suelta, vejete, ó te quito
la cofaina de los sesos.

Pedro.

Toma, que tu desvarío
no distingue, que á saber,
fuera dándote un aviso.

Lorenzo.

? De qué?

Pedro.

De que ya casada
Leonor, no tengo dominio

sobre ella, tuya es la accion,
y en tí recae el peligro. (1)

ESCENA XVII.

Don Lorenzo.

De oráculos de ceniza,
con espantajos de mico,
estos viejos me marean
á sentencias los sentidos.
Mas del papel que perdí,
pues alguno del bolsillo
me lo sacó, yo ya tengo
alguna seña, pues dijo
á Dorotea, mi suegro
si habia don Felix venido
ayer; ¿ qué fuera, que yo
descubriese este embolismo?
Mas vamos á lo que importa:
amoroso dueño mio,
sal aquí. *Abre.*

ESCENA XVIII.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Padre, estás ya
satisfecho y convencido
de mi inocencia?

Lorenzo.

¿ Qué padre?
Hija, es un perro judio
el que tienes; y tu padre,
tu madre, y aun tu sobrino

(1) *Dale la llave, y vase.*

soy yo, porque yo soy solo
quien no hace de tí mal juicio.

Leonor.

¿Esposo?

Lorenzo.

Daca los brazos,
y maldito sea quien te hizo,
y el que me hizo á mí tambien.

Leonor.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que confundido
va el viejo, y desengañado.

Leonor.

Claro es, pues vió.....

Lorenzo.

Nada ha visto,
que tiene los ojos hueros,
y aun con otros dos postizos,
no vé siete sobre un asno.

Leonor.

¿Pues dime, qué ha sucedido?

Lorenzo.

Yo te lo diré despacio;
que te vayas te suplico,
y échame acá á Dorotea.

Leonor.

¿Pues qué misterio esquisíto
hay ahora?

Lorenzo.

No me replique:
¿no vé que me encolerizo?
écheme acá á Dorotea.

ESCENA XIX.

Don Lorenzo y doña Inés.

Inés.

Aquí estoy á tu servicio.

Lorenzo.

¿A mi servicio, señora?
¡qué concepto tan cochino!
hable bien, y oyga ¿No sabe,
que rasgando papelillos
la encontré sobre mi mesa
el otro dia? Si finjo, *ap.*
la he de sacar la verdad.

Inés.

Es cierto.

Lorenzo.

Pues la he cogido,
que ya sé quien es don Felix,
y segun el viejo ha dicho,
sé que su nombre es Inés;
y que ella, sin ser obispo,
se ha confirmado á sí propia,
y todo este reboltillo
se le achacan á Leonor,
y ella es la que le ha urdido.
¿Esto es verdad, ó mentira?

Inés.

¡Cielos, todo se lo ha dicho *ap.*
Leonor, y don Pedro! en vano
será negarlo; y si aspiro
á ocultarlo, el honor queda
de Leonor en gran peligro.
Mejor es, cielos, fiar
algo al favor del destino,

y confesarlo.

Lorenzo.

¿ Qué dice?

Inés.

¿ Si ves que no te replico,
no conoces que concedo?

Lorenzo.

Pues ven acá, demoñito,
trampa con moño, patillas
con cintajos, y con grifos,
el papel, que yo le ví,
¿ cómo siendo tuyo mismo,
era de la mano, y pluma
de Leonor, menor pupilo
de doña Inés Dorotea?

Inés.

No sé escribir, y me hizo
merced de escribirle ella.

Lorenzo.

Malditos sean sus nudillos,
y bien ayas tú entre todas
las embusteras del siglo,
que con tu voz me has abierto
las puertas del paraiso.
Dame un abrazo.

Inés

Repara.

Lorenzo.

Dame dos, tres, cuatro, cinco.

ESCENA XX.

Dichos y Leonor.

Leonor.

¿Qué es esto?

Lorenzo.

Estar abrazando.

Leonor.

¿Pues cómo tan atrevido
donde pueda verlo?....

Lorenzo.

Calle,
y métase en su escondrijo,
que si lo supiera bien,
á cien reales el cuartillo
me pagára de este abrazo. *Abrázala.*

Leonor.

¿Dorotea?

Lorenzo.

Bueno, lindo;
¿Qué Dorotea, ó qué diablo?
vaya allá dentro la digo.

Leonor.

¿Cómo?

Lorenzo.

Vaya, que la tengo
de cortar esos deditos.

Leonor.

Yo he de saber.....

Lorenzo

Arre allá. *entrala.*

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y doña Inés.

Lorenzo.

Tú, Inés, ven, que vive Cristo,
que hoy te has de casar con ese
don Felix advenedizo.

Inés.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que yo sé como:
vén, que esta llave su oficio
ha de hacer; y tú, pues es
por tu bien, y por el mio,
has de ayudar cierto enredo.

Inés.

Si es á ese fin, no replico.

Lorenzo.

Y aun Leonor, cierta engañifa;
con que han de ver si consigo
acreditar, que en su casa
mas el mas necio ha sabido,
y vengarme de canalla
maliciosa: y pues los niños
viene espantando la noche,
con su rostro guarnecido
en bolandillas de nubes
pardas, y negras, quedito
seguirme, y obedecerme,
que ello dirá.

Inés.

Ya te sigo.

ESCENA XXII.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix por un lado, y por el otro don Enrique y Martin.

Felix.

Noche de temores llena.....

Enrique.

Madre de sustos, y horror......

Felix.

Pues copiando mi dolor......

Enrique.

Pues retratando mis penas......

Felix.

Me hace espaldas tu piedad......

Enrique.

Tu confusion me desmiente.....

Felix.

Permite, que estar intente......

Enrique.

Deja inquirir la verdad......

Felix.

Donde logre un desengaño....

Enrique.

De una ciega fantasía......

Los dos.

Y mas que no salga el dia,
si ha de salir por mi daño.

Felix.

Pues hácia alli un bulto veo,
¿si es don Enrique? No hay duda.

Martin.

¡Que haya hombre, que á ver acuda
de noche, lo que el deseo
de dia no ve!

Enrique.

No, Martin,
culpes en mi accion alguna,
culpa mi adversa fortuna,
que pudiendo ser el fin
de estar aqui, el de lograr
un amoroso placer,

un pesar hubo de ser.

Martin

Y aun pesar puede el pesar
algo mas, si porfiado
aguardas hasta las nueve.

Enrique.

¿Qué?

Martin.

La tormenta, que llueve
el nubarron de vidriado.
Mira, hombre de satanás,
que estás en riesgo evidente.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Lorenzo, y doña Inés con manto.

Inés.

¿Suele ponerse allí enfrente?

Lorenzo.

Sí, y tú le llamarás:
llega.

Inés.

Cé.

Enrique.

¿A mí?

Inés.

A vos: seguidme,
que os llama aquella persona,
que está en casa de Leonor.

Enrique.

Isabel es, ¿quién lo ignora?
Sígueme, Martin.

Lorenzo.

Ya tienes
quien te vaya haciendo escolta,

Inés.

Dos vienen.

Lorenzo.

Vengan doscientos:
sin que te vean, ni te oigan,
enciérralos donde dige,
y aguárdame.

ESCENA XXIV.

Don Felix, don Lorenzo y dan Sancho.

Sancho.

Aquien importan
vida, y honor sus sospechas,
¡qué poco un sosiego logra!
No he podido descubrir
á este don Felix, que nombra
el papel: ¡pero qué miro!
en la esquina está una sombra,
¿quién duda que es él? pues siempre
en ella las noches todas
veo, que embozado......

Felix.

Hácia mí
con solicitud curiosa
se llega un hombre.

Lorenzo.

¿Qué fuera, *ap.*
que embarazase una droga
mi intencion? ¡Ah caballeros!

ESCENA XXV.

Dichos, y tres hombres al paño.

Los dos.
¿Qué mandais?
Lorenzo.
Puntico en boca,
y prontos á la ocasion.
Los tres.
Uced el caso disponga,
y se engergará.
Lorenzo.
¡Qué hermosos *ap.*
plumages para la horca!
Sancho.
¿Señor don Felix?
Felix.
¿Quién es?
Sancho.
Quien ya que el nombre le importa,
quiere de vos inquirir,
qué es lo que os trae á estas horas
á este sitio, y á qué acciones
os conmuev[illegible] indecorosas
hácia un respeto el mas grande.
Felix.
A proposiciones locas,
respondo yo de esta suerte. *Rinen.*
Sancho.
Y yo concluyo de estotra.
Lorenzo.
Ahora es ocasion, llegad.
Uno.
La justicia.

Felix.

¿ Yo?

Lorenzo.

La boca
le tapad : vaya.

Los tres

Venid. *Llévanle.*

ESCENA XXVI.

Sancho.

Malogré la accion heróica
que intentaba ; recatarme
(pues que no advirtió la Ronda
en mí) es fuerza, y pues le llevan
á la carcel, poco estorba ;
qui allį podré dar con él.
Por no encontrarlos, que coja
esta calle, y entrarme en casa,
es mejor.

ESCENA XXVII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Lorenzo, los tres hombres, y don Felix cubierto el rostro.

Lorenzo.

Aqui se ahorman
los guapos.

Felix.

¿ Tanto rigor
por casualidad tan corta?

Lorenzo.

Entre, y calle. A Dios amigos.

Ellos.
Ved si mandais otra cosa.

ESCENA XXVIII.

Dichos é Inés.

Lorenzo.
¿Doña Inés?

Inés.
¿Qué es lo que quieres?

Lorenzo.
¿Y don Felix?

Inés.
En esotra
pieza está.

Lorenzo.
Dame la llave:
¿él no te vió?

Inés.
Y aun de forma
mentí la voz, que ni el eco
pudo conocer.

Lorenzo.
Ahora
llama á Leonor, y trae luces.

Inés.
Aqui te las tengo prontas,
y ella está aqui. *Saca dos luces.*

ESCENA XXIX.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.
¿Qué me ordenas?

Lorenzo.

Que tus contrarios conozcas,
y que sepas que tu esposo,
siendo un pobre zanpatortas,
ha sabido hacer sin ruido,
lo que otros gritando no obran.

Leonor.

¿Pues porqué me dices eso?

Lorenzo.

Porque has estado sin honra
hasta aqui, por un papel,
que de Marta la piadosa
has escrito por Inés:
mira que nada se ignora,
y que es tiempo de hablar claro.

Leonor.

Ya Inés me informó de toda
la máquina que dispones,
y tú verás como logras
mi bien y el tuyo, y desde hoy
con mayor deuda te adora
mi obligacion.

Lorenzo.

Pues oculta
está aqui, y de lastimosas
voces embute los aires, *Escondela.*
cuando yo te avise. Toma
tú esa luz, y abre á don Felix.

Inés.

¡Cielos, yo he sido dichosa! *ap.*
¿Don Felix? ¿mi bien?

ESCENA XXX.

Dichos, don Enrique y Martin.

Enrique.

¿Quien llama?
¡Pero qué miro! ¡Ah traidora!
muere. *Va á darla.*

Inés.

¡Infelice de mí!

Lorenzo.

Esta es otra gerigonza:
¿qué es esto?

Enrique.

Ver una infame,
motivo de mi deshonra.

Martin.

¿Adonde estoy?

Enrique.

No impidais,
que dé muerte á una alevosa.

Lorenzo.

¿No dices que este es tu amante
muger, ó diablo?

Inés.

Pues pronta
la llave encuentro en la puerta,
aquesta cuadra me esconda. (1)

ESCENA XXXI.

Dichos y don Felix.

Felix.

¿Quien va? ¡mas qué es lo que miro!

(1) *Va á entrar por la puerta izquierda donde está don Felix.*

¿Inés, quien es quien te enoja?
que yo moriré á tu lado.

Lorenzo.

Buena va la trapisonda.

Enrique.

Don Juan, como amparais vos
á quien...

Felix

Suspended la heroica
cuchilla, que soy don Felix,
y es vuestra hermana mi esposa.

Enrique.

¿Como?

Felix.

Como de aquel lance,
que fugitiva hasta ahora
la ha traido, soy el dueño.
Es mi nobleza notoria;
Don Felix soy de Toledo,
si por muger me la otorgas
todo lo remedias.

Lorenzo.

¿Esta
es comedia, ó Babilonia?

Martin.

¿No díje yo, que estos cuentos
habian de parar en solfa?

Enrique.

Fuerza es abrazar el medio,
que el pundonor me recobra.

Lorenzo.

Ya todo está descubierto:
grita, Leonor, que ya es hora.

Dentro Leonor.

¡Ay infelice de mí!

ESCENA XXXII.

Dichos, don Pedro, despues don Sancho, doña Isabel, Juana y Esparaban.

Pedro.
¿Quien mi sosiego alborota
con quejas?
Sancho.
¿Que tristes ecos
son estos?
Isabel.
¿Qué pavorosas
voces alteran el aire?
Juana y Esparcban.
¿Quién maltrata á mi señora?
Lorenzo.
Quien ha vuelto por su honor
haciendo lo que le toca:
ya Leonor con esta daga
queda hecha pepitoria.
Sancho.
¿Qué es lo que dices?
Pedro.
¿Qué has hecho?
Lorenzo.
Lo que vuestras ceremonias,
vuestras malicias, y vuestras
imprudencias me provocan.
¿Donde está un papel escrito
á un don Felix, don Alfórja,
ó don demonio?
Sancho.
Aqui está
Inés.
De ese papel es la nota

mia, y le escribí á don Felix;
y aunque es de la mano propia
de Leonor, de lastimada
de mi honor, puso ella sola
la pluma, no la intencion.

Pedro.

Ese desengaño sobra;
¿mas el hombre que seguistes,
y que de un balcon se arroja?

Isabel.

Fue don Enrique, señor,
á quien engañada, y loca
mantuve en otra creencia,
siendo yo la que amorosa
quise atraerle á mi afecto,
sin que nada vea ni oiga
Leonor: páguelo mi vida,
pues temeraria y traidora
he causado yo esta ruina.

Los dos.

¿Pues cómo, infame?....

Enrique.

Deponga
vuestra razon el enojo,
que es bien que yo reconozca
yerro y enmienda: mi mano
es de Isabel. *Danse las manos.*

Sancho.

¿Y una sombra,
que vi hablando con Leonor?

Inés.

Es, que sabida mi historia,
porque mi honor restaurase,
de hablar á su cargo toma
á don Felix.

Lorenzo.

¡Jesucristo,
como andaba la pelota!
la honra de un hombre de bien
entre vejetes, y mozas.

Pedro.

Mira necio lo que has hecho.....

Sancho.

Mira cuan ciego te arrojas...

Los dos.

A dar muerte á la inocente,

Lorenzo.

¿Ahora salis con la droga
de inocente, y me metiais
una daga por la cola
con cada palabra? Perros,
quien me deshonraba, á costa
de mi paciencia, eran cuantos
juzgaban mal de mi esposa,
que yo nunca lo juzgué:
la manga de la Parroquia
traigan, que han de morir. (1)

ESCENA XXXIII.

Dichos y doña Leonor.

Todos y doña Leonr.

Tente.

Lorenzo.

Tú solamente, paloma
de mi vida, y de mi alma,
suspenderás la ponzoña
de mi venganza. Todo esto

(1) *Acuchillalos.*

ha parado en que eres boba
en escribir por ninguna;
si otra vez la pluma tomas,
con un trinchete te tengo
de rebanar ambas corbas.

Todos.

¿Leonor?

Lorenzo.

Vayan noramala;
cásese él con esta moza.

Martin.

Daca, puesca.

Juana.

Toma bruto!

Lorenzo.

Vayanse todos, y todas,
no quiero mas enemigos:
que suegros, padres, fregonas,
y criados, son en las casas,
para consumir, las gomias,
para enredar los demonios

Isabel.

¡Dulce fin!

Enrique.

¡Suerte dichosa!

Inés.

¡Gran ventura!

Felix.

¡Estraño gozo!

Los dos.

Mis desaciertos perdona.

Leonor.

Lorenzo, mi ser es tuyo.

Lorenzo.

Abrázame, fanfarrona.

de mi vida: y sepan todos
que la prudencia es gran cosa,
que el mas necio sabe mas
en lo que á su asunto toca;
que la Honra da Entendimiento

Todos.

Y con dos palmadas solas
quedan premiados, y alegres
nosotros, Ingenio y Obra.

El honor dd entendimiento.

Seria esta comedia una de las mejores de Cañizares, por la novedad del pensamiento y otras buenas prendas que la adornan, si no tuviese un defecto muy esencial. En el primer acto recae todo el interés en don Enrique y Leonor, y en el segundo y tercero es don Lorenzo el que cautiva esclusivamente la atencion de los espectadores. Nace á nuestro parecer este defecto del carácter desigual del protagonista, que segun le pinta el poeta en el primer acto, es tan imbécil é incapáz, que parece distinto del que se presenta despues en el resto de la pieza. Es verdad que para justificar el título de ella era preciso que en el entendimiento de don Lorenzo se verificase una mudanza tan estraordinaria; pero ésta es inverosimil no suponiendo á lo menos que entre el primero y segundo acto pase una série de tiempo infinitamente mayor que la indicada en la comedia. Don Lorenzo, segun le pinta Cañizares en todas las escenas del primer acto, es un verdadero estúpido, á quien por su incapacidad moral debe negarse el sacramento del matrimonio. En el segundo acto es un personage diferente: es un ignorante que carece aun de la primera instruccion que recibe la niñéz; pero el uso de su razon está espedito y discurre con acierto: es recatado é ingenioso para indagar la conducta de su esposa, y aunque su padre y su suegro, estimulados del pundonor, le ponen en una situacion peligrosa, y le escitan á la venganza, no solo no se precipita ni maltrata á Leonor, sino que tampoco duda jamás de su honradéz. Esta cordura supone por lo menos un talento reflexivo é ilustrado por la esperiencia; y es im-

posible que en el estado en que se halla el protagonista antes de casarse, pueda llegar á adquirirle solo por conservar su honor, de cuyo sentimiento es incapáz un bobo de aquella especie. Si Cañizares hubiera principiado la accion en el segundo acto, su obra hubiera tenido la unidad de interés que necesitaba, y sería quizá la mejor de sus comedias. Suficientes materiales tenia en los dos últimos actos para haber llenado los tres de la pieza, distribuyendo los antecedentes necesarios del primero. Don Enrique no se apoderaria del interés principal, como sucede ahora en el primer acto, y Leonor tendria el mismo que por su dulzura, por su pundonor, y por la honradéz de sus sentimientos adquiere en los dos últimos. Don Lorenzo seria siempre el personage principal, la atencion del espectador se fijaria en un solo objeto, y se conservaria perfectamente la unidad de accion. Es verdad que entonces el título no convendria con tanta exactitud al argumento; pero ¿qué importa, si aun en el caso presente es defectuoso? *El honor dá entendimiento* en su riguroso sentido espresa una asercion falsa: el honor ofendido, los zelos, la ambicion y otras pasiones pueden muy bien poner en accion aquella potencia intelectual, desenvolverla y perfeccionarla con el ejercicio; pero no podrán dársela jamás al que absolutamente carece de ella, en cuyo caso pinta el poeta á Don Lorenzo en el primer acto. Al esponer estas breves reflexiones no ha sido nuestro ánimo rebajar de ningun modo el mérito de Cañizares, sino el indicar el medio de refundir esta pieza, que seria entonces una de las mas bellas de nuestro teatro nacional, si una mano diestra se dedicase á este trabajo.

Por lo demas, el carácter original del protagonista es una creacion felíz, que acredita el ingénio del

poeta, y las situaciones en que le coloca; particularmente desde el segundo acto hasta el desenlace, estan bien imaginadas. El carácter malicioso de los dos viejos contrasta perfectamente con el de Don Lorenzo; el de Leonor es amable y pundonoroso, y el de doña Isabel se parece bastante al de doña Clara en la comedia de Matos Fragoso, titulada *el Galan de su Muger*; los amores de don Féliz é Isabel, y la pasion de don Enrique á Leonor forman la intriga, y estan bien enlazados al asunto principal; finalmente las escenas estan bien dialogadas, el lenguage es á veces gracioso y siempre castizo y propio, y la versificacion fácil y natural.

TRAGEDIA NUEVA,

EN TRES ACTOS.

IDOMENEO.

POR

DON NICASIO ÁLVAREZ

DE CIENFUEGOS.

... moniti meliora sequamur.

VALENCIA:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MOMPIÉ.
1824.

AL CIUDADANO

FLORIAN COETANEAO.

O tú, donde quiera que estés, alma virtuosa y verdaderamente grande, si alguna vez llega este libro á tus manos, abre, lee, y oirás la voz del primero de tus amigos, que te paga públicamente la deuda de su amistad y de su agradecimiento. Que no fuera yo uno de aquellos hijos predilectos del genio, que dictan la inmortalidad de los caracteres indelebles de su dichosa pluma! Unidos nuestros nombres en la posteridad, como lo estan ahora nuestros corazones, *sabrian los siglos mas remotos lo mucho que yo he debido á tus talentos, á tus virtudes, y á tus eficaces egemplos. Tú me hiciste probar por la primera vez la felicidad verdadera en el regazo de la amistad mas pura, en la efusion de dos almas criadas una para otra, y hechas para no separarse nunca.* **Dónde estais** *flores hermosas de mi juven-*

tud? Qué fueron aquellos tiempos en que mis libros y Coetanfao eran mi universo entero? Ah! qué poco esperaba yo entonces el golpe terrible que despues cayó sobre mí, cuando el bárbaro destino te arrancó cruelmente, y acaso para siempre, de mis cariñosos brazos! Dias de lágrimas, de amarguras, de agonias mortales, siempre sereis de los mas negros, de los mas aciagos, de los mas execrables de mi vida. Si á lo menos hubiera yo podido ir á tu lado, acompañar tus soledades, y partir las congojosas aflicciones que te aguardaban! Tu suerte te habria parecido menos enemiga, y yo me hubiera creido el mas dichoso de los hombres. Pero estaba decretado que solo, y sin compasion en el mundo, habias de apurar el caliz del dolor hasta las heces mas amargas, porque tal fue siempre el destino de la virtud en la tierra. O Coentafao mio! compañero mio! idolo de mi amistad! no estabas solo, no: los hombres podrán separar los cuerpos; pero las almas inaprisionables, como los rayos del sol, vuelan libremente donde su deseo las llama. La mia partió contigo, veló en tus desvelos,

acompañó tus llantos, se afligió en tus afflicciones, aprendió en tus virtudes, y estuvo, está y estará perpetuamente donde tú estuvieres; y mientras me quede un solo soplo de vida, vivirá en mi alma Coetanfao todo entero. Mi vanidad, mi honor, mi gloria es ir siempre contigo, y acompañarte hasta en los horrores del sepulcro, para que una misma losa cubra nuestras cenizas inseparables. Entre tanto, ven, Coetanfao mio, ven á honrar mis versos con tu nombre, para que nunca se diga que va Cienfuegos sin su idolatrado amigo. Y pues viste nacer á mi Idomenéo*, y sabes su historia, y tanto has contribuido á formar su gusto, recibe como si fuera tuyo y con él todo el corazon, todas las potencias, toda el alma de tu ciego y fogoso amigo*

Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

ACTORES.

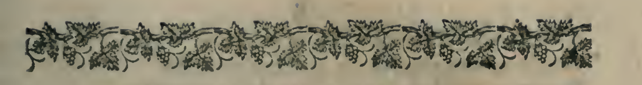
IDOMENEO, *Rey de Creta.*
BRISEA, *su esposa.*
POLIMENES, *hijo de los Reyes.*
SOFRÓNIMO, *Sacerdote.*
LINCEO, *su hijo.*
LICAS, *de la familia Real.*
AGENOR, *Consejero del Rey.*
MERION, *Capitan de la guardía.*
GUARDIAS.

El teatro representará un vasto campo.

En el fondo se verá á una parte el mar, y á la otra una Ciudad arruinada, cuyos edificios estarán unos caidos, otros medio arruinados, y otros amenazando caer. Habrá en el teatro algunas piedras rústicas que servirán de asiento. Se supone que á la izquierda de los espectadores está la tienda del Sacerdote y el Templo; y á la derecha la de los Reyes y el puerto.

La escena empieza antes de amanecer, á tiempo que la mar está todavía alterada de una anterior borrasca. Alzado el telon, al son de las ondas y al ruido del aire en los árboles, aparecerá Sofrónimo *viniendo por entre las ruinas, y detrás á alguna distancia, vendrá* Linceo *como observando á su padre.*

La escena es en Cidonia.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

SOFRÓNIMO, LINCEO.

SOFRÓNIMO.

O noche!.... ó soledad!.... mar borrascoso,
Imagen triste de mi pecho inquieto!....
Cuál ruido sordo?.... con ligera planta
Llegan.... quién eres?

LINCEO.

Quien el ser os debe;
Los temores calmad.

SOFRÓNIMO.

A dónde, á dónde
Osas marchar?

LINCEO.

A donde vos.

SOFRÓNIMO.

Soberbio,
Quieres ser guarda de tu mismo padre?

LINCEO.

Quiero amarle, Señor. Pálido, triste,
Torbo el semblante, revolviendo atroces
Los muertos ojos, en mortal silencio

Exhalando el dolor; tal os admiro
Desde el dia infeliz en que temblando
Nuestra ciudad cayó. Cuando la muerte
Yermó, soplando pestilente aliento,
Esta region, en inquietud ansiosa
Os ví tambien. Desapareció el peligro,
Y en vuestro pecho renació la calma.
Al presente, no asi: mas congojoso
Os hallo cada vez. En este dia,
Cuando el imperio á la verdad austera
Usurpó la ilusion del blando sueño,
Vos en amarga tempestad perdido
Velabais: yo lo ví; yo cauteloso
Pude observarlo, y esperanzas, iras,
Osadía, temor..... no sé qué afectos
Vuestro agitado pecho guerreaban.
Por la primera vez en vuestros ojos
Lágrimas ví, y absortos mis oidos
Oyeron vuestra voz interrumpida.
Crece vuestro furor; salís; os sigo;
Y os veo entre las sombras de la noche,
Cuando apenas su faz asoma el alba.
Arrastrar vuestros bárbaros tormentos
Por las tristes ruinas silenciosas
De esa ciudad. O padre! eternamente
Sellando el labio, apenareis á un hijo
Que en vos respira? vuestro acento mudo
Me avergüenza, señor. Ah! rompa, rompa
Vuestro cariño el infeliz silencio.
Descargad en mi amor las pesadumbres;
Que si á cortar vuestro dolor no alcanza
Con vos al menos verterá su llanto.

SOFRÓNIMO.

Vuelve la faz, pregunta á esas ruinas,

Te dirán mi afliccion. En torno de ellas
Vuela la sombra del veraz amigo
Que á su amigo infeliz en vano llama:
La del esposo, que doliente busca
El tálamo nupcial, que yace frio
Oyendo el llanto de la viuda esposa:
La de la vírgen, que suspira ardiente
Su soledad y desamor llorando:
La del infante, que sus palmas tiende
Buscando aun el seno delicioso
De su amorosa madre acongojada.
Y todavía ignorará Linceo
La causa de mi mal? goza seguro
De tu felicidad; que yo entre tanto,
Ministro celestial, infatigable
Dias y noches velaré en la dicha
De los humanos. Hácia el alto cielo
Las manos alzaré cuando irritado
Amanece al mortal; y hasta la causa
De la calamidad subiendo, en ella
Leeré el remedio, y las celestes iras
Aplicaré: mi obligacion augusta
Así lo ordena. Por servirla ahora,
Por enjugar las lágrimas que vierten
Cien taladas provincias, sumergido
En terrible tristeza y pesadumbre
Me ves.... resuelvo en la agitada mente
Cómo calmar la tempestad que truena
Sobre nosotros.

LINCEO.

Generoso empleo
De una afliccion! y, ó!.... no probará
Vuestro pecho jamas otra amargura!
Mas la prueba, señor: no artificioso

Miente el acento del dolor profundo.
La voz del vuestro resonó en mi oido:
Resonó, resonó, cuando fiado,
De una aparente soledad, rompia
Su forzada prision. Yo, siempre atento,
Vuestras palabras recogí perdidas.
Vuestro silencio, vuestro amargo llanto;
Y.... os aflige otro mal.... aquí entre sombras,
Sin paz, negado el apacible sueño,
Cuál deleite buscais en lós horrores
De esas calladas soledades?

SOFRÓNIMO.

Duerman
Los que fortuna amó: duerma Linceo
En tanto que su padre desvelado
Vende el reposo por el bien de Creta,
O, si Agenor, á quien ansioso espero,
Gustando mi opinion, á su Monarca
Lograra persuadir!

LINCEO.

Si es saludable,
Agenor gustará vuestro consejo,
Y el Rey tambien, que á sus vasallos ama
Cual tierno padre. Quien por ser amparo
Del infeliz, la tienda que le abriga
Prefiere á cien alcázares de bronce,
Y osa arrostrar cien muertes que le ofrece
Cidonia amenazando vacilante,
Del bien jamas apartara el oido?

SOFRÓNIMO.

Si me escuchara!.... de su mano pende
De los Cretenses la inmortal ventura.

LINCEO.

Cómo, señor?

SOFRÓNIMO.

Ejecutarlo es duro:
El consejo es cruel, es inhumano:
Mas necesario ya.

LINCEO

Cuál es?

SOFRÓNIMO.

Linceo....
O Linceo!.... Si tú correspondieras
De tu padre al amor!

LINCEO.

A vuestro antojo
Mi cariño medid: yo sé que os amo,
Y me basta.

SOFRÓNIMO.

Conozco en la respuesta
A mi hijo: su afecto es mi esperanza.
Abre tu corazon, y en mi secreto
Recibe mi dolor. Creta infelice
Corre á su perdicion, si al cielo justo
No satisface con su sangre el hijo
De Idomenéo.

LINCEO.

Polimenes? cierta*
Mi sospecha salió. * Su muerte....

* *Aparte.*

SOFRÓNIMO.

Escucha
Todo el misterio. Cuando ya de Troya
Volvia vuestro Rey de aquella guerra....
Guerra bárbara, injusta, cuál afrenta
Recibimos jamas de los Troyanos
Para sembrar los Ilioneos muros
En llanto y sangre y orfandad de Creta

El cielo nos vengó. Tempestuosa
La mar asalta el Rey, que por salvarse
Votó sacrificar lo que á su vista
Primero en Creta se ofreciese: el hijo
Fue el infeliz que condenó la suerte.
Callando á todos su fatal secreto,
De mí lo confió: mas yo confuso,
Dando lugar á que los santos dioses
Su augusta voluntad nos declarasen,
Le aconsejé que suspendiese el voto.
Hízolo así; y asoladora al punto
La pestífera plaga, el terremoto,
Y mil señales de mortal anuncio
Nos publicaron las celestes iras.

LINCEO.

Padre!

SOFRÓNIMO.

Te pasma el singular suceso?
Por él has visto á quien el ser te ha dado
Víctima de tormentos inmortales.
Cuántos combates á mi pecho cuesta
Resolverse á exigir el sacrificio!

LINCEO.

Y le exigís?

SOFRÓNIMO.

Le exijo.

LINCEO.

Es imposible.
En el mismo lugar que os oye ahora
Aprobar los humanos sacrificios
Me acuerdo que os oí, cuando Ifigenia
Al dios del mar en holocausto impío
Rindió su vida, que los altos dioses
El rostro apartan de sangrientos cultos

Que trastornan sus leyes inmutables:
Que fue la iniquidad quien, entronada
En la ignorancia, imaginó funesta
Un olimpo de dioses vengativos,
Como el débil mortal viles esclavos
Del ciego error y míseras pasiones.
Así dijisteis. Y será que ahora
Aconsejeis la que en mejores dias
Abominasteis con razon?

SOFRÓNIMO.

Linceo,
Las ocasiones son las que pronuncian
Del bien y el mal. Lo que loable y santo
Unas consagran, reprensible y torpe
Condenan otras.

LINCEO.

Lo que en sí es injusto,
Por suerte nunca dejará de serlo?
Bien lo sabeis: que siempre invariable
Hay para todos, y do quier la misma,
Una Justicia universal y eterna.
Quien temerario sus decretos huelle,
Podrá de justo merecer la fama?
En vano, en vano buscará la sombra
De un hombre celestial, que sus horrores
Vele: ofendido el universo entero
En él verá su bárbaro enemigo:
y contando á los siglos sus maldades;
Es un impío, dirán, es un perverso.
Es un ser destructor....

SOFRÓNIMO.

Y es un ingrato,
Un monstruo, el hijo que á su padre ultraja.

LINCEO.

Yo os ultrajo, señor?

SOFRÓNIMO.

Tú, que altanero,
De tu razon adorador impío,
Osas dar leyes á los mismos dioses,
Osas....

LINCEO.

Mostraros....

SOFRÓNIMO.

Temerario, ignoras
Quién eres, y quién soy? cuando despliega
Tu padre el labio, con silencio humilde
Le debes escuchar. Cuando respira
El Sacerdote, tiembla y obedece.

LINCEO

Tiemble el malvado; la conciencia pura
Desconoce el temor: cuando desmaya
Vencida la razon, por defenderla
Se debe atropellar el orbe entero.
No hay patria entonces, deudo, sacerdocio,
Y sí virtud que vitupere muda
Allí al silencio.

SOFRÓNIMO.

Dioses inmortales!
Este consuelo me guardabas? toma;
* *Le da un puñal.*
No falta mas; mi corazon traspasa.

LINCEO.

El mio traspasad antes que pueda,
Sellando el labio, permitir cobarde
Que ciego os despeñeis. Eternamente
Me vereis combatir vuestro consejo:
Infatigable el sacrificio impío

Condenará mi voz. Si por desdicha
Vuestro obstinado corazon resiste
A los esfuerzos de mi lengua amante,
Sabedlo ya: que os opondré un escollo
Donde fracase vuestro osado intento. *Vase.*

ESCENA II.

SOFRÓNIMO. *Siguiendo á su hijo.*

Vuelve, escucha, deten, hijo perverso,
Horrible monstruo... Cuando cielo y tierra
Conjuro contra mí por darte un trono,
Do subieras muriendo Idomenéo
Sin sucesion, y un premio tan amargo
Das á mi amor? si en el olimpo hay dioses
Que de un padre infeliz oigan los votos,
Hagan que, abierto su horroroso abismo,
Le sepulte la tierra *.... cuál acento
* *Aquí hay un eco que repetirán las últimas sílabas de* sepulte *y* tierra.
Responde lejos á mi voz?.... por suerte
Será que esté mi maldicion cumplida?
Hijo.... Linceo.... * ¡solitario y triste
* *El eco repetirá las últimas sílabas de* hijo *y* Linceo.
Eco! y mas triste corazon luchando
Con mil deseos y temores!... dónde
Está mi esfuerzo y mi valor antiguo?....
Temblando estoy: donde la planta muevo
Huye la tierra, y do pisar me falta....
Tinieblas y pavor; nada mas veo....
Dioses eternos!.... pero á quién envio
Mi sacrílega voz? á los que, santos,

Ven mi maldad, y la abominan?.... dónde
Me ocultaré? los cielos y la tierra
Veo moverse en mi cruel venganza....
O voto! ó perdicion!.... hijo funesto
Nacido por mi mal, tu amor me pierde;
Tu admirable virtud es mi delito ...
Virtud, que un dia mis amores fuiste,
Ay! vuelve, vuelve á tu imperio
En este corazon. Cuánta amargura,
Cuántos remordimientos congojosos
Tu ausencia me costó!.... me esfuerzo en vano...
Vuelvo la espalda á la virtud que adoro,
Y corro en pos del crímen que detesto....
Y no preferiré ninguna senda?
Y estando ya la Pitia sobornada?....
Huid lejos, huid, vanos fantasmas
Torpes hijos del miedo. Por ventura
No me distinguiré del necio vulgo?
Si el intento es maldad, cólmese el crímen....
Crímen? el hombre al semejante debe
La prometida fe; y á las deidades
Lo que votó rehusará sin culpa?
Cuál era mi temor? ó cuál delito
Figuraba en mi accion la fantasía?
A la muerte descienda Polimenes;
Sea su tumba el trono de Linceo.
La fortuna es deidad; ella me inspira;
Su inspiracion es ley.... esta tardanza
Del crédulo Agenor!.... iré á su tienda. *

* *Se dirige á ella; pero luego se detiene viendo que sale Agenor.*

ESCENA III.

SOFRÓNIMO, AGÊNOR.

SOFRÓNIMO.

Cuando los brazos á sus hijos tiende
Buscando alivio en su dolor la patria,
Duerme Agenor?

AGENOR.

De vuestro santo labio
Espero humilde el funeral misterio
Que ofrecisteis ayer manifestarme.

SOFRÓNIMO.

En él se libra la salud de Creta.
La justicia inmortal está ofendida
De una oculta maldad. En su venganza
Jove la diestra alzó, y allí la muerte
Ató á Cidonia á su triunfante carro.
Si no aplacamos las celestes iras,
Nuestra patria cayó.

AGENOR.

Dioses!... al punto
El Crímen descubrid y el delincuente,
Y haré que sin tardanza Idomenéo
Nos salve.

SOFRÓNIMO.

Lo podeis, ninguno impera
Tanto en su corazon; mas cuando absorto
Sepais el criminal....

AGENOR.

Ni en mi ruina
Dejaria de osar: que si en los años
Pueden morir las juveniles fuerzas,

No así el aliento, que con faz serena
Por la virtud y por la santa patria
La impávida cerviz rinde á la muerte.

SOFRÓNIMO.

Hóy es el dia en que el supremo Jove
De nuestra gente pasará el destino:
Hoy es el dia que fijó el Monarca
Para salvar ó destruir á Creta.
Sobre sus males consultarnos quiere.
Cortarlos de una vez está en su mano;
El remedio es feroz, mas hay remedio:
Sangre humana verted.

AGENOR.

Funesto anuncio!
Y cuál sangre? decid.... yo por desdicha....

SOFRÓNIMO.

No sois vos, Agenor; mas si os hablase
Doliente la amistad por el culpado?

AGENOR.

Es muda la amistad cuando habla el cielo.

SOFRÓNIMO.

Y osarias pronunciar contra el Monarca!

AGENOR.

Sacerdote! es el Rey?

SOFRÓNIMO.

A mi pregunta
Acorde responded.

AGENOR.

Oh! tal no sea!
Llorando de mi Rey la triste suerte
Sacrificára mi afliccion al cielo.

SOFRÓNIMO.

Hablais muy recto; ejecutad ahora.
O los dioses, ó el Rey: no hay mas partido;

Escoged, Agenor.

AGENOR.

Númenes santos!
El Rey? Idomenéo es delincuente?

SOFRÓNIMO.

Y Agenor lo será si ya no emplea
Todo su esfuerzo en aplacar los dioses.
Cumplir un voto, que al sepulcro llama
A su hijo, rehusa Idomenéo.
Su obstinacion nos sepultó en desastres
Y lamentos sin fin; y ya cercano
Un exterminio general prepara.

AGENOR.

Cuál riesgo, en qué lugar hizo ese voto?

SOFRÓNIMO.

Volviendo de Lion, para salvarse
Del furor de la mar tempestuosa.
Su mismo labio me contó el suceso.

AGENOR.

Y le exhortasteis á prestar su ofrenda?

SOFRÓNIMO.

Cuando sentí la cólera celeste
En tantas plagas, exigí su voto.
En vano; es padre: mas los justos dioses
Sufrirán su desden?.... todo el secreto
Os hice penetrar: con el Monarca
Favoreced el celo religioso
Que arde en mi corazon.

AGENOR.

De aquí nacía
Su tristeza mortal.... ó sacerdote!
O destino infeliz de Polimenes!...
Y yo que le enseñé!... cuántos dolores
Vuelan en torno á su segura madre!...

En la flor de su edad! oh! si valiera
Por la suya mi sangre!

SOFRÓNIMO.

El cielo es justo.

AGENOR.

A dónde, á dónde guiará sus pasos
El mísero? le veis? sin duda marcha
Llamado de algun bien.... ó! cuánto ignora!

ESCENA IV.

POLIMENES, SOFRÓNIMO, AGENOR.

SOFRÓNIMO.

Dónde llevais la diligente planta
Cuando apenas el sol dora las cumbres?

POLIMENES.

Me llama la virtud.

SOFRÓNIMO.

Cuáles deberes
Os pueden desvelar?

POLIMENES.

Cuando temblando
Nos arrojó Cidonia de su seno,
Nos dió esa tienda su seguro abrigo;
En tanto que dolientes los vasallos
Sin fortuna, ni amparo, ni esperanzas,
Con su afliccion á la inclemencia vagan.
Ves de tu patria la cruel miseria,
Me dijo el Rey; la humanidad augusta,
Nuestro santo saber, todo nos clama
Que tendamos la mano bienhechora
Al infeliz.. Bajar á sus desdichas,
Visitar su dolor, con tierno llanto

Sus lágrimas regar, partir sus males,
Sea tu ocupacion: que entre infelices
Se aprende la virtud. Dijo, y de entonces
Todos los dias la rosada aurora
Me ve marchando á consolar los tristes.

SOFRÓNIMO.

Feliz ocupacion! si tan odioso
No angustiara el dolor y la indigencia.

POLIMENES.

Entristece en verdad: me aflijo, lloro;
Pero siento un placer en mi tristeza!
Siento un gozo!... no sé: yo me engrandezco,
Me parece que un Dios dentro me abrasa,
Y.... sola la virtud su precio siente!
Suspiras, Agenor?

AGENOR.

Nieto infelice
Del justo Minos!

POLIMENES.

Infeliz? amigo,
Yo me creo feliz: ninguna culpa
Mi pecho agita, ni el temor de lejos
Nubla mis esperanzas. Sacerdote,
Cuál es la causa de su triste llanto?

SOFRÓNIMO.

El gozo de admirar vuestras virtudes.

POLIMENES.

El fue quien vigilante las semillas
En mi pecho sembró con sus lecciones.
Voy al momento, que en mi oido suena
La dolorida voz del indigente. *Vase.*

ESCENA V.

SOFRÓNIMO, AGENOR.

AGENOR.

O joven!... ó virtud! .. ó Sacerdote!...
Habremos de olvidar tanta inocencia?...
No puedo, no: mi pecho se resiste
A tanta crueldad. Cuánto atractivo
Corria de su lengua virtuosa!
Cuánto candor lucia en su semblante
Donde su alma sincera se asomaba!...
Es otro Minos: su ademan, su acento,
Su misma rectitud, beneficencia....
Una deidad habita en Polimenes.
Y callais? Sí, cual yo, desde la cuna
Rigieras á sus años inexpertos!...
No os pudo enternecer?

SOFRÓNIMO.

Soy insensible?

AGENOR.

Qué resolveis?

SOFRÓNIMO.

Huir en el instante
De esta region impía dedicada
A la celeste cólera: ni el polvo
He de llevar; contaminado entonces
Fuera tambien como vosotros reo.
En paz te queda; á Polimenes salva
En desprecio de un Dios: que tanto veas
Lleno de angustias, descender ardiente
El rayo matador en tu ruina,
En mí fijando la memoria, en vano

Suspirarás porque á mis voces sordo,
A la santa piedad antepusiste
Esa inhumana compasion. *

* *Hace ademan de irse; pero detenido por Agenor, se queda.*

AGENOR.

Espera,
Ministro celestial. Aquí detesto *

* *Se arrodilla delante del sacerdote.*

Mi error.

SOFRÓNIMO.

Alzad: vuestro infeliz delito
Disculpable será si es el postrero.
En adelante me jurais que firme
Defendereis la magestad celeste?

AGENOR.

Lo juro.

SOFRÓNIMO.

Vamos á salvar la patria
Forzando al Rey á ejecutar el voto.
Ya viene: recordad que el cielo os mira.

ESCENA VI.

IDOMENEO, LICAS, SOFRÓNIMO, AGENOR.

IDOMÉNEO.

Llegad, hijos, llegad, y á vuestro padre
Servid de apoyo en el dolor presente.
Tú, ministro de un dios, cuida celoso
Que humeen sin cesar de noche y dia
Las víctimas: con ellas á los dioses
Templaremos tal vez.

SOFRÓNIMO.

Los sacrificios
Redoblan su furor; porque en el templo
Saliendo ayer, en la region suprema
Mil globos reparé de fuego ardiente,
Présagos, ay! de universal ruina.

IDOMENEO.

Tú que de los secretos infalibles,
La misteriosa obscuridad penetras,
Cuál remedio nos das en tal angustia?

SOFRÓNIMO.

Un remedio, señor? uno infalible....
No hay ninguno. Perezca vuestra gloria,
Como vos lo quereis; perezca el reino,
Y aun la memoria de su triste nombre.

IDOMENEO.

Querré su destruccion? nunca la espalda
El riesgo me verá cuando me llame
La pública salud. Declara al punto
Lo que empezastes.

SOFRÓNIMO.

En queriendo el hado
Yo moriré con los demas.

IDOMENEO.

Acaba
De hablar.

SOFRÓNIMO.

Bastante los que el cielo rigen
Hablaron ya.

IDOMENEO.

Descubre ese misterio.

SOFRÓNIMO.

No hay misterio, señor, en la patente.

IDOMENEO.

No te entiendo.

SOFRÓNIMO.

Leed en vuestro pecho,
Y allí me entendereis.

IDOMENEO.

Osado, intentas
Irritarme?

SOFRÓNIMO.

Tomad de mí venganza
Si falto á mi deber: que es delincuente
Quien á la voz de su deber resiste.
Sacrílego mortal, por qué te obligas
Si no satisfarás? tu error funesto
A cuántos males abrirá la senda!
Callas ahora, ò Rey? mejor callaras
Cuando el mar te cercó de inmensa muerte.

IDOMENEO.

Sacerdote cruel, si un solo instante
De perseguirme dejaras!

SOFRÓNIMO.

El voto
Os persigue, no yo. Ciegos profanos,
Hijos de la maldad, en la bonanza
Olvidareis impíos las ofrendas
Que el temor arrancó?

IDOMENEO.

Voté imprudente;
Voté por fuerza!

SOFRÓNIMO.

Del amor vencido,
Un hijo conservad en menosprecio
Del mas solemne y sacrosanto voto;
Pero entended, que los terribles males

Que pesan sobre el Reino, son castigo
De vuestra obstinacion, y corta muestra
De los eternos llantos que prepara.

IDOMENEO.

Si me prestase á tan nefando voto
Hiciera una maldad que cielo y tierra
Miraran con horror. *

* *Aqui empieza el Sacerdote á afectar la agitacion, y el entusiasmo de un inspirado; y poco á poco va creciendo su furor hasta que empieza la profecía que mas abajo dice. Sus movimientos y ademanes deben dejar ver la falsedad de su inspiracion.*

AGENOR.

Sabio Monarca,
Maldad llamais obedecer al cielo?

IDOMENEO.

Tú tambien, Agenor?

AGENOR.

Desde que el voto
Suspendisteis, la cólera celeste
Sobre el Reino cayó. Sois compasivo,
Y en aquesta ocasion cuando debiera
Vuestro esfuerzo brillar, vais obstinado
A sepultarnos en dolor eterno?
Harto sufrimos ya.

IDOMENEO.

Si es necesario
Que sangre humana los altares tiña,
La mia derramad; pero mi hijo?...
Inocente!... por que?

AGENOR.

Mi sangre toda
Verteria mil veces por salvarle;
Mas todo es vano, los augustos dioses

Su víctima reclaman inflexibles.

IDOMENEO.

Soy padre, es mi deber, lo manda el cielo,
Amar y conservar á Polimenes.

LICAS.

Conservadle, señor. Si quiere el Númen
Su víctima cobrar, por qué no lanza
Un rayo abrasador que le de truya?
Ordena un Dios que termineis su vida?
Otro infalible lo contrario ordena.
Naturaleza es Dios, y ella ha gravado
En vuestro corazon los paternales
Sentimientos de amor y de ternura.

SOFRÓNIMO.

O tiempos! ó maldad! que de los cielos
El hombre vil la magestad desprecia!
Sus bárbaros antojos y pasiones
Adora como leyes sacrosantas.
Siervo de su razon, contra el olimpo
Osa? infeliz! sobre él estan pendientes
Las sangrientas venganzas celestiales.
Ya, ya del sol la claridad desmaya,
Su imperio usurpan las heladas sombras
De la atroz tempestad. Oís de lejos
El terrible rumor? de polo á polo
Vuela amagando la celeste saña.
Dónde os ocultareis? temblad, impíos,
Que ya Tonante su invencible diestra
Alza. Los cielos rebentaron; arde
Su inmensidad, y en surcos encendidos
Los rayos caen. Palacios eminentes,
Trofeos colosales del orgullo:
Alcazar criminal de Idomenéo,
Ay! ay de vos! los eges de diamante

Del globo crugen, se quebrantan, tiemblan
Tierras y mares; los abismos hondos
Se abren: cien brazos la insaciable muerte
Alarga por allí: la mar furiosa
Va elevándose, y triunfa de sus diques.
Creta, dó estás? tus montañosas torres;
Tus férreas naves, y las fuertes lanzas,
Títulos de tu honor, dó se ocultaron?
Tu opulencia, saber, tus justas leyes
Qué son? á dónde las remotas gentes
Irán á honrar el túmulo en que duermen
Los restos frios del sagrado Minos?
A dónde buscarán su descendencia?
Cómo despareció? del centro helado
De los mares terrible y dolorosa
Se alza una voz que, Idomenéo, dice,
Idomenéo, y á la voz sucede
El silencio y horror. Oid, Monarcas;
Pueblos, oid; escarmentad, malvados.

AGENOR.

Salvadnos ó mi Rey, de las desdichas
Que profetiza el Sacerdote.

IDOMENEO.

Un padre!
Si lo fuera Agenor!

AGENOR

Tambien son hijos
Los vasallos.

IDOMENEO.

Cruel!

AGENOR.

Vos por ventura
Menos fuerte sereis que el grande Aridas?

IDOMENEO.

Y quién os dijo que mi voto exige
La enemiga deidad?

AGENOR.

Nuestros desastres

IDOMENEO.

No pudieran ser hijos del acaso?....
Si yo entendiera que en mi sola culpa
Tienen su origen....

SOFRÓNIMO.

Proseguid.

IDOMENEO.

Seria
Igual á Agamenon.

SOFRÓNIMO.

Es infalible
El cielo?

IDOMENEO.

A la verdad sirve de trono.

SOFRÓNIMO.

Lo que responda vuestro juicio sea.
Consultadle, señor, ya que por dicha
Nos ilustra un oráculo. Sin duda
Que para esta ocasion le preservaron
Los inmortales: que su templo solo
A los temblores resistió.

IDOMENEO. *Al Sacerdote.*

En mi nombre,
Tú le pregunta: y si por dicha mia
Responde en mi favor.... desventurado!...
No, no responderá.... dejadme solo
Con mi sola aflixion. Este secreto
Prudente reservad: nunca mi esposa
Llegue á entenderlo.

ESCENA VII.

IDOMENEO, LICAS.

LICAS.

Apenas del asombro
Puedo volver en mí. Cuánto ignoraba!
Es verdad, es verdad?

IDOMENEO.

El voto es cierto.
Que en el profundo mar al pronunciarle
No descendiese!

LICAS.

Como á padre os amo,
Pues me dió cuanto soy vuestro cariño,
Os debo la verdad. El voto es duro.

IDOMENEO.

O Licas, Licas!
El deudo y el amor á Polimenes
Te ciegan. Agenor, mi cierta guia,
No juzga como tú: y ah! cuántas veces
Me culpó mi interior! ni qué esperanza
Puede restar, si el mismo Sacerdote,
Que es mi sangre tambien, en derramarla
Pone el bien general?

LICAS.

Y estais resuelto
Á egecutar....

IDOMENEO.

No sé. Con tu presencia
Redoblas mi afliccion: huye al instante.

ESCENA VIII.

IDOMENEO.

O Menelao! ó amor! ó! nunca fuese
Su infausta union, ó pereciera el dìa
Que vió nacer tan bárbara hermosura!
El á ese jóven condenó á la muerte.
Para aquesto los dioses vengativos
En los campos de Troya me escudaron
Despues de darme la soñada dicha
Del honor paternal? .. á dónde, á dónde
Se pierde mi razon? Númen sagrado,
Yo tus decretos honraré obediente.
Mas no culpes mi justa pesadumbre.

ESCENA IX.

IDOMENEO, BRISÊA.

BRISÊA.

Se halló remedio á la comun desdicha
Y á vuestro eterno padecer? qué miro!
Vuestro rostro!... jamas tan demudado
Retrató la afliccion. El llanto fuerza
Vuestros ojos? Señor! huís la vista
De una afligida que en su esposo vive?
Detened, detened. Otro retorno
Mereciera el amor de vuestra esposa!
A lo menos, la amarais cual os ama!

IDOMÊNEO.

Vieras mi corazon! él te diria
Si sabe amar.

BRISEA.

Lo supe. Tú me amabas
En tiempo mas feliz; antes que Troya
Me robaste tu vista y tu cariño.
Entonces tierno, generoso, franco,
Era agradarme tu placer supremo.
Yo vivia feliz; y la esperanza
Perspectivas mas bellas me ofrecia,
Cuando, mísera yo! sus duras flechas
Me asestaba el dolor. Al fin partiste;
Y siempre inquieta en soledad amarga
Mi ventura murió: perdí un esposo.
Y todo lo perdí. Quien fue mi amante,
Mi verdugo tornó. Duro, insensible,
A mis finezas y querer ingrato,
Hallas deleite en amargar mi vida?
En ese corazon alguna esclava,
Porque las hijas de Ilion son bellas,
Con tirano poder alzó su trono?

IDOMENEO.

Sola reinas en él.

BRISEA.

Yo? la que ignora
Los tormentos ocultos que le afligen?

IDOMENEO.

Vendrá dia, tal vez ya resplandece,
Que te dirá lo que ignorar quisieras.

BRISEA.

Lléname de dolor; corta piadoso
Mi vida de una vez, y no cien muertes
Me des en congojosa incertidumbre.

IDOMENEO.

O Brisea, ó Brisea! tus vasallos
Yacen en pesadumbres inmortales:

Su pena es mi afliccion.

BRISEA.

Eran dichosos
Cuando volviste vencedor á Creta,
Y ya entonces tu pecho padecia;
Muy otra causa á tu dolor preside:
Confuso en las memorias de tu hijo
No sé qué siento. Cuando mas gozoso
Al desembarco te tendió los brazos
Provocando tu amor, con aspereza
Le repeliste; cual mortal serpiente
Huyes siempre su vista.... por ventura,
Alguna falsedad de él te mintieron?
Solo faltaba á su virtud la infamia:
No sospeches jamas de su inocencia:
Es el mismo candor; entre virtudes
Creció su juventud. Siempre á mi lado,
Su continuo placer era su padre.
Mil veces y otras mil en cada dia,
Pendiente de mi voz, de tus hazañas
Se informaba, y en lágrimas gloriosas
Honraba la virtud del justo Minos.
Luego en el puerto, con la vista fija
Hácia Ilion, tu nombre repitiendo,
Eran tus naves cuantas lejos vía.
Tal vez cansado de esperar en vano,
Iré, decia, por mi dulce padre
Preguntaré á la mar.

IDOMENEO.

Ah! cesa cesa
Tan bárbaro loor. Dime que fiero, y
Sacrílego y atroz, toda mi sangre
Se propuso verter; que no respeta
Ni leyes ni opinion.... no digas nada;

Calla, y no encones mi sangrienta herida.

ESCENA X.

POLIMENES, BRISEA, IDOMENEO.

BRISEA.

Ven, hijo de mi Rey: tú por ventura
Mas dichoso que yo, su confianza
Merecerás. La causa le pregunta
De su afliccion; que á prenda tan querida
Nada rehusará.

IDOMENEO.

Dioses eternos!

BRISEA.

No llegas? temes de tu tierno padre?
Has irritado su fatal enojo?

POLIMENES.

Me ordenó socorrer los infelices,
Y con ellos gemir: en este instante
De obedecer sus voluntades vuelvo.
No sé: si le ofendí, fue inadvertido.
A vuestros pies estoy: de mis errores
La venganza tomad que bien os plazca.

IDOMENEO. *

* *Levantando y abrazando á su hijo.*

Hijo mio levanta.... nunca, nunca
Me habló tanto tu amor como este dia.

ESCENA XI.

BRISEA, POLIMENES.

BRISÉA.

Huye el ingrato: su cruel reserva
Es un puñal para mi pecho amante.

Nunca se esconde el bien en el misterio:
Su silencio es fatal. Si es que tú me amas
En ello estriba mi reposo y vida;
Con halagos combate la reserva
De tu padre; y arranca su secreto.
Al punto, al punto; que entre tanto á Licas
Y á Agenor volaré; y al Sacerdote,
Y á todos hablaré de mi cuidado.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SOFRÓNIMO, LINCEO.

SOFRÓNIMO.

Hijo de maldicion, tornas, ingrato,
A ultrajarme otra vez?

LINCEO.

. Yo busco un padre
Que he perdido. Feliz si en vos le encuentro!

SOFRÓNIMO.

Soberbio, en vano tu cerviz rehuye
el yugo del deber: mi justo enojo
Te hará encontrar el padre que perdiste.

LINCEO.

Mi padre es la virtud.

SOFRÓNIMO.

Y tú, mi hijo.

LINCEO.

Luego ya no exigís el impío voto?

SOFRÓNIMO.

Resistiré lo que el olimpo ordena.

LINCEO.

Cuándo sus leyes os dictò el olimpo?

SOFRÓNIMO.

Yo mismo, ahora, en el sagrado templo
Del Dios, oí la funeral respuesta
Que condena á morir á Polimenes.
Qué puedes oponer?

LINCEO.

Quien enemigo
Se engrandece en el mal de los mortales,
Aunque le nombren dios, es un tirano
Que al temor arrancó bárbaros cultos.

SOFRÓNIMO.

O sacrílega lengua! qué pronuncias?

LINCEO.

Lo que aprendí de vos. Si yo detesto
Esos ërrores que idolatra el vulgo;
Si con fuerte razon y firme planta
Huello los templos y aras sanguinosas
Que á infames dioses la ignorancia erige;
Si aborrezco los pérfidos engaños
Que se mienten de dios, y á dios insultan,
los fraudes tenebrosos y respuestas
De falaces oráculos, vendidos
Al interés y la maldad; mi padre
Me repitió por siempre esas lecciones,
Que le ofenden ahora.

SOFRÓNIMO.

No me ofende
Un culto sabio: la impiedad repruebo.
Creencia sin razon es ignorancia;
Pero es delito descreerlo todo
Por ostentar razon: esta doctrina
Mi labio te enseñó. Si la olvidaste,

Recuérdala ; y humilde reconoce
Los favores que un Númen te dispensa.

LINCEO.

A mí favores ?

SOFRÓNIMO.

Ensalzarte al trono
Que ocupara , viviendo , Polimenes,
Acaso es disfavor?

LINCEO.

Entiendo , entiendo:
Ya sé quién es el Númen que propicio
Me favorece ; y pues á vos os habla,
Y obedeceis su inspiracion , decidle
En nombre mio , que jamas Linceo
Cultos le rendirá : que no prefiere
A la justicia el resplandor brillante
De una infausta ambicion , que cien diademas.
Que el trono universal al del orbe entero
Es precio vil por la virtud comprado.

SOFRÓNIMO.

Ni vendes la virtud , ni es vil el cetro:
Apreciarle sabrás cuando le empuñes,

LINCEO.

Jamas le apreciaré.

SOFRÓNIMO.

Ciego heroismo
De un orgullo ignorante y obstinado.
La necia juventud desvanecida
Idolos finge en su exaltada mente,
Que adora con pasion ; vanos fantasmas
De la imaginacion , que al grave acento
De la madura edad desaparecen.
Yo fui joven tambien ; y austero alumno
De una virtud dictada por mi antojo,

Amar la privacion era mi gloria,
Despreciando el placer y la fortuna.
Corrió la edad, y en mi virtud antigua
Nada mas vi que ceguedad y orgullo.
Será nunca virtud el desamarse?
Y se amará quien huye en la fortuna
Los presentes de un Dios que al bien le guia?

LINCEO.

Qué presentes! qué dios! al fin lo veo:
Para vos la verdad ha enmudecido.
Ni ruego, ni razon; no he perdonado
Afan para vencer vuestra dureza.
Vanos esfuerzos! esperanzas vanas!
Os obstinais? coronaré mi sienes
Descendiendo á la noche del sepulcro.
Sí; yo lo juro. Furias infernales,
Oid, oid mis postrimeros votos:
Juro que he de salvar á Polimenes,
O dar con él el postrimer aliento.

ESCENA II.

SOFRÓNIMO.*

* *Antes de hablar queda un momento en un silencio de dolor y de incertidumbre.*

Lo cumplirá, lo cumplirá inflexible
Su espíritu feroz, y sus virtudes
Harán esteril mi angustioso crimen.
O, quién me diese abandonar la senda
De un arrepentimiento infructuoso!
Mas no es posible; ó la opinion perdida,
Mi hipócrita maldad será patente.
Ya mi fama es virtud: á Idomenéo
La respuesta daré que yo he dictado
A la Pitia venal. Tal vez mi hijo

Cuando cercano le brindare el trono
De un nombre augusto su ambicion velando
A la diadema doblará la frente.

ESCENA III.

IDOMENEO, SOFRÓNIMO.

IDOMENEO.

Consultastes al dios?

SOFRÓNIMO.

Perded un hijo,
O cien provincias, el honor y el trono.

IDOMENEO.

Mísero trono, sempiterno asiento
De la inquietud y del dolor, cuán cara
Vendes tu falsedad! en el abrigo
De una tranquila solitaria choza,
O! cuán feliz las horas apacibles
Viera correr de mis placeres llenas!

ESCENA IV.

IDOMENEO, SOFRÓNIMO, AGÉNOR.*

* *Que entra precipitado, y en la mayor agitacion.*

AGENOR.

Pereceremos.

IDOMENEO.

Agenor, qué anunciais?

AGENOR.

El voto, el voto; desastrado instante
En que le hicisteis!

IDOMENEO.

Pero cuál desdicha
Amaga?

AGENOR.

Perdicion á castigarnos
Los dioses van.... con espantable estruendo
De una montaña la eminente cumbre

Se hundió: al momento de su centro obscuro
Se elevan por el aire humosos globos,
Y ardientes llamas, y hasta el sol arroja
Rios de fuego y sin cesar resuena
Hervor terrible en lo interior del monte.
Se abre todo el abismo: asi lo dice
El mismo nuncio que lo vió, y que envia
En su afliccion la mísera Licasto;
O ciudad do nací!

IDOMENEO.

Dioses piadosos
Las venganzas poned. O dolorosa*
* *Esto lo dice al Sacerdote.*
Verdad de tus anuncios! hijo mio,
Perdona, un dios tu destruccion ordena.
Vuela, Agenor, al pueblo le descubre
La causa de su mal: que en este dia
Verá la expiacion. Tú, Sacerdote,
Aquí me espera, en tanto que pregunto
Al nuncio de Licasto, luego al templo
Iremos á adornar mi eterno llanto.

ESCENA V.

SOFRÓNIMO.

Hasta el acaso en mi favor trabaja.
El me presenta, en el volcan y el miedo
Del crédulo Agenor, seguro el triunfo....
Y que Linceo falte á mi fortuna!

ESCENA VI.

SOFRÓNIMO, BRISEA, * LICAS.

* *Los dos vienen hablando de antemano, y no ven al principio á Sofrónimo que estará á un lado parado y pensativo.*

LICAS.

Tal es del Rey el funeral secreto.

Vos reservadlo: qne jamas entienda
Que revelé lo qae ordenó callaros.

BRISEA.

Qué horror!... sacrificar á un inocente!
Estos eran sus llantos y tristezas.
O Idomenéo!... él impostor! * esperas

* *Dice esto descubriendo al Sacerdote, á quien hace la siguiente pregunta.*

A un débil Rey para arrancarle inicuo
Un ofrenda feroz y abominable?
Ese era tu deber?

SOFRÓNIMO.

Yo sirvo al cielo.
Si hablar ordena, sellaré mi labio
De todo un Reino en perdicion?

BRISEA.

Mi hijo
Es mi Reino. Mi hijo es inocente;
Ha de vivir, y debe, y yo lo quiero.

SOFRÓNIMO.

Sacrílega pasion! temed, señora,
La cólera inmortal.

BRISEA.

Y tú mi enojo
Si me osas resistir.

SOFRÓNIMO.

Juzgais acaso
Que me aterro con vanas amenazas?
Será, será lo que mi voz ordene
Por mas potencia que opongais: pues Jove,
Que el cielo atruena con ardiente carro,
Desbarata del impio los intentos
Y la soberbia y el poder quebranta. *Vase.*

ESCENA VII.

BRISEA, LICAS.

BRISEA.

Vuelve, escucha, deten.... huye el perverso;
Cierta es mi perdicion.... Licas, amigo,
En paz lo sufrirás?

LICAS.

Incierto, y solo
Qué puedo hacer?

BRISEA.

Salvarle.

LICAS.

Si Linceo
Me pudiera auxiliar!

BRISEA.

Puede: á mi hijo
Ama: te auxiliará; llámale al punto;
Confia en su virtud.

LICAS.

Contra su padre
Quereis amarle?

BRISEA.

Penetré las nieblas
Del misterio: ah traidor!... ya está patente.
El Sacerdote en mi dolor triunfando,
Quiere entronar al pérfido Linceo.
Prueben su galardon: ármate, vuela,
Y sepulta el puñal en las entrañas
De esos malvados; pero no: á Linceo
Reserva á mi furor, mis propias manos
La muerte le darán... espera, tente:
Iré, y acaso romperé á mi esposo
El velo del error.... y qué! no has vuelto

Cubierto ya de sangre y de venganza?
Cobarde!

LICAS.

Reparad....

BRISEA.

Desamistado,
Tú me vendes tambien.

LICAS.

Calmad la mente;
Y no en ciego furor vanos fantasmas
Abraceis por verdad. Quién os ha dicho
Que es Linceo traidor?

BRISEA.

No lo afirmaste?

LICAS.

Yo afirmarlo! jamas podrá mi lengua
Infamar las virtudes de Linceo.

ESCENA VIII.

LINCEO, BRISEA, LICAS.

BRISEA.

* *Adelantándose como para recibir á Linceo le dice esto con un tono irónico.*
Mi Señor y mi Rey!

LINCEO.

Yo soy Linceo.

BRISÉA.

Será Linceo mi Monarca un dia.

LINCEO.

Vuestro súbdito soy y vuestro amigo,
Y os traigo la salud de Polimenes.
Un Fenicio bajel pronto en el puerto
Espera á ese infeliz para apartarlo
De Creta y de la muerte. Su fortuna
Yo seguiré: cual fuere su destino,

Tal el mio será. La misma roca
Nos oirá fracasar; ó el mismo dia
Nos verán otra vez estas riberas,
Libres ya de temor, tocar alegres
El término feliz de los desastres.

BRISEA.

Cuán noble corazon! ó Licas, Licas!
Yo le injurié.

LINCEO.

Sin dilacion, señora,
Su marcha resolved: con un momento
Tambien puede volar nuestra esperanza.

BRISEA.

Si le amo tanto!

LINCEO.

Desamadle ahora
Si sus dias quereis. Yo he practicado
Otros caminos, y ninguno encuentro
Que le pueda salvar sino el presente,
Que es un misterio para toda Creta.

BRISEA.

Al fin me rindo; á cuanto tú dispongas
Dócil me encontrarás.

LINCEO.

A Polimenes
Voy: y oculto el paternal intento,
La patria, le diré, gime oprimida
En terrible afliccion: con voz doliente
Clama á sus hijos, y el remedio espera.
Permitiremos, á su acento sordos,
Que espire? amigo, la virtud lo manda;
Volemos luego: en su lejano asiento
Los famosos oráculos nos guardan
Premio seguro en el remedio cierto

De nuestra patria. *Vase.*

BRISEA.

Le salvamos, Licas;
Ya nada hay que temer.

LICAS.

El Rey se acerca.

ESCENA IX.

IDOMENEO, BRISEA, LICAS.

IDOMENEO.

Y el Sacerdote?

BRISEA.

Huyó de mi presencia;
No sé por qué.

IDOMENEO.

Me esperará en el templo.*

* *Va á marchar, y le detiene Brisea.*

BRISEA.

No tan pronto dejeis á quien os ama.
Dad á mis ojos el placer querido
De recrearse en vuestro amable rostro.
Mayor serenidad en él se asoma.
Cesó por fin vuestra cruel tristeza?
Calmó la tempestad que os combatia?
Cuál me complazco! al debil sentimiento
Cerrad el corazon, y nunca á llanto
Os fuerce la piedad; que fuera mengua
De un héroe como vos que osa invencible
Enmudecer el paternal cariño.

IDOMENEO.

Lo sabe ya!

BRISEA.

Firmeza; no se turbe
Ese gran corazon. En el instante,
Sin tardanza corred; á Polimenes

Llevad al templo; y vuestro mismo brazo
Siegue inflexible su inocente cuello.
Qué gloria os cubrirá cuando teñido
En la sangre filial, de parricida
El timbre augusto consigais!

IDOMENEO.

Acaso
Dejaré de sentir? ó Polimenes
No es hijo mio?

BRISEA.

Qué! desde que al orbe
El sol primero desplegó su lumbre,
Pudo ninguno las paternas manos
Teñir impío en la inocente sangre
Engendrada por él? es imposible.

IDOMENEO.

Grande fue Agamenon, y á su Ifigenia
Ante las aras ofreció.

BRISEA.

Era un monstruo
El grande Agamenon: ser insensible
Llamais grandeza?

IDOMENEO.

Si razon lo ordena,
La insensibilidad es heroismo.

BRISEA.

El heroismo en la virtud estriba,
Y jamas la virtud es insensible.

IDOMENEO.

La santa patria mi dureza exige,
La patria cuyo bien es ley suprema.

BRISEA.

Qué género de ley, qué fiera patria
Puede exigir la sangre y los horrores

Como un esfuerzo de grandeza?

IDOMENEO.

Teme
La cólera de un Dios que el bien del Reino
Cifra en nuestro dolor, y no de injusta
Taches la ley porque incapaz se sienta
Del esfuerzo que pide.

BRISEA.

No hay esfuerzo
Contra el amor: ni como leyes miro
Las que á mi corazon le contradicen:
El es mi ley y mi deidad.

IDOMENEO.

Las mias
Son el público bien. Al fin soy padre
De Polimenes; yo lo quiero, muera.

BRISEA.

Es mi hijo tambien; yo lo resisto.

IDOMENEO.

Osas contra tu esposo y tu Monarca?

BRISEA.

Un tirano, mi Rey? yo ser su esposa?
Los sacrosantos y funestos lazos
Que en tiempo mas feliz nos reunieron,
Tu maldad los rompió. Caed deshechos
Vínculos del amor; huid, memorias
Del antiguo querer. Quien fue tu esposa
Ya tu enemiga se dirá.

IDOMENEO.

Brisea! *

* *Dice esto con un tono de amenaza, echando una mirada de indignacion sobre Brisea, que la pagará con otra igual, sin hablar nada. Con esto se va el Rey.*

ESCENA X.

BRISEA, LICAS.

BRISEA.

Inexorable!... lo creyeras, Licas?
Que Idomenéo, que su mismo padre?
El que tanto le amó?... quién lo dijera
Cuando en tiempo mejor?... Licas, amigo,
Si tú le vieras al partir á Troya!
Qué despedida! cuántas esperanzas,
Ya perdidas, ay! me sembraba falso
Dentro en mi corazon! cuando lloroso
Estrechando en la diestra á Polimenes,
Con la siniestra me abrazó, y cortada
Con sollozos la voz; cuida, me dijo,
Con vigilia inmortal, ó dulce esposa,
De nuestro amor comun; haz que en su pecho
Alce su trono la virtud; y reine
En su mente el saber, y pueda un dia
Creta decir con lágrimas de gozo
Que Minos vive en él!... así me hablaba
Quien adelante le guardaba impío
Prematuro morir... ah!.... sin Linceo
Le perdiera en la flor... Licas, al punto
Diles que huyan: que la muerte vuela
En torno al infeliz.... qué vale empero
El humano poder, si es que el destino
Su triste perdicion ha decretado?

ESCENA XI.

BRISEA, POLIMENES, LINCEO, LICAS.

BRISEA.

La nave os llama.

LINCEO.

Duda, temeroso

De disgustar al Rey con la partida.

BRISEA.

No lo temas, yo leo sus secretos.
Holgaría, lo sé, de que su hijo
Por el bien de la patria consultase
Los distantes oráculos famosos.
Tal es su voluntad; mas no se atreve
A mandarle arrostrar riesgos inmensos.
Parte, hijo mio, si á tu pecho es grato
Cumplir los votos de tu amado padre.

POLIMENES.

Pues lo desea, cuál decís, partamos,
Su gusto es mi deber. Quién, ay! le viera
Cuando vos le digais: tu Polimenes
Penetró tu intencion, voló á cumplirla:
La mar surcando va?

LINCEO.

Tu riesgo es mio.
El tiempo vuela: á preparar marchemos
Nuestra felicidad en la partida. *

* *Se van todos estos actores por una parte, y por la opuesta sale Idomenéo.*

ESCENA XII.

IDOMENEO.

Seré yo mismo su cruel verdugo?
Me estremezco de horror.... Númenes santos,
Calmad, calmad los bárbaros combates
Que el triste corazon me despedazan.
Arrancadme un amor que infatigable
Lucha con mi deber, mas victorioso
Cuanto me ofrezco mas á combatirle...
El muere, él muere, juventud marchita!...
Cuánta virtud, y cuántas esperanzas

Con él descienden al sepulcro frio!
Allí se encerrarán mis alegrías ...
No, ya jamas la celestial antorcha
Lucirá para mí; lóbrega noche
Será mi vida, y sempiterno llanto.

ESCENA XIII.

IDOMENEO, AGENOR.

AGÉNOR.

Desde que al pueblo le anunció mi lengua
Del Príncipe de Creta el sacrificio,
Todos lo lloran; vuestro augusto nombre
Pronuncian con horror, tirano os llaman,
Y el aire pueblan de amenazas sordas.

IDOMENÉO.

A mí tirano?

AGENOR.

La razon del vulgo
Es su pasion. Su amor es su justicia,
Injusticia y maldad lo que desama.
El oido cerrad á sus clamores;
Despreciad su opinion; mas cauteloso
Prevenid un furor que por desdicha
Se podría olvidar de su Monarca.

IDOMENEO.

Jamas olvidaré que son mis hijos:
Su salud comprará mi propia sangre.
Todo está pronto; las funestas aras
Esperan ya la víctima inocente...
Desventurado! que entre tanto ignora
Su destino mortal!... cuándo creyera
Que quien le amaba mas otros abrazos
Esperaria de su padre!... al punto
A ti le enviaré. Disponle, amigo,

Al trance. Le dirás, que virtuoso
Quien muere por deber, eterno vive;
Que agradecida, la rodilla en tierra,
La santa patria cubrirá su tumba
De laurel inmortal, su claro nombre
Sin cesar á la fama repitiendo.
Dile tambien, que su doliente padre
Diera por él su vida, si el destino
Favoreciera su deseo. Dile,
Que extremado le amé... dí cuanto quieras
Como alcance á templar su pesadumbre.

ESCENA XIV.

AGENOR.

Rey sin ventura! y mas desventurado
Príncipe, digno de mejor fortuna!
Por qué la suerte prolongó mis dias
Para tanto dolor? ó! si dos soles
Se hubieran ya mis párpados cerrados!...
Qué le diré? mi voz, interrumpida,
En el dolor inspirará. Hijo mio!
Es mi hijo tambien, sí: de mi boca
Recibió la instruccion. Yo sus niñeces,
Yo dirigí sus años juveniles:
Yo á su alma vi nacer menesterosa,
Y la ayudé á crecer, y he trasladado
Allí mi corazon y entendimiento...
Perdí todo mi afan, y ahora ay triste!
Cuán diferente y doloroso empleo
Me dispongo á egercer! dioses! él llega.

ESCENA XV.

AGENOR, POLIMENES.

POLIMENES. *

* *Dice esto entrando en el teatro, aparte.*

Qué pudo suceder? si por ventura

Descubrió mi partir?

AGENOR.

Ven, hijo mio,
Llega á mis brazos. * Polimenes!
* *Se abrazan.*

POLIMENES

Lloras,
Suspiras, Agenor?... yo estoy confuso,
Y me aflijo tambien.

AGENOR.

O compasivo,
O tierno corazon!

POLIMENES.

Esta ternura
Es obra tuya: los agenos males
Me enseñaste á sentir desde la cuna.

AGENOR.

Tan queridas te son mis instructiones?

POLIMENES

No puede la virtud ser desquerida.

AGENOR.

Yo bendigo el sudor y los afanes
Que en tu pecho sembré: todos se ofrecen
En este punto á mi infeliz memoria.
Hijo mio, te acuerdas de los dias
De aquel estío, que en el bosque umbroso
Juntos pasamos las ardientes siestas?

POLIMENES.

Me acuerdo: entonces de la santa patria
Me inspiraste el amor.

AGENOR.

Y yo me acuerdo
Que al escuchar las ínclitas hazañas

Que al honor de la patria consagraron
Tus ascendientes, asomó en tu rostro
El noble ardor de superar su gloria,
Y de morir por la salud de Creta ...
Cumple ya tu pasion. Tantas desdichas
Que nos afligen, tantas que amenazan
A la patria infeliz, pronto remedio
Piden. Tú solo....

POLIMÉNES.

Ya lo sé: mi madre
Los secretos del Rey me ha confiado:
De todo me informó. Ya no es posible
Ocultártelo mas: hoy con Linceo
De Tiro en un bagél he de embarcarme.
Todo está pronto: que mi padre ignore
Mi partida. Despues cuando alejado
Vaya cortando el mar, todo el misterio
Descubrirá la Reyna. Adios, amigo;
De mí te acuerda. Tu vivir prolongue
Piadoso el cielo; y cuando á ver tornare
Estas riberas, pueda venturoso
Estrecharte otra vez entre mis brazos!

* *Le da un abrazo y se va.*

ESCENA XVI.

AGENOR.

Cielos! qué escucho? sabe Polimenes
El voto paternal, y huye cobarde
A olvidar su virtud? no; al precipicio
Le guia su candor mal engañado
De Linceo y la Reyna. En el instante
Advirtamos al Rey de esta partida.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BRISEA.

A cuánta soledad su triste ausencia
Me condena? será que hayan llegado
Al puerto? acaso navegando ahora
A mi amor opondrá mares inmensos.
Partió ... si á verle tornarán mis ojos?
Apartad, apartad, dioses benignos,
De su carrera el riesgo y las desdichas.
Y tú, fortuna, de su frágil nave
Pia rige el timon.... ah! qué temores
Agitan mi interior? agüeros tristes
Miro do quier. Si el infeliz corriendo
Irá á su perdicion? padre inhumano
Tú le pierdes. Cruel!... ni se presenta
El Sacerdote, ni Agenor, ni Licas,
Que al puerto acompañaba á Polimenes.
Ya debia tornar ... esta tardanza!...
Tal vez espero le hallaré en mi tienda. *

* *Se va y queda la escena sola por un momento.*

ESCENA II.

Esta escena y la siguiente son mudas.

LICAS.

Sale asustado demostrando en su gesto y ademan una perplexidad dolorosa. Corriendo la escena, como dudoso de lo que ha de hacer, se dirige hácia la tienda del Rey, vuelve atrás, marcha otra vez á ella, y torna á retroceder. Al fin, sin hablar pa-

labra se va por el lado opuesto al por donde vino, dejando por un instante sola la escena.

ESCENA III.

AGENOR.

Entra con gran precipitacion, pintada la inquietud y la turbacion en su semblante. Sin detenerse registra con los ojos la escena como que busca á alguno; y tan prontamente como vino sale por la parte opuesta, la misma por donde se fue Licas. Sucede despues otro momento de soledad en la escena.

ESCENA IV.

IDOMENEO, POLIMENES, LINCEO, GUARDIAS DELANTE Y DETRAS CON SU CAPITAN MERION.

IDOMENEO.

Era insultar la autoridad paterna.

POLIMENES.

Otra fue mi intencion. Saben los cielos
Que vuestro amor buscaba en mi partida.

IDOMENEO.

Mi amor en la maldad?

LINCEO.

El ignoraba
Vuestro intento cruel.

IDOMENEO.

Y tú seduces
Su inocente candor? á los delitos
Le queriais guiar?

LINCEO.

Salvar la vida
De un injusto agresor fue por ventura
Jamas delito?

IDOMENEO.

Miserable! llamas

Injusta la piedad?

LINCEO.

La llamo inicua
Si á la justicia natural se opone.
Esta es suprema ley, comun y eterna,
Que ni á los dioses alterar es dado.

IDOMENEO.

Delirio es tu razon. Un Dios no puede
Disponer de la ley por él dictada?

LINCEO.

Jove es la ley, y Jove es inmutable.

IDOMENEO.

Un oráculo es Dios: si él te mandase,
Cual á mi obedecer, obedecieras?

LINCEO.

Si rasgadas las bóvedas celestes
En carro tronador lanzando rayos
Me lo ordenase Júpiter, tranquilo
Digera, no eres dios, te conozco.
Los sombríos oráculos que el vulgo
Venera sin razon, son desacatos
Hechos á la deidad. Hombres falaces
Prestan su voz á las estátuas frias
Que el pérfido interes ha levantado
Sobre supersticion. Ellos se extienden
La noche del error: y la ignorancia
Erigida en virtud, con férreo cetro
Oprime á la razon y la condena
A silencio mortal. Asi, cerrados
Los únicos oráculos que al hombre
Dió la deidad, el órden se trastorna,
Triunfa la iniquidad; y el que respeta
A Dios en su razon, es perseguido
Cual sacrílego y monstruo, y muy felice

Si llora solo su opinion perdida!
Que es la virtud, cuando la ley suprema
Del recíproco amor asi quebrantan?
Qué es la virtud, cuando á tu mismo padre
Acusas de impostor?

LINCÉO.

Yo no le juzgo:
Defiendo la razon: su voz me presta
La incorrupta verdad; y arrebatado
De la ardiente virtud, ya no Linceo,
Un dios, un dios os habla por mi boca.
Vuestro voto es cruel, es horroroso...

IDOMENEO.

Quién te ha erigido en Juez de mis acciones?
Sella tu labio: callar y obedecerme
Esa es tu obligacion.

LINCEO.

Hay por ventura
En Creta esclavos que se postren viles
A un tirano feroz, ó ciudadanos
Que aconsejan á un Rey, que amarlos debe
Cual tierno padre? si el vasallo es hijo,
Ha de callar cuando á su Rey mirare
Perderse en el error? ha de mentirle,
Y en público loar lo que en secreto
Le arranca llantos? permitir aleve
Que en el abismo se despeñe, y llore
La triste patria, en cuyo bien debemos
Reunidos velar Rey y vasallos?

ESCENA V.

AGENOR, IDOMENEO, POLIMENES, LINCEO.

AGENOR. *Habla al Rey.*

No está, señor; que al nuncio de Licasto

Se encaminó.

IDOMENEO.

Sin dilacion le busca,
Y dirás que la víctima en su tienda
Espera ya para salir al templo,*

* *Aqui se va Agenor por el lado opuesto al por donde vino. Lo que despues dice el Rey lo dirige á su hijo.*

Y tú prepára la cerviz al golpe.
Sabes que una deidad lo ha decretado:
Es forzoso morir.

POLIMENES.

Y cuál ofensa
Hice yo á la deidad, que mereciese
Tan áspero rigor? honré á los dioses;
A los hombres amé bien cual hermanos....
En qué pude faltar? mi yerro ignoro;
Sino que en triste y malhadado instante
Nací.... señor!

IDOMENEO.

En tu morir se funda
La pública salud. Tu pecho esfuerza;
Y temple tu dolor el ver que mueres
Por honrar á la patria.

POLIMÉNES.

Otros honores
Le preparaba yo.... no le son gratos....
Qué resta? moriré.... pueda en mi sangre
Encontrar su salud!

LINCEO.

No hay en los cielos
Quien la inocencia y la virtud proteja?
Do estan los rayos, vengador tonante?
Alza la diestra contra el pecho duro

Del padre mas cruel* : de vos.

* *Advirtiendo aqui que le mira el Rey indignado, como para ratificarse en lo dicho, añade con mayor fuerza las dos palabras siguientes.*

IDOMENEO.

Sangriento
Sabré vengar mi honor menospreciado.*

* *Dice esto á Linceo, y lo siguiente á las guardias: de las cuales, unas irán con Polimenes, y otras se quedarán guardando á Linceo.*

Traedle al punto; y á Linceo en tanto
Vosotros custodiad: ni él, ni la Reina
Se adelanten aqui.

POLIMENES.

Pues que la muerte
Me va á arrancar por siempre á mis amores,
Dadme á lo menos el placer postrero
De gozarme en los últimos abrazos
De mi madre.

IDOMENEO.

Los dioses lo prohiben.
Traedle.*

* *Sale el Rey y las guardias van llevando á su hijo, que hace esfuerzos para detenerse; pero no pudiendo, andando y volviendo los ojos hácia donde está la tienda de su madre, y luego hácia Linceo, dice lo siguiente hasta el fin de la escena.*

POLIMENES.

Madre!

LINCEO.

Detened, cobardes

Ministros de opresion.*

* *Habla á las guardias que llevan á Polimenes; quiere marchar contra ellas ; pero le sujetan las otras que debian custodiarle , y con las cuales mientras habla Polimenes , lucha en vano por desprenderse.*

POLIMENES.

Eternamente
Nos separan. Adios!.. . hijo te muestra
De mi madre infeliz. A Dios Linceo!
Acuérdate de mi ! dente los cielos
Mejor ventura que á tu triste amigo.*

* *Sale del teatro.*

LINCEO.

Esperad : detened.* Soltad , perversos.**

* *A los que llevan á Polimenes.*

** *A los que le sujetan, de quienes en efecto se desprende. Intenta luego seguir á su amigo , pero se le oponen las guardias con sus armas ; y viéndose perdido , corre furioso por el teatro llamando á Licas.*

Le tengo de seguir... os hace osados
El mirarme sin armas? Licas , Licas....

ESCENA VI.

LINCEO , SOFRÓNIMO , AGÉNOR.

LINCEO. *A su padre.*

Al fin triunfastes : al altar horrible
Le llevaron.... temblad : vuestra victoria
Es victoria mortal : frutos de sangre
Y de horror cogereis.

SOFRÓNIMO.

Huye , perverso.
Te lo dije , Agenor : es un impío:

El oprobio del cielo y de su padre.

LINCEO.

No sois mi padre, no: yo os desconozco....
Siento el ser que me disteis: me aborrezco....
Os desamo ... sembrasteis en mi pecho
La desesperacion. Este es el fruto
De vuestra iniquidad. Fui virtuoso,
Y me haceis criminal: habeis armado
Mis manos contra vos, sí, que tentadas
Las miro á ensangrentarse en vuestra vida.

SOFRÓNIMO.

Bárbaro! huyamos de él.*

* *Se va con Agenor.*

LINCEO.

Huid de un monstruo ...
Me detesto... lo soy .. que no pudiera
Entre las sombras de la eterna noche
Ocultar mi furor!... vos sois el padre
De tan atroz desórden Ni mis ruegos
Os pudieron rendir ni mis verdades.
Vais á perderle... y la ambicion perversa
Ha de triunfar de la inocencia santa?
No. no: perezca el universo entero,
Y triunfe la inocencia. Licas, Licas.*

* *Se entra llamando á Licas por la parte opuesta á la de las guardias.*

ESCENA VII.

BRISEA.

Do quiera soledad: nadie se duele
De mis cuidados. Desdichada madre!
Te abandonan Dó estan? por qué se alejan
Mis amigos de mi?... ninguno torna.
A quién me volveré, que hablarme pueda

De mi amada inquietud? Dioses! qué veo?
Estos lugares, antes ofendidos
Por la justicia y paz, ahora yacen
Al furor militar abandonado!. .

ESCENA VIII.

BRISEA, LICAS, *y al fin* LINCEO.

BRISEA *

* *Habla á Licas saliéndole al encuentro.*

Mi hijo?

LICAS.

A dónde buscaré á Linceo?

BRISEA.

Le perdí, le perdí, Licas!...

LICAS.

Venia
Vuestro esposo, y le ví, y en el instante
Recatándome de él, huí del puerto.
Ellos, qué pudo ser? solos, sin armas,
Sorprendiéndolos el Rey.

BRISEA.

¿Y así, cobarde
Le entregaste á su bárbara ruina?

LICAS.

Volé, los persuadí: de vuestro hijo
Mis amigos serán firme defensa.

BRISEA.

Y entre tanto, quién sabe si su cuello?..
Y qué, le salvarán?

LICAS.

Toda Cidonia
Por él se mueve.

BRISEA.

Caiga el Sacerdote,

Salva á tu amigo, y á tu Rey defiende.

LINCEO.*

* *Sale con la espada desnuda, y acomete á las guardias diciendo el primer verso. Licas vuela á su lado, y pelea con los soldados, que no osando resistir á las órdenes imperiosas de la Reina, dejan libre paso.*

Volemos, Licas. Polimenes llama.
Por vuestro corazon será mi paso,
Cuando otro me negueis.

LICAS.

Ceded, cobardes.

BRISEA.

Abridles paso: obedeced, traidores,
A vuestra Reina que lo manda. * Amigos,

* *Salen Liceo y Licas.*

La muerte al rededor de Polimenes
Volando está. Los dioses favorezcan
Tan glorioso valor, que entre mis brazos
Le vuelva yo á estrechar!... y si tardíos
Llegan? no sé; mi corazon presagia
Mil desdichas Cruel Idomenéo!
El sol no resplandece tan brillante
Cual suele: triste obscuridad anubla
Su resplandor... Mis vacilantes plantas
Tiemblan... qué siento? por mis miembros corre
Un helado sudor. * Bárbaro, espera:

* *Aqui se sienta, y puesta la mano en la mejilla, queda en doloroso silencio hasta que el ruido y el clamor de gente que suena dentro la hace decir lo que sigue.*

Suspende el golpe, que en tu misma sangre

Le vas á descargar. * Ya, ya le heriste;

* *Aqui vuelve á sonar el ruido, y ella imaginándose ver la sangre de su hijo, queda desmayada, dejando la escena en un silencio terrible.*

Yo la veo correr... hijo querido!...

ESCENA IX.

MERION, BRISEA.

MERION.

Al templo, al templo; vuestro Rey peligra:
Al momento volad.* Dioses! la Reyna?

* *Esto á las guardias, que en efecto se van: lo siguiente lo dice al ver á la Reyna.*

BRISEA.

* *Va volviendo en sí poco á poco, y cuando empieza á hablar no ve aun á Marion.*

Ay!... en la flor!... para mejor fortuna
Le crié. Merion, entiendo, entiendo
Tu mensage cruel. En fin, impío
Ese barbaro Rey tiñó sus manos
En la sangre inocente? que recoja
Ese cadaver pálido y sangriento
Para darme un festin con los destrozos
De su ferocidad abominable.

MERION.

Vive el Príncipe, vive; y por su vida
Huella Creta la márgen de su abismo.

BRISEA.

Vívame; que despues... todo el suceso
Refiere, Merion.

MERION.

Desde la tienda
Del Sacerdote, entre el inmenso pueblo

Que en profundo silencio doloroso
Le esperaba, salió; le miran, lloran,
Y entre un sordo rumor su nombre suena,
Su presencia gentil, sus verdes años,
Su apacible virtud, sus frescas gracias
De lengua en lengua van y se imaginan
Otro Minos en él, que mas amable
Que fue nunca jamás, marcha, y le sigue.
El templo enmudeció las esperanzas:
Lejos parece, y por el aire vuelan
Desesperados ayes y lamentos.
Mortal silencio sucedió á los ayes,
Y al silencio el furor. Dos mil espadas
Amenazando mortandad relucen.
Viva, clamaron, Polimenes, viva:
Y con planta veloz al templo marchan,
Adonde entró ya el Príncipe, y rabiosos
Cuanto á su fiera indignacion resiste
Osados huellan. Las cerradas puertas
Acometen, y caen mas de repente,
Al verse dentro en la mansion divina
De un sagrado pavor heridos todos,
Paran: su arrojo con terribles voces
Airado les reprende el Sacerdote.
Despues á egecutar el sacrificio
Iba, y Linceo respirando furias
Con Licas entra: desde aquel instante
No vió mas dios que la venganza del pueblo.
Ciegos embisten, por el suelo arrójan
Con las aras los santos simulacros,
Que entre la sangre de las muertas guardias
Nadan. Perezca el Rey y el Sacerdote,
Era el grito comun.

BRISEA.

Tambien mi esposo!

MERION.

Las guardias envié: yo vuelo al punto.

BRISEA.

Marcha: en tu diestra la victoria lleves!
Nada perdone tu valiente esfuerzo.
Licas, Linceo: que perezcan todos
Como vivan el Rey y Polimenes.

ESCENA X.

BRISEA.

O sol el mas cruel!... en mí la suerte
Sus furias agotó... tal vez quién sabe
Si ya en triste viudez? aleje el cielo
Tan acerbo pesar. Esposo *: callan.

* *Llamándole, y no oyendo respuesta dice la siguiente palabra.*

Este silencio que en mi voz se pierde!

ESCENA XI.

AGENOR, BRISEA.

BRISEA.

Y mi esposo, Agenor?

AGENOR.

De los facciosos
Le defendieron Licas y Linceo,
Y por oculta bien segura senda
Salió del templo; y á su lado Licas.
En secreto lugar le dejo en salvo.

BRISEA.

Polimenes?

AGENOR.

Magnánimo le he visto
Dentro en el templo defender valiente
El Sacerdote, cuya muerte juran
Los facciosos. Tambien en su defensa
La espada esgrime indómito Linceo.
Cobarde el pueblo cederá.

BRISEA.

Qué importa
Que Sofrónimo caiga? al punto, al punto
A mi hijo me trae: que yo le abrace
Al menos una vez: que yo respire
De esta desecha tempestad.. ¿Escuchas*

* *Es el estruendo de los actores de la siguiente escena el que la hace temer por su esposo.*

Que se acercan?... si acaso los crueles,
Triunfantes ya, contra mi esposo?...

ESCENA XII.

AGENOR, BRISEA, POLIMENES, *que polvoroso, descabellado, y herido, entra ensangrentado, apoyado en algunos guardias.*

Hijo! *

* *Corre á su hijo en viéndole, y se abraza á él; y despues de las dos esclamaciones; quedan un rato abrazados sin hablar nada.*

POLIMENES.

Madre!

BRISEA.

Por fin esos verdugos
En tu inocente sangre se bañaron?

POLIMENES.*

* *Le sientan, y antes de hablar toma un poco de aliento.*

A traspasar el pecho al Sacerdote
Iban: nótolo; voy, y me interpongo,
Y caigo herido por el mismo brazo
Que armó la compasion por defenderme.

BRISEA.

O brutal defensor! ó! nunca hubiera
De su infausto nacer llegado el dia!

POLIMENES.

Entre tanto Linceo... en mil heridas
Vi su sangre correr. Volad amigos;*

* *A las guardias.*

El se puede salvar y yo fallezco.

BRISEA.

Malograda virtud!

POLIMENES.

Cielos! qué angustias!
Yo siento... el corazon... madre, los brazos
Por la postrera vez.*

* *Se abraza con su madre, y queda todo en silencio por un rato. Despues de esto, la Reina desabrazándole, le palpará las manos y el corazon: aplicará la boca á la de su hijo para ver si respira, y no hallando en él señales de vida, alza tristísimamente los ojos á los que lo acompañan, y les dice el* murió *con voz muy desfallecida.*

BRISEA.

Murió! que nunca
A hablarme tornará! ni mis oidos
De sus labios oirán el dulce nombre
De madre!... Polimenes... hijo...; en vano:

Para siempre calló. Padre perverso,
Tu furor le perdió. Tambien intentas
En tus reinos hacer segunda Troya?
Empezaste; prosigue, quema, tala,
Destruye sin piedad; y levantando
En montes de cadáveres tu trono
Prueba á escalar el Cielo, y de su gloria
A Jove derribar, que la fortuna
Siempre el crimen siguió.. restos infaustos
De mi mayor amor, cuán de otra suerte
Entre mis brazos os miré algun dia!
Me engaño, ó torna á respirar? suspira?
Vives?

POLIMENES.

Linceo... el Sacerdote...

BRISEA.

Amigos:
A mi tienda, á mi tienda, por ventura
No es la herida mortal.

POLIMENES.

Dó está mi padre?*

* *Esto dice Polimenes marchando hácia la tienda en brazos de las guardias; pero nadie le responde.*

ESCENA XIII.

AGENOR.*

* *Esta escena es muda.*

Queda en la escena mirando hácia la parte por donde salió Polimenes. Marcha luego, como queriendo juntarle: retrocede, como mudando de propósito; y al fin se para, profundamente pensativo. En esto suena ruido y clamor de gente del lado del templo, con lo que Agenor se sobresalta, y marcha para informarse, al tiempo que entra en escena Merion.

ESCENA XIV.

AGENOR, MERION.

AGENOR.

Merion, Merion, el pueblo insano
Qué pretende?

MERION.

Tomar del Sacerdote
Cruel venganza, por la infausta muerte
Del Príncipe y Linceo.

AGENOR.

Ha perecido
Tambien Linceo?

MERION.

El pecho atravesado,
Cayó á las plantas de su mismo padre,
Y en su defensa. Consternado el pueblo
Al mirarle caer, por breve espacio
Suspendió su furor. El Sacerdote

En esta suspension huyó. Por suerte
Aqui se refugió?

AGENOR.

Pluguiera al cielo!

MERION.

Perdióse el infeliz: el pueblo airado
Le busca, ansioso de verter su sangre.
Es ya forzoso: del lugar oculto,
Donde está á su pesar, á Idomenéo
Traerá.

ESCENA XV.

AGENOR.

El estruendo por momentos crece.
En qué terminará? dioses sagrados
Dadnos vuestro favor... cesó el tumulto?
A los clamores funeral silencio
Ha sucedido. * Todos se dispersan.

* *Registrando con la vista desde el teatro ve que corren dispersos por aquellos campos los facciosos, algunos de los cuales pasan huyendo por el teatro; unos entrarán por un lado y saldrán precipitados por el opuesto: otros aterrados con la voz de Agenor retrocederán desde el medio del teatro y se volverán por donde entraron, dejando caer en la escena alguna espada en muestra de su espanto. A los primeros se dirige la admiracion de Agenor, á los segundos hace la siguiente pregunta.*

O gente ciega! responded, qué hicisteis
Del Sacerdote?... los rebeldes huyen.

ESCENA XVI.

IDOMENEO, AGENOR, MERION, GUARDIAS.

IDOMENEO. *
* *A Merion.*

Era aquesta la paz que me dijiste
Renacia?

AGENOR.
O mi Rey!

IDOMENEO.
Vive por dicha
El Sacerdote?

AGENOR.
Ignoro su destino.

IDOMENEO.
Pereció. pereció: por qué engañoso*
* *A Merion.*
Me impediste marchar, cuando en la tienda
Los clamores oí? que á las deidades
Así ultragen! iré...

AGENOR.

Señor, no ciego
Las furias arrostreis de un pueblo airado.
El enojo templad; que vuestra vida
Lo es de Creta tambien. Vaya y se informe
De todo Merion.

IDOMENEO.

En el instante.

* *A Merion que en efecto se va.*

Marcha, torna veloz: tema el pueblo
Mi cólera cruel si el Sacerdote
Cayó. ¡Insolentes! contra el mismo trono
Contra el olimpo osar? no habrá castigo
Que alcance á su maldad. Verán la sangre
De mi hijo correr: un Dios lo ordena,
Y yo lo quiero. Correrá; yo mismo
El ministro he de ser.

ESCENA XVII.

BRISEA, IDOMENEO, AGENOR.

BRISEA.

* *Todas sus acciones denotarán la locura y el furor. Antes de hablar correrá por la escena buscando á su esposo. Irá mirando uno por uno á los actores y de consiguiente á su marido, á quien desconocerá por la primera vez. Volverá otra segunda á mirar á los actores, y entonces conociéndole, empezará á hablar con una especie de tranquilidad terrible.*

Estan cumplidos
Vuestros votos. Murió.. por un tirano
Y por un impostor su vida puso
Al hierro que le hirió... los altos dioses
Estan servidos; su inocente sangre
Por Creta derramó. Ya sus venganzas
El cielo acabará: paz sempiterna
Va á renacer: serenidad, ventura
Todo será placer... yo no merezco

Tanta felicidad. Que el Sacerdote
Coja con vos en dilatados años
De un parricidio los sabrosos frutos.
Yo... me llama? es su voz : sí, Polimenes;
Ya voy, ya voy, te seguiré : recibe*

* *Saca un puñal, y se hiere.*

De tu madre infeliz la triste sombra.

IDOMENEO.

Esposa, esposa.

AGENOR.

Miserable Reina!

BRISEA.*

* *Dice esto alzando la cabeza y fijando atroz-mente los ojos moribundos en Idomenéo.*

Matador de mi hijo!

IDOMENEO.

Esposa!... muere,
Espira. O Agenor! cuántos desastres
Mi desdicha votó! .. murió mi esposa,
Murió mi hijo!

AGENOR.*

* *A las guardias, que salen llevando el cuerpo de la Reina.*

Conducid, amigos,
Ese cadaver á la regia tienda.

IDOMENEO.

Hubo nunca dolor que se igualase
A mi horrible dolor?

AGENOR.

El asegura
El reposo á la patria agradecida.

IDOMENEO.

Eso me alienta.

ESCENA XVIII.

MERION, IDOMENEO, AGENOR.

IDOMENEO. *A Merion.*

Vive el Sacerdote?

MERION.

A sus contrarios le entregó el destino.
Le halla el pueblo, le cerca, le acomete;
Herirle es un honor: todos le hieren:
Rios de sangre de sus rotos miembros
Hirbiendo saltan: cae. Ve su delito
El pueblo, y tiembla, y en silencio parte
A ocultarse con él. Asi refiere
Licas, que solo con algunas guardias
Queda á su lado.

AGENOR.

Miserable Creta
Llegó tu perdicion; los justos dioses
Lanzarán sobre tí mortal venganza.

IDOMENEO.

Y yo la tomaré. Venganza horrible
Les voy á preparar; eternamente
Llorarán su maldad.

ESCENA XIX.

LICAS *con algunas guardias*, IDOMENEO, MERION, AGENOR.

LICAS.

El Sacerdote,

Que en este instante terminó su vida,
Ya entre la sombras del postrer suspiro
Se resuelve, los ojos moribundos
Alza, y fijos en mí, Licas, exclama,
Al Rey dirás que salve á Polimenes
Si ya no es tarde: que su voto impío
No aceptaron jamas los santos dioses.
Mi ambicion infernal, la infausta pompa
Del trono engañador... dijo: y nombrando
A su hijo Linceo, un ay! errante
Entre sus labios fue su voz postrera.

IDOMENEO.

Qué escucho! caigan sobre mí los cielos.
Sacerdote impostor, tú me has perdido;
Y tú falaz?... *A Agenor.*

AGENOR.

A vuestros pies me postro:
Castigadme, Señor: pero los dioses
Absuelven mi inocencia.

IDOMENEO.

Asi cegarme
Con pretexto del bien!

AGENOR.

Mi honor, mi vida,
Como vos, le fié. Ni quién pensara
Que el ministro de un Dios asi cubries
Con nombre de piedad tantas maldades?

IDOMENEO.

O Linceo, Linceo! hoy me anunciaron
En aqueste lugar tus justas voces
Este arrepentimiento inconsolable,
Mi tormento inmortal. Tú victorioso
Combatiste mi error, si yo quisiera
Escuchar la verdad. Fuí su homicida...

Me engañaron los hombres y los dioses.
He sepultado en su inocente pecho
El bárbaro puñal, que eternamente
En mis entrañas llevaré clavado.
Siempre delante le verán mis ojos,
Hi. viendo aun la sangre que este dia
De sus venas sacó. Dia nefando!
Dia de execracion! tú del abismo
Evocaste las furias sanguinosas
Que ya me cercan, y royendo atroces
Mi pecho inmundo, contarán mis soles
Por mis tormentos bárbaros... Linceo
Por qué no te creí? puro al presente
No me aterrarán mis sangrientas manos
Llenas de parricidios. Hijo mio!
O Linceo, Linceo! sin tardanza
Traedle á mi presencia.

AGEÑOR.

Ya no existe.

IDOMENEO.

Tambien Linceo? desolé á Cidonia:
Seré la execracion del orbe entero.
Maldito sea el desastrado instante
Que escuchó mi nacer! nacia monstruo.
Por qué mi infancia sustentaron?... marcha
Al puerto, Merion, y si por dicha
De él no partieron las Fenicias naves,
Que me esperan dirás...* he violado

* *Sale Merion; é Idomenéo, antes de proseguir, guarda silencio un rato embebecido en sus pensamientos.*

La justicia inmortal... estoy teñido
En las sangres de un hijo, de Linceo,
De una esposa infeliz!... nunca en la tierra

Prosperó la virtud... á las deidades
Insultó mi piedad. O patria mia,
Cuyo reposo trastorné! aborrece
A tu bárbaro Rey; y de tus fastos
Para siempre jamas borra en mi nombre
El de la iniquidad. Nunca se diga
Que entre tantos Monarcas venturosos
Que te hicieron feliz, hubo un tirano
Que tus venturas convirtió en lamentos:
Que en la estirpe de Minos... justo padre,
Integro juez, cuando al imperio obscuro
Donde en balanza igual juzgas al hombre
Lleve la fama mi nefando crimen,
Qué dirás de mi horror?*

* *Entra Merion con la respuesta de su encargo.*

MERION.

Prontas las naves
Vuestros mandatos en el puerto esperan.

IDOMENEO.

La postrimera vez, ó mis amigos,
Os habla vuestro Rey. A Idomenéo
No tornareis á ver. Lejos de Creta,
Solo, y errante, buscaré en la tierra
Algun yermo pais, nunca pisado
De humana planta, donde eternamente
Sepulte mi dolor. Si en algun dia
Merecí vuestro amor, por él os ruego
Que egecuteis mis últimos mandatos.

AGENOR.

No partirá mi Rey.

IDOMENEO.

Nadie se oponga:
Está resuelto.

LICAS.

Reparad...

IDOMENEO.

Yo juro
Por mi cetro real huir de Creta.
Tenebrosa region! por todas partes
Ensangrentada brota mis delitos:
Huiré. Si el Pueblo por su Rey pregunta,
Te amaba, le direis; juzgó servirte,
Erró infeliz, y de su error doliente
A la mar se entregó, cediendo el trono
A quien supiese en la virtud honrarle...
Licas, tú le honrarás...

LICAS.

Señor!

IDOMENEO.

Yo mando
En mis reinos aun: obedecedme.
Lo que pude jurar sabré cumplirlo
Aunque el averno me contraste. Jóven,*
* *A Licas.*
Venturoso en nacer cuando pudieses
Aprender en mi mal; serás Monarca
De cien provincias. Cuando el cetro empuñes,
De mí te acordarás: mi egemplo sea
Tu escarmiento y salud. Voy al momento
A embarcarme. Agenor, cuando partiere,
No me es lícito á mí, soy execrable,
El sepulcral honor haz á una esposa
Que nunca merecí. Sombra querida
De la muger mas noble y virtuosa
Que fue jamas, perdona los errores
De un esposo infeliz. Tú mereciste
Una suerte mejor; y la encontraras

Si menos desleal, el Sacerdote
Mi tierno corazon al bien guiase.
Fue de otro modo... hasta el postrer aliento
Vivirás en mi amor. Arrepentido
De mí te vengaré, con tus memorias
Flechando mi anterior. Todos los dias
Tú muerte he de llorar... tú Licas, vive,
Sé las delicias del que fue mi reino.
O reino, ó patria que ofendí! perdona
Mi involuntario error... á Dios, Cidonia:
Tú me viste nacer: otros países
Darán sepulcro á mis cenizas frias.

F I N.

[Comedias] Vol.

DATE	NAM
June 29/55	E. Rugg